

A close-up of a person's hand making a peace sign (V-sign) against a dark background. The hand is positioned on the left side of the frame, with the index and middle fingers extended upwards and the thumb tucked down. The skin tone is light, and the lighting highlights the texture of the hand.

PAZ FUERZA y ALEGRÍA

JUSTO ANDRÉS CONCHA ABARCA



PAZ, FUERZA Y ALEGRÍA

©Justo Andrés Concha Abarca

Registro de propiedad intelectual N°A-278412

Autorizada su reproducción parcial citando la fuente

Editora: Mónica Acevedo

Diseño gráfico: Miguel Ángel Concha

PAZ FUERZA y ALEGRÍA

JUSTO ANDRÉS CONCHA ABARCA

PAZ



Está terminando el verano y, con ello, las vacaciones. Camilo aún no termina su plato de porotos granados. Ya todos terminaron de almorzar, mientras él revuelve el contenido de su plato con la cuchara ante la mirada inquisidora de su madre. Sabe que mientras no termine, no podrá levantarse de la mesa. De fondo, suenan las canciones de Víctor Jara, su padre ha puesto una cinta en la vieja casetera de la casa de la playa, único artefacto electrónico en la casa, la familia no ha querido traer televisor ni computadores. La madre recoge los platos. El padre corta un melón en rodajas y lo reparte mientras canta las canciones con el tono gangoso de la arrugada cinta.

Con mucho esfuerzo, Camilo traga la última cucharada de porotos, después de lo cual le retiran el plato para dar paso al melón de postre.

—Más rato nos arreglamos para ir a la playa—dice el padre.

—Tenemos que volver temprano para arreglar las cosas y así nos evitamos estar mañana a última hora haciéndolo—dice la madre.

—¿A qué hora nos vamos, papá?— pregunta Camilo.

—Temprano en la mañana. No me gusta irme con toda la gente. Mañana terminan las vacaciones para la gran mayoría de la gente y probablemente habrá mucha congestión en la carretera.

Camilo está un tanto nostálgico, porque este verano lo ha pasado muy bien. Se encontró con los amigos de siempre e hizo algunos nuevos. Desde que tiene recuerdos, la familia veranea en el mismo lugar. La casa es propiedad de su familia paterna. Su padre y sus tíos compraron el terreno y construyeron una casita que comparten durante esos meses, tratando de no coincidir porque de otra manera no cabrían. A veces, sucede que tienen que compartirla con la familia de alguno de sus tíos. Eso a Camilo le gusta mucho porque es una de las pocas veces en que convive con sus primos. Con el fin del casete, Camilo termina de comer su melón y pide permiso para retirarse. La casa de la playa tiene un terreno grande en cuya parte posterior hay un patio que la familia ocupa para tender la ropa después de lavarla, descansar bajo la sombra de un par de pitosporos y, los niños, para jugar a la pelota. Al fondo, hay un tunar que sirve de separación con el terreno colindante.

Camilo toma su pelota y comienza a patearla haciéndola rebotar contra una pandereta a modo de frontón. Poco a poco, a medida que se siente más liviano después del almuerzo, empieza a jugar con más vigor y a

correr por todo el espacio disponible. De pronto, sin medir su potencia, golpea el balón con tal fuerza que sobrepasa la barrera de tunas cayendo al terreno vecino. Los cactus están organizados en hileras dejando angostos espacios a modo de pasillos donde se puede pasar con mucho cuidado para no pincharse las púas del vegetal. Cuando era más pequeño, Camilo solía esconderse ahí cuando jugaba a la escondida con sus amigos o cuando simplemente no quería ser encontrado, normalmente debido a alguna travesura. Ahora ya está más grande y se le hace difícil la travesía. En un extremo del espinudo arreglo hay un pequeño espacio por el cual se puede pasar pero en cuclillas. Antes de hacerlo, Camilo mira por el estrecho hueco para divisar dónde está la pelota. Logra apreciar un patio de tierra, un lavadero y parte de una casita de madera. La pelota está justo en el medio del terreno. Espera un buen rato, no quiere ser sorprendido, ni menos encontrarse con algún perro. Cuando cree estar seguro de que no hay nadie, cruza de rodillas. Al restablecerse se encuentra con el panorama completo. A pesar de pasar muchos veranos en ese lugar, nunca había cruzado el tunar y no se había imaginado siquiera lo que había al otro lado. Ahora estaba ahí, con mucho temor. Aunque no ve nada aún, es posible que de pronto surja de algún rincón un perro poco amistoso. Sin mirar a ningún lado avanza hasta el balón, lo toma, se levanta y gira para retornar a su casa.

—¿Qué haces tú acá?

Camilo se queda petrificado sin poder avanzar. Con mucha vergüenza se da vuelta y aprecia la figura de una niña, probablemente de su edad, que ha salido desde el interior de la casa y permanece quieta delante de la puerta de la cocina.

—Esteeeeee—titubea Camilo—Pasé a buscar la pelota que se me cayó sin querer.

—¿Por qué no pediste permiso?—le reprocha la niña.

—Pensé que no había nadie—se justifica Camilo.

—¿Cómo te llamas?—la niña cambia por un tono más amistoso.

—Camilo—responde el niño con timidez mientras se rasca la cabeza.

—Yo soy Sofía ¿Vives en la casa del lado?—le pregunta.

—Sí—responde Camilo—Es decir, veraneo en la casa del lado. Vengo todos los años, es la casa de mis padres.

—¿En serio? ¿Y cómo no te había visto nunca?—lo interroga Sofía.

—No lo sé. Yo tampoco te había visto nunca ¿Tú vives en esta casa?

—No. Es la casa de mi tía—responde Sofía—Pero, todos los años me vengo para acá una vez que salgo de vacaciones.

Camilo agacha la cabeza mirando el suelo. Quiere salir de ese embrollo, pero no se atreve a decir nada.

—¿Quieres pasar?—Sofía lo invita a pasar a la casa.

—No, gracias. Tengo que volver. Vamos a ir a la playa y deben estar buscándome.

—Quizás otro día—insiste la niña.

—No creo. Mañana nos volvemos a Santiago. Se nos acaban las vacaciones.

—¡Ah!—exclama Sofía—Qué pena. Quizás el próximo año.

—Eso, quizás el próximo año—contesta Camilo con una leve sonrisa—Me tengo que ir.

—Bueno. Chao—se despide ella.

—Chao.

—Para la otra, si se te cae otra vez la pelota, me llamas y yo te la tiro.

—Está bien.

Camilo tira la pelota con la mano hacia su casa y luego se agacha para cruzar el tunar. Mientras camina entre las tunas busca de reojo un espacio para poder mirar y cerciorarse si la niña aún está ahí. Al encontrarlo, se detiene y mira entre las espinas enfrentándose a la mirada fija de la niña.

Camilo se ruboriza y apura el paso con poco cuidado perdiendo el equilibrio lo que lo obliga a apoyar una de sus manos en las tunas clavándose varias espinas en la palma. La sospecha de la presencia de Sofía al otro lado le censura el grito y con un ahogado ¡Auch! sale del tunar revisándose la mano. Tiene una espina clavada en su pulgar, la cual saca con mucho cuidado.

—¡Camilo!—grita la madre desde el interior de la casa—¿Dónde estás?

—¡Acá, mamá!—responde el niño.

—¡Ven! ¡Que ya nos vamos a la playa!

—Ya voy.

Camilo entra a la casa sobándose la mano y aprestándose a una extensa tarde en la playa junto a su familia.

Al día siguiente, mientras el padre comienza a cargar el automóvil, Camilo juega a la pelota en el patio trasero. De vez en cuando mira hacia el fondo del terreno como sintiéndose observado.

—¡Hola!

Camilo se detiene y mira a todos lados.

—¡Camilo, ¿Estás ahí?!

Es la voz de esa niña que conoció el día anterior. Lentamente se acerca hacia el cerco de plantas espinudas. Supera la primera hilera de plantas y, frente a un claro, se encuentra cara a cara con Sofía.

—Hola—repite la niña.

—Hola.

—¿Aún no te vas?

—No, en un rato más ya nos vamos.

—¿Puedo pasar hacia allá?—pregunta Sofía.

—Sí—responde un tanto tímido Camilo—Debes tener cuidado con las espinas.

La niña se agacha y cruza lentamente. Se incorpora y luego se sienta sobre una piedra, mientras Camilo hace lo mismo. Se queda mirando con atención a Camilo de los pies a la cabeza lo que incomoda sobremanera al niño.

—¡Qué extrañas tus zapatillas!—exclama ella después de un momento.

—¿Qué tienen de extrañas?

—No lo sé—responde Sofía—Nunca había visto unas así. ¿Son cómodas?

—Sí—responde Camilo.

—¿Por qué usas el pelo tan largo?

—¿Largo? Lo tengo súper corto—responde extrañado Camilo.

—¡No!—exclama la niña—¡Lo tienes muy largo! Supongo que te lo cortarán antes de entrar al colegio.

—No lo sé. No creo que sea necesario. Tengo compañeros que lo usan más largo que yo.

—¿En serio?—responde sorprendida Sofía—¿Quieres entrar al colegio?

—No mucho. La he pasado muy bien este verano y me da un poquito de nostalgia el dejar este lugar.

—A mí me pasa algo parecido, pero igual me gusta el colegio.

—Y tú ¿Cuándo vuelves a Santiago?

—En una semana más. Papá vendrá a buscarme.

—¿Tienes hermanos?—le pregunta Camilo.

—Sí, somos cuatro hermanos. Yo soy la segunda.

—¿Y acá con quién juegas?

—Tengo unas amigas que son vecinas de mi tía. Ellas viven acá. ¿Y tú?

—¿Yo? Tengo un hermano menor de tres años.

—¿Tienes amigos?

—Sí. Todos los años nos juntamos aquí. Además me encuentro con mis primos cuando coincidimos en la casa.

—¡Qué extraño que no nos hayamos conocido antes!—dice Sofía.

—No es extraño. En Santiago tengo vecinos con los cuales nunca he cruzado palabras.

Si bien Camilo, no ha dicho nada al respecto, ha estado observando con atención a la chica. Le llama la atención su vestido anticuado, lleno de detalles, encajes y flores de diversos colores. Usa unas sandalias raídas que denotan mucho uso. Sin embargo, le gusta su rostro. Finos rasgos, una nariz delgada, ojos grandes café y un peinado hecho a base de pinches forman una figura delicada pero fuerte a la vez.

—¿Qué edad tienes?—pregunta Sofía.

—Tengo doce años ¿y tú?

—También tengo doce. Los cumplí el mes pasado.

—¿Dónde vives en Santiago?—pregunta Camilo.

—En Santiago sur ¿y tú?

—En Ñuñoa. Podrías darme el número de tu celular para llamarte después.

—¿Celular?—contesta ella—¿Qué es eso?

—¿Me estás jodiendo?

—No.

—Ya dame tu número—Camilo saca su teléfono del bolsillo sin prestar atención a la respuesta de la niña.

Sofía al ver el celular de Camilo, se lo arranca de un zarpazo y, sorprendida, comienza a examinarlo y manipularlo.

—¿Qué haces?—le pregunta Camilo un tanto fastidiado.

—¿Qué es esto?

—Ya devuélvemelo—le pide el teléfono—¿Tienes o no teléfono?

—¿Estás loco? No tengo teléfono—responde ella—Eso es de gente rica.

—¡Qué te pasa!—exclama Camilo—Todo el mundo tiene teléfono y celular.

—¿Qué es un celular?! ¡No entiendo!—exclama la niña.

—Ya, ya—Camilo no le hace caso—Dame tu correo.

—¿Mi dirección?—contrapregunta ella y ante el gesto afirmativo del chico

dice—El Romeral 1358.

—Me refiero a tu correo electrónico para escribirte o tu facebook.

—Hablas de cosas muy extrañas, no te entiendo. Si quieres escribirme una carta puedes hacerlo a esa dirección, yo te contesto al remitente.

—¿Quieres que te escriba por correo normal?—pregunta Camilo contrariado.

—¡Pero claro! Así se comunica la gente ¿o no?

—Eso ya no se usa.

—¡Estás loco!—exclama Sofía—Yo me comunico con una amiga que vive en Arica todo el tiempo por carta.

—Bueno—acepta a regañadientes Camilo—Repíteme la dirección para anotarla en el celu.

—¿Puedes anotar en eso? ¡Es increíble!

—Deja de burlarte de mí y dame la dirección.

—El Romeral 1358.

—¡Camilo!—grita el papá llamando al chico.

—Tengo que irme.

—Está bien.

Los dos niños se ponen de pie. Camilo no sabe cómo despedirse, si besarla o simplemente decir chao. Sofía da un paso adelante y le da un beso en la mejilla.

—Si no me escribes, nos vemos el próximo año aquí mismo.

—Bueno. Nos vemos.

Ambos chicos emprenden rumbo a sus respectivas casas. Camilo se da cuenta que ya está todo cerrado y el auto con su motor en marcha.

—Sube al auto, estamos listos—le dice el papá mientras cierra la puerta de calle y luego el portón de la entrada de autos.

Camilo se sube al asiento trasero y se ajusta el cinturón de seguridad. En su cabeza tiene fija la imagen de la cara de Sofía y un par de veces, mira hacia atrás buscando a la niña.

—Mañana vamos a comprar todas las cosas para el colegio—le dice la mamá mirándolo a través del espejo retrovisor.

Esa imagen es la única que logra menguar el recuerdo de Sofía. El reemplazo por la cara de sus compañeros, compañeras y las actividades escolares, lo ocupan por el resto del viaje.

Ha pasado un año. Camilo y su familia llegan desde la capital a pasar un nuevo verano en la casa de la playa. Lentamente bajan las cosas del auto, mientras el papá saca las tapas que cubren las ventanas. El olor a encierro y humedad predomina a medida que la luz natural emerge por etapas cubriendo cada rincón de la casa que estuvo varios meses sin moradores. Camilo le ayuda a su padre. Las tapas son pesadas y hay que desmontarlas con mucho cuidado para que no se les vengán encima. Los pernos con que son fijadas, están totalmente oxidados y cuesta destornillarlos. La mamá toma un escobillón y comienza a barrer el piso y las paredes tratando de remover cualquier indicio de arañas de rincón, mientras tanto el hermano menor de Camilo corre de un lado a otro. El trámite es largo y tedioso, ya después de un rato largo y estando más habitable la casa, los padres de Camilo recién comienzan a pensar en el almuerzo. La mamá se mete en la cocina y comienza a limpiar la vajilla y a preparar todo para cocinar. Camilo y su padre se ocupan de los dormitorios, sacando la ropa de cama de los closets, sacudiéndola y estirándola, dejándola lista para ordenar cada una de las camas.

—¡Camilo!—se escucha un grito desde la calle.

—Ya llegaron tus amigos—le dice el padre a Camilo—Parece que nos estaban vigilando.

—¿Puedo salir, papá?—pregunta el chico.

—Anda a saludar solamente porque tienes que ayudar en muchas cosas aún.

Camilo sale de la casa hasta la reja. Es Valentín, uno de sus amigos. Se conocen desde que tienen recuerdos y, junto a otros amigos y los primos de Camilo, han formado un grupo grande desde pequeños, ahora ya preadolescentes, que lo pasan muy bien durante todo el verano.

—¿Cómo estás?—le pregunta Valentín a Camilo mientras se saludan con varios palmoteos de manos.

—Bien—responde Camilo—Venimos llegando recién, estamos ordenando la casa.

—Vi el auto de tu papá y vine a saludarte.

—¿Hace cuánto llegaste?—le pregunta Camilo.

—Llegamos después de año nuevo.

—¿Has visto al resto del grupo?

—No. Tú eres el primero en llegar después de mí. He estado un poco aburrido por eso.

—¿Has bajado a la playa?

—Sí—responde Valentín—Con mis papás, pero hay poca gente y nadie conocido, así que es genial que hayas llegado.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar?

—No lo sé. Depende de mis papás ¿Y tú?

—Yo creo que todo el verano—responde Camilo—Papá, vino ahora a dejarnos por el fin de semana. Luego, retorna a Santiago porque todavía no sale de vacaciones. Me voy a quedar con mi mamá por ahora.

—¿Y tus primos vendrán?—pregunta Valentín.

—Yo creo que sí, pero no sé cuándo.

—¿Qué harás más tarde?

—No lo sé. Estamos desarmando las maletas todavía. A lo mejor después de almuerzo salimos un rato.

—Más tarde te paso a buscar ¿Te parece?

—Bueno. Nos vemos.

Los chicos se despiden, Camilo entra a la casa y vuelve para ayudarle a su papá.

—¡Camilo!—lo llama la mamá—Anda a comprarme salsa de tomate al almacén del frente, por favor.

—¿Por qué yo?!—pregunta fastidiado Camilo.

—¡Ya! Mira que es lo único que me falta para hacer el almuerzo—complementa la mamá.

A regañadientes, Camilo recoge las monedas que le deja su mamá y parte al almacén. Este negocio es de una familia que vive en el balneario y se conocen desde que compraron la casa en ese lugar.

—Hola, don Renato—saluda Camilo.

—¡Hola, chiquillo! ¿Cómo estás?—responde el caballero afectuosamente.

—Bien. Recién llegamos.

—¡Qué bueno! ¿Y tus papás?

—En la casa. Probablemente lo vengán a saludar más rato.

—¡Qué bueno! ¿Qué se te ofrece?

—Necesito una bolsita de salsa de tomates.

—¿Eso no más?—pregunta el almacenero.

—Sí.

Don Renato saca de un estante una bolsita de salsa de tomate y se la entrega a Camilo. El chico le pasa las monedas y el señor le da el vuelto.

—Toma—le dice a Camilo apoyándose en el mesón y bajando el nivel, complementa—Oye, la Antonia va a estar contenta de que hayas llegado. Camilo sonríe, se sonroja y sale raudo del almacén agradeciendo la atención de don Renato. Antonia es la hija de don Renato y desde pequeña ha estado enamorada de Camilo, pero a éste no le gusta. Sin embargo, la encuentra simpática y junto a sus amigos la han integrado a su grupo. Una vez habitable la casa, la familia de Camilo almuerza y se aprestan a salir a pasear. Esto sucede todos los años, la rutina parte temprano en Santiago, levantándose de madrugada, empacando lo necesario, dejando todo cerrado, luego en el auto, la pasada a la bencinera para cargar combustible e inflar los neumáticos y el descanso a medio camino para ir al baño y comprar golosinas. Ya en la playa, la ceremonia de arreglar la casa y el reconocimiento del pueblo después de un año de ausencia con el paseo inaugural respectivo. En la noche, el cansancio hace presa de todos, se acuestan temprano y duermen profundamente hasta el otro día. En la mañana, durante el desayuno, Valentín llega a casa a buscar a Camilo.

—Hola, Valentín ¿Cómo estás?—lo saluda la mamá de Camilo.

—Bien, tía, gracias—responde muy educadamente.

—¿Desayunaste?—le pregunta el papá de Camilo.

—Sí, temprano, no se preocupen. Vine a buscar a Camilo para ir a la quebrada.

Camilo aún está en pijamas tomando su leche con cereal. El balneario está enclavado en una bahía llena de cerros, entre los que se forman quebradas, algunas son cruzadas por pequeños esteros y riachuelos que desembocan en el mar. Una de esas quebradas está tras la casa de Camilo y es uno de los paseos obligados durante el verano.

Después de terminar el desayuno, Camilo se cambia de ropa y sale con Valentín.

—¿Cómo está la quebrada?—le pregunta Camilo a Valentín.

—No lo sé. Es la primera vez en estas vacaciones que voy. Es aburrido ir solo, así que estaba esperando que llegase alguno de ustedes para visitarla. Primero, hay que cruzar una arboleda de eucaliptos y luego bajar con cuidado debido a la pendiente y lo resbaladizo del terreno. Ya abajo, se forma un verdadero túnel de árboles que impiden pasar los rayos de sol salvo en pequeños claros. El riachuelo tiene un cauce diminuto de aguas

claras aún no contaminadas por sistemas de desagüe clandestinos. Sin embargo, la presencia humana es evidente con restos de cáscaras de plátano, una que otra botella de plástico y un trozo de papel higiénico, evidencia de que no faltan las personas que usan el lugar como baño público. En algunos sectores se forman unos pequeños pozones en los cuales habitan guarisapos, bebés de anfibios propios de ese hábitat. Camilo y Valentín, recorren el lugar tirando piedras al agua, colgándose de naturales lianas que cuelgan de los árboles. Un gran tronco cruza de ladera a ladera y sirve de puente para llegar a la orilla contraria. Es una buena excusa para probar el equilibrio y hacer piruetas al cruzar por él.

—¡Mira. Camilo!—exclama de pronto Valentín.

—¿Qué cosa?—pregunta Camilo.

—El tremendo sapo ahí en la orilla.

Efectivamente, un espécimen de dicho animal yace tranquilo en la orilla del riachuelo sin moverse. Es un ejemplar adulto de gran tamaño que cautiva a los dos niños.

—¡Atrapémoslo!—propone Valentín.

—¿Cómo?—pregunta Camilo—Me da cosa.

—¡Con la mano!

—¡Estás loco! Ni pensarlo. Si quieres, lo haces tú—responde Camilo.

—¡Mira!—dice Valentín—Allí hay un tarro, lo podemos encerrar con él.

Los chicos se bajan del tronco. Valentín recoge el tarro y se acerca lentamente al anfibio por la parte de atrás. El sapo ni se inmuta, Camilo sólo mira pasos más atrás. Valentín se agacha y avanza en cuclillas con el tarro en alto. Se acerca hasta quedar inmediatamente detrás del animal. Ahí se detiene y comienza a bajar lentamente el tarro sobre la cabeza del sapo. Cuando está a unos diez centímetros lo deja caer rápidamente atrapando al renacuajo.

—¡Ya está!—exclama—¡Pronto, busca una tapa!

Camilo mira para todos lados sin encontrar algo que le sirva. Decide buscar más lejos mientras Valentín continúa de rodillas afirmando el tarro.

—¡Mira! ¡Se orinó!—dice Valentín al ver un líquido transparente escurrir por debajo del tarro.

—¿No será veneno?—responde Camilo—Todos estos bichos tienen sistemas de defensa y a lo mejor ese líquido es tóxico.

—No creo—responde Valentín—En Chile no hay sapos venenosos.

—¿Cómo sabes?—pregunta Camilo mientras continua buscando algo que les sirva para tapan el tarro.

—En clase de ciencias lo vimos. Salvo las arañas de rincón y del trigo, en Chile no hay animales venenosos.

—No sé—responde Camilo incrédulo—¡Acá hay algo!

Se trata de una caja de cartón. Camilo la rompe dejando sólo uno de sus lados en buen estado. Se acerca a Valentín y se lo pasa. Éste, levanta levemente el tarro para pasar el cartón por debajo. Lo hace con cuidado porque no quiere herir al sapo.

—¿Y qué haremos con él?—pregunta Camilo.

—Nada. Lo llevamos a casa, se lo mostramos a nuestros amigos y luego lo traemos de vuelta para acá.

—Igual no le encuentro gracia—responde Camilo—Si lo llevamos a mi casa, mi mamá se va a espantar y me va a retar. ¿Y para qué sacarlo de este lugar? El bicho estaba tranquilo ahí, sin molestar a nadie y nosotros lo estamos secuestrando.

—Ya, si no pasa nada—contesta Valentín—Va a ser un ratito nomás. Lo dejamos acá en el tarro. Podemos hacerles una broma a las niñas y después lo devolvemos. ¿Has visto la pesca con mosca? Los tipos están todo el rato ahí esperando que algún pez pique y después que lo logran, le sacan el anzuelo y devuelven el pescado al río. Esto es parecido.

Camilo no está convencido del propósito de sacar al animalito de la quebrada, sin embargo no dice nada más al respecto. Valentín termina de hacer pasar el cartón por debajo del tarro dándole vuelta. Levanta un poco el cartón y ve como el sapo está boca arriba dentro del tarro.

—¡Ahí está!—exclama riendo nerviosamente.

Camilo se acerca y mira el sapo y le da lástima. Le dice a Valentín que lo dejen ahí, pero el otro chico no le hace caso y emprende rumbo al camino por donde bajaron. Camilo detrás de él agarra una rama y la usa de bastón para ayudarse a subir por la empinada ladera de la quebrada.

Ya estando arriba Valentín le pregunta qué hacer a Camilo y éste le responde que él decidió traerlo así que debe asumir su decisión.

—En mi casa no tengo dónde tenerlo—dice Valentín.

—En la mía me matarían—contesta Camilo.

—Pero, debajo de tu casa hay un espacio lleno de cachureos ¿Por qué no lo dejamos ahí?

—¡Estás loco!—exclama Camilo—¿Y si se arranca y se mete a la casa? ¿Te imaginas que se mete a la cocina o al baño? ¡Y sale por la taza del baño mientras alguien está ahí!

—¡Ahhh! ¿Pero cómo podría llegar hasta ahí?—Contesta Valentín—Además, lo vamos a dejar tapado.

—Pero, si tú lo trajiste ¿Por qué lo tendríamos que llevar a mi casa? Yo no estaba de acuerdo en sacar al bicharraco de allá abajo.

—Vamos, no seas cobarde—le dice Valentín—Lo dejamos ahí, le llevamos agua todos los días hasta que lleguen los otros chiquillos y ahí lo traemos de vuelta.

Camilo lo piensa una y otra vez. Se imagina al sapo recorriendo toda la casa y su mamá gritando arriba de los sillones. También cree que lo pueden castigar por esto y recién han comenzado sus vacaciones. Valentín le insiste de manera grosera, molestando profundamente a Camilo, pero éste no se atreve a darle un no definitivo. Después de varios minutos discutiendo, Camilo accede y llevan al sapo en el tarro dejándolo bajo la casa en un hueco que tienen lleno de palos y cachureos.

—Espero que no se arranque—dice Camilo en voz baja.

Valentín se despide y Camilo entra a su casa donde el almuerzo ya está casi listo. La familia comparte largo rato disfrutando de la comida abundante para luego prepararse e ir a la playa.

El lugar está dotado de una plácida playa de un mar muy tranquilo, sin olas, aunque extremadamente helado, arenas amarillas y acantilados cercanos, cubiertos de rocas donde los veraneantes suelen buscar piedras bonitas y pequeños cangrejos. En el periodo estival este balneario se llena de veraneantes aunque todavía no alcanza su peak y hay suficiente espacio para estar sin niños o perros que tiren arena sobre la cabeza de los que están recostados en el suelo. Como aun no llegan los amigos, Camilo está obligado a estar con sus padres. Rechaza una invitación del papá a irse a bañar al mar porque le da vergüenza y se excusa aludiendo a que no hace calor y la temperatura del mar es muy baja. Eso sí que no deja pasar a ninguno de los vendedores ambulantes sin pedir algo y gastar su dinero. Así, entre helados, palmeras y otras golosinas, pasa el tiempo.

De retorno en la casa, la mamá sale a comprar pan amasado para preparar la once. De a poco comienzan a sumergirse en la rutina vacacional, entre comidas y playa, paseos, amigos, travesuras, más comidas

y dormir. Después de la once, y con la mitad de un pan con mantequilla en la mano, Camilo sale a la calle y se sienta en la cuneta a mirar la gente que retorna de la playa. De pronto, la hija del almacenero, sale del local, cruza la calle y se sienta al lado de Camilo.

—Hola ¿Cómo estás?—saluda a Camilo.

—Bien ¿Y tú?—responde un tanto cohibido.

—Bien también.

—¿Cómo te fue en el colegio?—le pregunta Camilo.

—Bien, súper bien. De hecho, parece que me van a cambiar de colegio a uno de Santiago.

—¿En serio? ¿Por qué a Santiago?

—Porque acá no hay buenos colegios—responde Antonia.

—Pero, vas a echar mucho de menos.

—¡Sí!—exclama la chica—Sobre todo a mis papás, el mar y su ruido, mi pieza, todo en general.

—¿Dónde te quedarás?

—En casa de unos tíos. El hermano de mi mamá vive allá y parece que ya hablaron con él.

—¿Tienes primos?—pregunta Camilo.

—Sí, una prima y nos llevamos muy bien. Creo que tendré que compartir el dormitorio con ella.

—En todo caso, este lugar no está tan lejos de Santiago y puedes venir los fines semana.

—Al principio, yo creo que lo haré, pero después va a ser cada vez más difícil. Supongo que alguna vez tendré que quedarme estudiando.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—Sí. Acá no hay futuro. Hay un solo colegio público en este pueblo. La población no da para más. Toda esta gente que tú ves, viene sólo durante las vacaciones. El resto del año es muy solo y triste. La gente en invierno se entra a las seis de la tarde y luego no vuelan ni moscas en la calle. Lo bueno, es que no hay gente mala, no hay delincuentes, nos conocemos todos y nos damos cuenta de inmediato si alguien no es de acá. La ciudad grande más cercana está a más de una hora en micro.

—Bueno, allá en Santiago cualquier viaje dura más de una hora en micro—comenta Camilo.

—Lo sé—responde ella—Es enorme esa ciudad. Probablemente, en los

primeros días andaré muy perdida, pero de a poco, me acostumbraré.

—A lo mejor nos podemos ver—dice Camilo—Yo te puedo mostrar algunos lugares.

—¡En serio!—exclama Antonia—En todo caso, no creas que soy tan provinciana, conozco un poco Santiago. Sin embargo sería muy entretenido si nos vemos durante el año y no sólo durante el verano.

—Tienes razón.

—¿Estás pololeando?—la niña cambia radicalmente de tema.

—No—responde Camilo con una sonrisa tímida—¿Y tú?

—Yo, tampoco. Acá no hay niños lindos. Ése es otro motivo para irme a Santiago—responde Antonia sonriendo.

—¡Camilo!—un chico grita desde el interior de un auto que pasa frente a ellos.

—¿Quién es?—pregunta Antonia.

—Sebastián. Debe estar llegando recién.

—Poco a poco se está armando el grupo.

—Sí, eso es lo entretenido que tiene el veranear en este lugar.

—Para los que vivimos acá la cosa es bien distinta. Como te contaba, en el invierno el pueblo es muy triste, no pasa nada. No hay más que encerrarse temprano y ver televisión.

—Pero, hay gente que le gusta vivir así—comenta Camilo.

—Sí, pero es la gente mayor. Nosotros, los jóvenes y los niños, lo encontramos muy aburrido. Por eso, cada vez es menos la gente que vive en este lugar. Los jóvenes se van a estudiar o a trabajar a las ciudades. La población cada vez es más vieja.

—La alegría llega en enero—dice Camilo.

—Sí, lamentablemente son sólo dos meses.

De pronto Camilo se acuerda de la niña que conoció el año anterior antes de volver a la ciudad. Ella le contó que veraneaba todos los años en ese lugar y probablemente Antonia la conocía.

—Oye, Anto—dice Camilo—¿Tú conoces una niña llamada Sofía que veranea en la casa que está al fondo de la mía?

—¿Sofía? No conozco ninguna Sofía—responde Antonia.

—¿En serio? El año pasado, antes de volver a Santiago, se me cayó la pelota al sitio detrás de la casa y ahí la conocí.

—Esto es en la calle siguiente, justo a la altura de la tuya—Antonia hace

un gesto como tratando de ubicarse espacialmente—Hay un par de casas viejas por ahí, que no se ven mucho desde la calle, pero jamás he visto personas por ahí.

—Qué extraño—comenta Camilo—Ella me contó que ahí vivía una tía y todos los veranos se venía cuando terminaban las clases en el colegio.

—Es extraño, porque nosotros conoceríamos a su tía. En este pueblo, como te contaba, nos conocemos todos.

—La verdad es que ella era muy extraña—cuenta Camilo—De hecho, me pidió que le escribiese durante al año, pero me dio su dirección para que yo le mandara una carta por correo normal.

—¡Está loca entonces!—exclama Antonia—¿Se la mandaste?

—No, no me acordé hasta ahora que me cuentas cosas de este lugar. Por lo demás, yo ni sé cómo mandar una carta por correo.

—A lo mejor era un fantaaaaasma—Antonia pone las manos como garras y las direcciona a la cara de Camilo.

—¿Te imaginas? Hay un fantasma en mi patio.

—De todas maneras le preguntaré a mi mamá. A lo mejor ella conoce a alguien—dice Antonia.

Una vez que ya comienza a oscurecer, Antonia entra a su casa. Camilo espera un tiempo más hasta que su madre lo llama y le pide que se entre.

Camilo tiene unos cinco años y camina por calles oscuras de la mano de su padre. Es de noche y la luz de los postes del tendido eléctrico es tapada por las frondosas copas de los árboles. De a poco, se acercan a una sede vecinal que cuenta con dos canchas de baby-fútbol y una sala de reuniones. En la entrada hay varias personas conversando y fumando, a las que el padre de Camilo saluda con un “buenas noches” ante lo cual todos responden muy respetuosamente. Entran a la sala de reuniones con una especie de escenario en el que hay una mesa larga con unas personas sentadas tras ella y de frente al auditorio. La mayoría de las sillas están ocupadas, pero el padre de Camilo logra divisar dos sillas desocupadas

contiguas y pidiendo permiso accede a ellas sin soltar en ningún momento la mano de Camilo.

—¿Qué hacemos aquí, papá?—pregunta Camilo.

—Venimos a una reunión.

Cuando Camilo gira su cabeza para recibir la respuesta de su padre se da cuenta que quien está a su lado no es él si no un caballero al cual no conoce, pero quien lo mira con mucha ternura. Es un señor de bigote y peinado cuidado con una perfecta partidura a un costado. En sus piernas sostiene con ambas manos un sombrero y de vez en cuando con su mano derecha le hace cariño en la cabeza a Camilo.

—¿Te molesta el humo?—le pregunta el señor a Camilo.

—Un poco—contesta el niño a quien no parece importarle la mutación de su padre.

—No te preocupes—le dice el caballero—No estaremos mucho tiempo.

La verdad es que el humo de los cigarros está suspendido en el aire y a veces pareciera una verdadera neblina que pide a gritos salir y expandirse por el cielo, pero el techo de la sala se lo impide.

—¿Empezamos la reunión?—pregunta una de las personas sentadas en el escenario detrás de la mesa.

—¡Sí!—contesta otra tras la silla de Camilo—está haciendo mucho frío así que seamos concretos.

—Bueno—continúa el personaje que pareciera preside la reunión—Tomemos asiento por favor, entonces.

De a poco las personas se comienzan a acomodar y el ruido va bajando en forma progresiva.

—Buenas noches a todos—dice el mismo señor—Agradecemos su asistencia. Sabemos que todos quisiéramos estar con nuestras familias en el calorcito de nuestros hogares, pero la situación actual nos obliga a ponernos de acuerdo en aspectos fundamentales. Para ello le pido al compañero Mejías que plantee los temas a tratar en esta reunión extraordinaria.

—Muchas gracias, compañero—el aludido se pone de pie con unos papeles en la mano—La verdad, compañeros, es que la situación actual del país es crítica. Los últimos meses todos nosotros hemos visto cómo los empresarios coludidos con los partidos de derecha han estado haciendo un boicot al gobierno y el acaparamiento de productos de consumo nos tiene

en la cuerda floja, compañeros. También algunos sectores sediciosos han estado instigando a las fuerzas armadas para que intervengan, para que así se lleve a cabo un golpe de estado y ellos asuman el poder, ese poder que nosotros le hemos dado al gobierno de los trabajadores, compañeros. Todos nosotros, compañeros, hemos escuchado el llamado del gobierno a estar atentos y a no ceder en la lucha de ir creando el poder popular que nos permita avanzar a una sociedad más justa y solidaria. El llamado es a organizarnos en los barrios a través de las juntas de vecinos, las juntas de abastecimientos, los almacenes populares, en las empresas a través de los sindicatos y los cordones industriales. Los empresarios han dejado sus empresas a la deriva y hemos visto cómo los compañeros trabajadores de diversas fábricas hacen el esfuerzo día a día por mantener la producción a pesar de la escasez de repuestos y la ausencia de profesionales y ejecutivos. También es necesario que los compañeros estudiantes, en los colegios y las universidades intensifiquen su accionar a través de los centros de estudiantes y las federaciones para no dejar que los grandes grupos de poder tengan éxito en su afán de crear el caos.

El caballero que está al lado de Camilo y que al parecer es con quien llegó a la reunión, levanta la mano pidiendo la palabra.

—¿Sí, compañero?—el presidente le da la palabra.

—Mire, compañero. Nosotros hemos estado haciendo todo lo que usted dice. Los sindicatos están funcionando y los trabajadores están sosteniendo las fábricas a puro pulso. Yo participo del cordón Cerrillos y soy testigo de cómo trabajadores de más de 30 fábricas del sector van todos los días a trabajar, a pesar de los problemas de locomoción y a duras penas hacen su trabajo, considerando la ausencia de los ingenieros que se han sumado al boicot. La verdad es que la solidaridad y el compañerismo que se experimentan son extraordinarios, compañeros. Estamos coordinados de tal forma, que cuando son pocos los compañeros que llegan a una fábrica por la falta de locomoción, vienen compañeros de la fábrica más cercana a apoyar y cubrir los turnos. Los repuestos no están, así que es necesario construir piezas reciclando materiales que hay ahí mismo en las fábricas, los metalúrgicos se han sacado la mugre, compañero. Entonces, compañero, no nos venga a decir lo que tenemos que hacer porque lo hemos estado haciendo. El gobierno desde el principio, nos llamó a crear el poder popular y nosotros lo hemos estado haciendo, mientras una sarta de

burócratas sentados en sus escritorios dan instrucciones y se creen el cuento aburguesándose, asistiendo a cuanto cóctel e inauguración hay, y parece que se olvidaron de nosotros que, como peones, vamos haciendo el trabajo sucio porque creemos fervientemente que ésta es la única oportunidad de cambiar nuestras vidas. Si no es ahora, no será nunca. Pero para ello debe haber mayor comunicación entre los personeros del gobierno con nosotros porque parece que el enemigo está en el barrio alto pero también en las oficinas de La Moneda. Ésta, es la experiencia de la utopía hecha realidad y créame que no he sido más feliz en toda mi vida que en estos años, pero no desaprovechemos la oportunidad y que no pase que un día despertemos de pronto y nos demos cuenta que todo fue un bonito sueño. Yo creo en la utopía, compañero y voy a dar todo de mí para sostenerla, pero a veces me siento solo combatiendo contra gigantes disfrazados de molinos de viento. Nosotros haremos la pega, queremos que ustedes y los demás dirigentes también.

Una vez terminada la alocución, la gente aplaude con fuerza, mientras el señor que pronunció tan sentido discurso mira a Camilo y le acaricia la cabeza mientras éste lo mira somnoliento semi acostado en su silla con los ojos casi cerrados.

Camilo despierta temprano. Aun su madre y su hermano están en cama. Su padre ya retornó a Santiago hasta el próximo fin de semana en una rutina que durará hasta que él salga de vacaciones. Camilo duerme en la cama superior de un camarote, mientras que en la cama inferior está su hermano menor. Está aburrido mirando el techo de la habitación, pero le da pereza levantarse y andar solo por ahí sin saber qué hacer hasta que su madre despierte. Al final se anima y se levanta ante el llamado biológico de ir al baño. La madre al sentirlo, se levanta también.

—¿Por qué despertó tan temprano?—le pregunta la mamá.

—No lo sé—responde él—Sólo desperté.

—¿Quieres desayunar?

—Bueno—contesta Camilo.

Mientras la mamá calienta agua, Camilo espera en el living. Se acerca a la ventana y mira hacia la calle. Es un día soleado y luminoso, perfecto para juntarse con los amigos.

—¿Cómo dormiste?—le pregunta la mamá a Camilo.

—Bien—contesta el chico—Tuve un sueño súper extraño.

—¿De qué se trataba?

—No lo sé. No entendí nada. Con mi papá íbamos a una reunión de no sé qué. Yo era más chico y mi papá me llevaba de la mano. En la reunión hablaban de cosas que yo no entendía, que había que organizarse y que las juntas de vecinos y los sindicatos y no sé qué más.

—¿Y tu papá qué hacía?—le pregunta la mamá.

—En un momento, pidió la palabra y se puso a hablar, pero ya no era mi papá si no que otra persona que no conozco.

—¿Y qué decía?

—No sé, no entendí tampoco. Yo estaba sentado, muerto de frío, con sueño y veía todo como grande.

—¿Y eso te despertó tan temprano?

—No lo sé. Simplemente desperté porque no era una pesadilla ni nada de eso.

—Bueno, cuando uno se levanta temprano aprovecha mejor el día— comenta la mamá.

Camilo y su madre terminan de tomar el desayuno. Él se levanta y se va al patio trasero. Estando ahí se encuentra con el tunar, se acerca a él y busca algún espacio por donde mirar hacia el otro lado. El lugar se aparece vacío, sin moradores aparentemente. Camilo decide salir y dar la vuelta a la manzana buscando la entrada principal de aquella casa. El chico recorre todo el perímetro de la cuadra. Llega a la calle trasera y cuenta las casas como tratando de adivinar el frontis de la casa en cuestión. Se encuentra con una frondosa cerca hecha de pino podado muy cuidadosamente. La puerta de acceso es de madera un poco más alta que él por lo que debe empinarse para tratar de ver hacia el interior del terreno. Se acerca y trata de mirar por entre la puerta y el pinar. A lo lejos se ve la casa que sin duda es la que corresponde al hogar de la tía de Sofía, pero se ve un tanto abandonada y no se aprecia rastro alguno de personas en su interior. Camilo, se arma de valor y grita fuerte hacia el interior:

-¡Alóoo!-Espera unos segundos después de no tener respuesta y repite el ejercicio.

-¡Alóoo!-Una vez más nadie atiende su llamado.

Mira por última vez a través de la pequeña rendija y, al no ver movimiento, se retira retornando a su casa.

A la entrada de la casa de Camilo hay una pequeña terraza donde su

madre lee un libro sentada en una silla de playa.

-¿Dónde andabas?-le pregunta ella al chico.

-Fui a la otra calle a buscar a alguien.

-Avísame siempre que salgas-le pide la madre.

-Está bien-responde Camilo.

El joven se sienta en otra silla de playa al lado de su madre mirando hacia la calle y la entrada de la casa.

-Oye, mamá-Camilo interrumpe el silencio.

-Dígame.

-¿Tú conoces a la gente que vive al otro lado del tunar?

-No, mi amor-responde la señora sin dejar de mirar su libro-¿Por qué?

-Por nada. Es que nosotros conocemos a todos nuestros vecinos, menos los de ese lado.

-Para serte sincera-le dice la madre-No me había preocupado de eso y nunca he visto gente alguna para ese lado. De hecho, ni ruidos se escuchan.

-Qué raro-dice Camilo muy despacio.

-¿Por qué raro?-pregunta la madre.

-Por nada.

La madre de Camilo prosigue con su lectura.

Más tarde aparecen Valentín y Sebastián a buscar a Camilo. Se saludan efusivamente sobre todo con Sebastián que acababa de llegar al balneario la tarde anterior. Juntos hacen planes para pasar el tiempo y divertirse.

Conversan largo rato acerca de lo que hicieron durante el año y sacan la cuenta de los amigos que faltan por llegar. Finalmente, acuerdan juntarse después de almuerzo para ir al bosque.

Hacia el interior del pueblo, hay un bosque artificial de pinos y eucaliptos, pertenecientes a una empresa privada pero cuyos accesos son libres. Es una buena excusa para salir de excursión y emprender largas caminatas como si estuvieran en un lugar no explorado, con la aparente sensación de que pueden extraviarse y no poder volver. La mamá de Camilo, sin antes reclamarle porque tenía pensado ir a la playa con él y su hermano menor, le da permiso.

Los chicos pasan por Camilo cerca de las 15:00 horas. Sebastián propone invitar a la Antonia, sin entusiasmar mucho a sus dos amigos los que acceden finalmente. La chica se les une, sin antes dejarlos esperando unos

minutos para cambiarse de ropa apropiada para la excursión.

Para llegar al bosque deben caminar cerro arriba hasta los límites del pueblo, cuando ya no hay más casas. El acceso al lugar está cerrado por un portón de madera que no posee candado. Los chicos lo abren y pasan siguiendo un sinuoso y angosto camino de tierra. Más adelante se encuentran con uno de los cuidadores del lugar quien les pregunta hacia donde van, a lo cual los chicos le explican que andaban sólo de paseo y le piden permiso para continuar. El señor accede a la petición sin antes pedirles que no botaran basura ni hicieran fogatas. Les cuenta que hacía unos años, unos niños, al igual que ellos habían accedido al bosque y se quedaron toda la noche haciendo una fogata que después no apagaron del todo. Al otro día, hubo mucho viento que reavivó la fogata generándose un incendio de proporciones que tomó casi una semana para controlarlo y donde las casas más cercanas corrieron mucho riesgo de incendiarse. Los niños quedaron un poco preocupados, porque de suceder cualquier cosa, ellos serían sospechosos. Después de varios conciliábulos deciden continuar el paseo.

Caminan recorriendo lomas y quebradas, experimentando pequeños accidentes y resbalones que no pasan a mayores. Un tanto agotados, deciden detenerse un momento y aprovechando unos troncos de árboles caídos se sientan a conversar. Valentín sugiere contar cuentos de terror, ante lo cual Antonia se niega, pero como era minoría, tuvo que acceder.

—Oye, Anto—le dice Sebastián—Este pueblo debe tener muchas historias. En estos lugares un tanto solitarios y aislados la gente suele inventar cosas para asustar a los niños.

—Hay unos cuentos por ahí—contesta la niña— Pero, yo no me los sé, porque siempre que empiezan con estos temas yo me voy, pero ahora me da miedo irme sola de vuelta.

—Pero, si a la Antonia le da susto...—dice Camilo—¿Para qué vamos a insistir?

—¿A la Antonia le da susto o a ti?—pregunta Valentín con un sonrisa burlesca en su cara.

—¡Ya salió con sus cosas!—exclama Camilo un poco fastidiado.

—¡Ya oh!—contesta Valentín—Si es sólo un juego.

—Si no es para tanto tampoco—dice Antonia—Bueno, ¿Quién se sabe algún cuento?

—¡Yo!—responde Valentín—Dicen que este bosque en las noches, a veces sale una mujer llorando buscando a sus hijos.

—¡Chaaaa!—exclama riéndose Sebastián—ese es el cuento de la llorona y es más viejo que mi abuelito.

—Bueno, y ¿Tú te sabes uno mejor?—lo desafía Valentín.

—Está bien—responde Sebastián—Mi mamá, una vez nos contó que cuando era niña, sus padres se cambiaron de casa. Era una casa muy antigua, que se la compraron a un caballero que lo único que quería era deshacerse de ella, entonces se la vendió muy barata. A mis abuelos les llamó la atención esto, pero la oferta era muy buena como para dejarla pasar, así que la compraron. Al principio todo iba bien, pero al tiempo comenzaron a suceder cosas extrañas. Se escuchaban ruidos en la noche, lo que no importó mucho porque como la casa era vieja, mis abuelos pensaban que eran crujidos de su estructura. Pero, los ruidos eran cada vez más fuertes y se escuchaban como si fuera el llanto de un niño. Mi mamá, a veces, despertaba muerta de frío y se daba cuenta que la ropa de cama estaba hasta los pies. Un día, mi abuela se levantó después de escuchar el llanto. Revisó todas las piezas y cuando entró a la pieza de mi mamá vio como de repente la ropa de cama se levantó bruscamente dejando a mi mamá destapada, mientras ella dormía así que no podía haber sido ella.

—Como en el Exorcista—dice Valentín burlándose—¿Y luego la cama se comenzó a sacudir?

—Espérate—le responde Sebastián—Una noche, mi mamá ya estaba muy asustada y no podía dormir. Cuando era de madrugada, comenzó a escuchar los sollozos. Se tapó la cabeza con la almohada y tiritaba de miedo. Los ruidos se escuchaban cada vez más fuertes y en eso, la ropa se levanta sola y la vuelven a destapar y escucha una voz decirle “¡Sal de mi cama! ¿Por qué no se van de esta casa?”. Ella se armó de valor y sacó la cabeza y se dio vuelta. A los pies de la cama había un niño de unos ocho años, mirándola fijamente. Ella no sabe cómo lo hizo, pero se sentó en la cama y miró fijamente al niño y le preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Wladimir—contestó el niño.

—¿Qué quieres?—le preguntó mi mamá.

—Quiero que te vayas.

—¿Por qué?

—Porque ésta es mi casa y no sé qué haces tú aquí— le dice el niño a mi mamá.

—¿Dónde están tus padres?—le preguntó mi mami.

—No lo sé— respondió Wladimir— No los he visto hace mucho tiempo.

—Mi mamá—cuenta Sebastián—de a poco empieza a perder el miedo y decidió tratar de darle confianza al niño. Éste también comenzó a tranquilizarse. Mi mamá lo invitó a que se sentará en la cama y le siguió conversando. En un momento, mi mamá estiró su mano como para acariciarle la cara, pero su mano siguió de largo. Era realmente un fantasma.

Sebastián hace una pausa y mira a sus amigos con detención. Los tres estaban tremendamente tensos, con las manos entrelazadas entre las piernas y los ojos bien abiertos.

—¿Y qué pasó?—pregunta la Antonia.

—Nada. Mi mamá le dijo que sus padres habían comprado la casa y que ahora era de ellos y que le gustaría ser su amiga.

—¿De dónde sacó tanto valor tu mamá para hacer todo eso?—pregunta Camilo— porque ella era niña también ¿Qué edad tenía?

—No lo sé, parece que unos 10 años. Ella siempre nos dice que no sabe de dónde sacó fuerzas.

—¿Y entonces?—pregunta Valentín.

—Bueno, el niño apareció un par de veces más y luego no volvió. Después, mis abuelos se enteraron que hacía mucho tiempo, cerca de principios del siglo XX, ahí vivió un matrimonio con un hijo. Un día, el matrimonio salió de noche y dejaron al niño solo durmiendo en la casa. Entraron unos ladrones y se encontraron con el niño, quien al descubrirlos comenzó a gritar. Uno de los delinquentes lo agarró del cuello y de un tirón le rompió el cuello. El niño murió ahí mismo. Después los papás llegaron más tarde y se encontraron con el niño muerto. Dicen que la señora se volvió loca, la internaron en un manicomio y el señor vendió la casa. De ahí, pasaban familias y familias, que no duraban mucho tiempo y se iban asustadas porque este niño Wladimir no los dejaba en paz.

—Y en realidad...—interviene la Antonia— eran los otros los que no lo dejaban en paz a él.

—Parece que tu mamá se la dio— complementa Camilo.

—Buena tu historia, Seba— dice Valentín.

—Sí—dice Antonia—Pero, ahora quiero irme ¿Ya?

Todos asienten y aunque no lo confiesen, quedaron asustados y conmovidos por el cuento de Sebastián. Camilo de vez en cuando mira hacia atrás sintiendo como si una presencia los viniese siguiendo. Cuando el sol ya se había escondido, los chicos salen del bosque y emprenden el retorno a sus casas. Los últimos en separarse fueron Antonia y Camilo.

Durante la once, Camilo conversa con su madre.

—Mamá, ¿Tú crees en fantasmas?—le pregunta.

—No mucho ¿Por qué?

—Por nada. El Seba nos contó una historia de un niño fantasma que vivía en la casa de sus abuelos.

—¿Y qué hacía? ¿Les hizo daño?

—Creo que molestaba a todos los que vivían en la casa. Pasaron varias familias que dejaban la casa asustados. La mamá del Seba, que era niña, se lo llevó por la buena y ahí desapareció.

—Dicen algunos, que se les echa retándolos o tratándolos bien, pero no con miedo—comenta la mamá de Camilo.

—Acá fue lo segundo parece.

—Yo no sé—dice la mamá de Camilo—A veces, pienso que debe haber una vida después de la muerte, y esas almas puede que queden dando vuelta en este lado, sobre todo aquellas personas que mueren de manera traumática. Hay gente que cree en el limbo o el purgatorio. La verdad es que yo no tengo ninguna experiencia al respecto. Creo en Dios, pero no sé qué pasará con uno cuando se muere.

—Me da un poco de susto—confiesa Camilo.

—No se preocupe, mi niño—le dice la mamá—Aquí no hay fantasmas. Mira toda la gente que viene a esta casa durante el año y nunca yo he escuchado de algún suceso paranormal.

—Pero eso no descarta que los fantasmas existan—replica Camilo.

—No, pero es muchísima más la gente que nunca ha visto uno que los que sí dicen haber tenido algún contacto con el más allá.

—Es verdad—acepta Camilo.

—Ya, no hablemos más de esto—dice la mamá—¿Salgamos a dar una vuelta?

—Bueno.

Camilo llegó muy cansado de la caminata con sus amigos, pero aceptó

la invitación para distraerse y olvidarse del tema. Junto con su madre y su hermano salen a caminar por el pueblo. Recorren la plaza de armas y el borde costero encontrándose con muchos veraneantes que realizan la misma rutina. Comen churros y cabritas, mientras la mamá de Camilo compra adornos en una feria artesanal.

Ya de vuelta en la casa, el cansancio hace presa de Camilo quien cae rendido en su cama. Durante la noche se sume en un sueño, similar al del día anterior.

Camilo camina de la mano con su padre en las calles oscuras de un barrio desconocido. Entran a la sala de reuniones donde están en asamblea y discuten los mismos temas. El papá de Camilo, lo sienta en sus piernas y le pregunta:

—¿Sabes por qué estamos aquí?

Camilo mueve la cabeza de un lado a otro sin pronunciar palabras en negación a la pregunta de su padre.

—Estamos aquí—dice el padre—porque debemos defender nuestra dignidad. No somos personas de segunda clase. Tenemos derecho a un mundo mejor. Yo tengo la esperanza de que éste sea el momento para producir los cambios que necesitamos, para reducir las diferencias entre las personas. Los que tienen más plata no son mejores ni peores que nosotros, pero vaya que se han portado mal con nosotros. A los pobres nos tratan de flojos y que siempre estamos pidiendo cosas como el limosnero pide monedas en la calle, pero en realidad no hay oportunidades. Uno puede trabajar y trabajar, todos los días de su vida jornadas muy largas y ganar lo mínimo para subsistir, mientras otros por el solo hecho de nacer en una familia de bien, tienen asegurado su futuro. Eso hay que erradicarlo y espero que tú, cuando seas grande, puedas vivir en un mundo más justo.

A medida que el caballero ha ido hablando, su cara fue mutando hasta convertirse en el señor del sueño de la noche anterior. Al señor de bigotes y peinado gomoso se le llenan los ojos de lágrimas sin dejar caer ninguna y continúa escuchando lo que dicen las otras personas en la asamblea. Las imágenes se nublan hasta desaparecer sumergidas en el sueño profundo de Camilo.

Es un día radiante, sin embargo no hace calor y la brisa marina es suficiente para refrescar el ambiente. Camilo y su familia llegan después de almuerzo a la playa. Se instalan con sus toallas y el quitasol en una zona central, justo al frente de la torre del salvavidas. Esa ubicación es estratégica, porque cuando la playa se llena, es difícil buscar puntos de referencia, todos los quitasoles son parecidos y desde el borde de la playa se ve una masa de personas. Sobre todo para los niños es fácil ubicar la torre del salvavidas y luego buscar la posición de la familia.

Con tantos años veraneando en el mismo balneario, las familias de los amigos de Camilo se conocen y a medida que van arribando se instalan unas al lado de las otras. Los chicos eligen un lugar unos cuantos metros alejados de sus padres y se juntan con sus toallas y tablas de bodyboard, los que tienen. Una vez que son más de dos, parten raudos al mar a bañarse. —¡Putá que está fría esta hueá!—exclaman siempre cuando el agua toca sus pies.

No falta el que para vencer el frío comienza a salpicar agua a los otros, armándose una pequeña batalla que no deja de molestar a los adultos que están cerca. Lentamente van avanzando, enfrentando cada ola con hidalguía. Los que saben nadar se atreven a avanzar más, mientras que los que no, permanecen en un lugar intermedio donde no los tapa el mar. Algunos pueden estar horas en el agua, otros se aburren luego y vuelven a tirarse en la arena entumidos hasta calentarse. Una vez medio secos, vuelven al mar y así tres o cuatro veces durante la jornada.

Al grupo de amigos, se han sumado dos integrantes más que llegaron el día anterior al balneario. María José, prima de Sebastián y Esteban, vecino de Antonia. María José es un par de años mayor que los chicos, tiene quince años y se junta con ellos porque la obligan a cuidar a Sebastián, pero si fuera por ella, se juntaría con chicos mayores. Por la misma razón, ella es la niña soñada, pero los chicos saben que jamás se fijará en uno de ellos. Ahí están todos, tirados en sus toallas, en semicírculo.

—Oye, María José—dice Valentín—¿Así que había fantasmas en la casa de tus abuelos?

—Creo que sí, yo no sé muy bien la historia—responde la chica—Mi papá no la cuenta mucho. ¿El Seba se las contó?

—Sí—contesta Camilo—¿Tu padre no recuerda o no quiere recordar?

—Lo que pasa es que mi papá es menor que mi tía. Yo sé que ella sufría

con ese niño.

—Es cierto—interviene Sebastián—Mi tío, no sé si bebé, pero es varios años menor que mi mamá. Se supone que mi mamá era de la edad del niño fantasma y por eso la molestaba a ella y no a mi tío.

—Oye, ¿Habrán fantasmas buenos y otros malos?—pregunta Antonia.

—No lo sé—responde Sebastián—Parece que hay unos más violentos que otros, pero también tiene que ver con cómo uno los trata. Mi mamá supo cómo tratarlo y se lo ganó.

—Camilo vio un fantasma el año pasado—dice Antonia sonriendo como delatando a Camilo.

—¿En serio?—pregunta Valentín.

—¿Quién dijo que era un fantasma?—dice Camilo—Eso es lo que dice la Antonia.

—Lo que pasa,—cuenta Antonia—es que Camilo, se hizo amigo de una niña que aparentemente vive detrás de su casa, pero yo, que soy de aquí, sé que ahí no hay ninguna niña. Es más, esa casa pasa sola y de vez en cuando se ve un cuidador que limpia el patio y saca la maleza seca.

—¿Y cómo es? ¿Es bonita?—pregunta Esteban.

—No lo sé—Camilo se sonroja—Es una niña normal, viste un poco extraño, como anticuada, pero no tiene nada de extraño.

—Le pidió que le escribiera cartas por correo—agrega Antonia.

—¡Oye, que eres indiscreta!—exclama Camilo.

—¿Y la mina no sabe que existe internet y facebook?—pregunta Valentín.

—¿Y le escribiste?—le pregunta Sebastián a Camilo.

—¡Estás loco!—responde Camilo—Ni siquiera sé cómo hacerlo.

—¿Al menos sabes cómo se llama?—pregunta María José.

—Me dijo que se llamaba Sofía—contesta Camilo.

—Me gusta el nombre Sofía. Así se llamaba mi abuela—comenta María José.

—¿Tu abuela, la del fantasma?—pregunta Valentín—A lo mejor es ella que viene a penar al Camilo.

—¡Estúpido!—le contesta María José, dándole un golpe en el antebrazo—Mi abuela está viva.

—Perdona—se disculpa Valentín, sobándose el brazo y se queja—Me dolió.

—Para que no digas tonteras—le responde María José.

—¿Y ahora la has visto?—pregunta Esteban.

—No, no me he asomado por ahí—contesta Camilo, ocultando que el día anterior había estado husmeando por la casa de Sofía.

—Bueno, si la ves de nuevo, puedes integrarla al grupo—le sugiere Sebastián a Camilo.

—Puede ser. Se lo preguntaré—contesta Camilo.

—¡No! ¡Y si realmente es un fantasma! ¡Que pene a Camilo nomás!—reclama la Antonia, quien en el fondo ve a Sofía como una eventual competencia.

—¿No estarás celosa, Antonia?—pregunta Valentín.

—¿Por qué voy a estar celosa?—contesta Antonia, dándole una palmada en la cabeza a Valentín.

—¡Ay!—exclama Valentín—¡Porque a ti te gusta el Camilo! ¡Y ya, dejen de pegarme!

—Es que dices tonteras—le dice Antonia evidentemente avergonzada.

—¿Vamos a bañarnos?—invita Camilo tratando de salir de la situación.

—¡Vamos!—responden los chicos al unísono.

Las niñas se quedan tendidas en sus toallas, mientras los niños se van al mar.

—¿Es cierto que te gusta el Camilo?—le pregunta María José a la Antonia.

—Na' que ver—responde Antonia—Son cosas que inventa el Valentín.

—Pero, te he visto mirarlo como si así fuese.

—Bueno, me gusta un poco—confiesa Antonia—¿Qué te parece él a ti?

—Es lindo, pero como todos ellos, es muy niño aun—responde María José—Hablan puras tonteras, se ríen a cada rato y de cosas sin sentido, pasan jugando a la pelota y lo peor, es que casi nunca se bañan.

—¡Siiii!—afirma la Antonia—Es como si le tuvieran alergia a la ducha ¿Por qué será eso?

—No lo sé, pero si hay algo en que se destacan los niños adolescentes, es en su delicado olor a pie.

Las niñas ríen de esto y otros comentarios similares acerca de los niños.

María José le da consejos a Antonia para lograr llamar la atención a Camilo. Le cuenta detalles de sus primeros amoríos y le explica técnicas de cómo seducir a un chico.

—Hay que dejar que enganchen—le dice María José a la Antonia—Luego, lo tratas con indiferencia. Hay que desorientarlo permanentemente, porque si el chiquillo se da cuenta que uno anda loca por él, se hace el lindo y no

se fijará en ti. Tira y afloja y verás que caen redonditos.

—No sé—responde Antonia—A mí me cuesta manipular las cosas, como maquinando relaciones. Además, me da vergüenza que se dé cuenta.

—¿Y tú crees que no se ha dado cuenta? Basta con que el Vale lo diga. Eso indica que más de alguna vez lo han comentado entre ellos.

—¿Tú crees?—pregunta Antonia.

—¡Claro! Si lo dicen en broma es que en realidad lo creen.

—¡No, me muero!—Antonia se tapa la cara y esconde la cabeza debajo de su polera.

—No seas tonta—dice María José—Olvídate de él unos días y vas a ver cómo te va a buscar.

Más tarde los chicos llegan y se tiran en sus respectivas toallas sin antes salpicar, a propósito, agua y un poco de arena a las niñas para molestarlas. Ya cerca de la hora de once, las familias arreglan sus cosas y se van de la playa, dejando a los chicos un rato más, los que después de secarse bien y comenzar a sentir frío deciden seguirlos.

Ya en la casa, la mamá de Camilo lo manda a ducharse aduciendo que no lo hace desde que llegaron de vacaciones y porque no hace bien quedarse con la sal del mar en el cuerpo debido a que se reseca la piel. A regañadientes, Camilo tiene que hacerle caso. Después de esto y bien abrigado, Camilo se sienta a la mesa para disfrutar de la once que sabe mejor después de toda una tarde en la playa. Aun no anochece para cuando termina de comer y decide salir al patio trasero a espiar a Sofía. Camilo se pasea frente al tunar tratando de disimular su interés. Come una mitad de pan con mantequilla que rescató de la once. Busca un claro entre las tunas donde se vea hacia el sitio colindante que le pueda dar pistas de la presencia de la chica. Después de varios rodeos, se anima a meterse entre las hileras de los cactus. Mira sigilosamente hacia el patio vecino, pero no divisa el más mínimo rastro de vida. La casa se ve cerrada tal cual como la vio el día anterior. Aparentemente no habría moradores. Un tanto desilusionado, Camilo retorna a la casa.

Al día siguiente, Camilo se levanta temprano y después de desayunar sale al patio a jugar a la pelota solo. El chico tira pelotazos contra el muro de división con el terreno vecino. De pronto, comienza a tirar, a propósito, la pelota hacia las tunas. La pelota queda con algunas púas incrustadas en sus cascos después de caer sobre las plantas espinudas. Camilo se las

saca y luego tira la pelota hacia el cielo lo más fuerte que puede, hasta que la pelota por fin cae en el terreno de la casa trasera. Camilo se acerca despacio, se mete por los pequeños pasadizos entre tunas y comienza a gritar:

—¡Alo! ¡¿Hay alguien ahí?!

Nadie sale a su llamado. El chico avanza un poco más. Se agacha en un pequeño espacio y pasa al terreno vacío.

—¡Hola!—llama con voz fuerte—¡Se me cayó la pelota! ¡¿Puedo pasar a recogerla?!

Camilo se acerca a la ventana de la cocina, no apreciando moradores en la casa aparentemente abandonada. La pelota ha quedado bajo un lavadero de ropa. Camilo la recoge y continúa su búsqueda. Rodea la casa, llegando hasta la parte frontal. Trata de superar su miedo y se atreve a golpear la puerta de entrada. Espera un par de minutos y retorna hacia el patio trasero. Antes de volver al tunar, voltea por última vez por si sale alguien. Como esto no sucede, el niño tira la pelota por sobre los cactus y se agacha para pasar a su casa.

—¿Camilo?

El chico escucha su nombre y se queda petrificado. Echa un pie atrás, se pone de pie y gira encontrándose con Sofía.

—Hola—Camilo saluda a la niña muy nervioso—Pensé que no había nadie. Llamé varias veces, incluso fui a tocar la puerta del frente y no salió nadie.

—¿Cómo estás?—le pregunta Sofía como no importándole mucho las explicaciones de Camilo.

—Yo bien ¿Y tú?—le contesta.

—Bien. Llegué recién ayer desde Santiago—dice Sofía.

—Yo llegué el fin de semana pasado—le cuenta Camilo—Ya han llegado todos mis amigos.

—¿En serio?—pregunta Sofía con una sonrisa tierna en su cara.

—¿Estás sola?—le pregunta Camilo.

—Mi tía fue a comprar al almacén de la esquina.

Camilo no sabe qué preguntarle y cómo continuar la conversación. La niña se le ha acercado hasta quedar a un par de metros de él. Luce casi tal cual como la conoció el año anterior. Incluso, está casi seguro que Sofía usa el mismo vestido de esa vez.

—¿Quieres entrar a la casa?—le pregunta ella.

—No, no te preocupes—contesta Camilo—Sólo pasé porque otra vez se me cayó la pelota a tu patio.

—Si quieres puedes venir más tarde para que conversemos—dice Sofía.

—Está bien. Quizás después de almorzar.

—Bueno, te espero entonces.

Camilo, un poco avergonzado, se da vuelta y cruza la hilera de tunas hasta su casa, sin mirar hacia atrás.

El chico no lo comprende muy bien, pero le intriga esa niña. Le gustaría conocerla mejor y decide desechar cualquier invitación de sus amigos a salir ese día. Durante el almuerzo, está un poco ansioso y engulle su plato de comida como si estuviese apurado. La mamá lo regaña y le pide que coma tranquilo disfrutando de la comida. Camilo trata de pausar sus actos, pero no puede evitar apresurarse. Una vez que termina, Camilo le pide permiso a su madre para ir a ver a Sofía.

—¿Quién es Sofía?—le pregunta la mamá.

—Una niña que vive en la casa de atrás.

—¡Ah! Por eso me preguntabas por esa gente el otro día.

—Sí, es una amiga que conocí el año pasado—le cuenta Camilo.

—Está bien, pero no demores tanto.

Camilo pasa al baño, se mira en el espejo y revisa su presentación. Se arregla un poco su cabello y trata de bajar unas mechas rebeldes de la parte superior de su cabeza. Luego, sale rumbo a la casa de Sofía. Atraviesa las tunas y llama sigilosamente.

—¡Hola! ¡Sofía! ¿Estás ahí?

La puerta de la cocina se abre y sale la niña al encuentro de Camilo.

—Hola.

—¿Ya almorzaste?—le pregunta Camilo.

—Sí, hace un rato. Mi tía acostumbra a preparar el almuerzo muy temprano para dejar la tarde libre para hacer otras cosas ¿Quieres pasar?—Sofía invita a Camilo.

—Bueno—Camilo accede y un tanto tímido pasa a la casa.

—Mi tía no está—dice Sofía—¿Quieres pasar a mi pieza?

Camilo asiente. De la cocina a través de un estrecho pasillo pasan al dormitorio de la niña. No tiene puerta, sólo una cortina floreada que la chica pliega y engancha en un clavo en la pared. Al frente de la pieza de

Sofía está el baño y más allá el dormitorio de la tía y el comedor. Es una casa pequeña, de madera, muy humilde y acogedora. En extremo limpia con una decoración que podría caer en la sobrecarga con decenas de figuritas de porcelana y madera por doquier. La pieza de Sofía es muy estrecha, apenas cabe la cama y un velador. A los pies de la cama, hay un closet sin puertas, constituido por una serie de separadores cúbicos en los cuales Sofía tiene su ropa muy ordenada y un perchero con un par de abrigos colgados.

Sofía se sienta en la cama y le pide a Camilo que lo haga también a lo cual el chico accede y lo hace manteniendo una distancia prudente de ella.

—Eres un poco tímido—le dice ella.

—A veces—contesta él—Me cuesta un poco entrar en confianza.

—¿Me tienes miedo?

—No, con cualquier persona no me doy al tiro.

—¿Por qué no me cuentas algo?—pregunta Sofía.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé, qué cosas te gusta hacer, cuando estás de cumpleaños, quienes son tus amigos, lo que tú quieras.

—Bueno, estoy de cumpleaños en abril, cumpliré catorce años. Tengo muchos amigos en Santiago, en el colegio, acá también. Pero son amigos distintos, no los mezclo. Por ejemplo, donde vivo tengo un par de amigos vecinos con los que me junto normalmente en las vacaciones y los fines de semana. En el colegio están mis compañeros de curso con los cuales también a veces me junto fuera de clases. Están los amigos de acá, que nos vemos sólo en el verano. A veces, nos encontramos en Santiago, pero no es fácil porque somos de barrios muy distintos. Tengo una amiga que vive acá, su casa está frente a la mía y su papá tiene almacén, se llama Antonia ¿La conoces?

—¿Al frente de tu casa?—Sofía hace un gesto como tratando de ubicarse—Nunca he visto un almacén en ese lugar.

—¿En serio? Ese almacén ha estado ahí desde que tengo uso de razón.

—¿Dices que tu amiga se llama Antonia?—Camilo asiente con la cabeza—No, tampoco conozco a ninguna Antonia.

—Bueno, yo ya te conté algo, ahora te toca a ti.

—Yo soy de pocos amigos. Mis papás no me dejan salir mucho, porque mi barrio es un poco peligroso. De hecho, cuando salgo de vacaciones en el

colegio, mi papá me manda casi al tiro para acá para que no me aburra.
—¿Y no te gusta ver televisión o jugar en el computador?—pregunta Camilo.

—En mi casa no tenemos televisión y lo segundo que dijiste no lo entendí, no sé a qué te refieres.

—¿No tienes televisión ni computador?—pregunta sorprendido Camilo.

—La verdad es que mi familia es muy pobre. Apenas tenemos una radio a pilas, que cuando no hay plata ni siquiera tenemos para las pilas.

—Pero hoy, hasta las familias más pobres tienen su LCD o un computador viejo.

—No sé a lo que te refieres. Tú te ves y hablas como si fueras un piije y eres incapaz de comprender otras realidades distintas a la tuya.

—¿Piije? ¿Qué significa eso?—pregunta Camilo extrañado.

—Piije, un niño de gente con plata, de familia bien como dicen algunos.

—Primera vez que escucho esa palabra. Pues no soy piije, cuico o como quieras llamarme, mi familia es de clase media. No por tener 3 televisores en la casa eres rico.

—¿Estás bromeando, cierto?!—pregunta exclamando Sofía—¡Nadie tiene 3 televisores! ¿Para qué?

—Bueno, muchas veces yo quiero ver cosas distintas que mis papás o que mi hermano chico.

—Lo encuentro absurdo—comenta Sofía.

—¿Y no tienes teléfono tampoco?—pregunta Camilo.

—¡No!— responde fastidiada Sofía—¿Por qué te importa tanto lo que tengo o no tengo?

—No es que me importe, pero me parece extraño que a estas alturas haya gente sin teléfono.

—Somos la mayoría, fíjate—dice Sofía.

—Bueno, no te molestes—Camilo quiere cambiar de tema y de tono en la conversación—¿Esos dibujos son tuyos?

Sobre la cama hay varias hojas de cuaderno con dibujos a grafito. Camilo los toma y los revisa cuidadosamente.

—Sí, son míos—responde la chica.

—Son buenos. Eres súper talentosa.

—¿Lo crees de verdad?—pregunta Sofía, mientras Camilo asiente con la cabeza—Esta es mi mamá, elige uno con un rostro de mujer. La tuve

posando durante un par de horas, al final estaba muy cansada. Esas son mis manos, selecciona un segundo dibujo. Me costó mucho hacer la mano derecha, porque con ella dibujo, entonces tenía que mirarla y luego recordar la figura para tomar el lápiz y dibujar.

—¡Qué cuático!

—¿Qué dijiste?—pregunta Sofía.

—Cuático, loco, no sé.

—Dices cosas extrañas, que no entiendo— dice Sofía riéndose.

—Tú también dices palabras que no entiendo ¿Y este caballo?

—Ése lo copié de un cuadro que hay en mi casa de Santiago.

—¿No has pensado en estudiar pintura?—pregunta Camilo.

—Sí, pero es difícil. Gente como nosotros no va a la universidad, menos para estudiar artes.

—¿Cómo es eso de gente como nosotros?

—¡Gente como nosotros! Mi padre es empleado en una fábrica y mi madre es dueña de casa. Para vivir, tendré que casarme joven o trabajar cuando salga del colegio. Una niña de clase baja, como yo, no va a estudiar arte en la universidad.

—Es cierto, que estudiar artes no es muy rentable, pero creo que exageras con respecto a que tu única expectativa sea casarte. Tienes trece años solamente.

—Mi mamá se casó a los catorce años y casi todas las mujeres de mi familia han tenido la misma experiencia.

—A lo mejor, nuestras realidades son muy distintas—comenta Camilo—La verdad es que no puedo imaginar lo que dices. Eso es del siglo pasado.

Se escucha la puerta de entrada de la casa que se abre y luego se cierra. Unos pasos rápidos en el piso de madera se acercan. Frente a la entrada de la pieza de Sofía se detiene una mujer, la cual mira fijamente a Camilo y sin decir nada continua su camino hasta la cocina.

—¡Sofía!—la señora grita llamando a la chica.

—Es mi tía—le dice Sofía a Camilo casi susurrando—Espérame.

Camilo se incomoda un poco. Trata de poner atención a lo que la señora le dice a Sofía. No entiende nada, pero se da cuenta que habla con tono de regaño. Después de unos segundos Sofía vuelve a la pieza.

—¿Salgamos al patio?—le dice a Camilo.

—¿Pasó algo?—pregunta Camilo.

—Lo que pasa es que a mi tía no le gustó que estuviera contigo sola en mi pieza—responde Sofía acercándose al oído de Camilo.

Los chicos pasan por la cocina en dirección al patio. Camilo no se atreve a mirar a la señora y pasa raudo sin decir nada.

—¿Hicimos algo mal?—pregunta Camilo.

—No—responde Sofía—Lo que pasa es que mi tía es enchapada a la antigua y no le gusta que un niño y una niña estén solos en una pieza.

—En realidad es bien anticuado todo eso.

—Sí, pero ella es muy buena. Yo la quiero mucho y es por eso que me vengo todo el verano para acá. Ella es hermana de mi papá y vive sola acá.

—¿Es soltera?

—Separada. Estaba casada, pero mi tío era alcohólico y le pegaba mucho. Un día mi papá lo pilló pegándole a mi tía, lo agarró y le sacó la mugre. Se llevó a mi tía a nuestra casa y luego ella se vino a vivir acá, sola.

—¿No tiene hijos?

—No.

Después de esto se genera un silencio profundo. Los dos niños miran hacia el suelo y no saben qué decir. Sofía se acerca a una banca de madera, la corre hacia el sol e invita a Camilo a sentarse. La banca es pequeña y quedan sentados muy apegados.

—Tú me contaste que tenías más hermanos—comenta Camilo—¿Por qué vienes sólo tú a veranear acá?

—Es que yo soy la más cercana a mi tía. Además mi tía es pobre y no podría tenernos a los cuatro acá, ni siquiera hay camas suficientes. Por lo demás a mis hermanos no les gusta mucho venir para acá.

—¿Y cómo son ellos?—pregunta Camilo.

—Mi hermano mayor tiene quince años y se llama Rubén. Él es como el segundo hombre de la casa y a veces se pone muy pesado, sobre todo porque mi mamá le da autoridad. Después está Carmen que tiene once años. Con ella nos llevamos bien, de hecho dormimos juntas en la misma pieza que mis papás. El menor es Pancho, tiene nueve años y es el regalón de la casa. La verdad es que mi mamá prefiere a los hombres, con las niñas es más severa.

—¿En serio?—pregunta Camilo—Es un poco machista.

—Bastante, pero es lo normal ¿o no?

—No lo sé—responde Camilo poco seguro—¿Y tu papá cómo es?

—Mi papá es muy cariñoso, sobre todo conmigo. Creo que soy su regalona. Pero, trabaja mucho. Sale temprano en la mañana y vuelve tarde en la noche. Ahora, con los problemas de locomoción a veces, llega a medianoche.

—¿Por el transantiago?—pregunta Camilo.

—¿El qué?—responde Sofía con otra pregunta—A veces hay pocas micros y mi papá trabaja en una fábrica que está en un sector muy aislado.

—Oye, ustedes tienen poca diferencia de edad. Sólo dos años entre cada uno.

—Cierto. Hay seis años de diferencia entre el mayor y el menor. Y podrían haber sido más. Después de Pancho, mi mamá quedo otra vez embarazada, pero tuvo un problema, el bebé murió y tuvieron que sacarle el útero. De otra manera podríamos haber sido como ocho.

—¡Ocho!—exclama Camilo—¿No será mucho?

—La mayoría de las señoras de mi población tienen muchos hijos. Imagínate que el primero lo tienen a los catorce, por lo que tienen cerca de veinticinco años más para tener hijos.

—Nuestras realidades son distintas—dice Camilo—Donde yo vivo, los matrimonios son jóvenes que no tienen más de dos hijos, como mi familia. Yo dudo que mi mamá quiera tener otro hijo.

—Debe ser la realidad del barrio alto—dice Sofía.

—¡Yo no soy del barrio alto!—responde Camilo fastidiado.

—Bueno, perdona—se disculpa Sofía—Ya no hablemos más de estas cosas.

—De acuerdo—responde Camilo—¿Te gustaría conocer a mis amigos?

—¿Tus amigos? No sé si mi tía me deje.

—¿Por qué podría negarse?

—Porque a ella no le gusta que me junte con gente extraña.

—Bueno, si cambias de opinión yo te puedo incluir al grupo. Son todos muy simpáticos, hay niñas y niños.

—Lo sé—responde Sofía—Está Antonia ¿Cierto?

—Cierto.

—¡Sofía!—la tía llama a Sofía desde adentro de la casa.

—Vuelvo en seguida—le dice Sofía a Camilo.

La niña entra a la casa, mientras Camilo se queda en el patio sentado en la banca. Mira a su alrededor revisando los rincones del patio de la

casa. También mira hacia el tunar y divisa el techo de su casa, y de vez en cuando, levanta la cabeza tratando de mirar por la ventana que da a la cocina de la tía de Sofía. Al cabo de unos minutos, vuelve Sofía y se sienta nuevamente en la banca.

—Mi tía dice que si quieres puedes quedarte a tomar once—dice Sofía.

—¡Ah! No era tan enojona.

—¡Para nada!—exclama Sofía—Mi tía es muy cariñosa ¿Quieres quedarte?

—Bueno, pero aun no son ni las cinco de la tarde—responde Camilo.

—Nosotros tomamos once a esta hora—le explica Sofía.

Camilo acepta la invitación. Los chicos entran a la casa. Camilo está un poco cohibido, no se siente muy cómodo con la tía de Sofía mirándolo inquisidoramente. Durante la once, la señora sólo habla un par de veces y los chicos tampoco conversan. De vez en cuando se encuentran sus miradas y sonríen. La única vez que la tía se dirige a Camilo es para ofrecerle más pan y otra taza de té, a lo cual el chico se niega porque no está acostumbrado a repetirse. Después de comer lo suficiente, Camilo siente que se le ha hecho tarde y pide permiso para retirarse. La tía de Sofía por primera vez le sonríe y le agradece la visita.

—Mañana podrías venir a almorzar—le dice la señora a Camilo.

—Tendría que pedirle permiso a mi mamá, pero no creo que haya problemas—responde el chico.

—Bueno, te esperaremos con una rica comida—dice la tía sonriendo.

—Gracias—responde Camilo.

Sofía acompaña a Camilo hasta el patio, haciéndole ver a Camilo que su tía no era una mala persona.

—Al principio me dio un poco de miedo tu tía, pero ahora ya me cae bien—dice Camilo.

—Entonces ¿Vendrás mañana?—le pregunta Sofía.

—Sí—contesta el chico—¿Tendré que traer una botella de vino?

—No seas tonto—le responde Sofía haciendo el ademán de un manotazo, pero que termina siendo una suave caricia en el hombro de Camilo.

Camilo se despide levantando tímidamente su mano derecha no animándose a darle un beso a Sofía. Cruza el tunar y entra a la casa.

—¡Volviste al tiro!—exclama la mamá de Camilo al verlo en la casa.

—Pero, si estuve casi toda la tarde afuera—responde Camilo.

—Fuiste y volviste—dice la mamá—¿No estaba esa niña?

Camilo la mira extrañado, no sabe si le está tomando el pelo o habla en serio. Junto a la mamá hay un reloj mural que indica las tres de la tarde, la hora en que terminó de almorzar y pidió permiso para ir a la casa de Sofía. Increíblemente, saca su celular del bolsillo el cual indica las 18:00 horas. No entiende nada, los relojes muestran tres horas de diferencia. Para estar seguro, Camilo le pide el celular a su madre el cual coincide con el reloj colgado. Aparentemente no había estado más que un par de minutos afuera aunque él está seguro que no fue un sueño y estuvo toda la tarde con Sofía en su casa. La confusión invade a Camilo pero decide no contarle a su mamá lo sucedido.

Camilo se levanta temprano, le ayuda a su madre con el desayuno, quien no deja de sorprenderse con la actitud de su hijo. Mientras toman el té, Camilo le cuenta a su madre que estaba invitado a almorzar en la casa de su nueva amiga, la vecina de atrás. La madre le da permiso y hace planes para salir a almorzar afuera con el hermano de Camilo y aprovechar también de comprar en una de las tantas ferias artesanales del lugar. Una vez que terminan de desayunar, Camilo toma una toalla y se dirige al baño. —¿Te vas a duchar? ¡Sí que debe ser importante la invitación que te hicieron!—exclama la mamá. —¡Mamá!—exclama Camilo en tono de reproche un poco avergonzado. —Sí, mi niño, no se enoje, si es sólo una broma. Póngase lindo nomás. Camilo entra a la ducha y permanece en ella cerca de media hora. Mientras cae el agua sobre su espalda, divaga e imagina la situación del almuerzo al cual fue invitado. Ni siquiera recuerda si se enjabonó o no, o si se echó shampoo en el pelo. Cierra la llave después del tercer reclamo de la madre para que se apure y no gaste tanto gas. Una vez que sale del baño, una densa nube de vapor lo acompaña y debe aguantar los reproches de su madre quien tras él entra al baño con un trapero para secar el piso del agua desbordada.

Camilo está un poco nervioso, quiere dejar una buena impresión en Sofía y su tía. Elige su mejor tenida y demora largos minutos arreglando su cabello frente a un espejo instalado en el pasillo de la casa. No sabe bien cuál será la hora más adecuada para ir a la casa de Sofía. Recordando lo temprano que tomaban once decide partir alrededor de mediodía. Todavía confundido por la situación de la desincronización de los relojes que observó el día anterior, se preocupa de verificar la hora en su celular, el reloj mural de la cocina y el teléfono de su madre. Todo estaba bien, se despide de su madre y emprende rumbo a la casa de Sofía. Al cruzar por la parte trasera de su patio, se encuentra con la niña sentada en la banca, tan humilde como siempre. Ningún acicalamiento especial. Sofía luce un bonito pero anticuado vestido, unas sandalias de suela y un par de correas que dejan gran parte de su pie al descubierto. Su peinado tiene una cola de caballo y su pelo muy estirado en la parte superior que debe doler, dejando un flequillo ralo sobre la frente. En sus orejas, un par de aros adornan sus lóbulos y nada más.

—Hola—saluda Sofía con una gran sonrisa en la cara—Llegas temprano.

—Hola—responde Camilo—En realidad, no sabía a qué hora llegar y para no correr riesgos, decidí venir a mediodía.

—Está súper bien.

Sofía mira de pies a cabeza a Camilo, sin dejar de sonreír amablemente.

Acerca su mano y toca la ropa del chico acariciándola.

—No logro adivinar de dónde sacas esta ropa—le dice después de la inspección.

—¿Qué tiene?—pregunta Camilo un poco preocupado—¿Está mal?

—No, no sé. Es extraña, me gustan los colores, son colores vivos, no como los que usan los niños de nuestra edad, que es ropa de viejos.

—Visto como todos los niños—se defiende Camilo—No tiene nada de extraña.

—¿Por qué se te caen los pantalones?—pregunta Sofía dejando soltar una breve risa.

—Así se usan—responde Camilo.

—No entiendo por qué usas cinturón, si igual se te caen los pantalones.

—¿Podemos dejar de hablar de mi ropa?—pide Camilo.

—Está bien—responde Sofía—no quise incomodarte.

Los chicos quedan unos segundos en silencio, luego Sofía invita a Camilo

a pasar a la casa. Aparentemente está sola, no logra divisar a la tía. Se sientan en un sofá antiguo de mimbre dotado de unos cojines floreados un tanto gastados y muy blandos que no impiden que se sientan los palos de caña que conforman la base del sillón. Camilo aprovecha de observar la pieza con todos sus detalles. Es una pieza pequeña usada como living-comedor. En el centro, una mesita de centro repleta de adornos de cerámica y un florero con flores de plástico que no deja mucho espacio para estirar las piernas. A un costado hay un mueble alto de varias repisas con fotografías en blanco y negro, una de las cuales muestra a Sofía con su tía, en la playa del balneario. En la pared en la cual está apoyado el sofá hay un gran cuadro con una foto en la cual Camilo cree reconocer al ex presidente Salvador Allende.

—¿Quiénes son ellos?—pregunta Camilo apuntando a uno de los cuadros del mueble de repisas frente a él.

La imagen muestra a una pareja casándose en una iglesia. Los novios están de frente mirando fijamente al cura que está casi de espalda. Detrás de la pareja, se observa sólo la primera fila de invitados vestidos muy anticuadamente.

—Son mis abuelos—responde Sofía—Los padres de mi padre y mi tía. Es la ceremonia de matrimonio en Santiago. Es una foto de la década del veinte.

—¿Están muertos?—pregunta Camilo.

—¡No!—exclama Sofía—Viven en Santiago en la casa de junto a la mía.

Camilo no dice nada, pero se sorprende de esa respuesta porque en un cálculo simple, deduce que la pareja debe tener más de cien años.

—Tienes buenas expectativas de vida—comenta Camilo.

—¿Por qué?

—Por nada, no te preocupes ¿Y esa foto cuándo te la sacaste?—Camilo le muestra el cuadro donde la chica aparece con la tía.

—El verano pasado. La foto la sacó mi papá.

—¿Y por qué está en blanco y negro?

Sofía hace un gesto de extrañeza ante la pregunta de Camilo, levanta ligeramente una de sus cejas y responde,

—Porque así son las fotos.

Camilo cada vez está más extrañado e incómodo, porque siente que cada comentario o pregunta que hace pareciera muy estúpida.

—¡A propósito!—exclama Sofía—Hoy conocerás a mi padre. Llegó esta

mañana de visita y estará todo el fin de semana hasta el domingo. Esto termina por poner más nervioso a Camilo. Toda la situación le parece muy extraña. Sofía es extraña, la casa es extraña, las fotografías son extrañas y, además, tenía que presentarse frente al papá de la niña, sin saber si era simpático o no.

—¿Y tu mamá también vino?—pregunta Camilo.

—No, ella se quedó en Santiago con mis hermanos. Siempre lo hacen así. A mi mamá no le gusta mucho la playa y además, venir con mis hermanos implica muchos gastos. Se necesita plata para los pasajes, más aun considerando que todas las cosas en este pueblo son más caras. No tenemos esa plata, así que mi papá viene solo tres veces durante el verano. Una, para venir a dejarme, otra, como ahora, para visitarme a mí y a mi tía y, la tercera, para buscarme y volver a la ciudad.

—¿Cómo es tu papá?—pregunta Camilo indagando un poco el terreno y así saber a qué atenerse cuando llegue el caballero.

—Mi papá...—dice Sofía dejando inconclusa la oración pensando en cómo complementarla—Mi papá es una buena persona, súper trabajador y amoroso con sus hijos. A veces se pone serio y estricto, pero lo entiendo porque sostener una familia como la nuestra en la actualidad es muy difícil. Sobre todo porque, como ya te he comentado, mi familia es bien pobre y mis padres deben hacer magia para que los ingresos sean suficientes. Cuando se pone a hablar de política se pone aburrido, pero a él le gusta, así que no te extrañe si te hace conversar de eso en la mesa.

—Yo no entiende nada de política, así que no sabré qué responderle—comenta Camilo.

—Mientras no seas momio, no hay problema.

—¿Momio? ¿Qué significa eso?—pregunta Camilo.

—¡Momio poh!—responde Sofía como si fuera obvio—¡De derecha!

—Yo no soy ni de derecha, ni de izquierda—responde Camilo—No me interesa la política, es muy aburrida.

—Entonces, sígueme el juego—le recomienda Sofía.

Los chicos continúan su conversación con temas triviales. Al poco rato, se abre la puerta de entrada e ingresa con un poco de dificultad la tía de Sofía cargando bolsas de malla repletas. Camilo se ofrece a ayudarla ante lo cual la señora acepta y le pasa una de las bolsas.

—Había mucha gente en la feria—dice la señora—Por eso nos demoramos tanto.

Camilo acompaña a la tía hasta la cocina, deja la bolsa en un mesón y retorna al living. El padre de Sofía aún no ingresa, se escucha que conversa con alguien, aparentemente con un vecino. Luego de unos segundos, la puerta se vuelve a abrir y lentamente aparece la figura del padre de Sofía ante la sorpresa mayúscula de Camilo quien reconoce a ese hombre como el personaje de su sueño repetido durante un par de noches atrás. El caballero saluda con un beso en la cabeza a Sofía y se para frente a Camilo que permanece de pie petrificado.

—Buenas tardes, García para servirle—le dice el papá de Sofía solemnemente y le estira la mano.

—Buenas tardes—contesta Camilo tímidamente dándole la mano.

El señor le aprieta la mano y la agita de arriba hacia abajo con firmeza lo que termina por intimidar por completo a Camilo.

—¿Y tiene nombre tu amigo?—el señor le pregunta a Sofía.

—Perdone, me llamo Camilo—dice el chico reaccionando antes que Sofía conteste.

—Camilo, mucho gusto. Toma asiento.

—Gracias, tío—le responde Camilo.

—¿Tío? ¿Me llamaste tío?—dice el señor sorprendido—¡Carmen! ¡Carmen! No me habías contado que tenía un sobrino.

—¿Qué?—pregunta la tía desde la cocina al no escuchar bien el comentario.

—¿Cuándo tuviste a este crío que no recuerdo haberte visto embarazada alguna vez?

El papá de Sofía enfila hacia la cocina donde se queda con su hermana. Camilo se queda mirando a Sofía y se sienta en el sofá sin comprender aún cómo era posible que su papá apareciese en sus sueños sin siquiera haberlo conocido antes.

—¿Por qué le llamaste tío a mi papá?—le pregunta Sofía.

—Es una forma de hablar—se defiende Camilo—No tiene nada de extraño, todo el mundo lo hace.

—¿Estás seguro?—pregunta Sofía—Uno trata así a los hermanos del papá o de la mamá y no a cualquier persona. Si mi papá fuera tu tío, nosotros seríamos primos y ¿Cómo es que nos conocemos desde hace tan poco?

—Ya, ya—responde Camilo—Si sé que los tíos son los hermanos de los padres, pero ahora se le trata de tío al chofer de la micro, al dueño del

almacén, al profesor en la escuela.

Sofía lo mira con una cara de extrañeza como no comprendiendo lo que habla Camilo. El chico saca su celular para ver la hora porque le parece que ha pasado una eternidad y le están dando ganas de salir huyendo de ese lugar. Con decepción se da cuenta que aún no ha transcurrido ni media hora desde su llegada. También nota que su teléfono no tiene señal. Se pone de pie, se acerca a la ventana con el teléfono en su mano por si el símbolo de conectividad se enciende en la pantalla del aparato. Pero, nada. El reloj sigue avanzando pero el móvil está inactivo.

—¿Le pasa algo a tu aparatito?—le pregunta Sofía.

—Es raro, pero mi teléfono no tiene señal.

—Encuentro increíble que tengas un teléfono personal, que funciona sin cables y además de tamaño tan pequeño.

—Debe ser un problema de la compañía—comenta Camilo sin prestar mayor atención a lo que dice Sofía.

—¡Sofía!—se escucha la voz de la tía de Sofía desde la cocina.

—Dime, tía.

—Ayúdame con la mesa, vamos a almorzar en media hora.

—¿Me ayudas?—Sofía le pregunta a Camilo.

—Está bien.

El papá de Sofía sale de la cocina con el periódico entre sus manos, mientras Sofía saca un mantel desde un mueble y lo estira sobre la mesa con la ayuda de Camilo. El señor se sienta en uno de los sillones del living y se apresta a leer el matutino.

—¿Y de dónde es este Camilo?—pregunta sin dirigirse a nadie en particular mirando fijamente la portada del diario.

—Él veranea junto con su familia en la casa que da hacia la otra calle—responde Sofía indicando con su mano hacia el patio interior de la casa.

Sofía saca una caja de madera con el servicio y le pasa tenedores y cuchillos a Camilo para que los coloque en los puestos del lado contrario de la mesa. Luego agregan vasos, un servilletero y una panera sin pan.

—¡Estos momios fascistas siguen golpeando las puertas de los regimientos!—exclama el papá de Sofía leyendo el periódico.

Camilo mira a Sofía, quien le hace un gesto levantando los hombros y las cejas.

—¿Ponemos cucharas, tía?—pregunta Sofía.

—¡Sí!—contesta la señora—Tomaremos sopita primero.

Camilo le hace una mueca a Sofía moviendo la cabeza para hacerle saber que no quiere sopa.

—¡Camilo no toma sopa, tía!—dice la niña.

—¡Cómo no va a tomar sopa! En esta casa se come todo lo que haya.

—Tome sopa, m'ijo—complementa el papá de Sofía—No ve que con el acaparamiento de los momios hay que comer lo que sea.

Camilo no tiene más remedio que bajar la cabeza y seguir ayudándole a Sofía.

—Y tu familia, Camilo ¿Está con el gobierno de los trabajadores o con la oposición?—pregunta el papá de Sofía.

—No sé—Camilo titubea un poco, no sabiendo qué responder—Yo no sé mucho de política.

—Mal está eso pues, muchacho. La situación actual es muy delicada y requiere que todos estén claros con sus opciones. Mientras el gobierno avanza haciendo los cambios necesarios para lograr justicia social, la derecha boicotea todo. Pero, ya van a ver. En las elecciones parlamentarias de este año, el presidente tendrá el triunfo necesario para profundizar los cambios.

El papá de Sofía levanta el dedo apuntando la fotografía de Salvador Allende y luego continúa hojeando el periódico.

—¿En qué barrio vives, Camilo?—le pregunta el señor al chico.

—En Ñuñoa.

—¡Ahhhh, Ñuñoa! ¡Ése es un barrio pirulo!—exclama el papá de Sofía y en seguida hace otra pregunta—¿Y qué hacen tus padres?

—Mi mamá es profesora y mi papá trabaja en una fundación, pero no sabría decirle mucho más que eso.

—¡Ahhh!—exclama nuevamente con el mismo tono y moviendo verticalmente la cabeza—Son profesionales entonces.

Sofía y Camilo terminan de poner la mesa. La niña le indica que se sienten en el living.

—¿Y le serviste un vaso de bebida a tu amigo?—le dice el papá a Sofía.

—No—contesta la niña—¿Qué quieres tomar?

—Lo que sea—contesta el chico.

Por un instante, Camilo se queda solo con el papá de Sofía. El chico mira a este señor tan familiar y desconocido a la vez, mientras éste sigue

concentrado leyendo el diario. Viste una camisa blanca y un chaleco azul sobre ella, pantalones de tela y zapatos de suela. Su peinado bien cuidado destaca por la partidura a un costado perfectamente recta. Usa bigote grueso y unas patillas largas y angostas llegan hasta la mitad de sus mejillas. En un instante al cambiar de página, se levanta el diario y Camilo logra leer en la portada el nombre “El Clarín”, el cual resulta totalmente desconocido para él.

Sofía vuelve desde la cocina con una bandeja y dos vasos, uno con bebida y otro con vino. La niña se acerca primero a su padre quien le dice:

—Sírvale a su amigo primero.

Camilo toma el vaso y le da las gracias a Sofía. Toma un sorbo y hace un gesto de extrañeza. Cree reconocer el sabor a cola, pero le parece distinta a las bebidas que suele tomar. Sofía se sienta a su lado y le sonríe, Camilo le responde la sonrisa, pero ninguno dice algo.

Tras unos minutos, la tía de Sofía aparece con platos humeantes invitando a todos a pasar al comedor. Camilo espera y observa cómo se distribuyen para ver dónde sentarse. Sofía le indica un puesto al lado de ella. En la cabecera se instala el papá de Sofía y en el lado contrario de los chicos, se sienta la tía. Camilo mira con desconfianza el plato de sopa y lo revuelve lentamente con la cuchara. Él no suele tomar sopa en las comidas, no le gustan, pero no olvida que es un invitado y no se atreve a rechazarla. Mira de reojo la panera pensando que con pan podría hacer más soportable el sacrificio, pero está demasiado lejos. A la tercera vez que mira el pan, el papá de Sofía lo invita a sacar una porción.

—Gracias, tío—le responde Camilo.

—¡Otra vez! ¡Yo no soy tu tío!—exclama el señor.

—Perdón, no fue mi intención molestarlo—replica el chico.

—Está bien—dice el papá de Sofía—Lo que pasa es que es muy raro que me digas tío si recién nos venimos conociendo ¿Cierto?

El papá de Sofía mira a las mujeres de la casa buscando su afirmación ante lo cual ellas responden asintiendo con la cabeza. Después de eso, Camilo queda aún más cohibido y no cesa de mirar fijamente el espeso líquido de su plato. Después de unos segundos de silencio, decide probar la pócima sin antes ingerir un pedazo de pan. La sopa está caliente y Camilo se quema levemente la lengua.

—Sople antes, m' hijito—le dice la tía de Sofía al darse cuenta del accidente de Camilo.

El chico le hace caso y antes de probar la segunda cucharada se asegura de soplar lo suficiente para entibiar la sopa. Una vez que está seguro, introduce la cuchara llena en su boca y ante su sorpresa, la encuentra muy agradable. Un sabor que nunca antes había sentido. Con esto pierde la desconfianza y comienza a tomar la sopa sin la colaboración del pan. Es el primero que deja vacío su plato.

—Parece que le gustó mi sopa—comenta la tía de Sofía.

—Sí, está muy rica—responde Camilo.

Una vez que los cuatro comensales terminan la entrada, la tía de Sofía retira los platos y va en busca del segundo a la cocina.

—Bueno, niño—el papá de Sofía se dirige a Camilo—¿Cuál es la tendencia política de tus padres?

—No lo sé, señor—responde Camilo con timidez—Nunca hablamos en política en la casa.

—Pero, en estos momentos es difícil mantenerse imparcial, sobre todo con la campaña de la prensa golpista que con recursos del exterior y de los industriales se ha dedicado a crear un ambiente enrarecido.

—La verdad es que yo ni siquiera veo las noticias en la televisión—comenta Camilo.

—Malo está pues—le replica el papá de Sofía—Éste es un intento tan valioso... Imagina que por primera vez en la historia del país, son los trabajadores los que llevaron al triunfo a este gobierno y lo han estado sosteniendo con valentía. Es la utopía hecha realidad.

Camilo está sorprendido con la pasión que el señor le da a sus palabras. Cuando habla de la utopía, sus ojos se enrojecen y le brillan.

—Yo sé que se han cometido errores—continúa con su alocución el papá de Sofía—Pero, al lado de las atrocidades que han cometido los patrones con la gente toda la vida, esto es un juego de niños. Piensa que en el campo aún existe el inquilinaje. El dueño del fundo no les paga un salario a sus trabajadores por el hecho de darles una mediagua para vivir en su terreno. Durante toda la historia de este país, la educación ha estado reservada a los poderosos porque los atorrantes no pueden pensar ¿Se te ocurre? El campesino de los pies pelados no puede saber leer porque así se instruye y eso es peligroso. A un pueblo educado, no le meten el dedo en la boca ¿No crees?

—No lo sé, puede ser—Camilo no sabe qué responder.

Camilo cada vez está más convencido de que algo raro está sucediendo. Las evidencias son muchas. Por alguna razón, esas personas viven una realidad del pasado. No sabe si están locos o él está vivenciando una experiencia extraordinaria e incomprensible ¿Cómo es posible que se haya trasladado en más de cuatro décadas al pasado? La vestimenta, el lenguaje, la decoración, el periódico, las fotografías son pistas de que ese momento es el pasado. Camilo está un poco asustado. De pronto teme no poder volver a su tiempo, porque se da cuenta que no es un sueño. También podrían estar todos locos, una familia de insanos creyéndose una realidad ficticia. Eso también le da temor ¿Quién sabe si esas personas podrían hacerle daño? Si bien se declara totalmente ignorante al respecto, Camilo sabe algunos antecedentes de los hechos acaecidos a principios de la década de los 70 del siglo pasado en Chile. A lo mejor ese señor vivió los apremios de la dictadura y al desquiciarse, formó una familia haciéndoles creer a todos que vivían antes de lo que después ocurrió. La imaginación de Camilo no para, tratando de comprender la situación y dar respuestas coherentes a lo que estaba viendo y escuchando.

El papá de Sofía siguió hablando de la situación política en Chile durante esos años, mientras la tía sólo corrobora lo que dice y aporta con detalles extras. Los niños no participan más de la conversación, sólo escuchan en silencio. Una vez terminado el almuerzo, Camilo se disculpa agradeciendo las atenciones y les dice que debe volver a casa. La familia de Sofía, le agradece la visita y lo excusa.

En un descuido de los habitantes de la casa, Camilo toma el periódico y lo mete entre sus pantalones y la polera en su espalda.

Sale al patio junto con Sofía quien le dice que puede volver cuando quiera. Los chicos se dan un beso en la mejilla y Camilo se dirige hacia el tunar. En medio de las hileras de cactus, el chico saca de su espalda el periódico y se fija que la fecha que aparece en la portada es 15 de enero de 1973. Camilo sigue avanzando hasta cruzar hacia el terreno de su casa, momento en el cual el periódico desaparece deshaciéndose entre sus dedos. El fenómeno termina por asustarlo más y después de quedarse congelado mirando sus manos unos segundos, emprende rauda carrera hacia su casa la que se encuentra vacía. Al entrar, escucha el sonido de la reja cerrándose. Se aproxima a la ventana y ve a su madre que recién va saliendo de la mano con su hermano. Camilo vuelve la cabeza y se fija en

el reloj de la pared, se da cuenta que la hora es prácticamente la misma que con la que se fue. Saca su celular del bolsillo, que marca las 16:00 horas. Hay cerca de cuatro horas que Camilo no sabe qué se hicieron. Estuvo con Sofía todo ese tiempo, pero en el mundo al que pertenece, aparentemente no ha pasado el tiempo. Camilo se sienta en un sofá y se queda mirando la ventana hacia la calle, sin comprender lo que ha pasado.

Camilo ha estado un par de horas sentado en la terraza de la casa mirando hacia la calle, pero su atención ha estado centrada en su cabeza. En un momento uno de sus amigos pasó por la vereda contraria y lo saludó. Camilo reaccionó varios segundos después, cuando el chico ya había desaparecido. Ha estado divagando acerca de su experiencia en la casa de Sofía. Está preocupado porque no sabe qué tan ciertos han sido esos momentos o todo ha sido parte de su imaginación como proyección del sueño con el papá de Sofía.

De pronto, del almacén del frente se asoma Antonia quien levanta la mano saludando a Camilo. El chico le responde el gesto y le pide que se acerque. Ambos niños se juntan en la puerta de la reja de la casa de Camilo.

—Hola ¿Cómo estás?—Saluda Antonia.

—Bien ¿Y tú?

—Un poco aburrida. En la mañana le ayudé a mi mamá con el aseo y luego estuve con papá atendiendo el negocio. Te ves un poco preocupado ¿Te pasa algo?

—Estoy bien, no me pasa nada—Camilo duda si comentarle o no algo a Antonia.

—¿Has visto a tu amiga de atrás?—Le pregunta Antonia apuntando hacia la parte posterior de la casa de Camilo.

—Sí, hoy fui a su casa a almorzar.

—¿Y ya volviste?—pregunta sorprendida Antonia—Son las dos de la tarde. ¿A qué hora almuerzan en esa casa.

Camilo no sabe cómo explicarle a Antonia la situación. Saca su celular del bolsillo y le muestra la hora.

—¿Qué pasa?—pregunta Antonia—No entiendo.

—Fíjate en la hora—le dice Camilo.

La niña mira con atención y se da cuenta que el móvil indica las seis de la tarde.

—¿Por qué está desajustada la hora en tu teléfono?—le pregunta a Camilo.

—No lo sé. Hoy salí de la mi casa a mediodía porque Sofía me había invitado a su casa a almorzar. El asunto es que estuve allá cerca de cuatro horas, conocí a su padre, compartimos con su tía, hablamos de varias cosas, algunas un poco extrañas y cuando volví a casa, resulta que mi madre recién iba saliendo con mi hermano y la hora del reloj de pared era la misma con la que salí.

La Antonia se queda fijamente mirando a Camilo un tanto incrédula.

—El reloj está malo—le responde a Camilo—Quizás se le agotaron las pilas ¿Lo revisaste bien?

—No, el problema no es el reloj. Por segunda vez, me sucede que cuando voy a casa de Sofía paso un momento determinado ahí y cuando vuelvo a casa es como si el tiempo se hubiese detenido. Pero no es sólo eso, Sofía y su familia hablan de cosas pasadas como si estuviesen pasando ahora. Incluso, el papá estaba leyendo un diario de enero de 1973.

—A lo mejor el caballero es coleccionista de diarios viejos—comenta Antonia.

—No, no es coleccionista. En un momento, cuando me di cuenta de esto, tomé el periódico y lo escondí. Al cruzar a mi casa el diario se deshizo entre mis manos.

—¡Ah, ya!—exclama Antonia—¿Me estás tomando el pelo? ¡Qué pesado!

—No, no es una broma. Te prometo que las hojas desaparecieron frente a mis ojos en mis manos.

Camilo baja la mirada y demuestra su contrariedad. Sus ojos se humedecen y dejan caer una lágrima por su mejilla. Antonia, se asusta un poco, se acerca y le pone su mano en el hombro tratando de consolarlo.

—¿Qué sucede, Camilo?—le pregunta.

—No lo sé—responde el chico—Eso es lo peor de todo, no sé lo que está pasando. Hace unos días tuve un sueño en el cual aparecía el papá de Sofía, pero recién hoy lo conocí y nunca antes lo había visto ¿Por qué una

persona aparece en mis sueños y luego resulta que me encuentro con él en la vida real? Bueno, si es que fue real lo que he vivido hoy.

—No sé qué decirte—le dice Antonia—¿Has hablado de esto con tu mamá?

—No. Lo que pasa, es que hasta ahora todo era más o menos normal. Estaba conociendo a una chica que vive en la casa contigua, me cae bien, ella me invita a su casa, conozco a su tía y si bien hay cosas extrañas que me llaman la atención todo estaba bien. Pero ya fue mucho, no sé si ellos están todos locos, o son muy mala onda y me están haciendo una broma de muy mal gusto o definitivamente yo estoy viendo alucinaciones.

—¿Estás asustado?—le pregunta Antonia.

—Un poco.

Camilo agacha la cabeza y se queda mirando el suelo. Antonia no sabe qué hacer ni qué decirle. Luego, de unos segundos en silencio, la chica se ofrece a acompañarlo y visitar la casa de Sofía. Deciden dar vuelta a la manzana. Camilo le cuenta que hace un par de días hizo lo mismo y no salió nadie a su llamado. Antonia lo anima diciéndole que habiendo gente en su interior, deberían salir. Si bien, la niña vive en el lugar, confiesa no pasar frecuentemente por esa calle y no recuerda haber visto a alguien en la casa de Sofía. Al llegar a la casa tratan de ver algo a través del cerco de pinos. Camilo toma una piedra y comienza a golpear la puerta de entrada.

—¡Hola!—grita, mientras golpea el portón de madera.

Antonia observa hacia el interior por la ranura que se forma entre la puerta y los pinos.

—¡Hola!—insiste Camilo, gritando y golpeando con más fuerza.

—Deben haber salido—le dice Antonia—¿Qué te parece si le preguntamos a papá si conoce a alguien de acá? Él conoce a todo el pueblo.

Camilo acepta la propuesta. Los chicos retornan a la casa de Antonia. El almacén está vacío. El balneario es tan tranquilo que don Renato entra a la casa hasta que algún cliente llega al almacén y llama, sin temor a que le roben.

—¡Papá!—grita la Antonia entrando por el pasillo que conecta al almacén con la casa. Después de unos segundos, la chica vuelve de la mano con su padre y le dice que Camilo tiene algunas preguntas que hacerle.

—Hola, don Renato—Saluda Camilo.

—Hola, niño ¿Cómo estás?

—Bien. Quería hacerle unas preguntas acerca de la familia que vive en la casa que da a los pies de mi casa, por la calle que sigue.

—Al otro lado de la calle—El señor mira hacia fuera del local como tratando de ubicarse geográficamente—por ahí viven los Montecinos, está la señora Matilde ¿Quién más?

—¿No hay una señora Carmen?—le pregunta Camilo.

—¿Carmen? No conozco a nadie con ese nombre en esa calle ¿De qué casa estamos hablando específicamente?

—Es una casa cerrada por unos pinos muy frondosos y bien cortados y una puerta de madera.

—¡Ah!—exclama don Renato—Ya me ubico, pero ahí no vive nadie hace mucho tiempo. Hay un cuidador, don Jorgito, que vive en la esquina que le echa una mirada de vez en cuando a esa casa. Pueden preguntarle a él.

—¿Pero no te acuerdas de ninguna Carmen?—le pregunta Antonia a su padre.

—Bueno, la señora Carmen efectivamente vivía ahí, pero ella falleció hace mucho tiempo.

Antonia gira su cabeza y busca la mirada de Camilo quien se queda estupefacto.

—¿Por qué preguntan por ella?—dice don Renato.

—Por nada especial—responde Antonia ante el congelamiento de Camilo—¿Y hace cuánto que murió esa señora?

—No recuerdo muy bien, pero puede haber sido hace unos diez o quince años.

—¿De qué murió?—pregunta Camilo tratando de salir de su estupor.

—Le dio una enfermedad terminal, no recuerdo si fue cáncer u otra cosa. Ella vivía sola.

—¿No recuerdas a una sobrina suya que la venía a ver?—pregunta Antonia.

—¿Una sobrina? Hace mucho tiempo, había una niña que la venía a ver todo el verano, creo que era su sobrina, pero después dejó de venir. Debe haber estado en su funeral, pero para ser sincero no debo haberla reconocido.

—Gracias, papá, eso era—le dice Antonia.

—Bien ¿Puedo volver a ver la tele?—pregunta don Renato.

La niña asiente y el señor se retira hacia el interior de la casa. Antonia toma

de la mano a Camilo y lo lleva hacia afuera del almacén.

—¿Te das cuenta, Anto?—pregunta Camilo—Estuve almorzando con unos fantasmas.

La niña no responde nada, está tan asombrada como el chico.

—¡Están todos muertos!—exclama Camilo.

—A lo mejor es un error—le responde la niña—¿Cómo sabes si nos estamos equivocando de casa o mi papá está confundido?

—Todo calza, Antonia. Ellos son del pasado, no cabe duda. A Sofía le llamaba la atención mi ropa, mi peinado, mi celular, lo que yo decía, así como yo no entendía una serie de cosas que me decían ellos.

—A lo mejor tratan de comunicar algo a través de ti—dice Antonia—¿Viste la película sexto sentido? Los muertos querían que el niño los ayudase a resolver cosas de sus vidas.

—Yo no quiero ayudar a nadie—dice Camilo—No quiero saber nada de fantasmas y muertos en mi vida.

—¿Y si vamos a conversar con el tío Jorge? Yo lo conozco, él puede darnos más información.

—¡No quiero saber más de esto!—exclama Camilo—No quiero hablar más de esto. Yo no te conté nada y no hablamos con tu papá acerca de esto ¿Ya?

Camilo le hace prometer a Antonia que no hablarán más del tema y que no comentarán nada con los otros amigos. La chica accede y acompaña a Camilo hasta que la mamá de éste y su hermano vuelven de su paseo.

—Hola, mi niño, hola, Antonia—saluda la mamá de Camilo al llegar—Ya estabas aquí.

—Sí, llegué hace rato—contesta el chico.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres tomar once?

—Sí, tengo mucha hambre—Camilo recuerda que tiene un desfase de cuatro horas y por lo tanto no ha comido nada hace casi 8 horas.

—Está bien—responde la señora—Traje un rico pan amasado para que comamos con mantequilla ¿Quieres tomar once con nosotros, Antonia?

—No se preocupe, tía—responde la niña—Acá en casa tomamos once más tarde.

Mientras la mamá de Camilo entra a la casa, Antonia toma de la mano a su amigo para darle ánimo.

—Cuéntale todo a tu mamá—le dice Antonia a Camilo.

—No lo sé. Ya te dije que no quiero hablar más del tema.

El chico suelta su mano de la de la niña e ingresa a su casa sin antes mirar atrás y hacerle un gesto despidiéndose de Antonia.

—¿Cómo estuvo el almuerzo?—pregunta la mamá apenas Camilo cierra la puerta de casa.

—Bien, estuvo bien.

—Vamos a tener que invitar a esa niña en retribución a su gesto.

—Puede ser—contesta Camilo sin ganas de prolongar la conversación.

El chico se mete en su cuarto, toma su reproductor de música, unos audífonos y sube el volumen al máximo aislándose totalmente del exterior.

Una vez que la mamá tuvo lista y servida la once, llama varias veces a Camilo sin que éste la escuche hasta que la señora decide entrar a la pieza y le sacude uno de los pies para que el niño ponga atención.

—¡Ya pues! ¡¿Cómo te tengo que llamar?!—la mamá regaña a Camilo.

—Perdona, no te escuché.

—¿Cómo vas a escuchar con esas cosas en las orejas?

Camilo se reincorpora lentamente de la cama y sigue a su madre hacia el comedor. El hermano de Camilo ya está sentado en la mesa. Por más que la mamá intenta sacarle algún comentario de su visita a la casa de Sofía, Camilo contesta con monosílabos y trata de cambiar de tema continuamente. Finalmente, la señora, no insiste y decide dejar de interrogar a su hijo.

Después de la once, Camilo se retira una vez más a su cuarto a escuchar música. Permanece ahí hasta que llega su padre de Santiago quien, de acuerdo a la rutina veraniega, viene a pasar el fin de semana con la familia. Después de un momento en que el hermano menor acapara la atención del papá, Camilo le cuenta algunos detalles de su semana en la playa. Durante el tiempo en que escuchó música, Camilo se dio cuenta que no sabía mucho acerca de los sucesos que antecedieron el golpe militar de 1973 y piensa que lo mejor es comenzar preguntándoles a sus padres.

El papá de Camilo sale a la terraza a fumar un cigarro, ocasión propicia para que el chico se acerque a conversar con él.

—Papá ¿Qué pasó el 73?

—¿El 73?—pregunta el papá un poco sorprendido—¿A qué te refieres?

—En 1973 ¿Qué pasó en Chile?—insiste Camilo.

—¡Buhhhh!—exclama el papá—Pasaron muchas cosas. Pinochet y los

otros comandantes en jefes de las fuerzas armadas se tomaron el poder por la fuerza. Sacaron las tropas a la calle, bombardearon la Moneda, el presidente Allende se suicidó y entramos en la era más oscura de la historia de este país.

—¿Y por qué pasó todo eso?—pregunta Camilo.

—Difícil es responder eso. Ni los expertos se ponen de acuerdo aún. Yo creo que mientras haya gente que vivió esos días seguirá siendo un tema controvertido. Imagínate que el tema de la independencia de Chile aún no genera consensos entre los historiadores a pesar de los años, esto aún es reciente y hay mucho partidismo involucrado.

—¿Qué crees tú?—insiste Camilo.

—Yo creo que el proyecto de Allende era demasiado revolucionario como para que la gente que tenía el poder, preferentemente el poder económico, lo permitiese. También se dice que la CIA, la central de inteligencia norteamericana, fue la que preparó todo el escenario para que la crisis no tuviera otra salida distinta que la del golpe. Se expropiaron industrias, terrenos agrícolas, se nacionalizó el cobre, y todo en muy poco tiempo. Entonces, los que tenían el poder y no quisieron perderlo, comenzaron a boicotear todo. Las industrias no tenían repuestos, porque los importadores dejaron de comprarlos en el extranjero. Los comerciantes comenzaron a acaparar los artículos de primera necesidad para que la gente le echara la culpa al gobierno. La prensa, todos los días hablaba del golpe muchos meses antes de que se produjese.

—¿Qué edad tenías en ese tiempo?

—¿Yo? Yo era un niño. Tenía cuatro años.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Porque he leído al respecto, porque he visto documentales y porque tus abuelos me contaban desde pequeño lo que sucedía.

—¿Los abuelos eran allendistas?

—No eran de la UP, la Unidad Popular, pero simpatizaban con su discurso y pensaban que Chile necesitaba un cambio profundo, porque era un país donde la desigualdad era enorme.

—Igual que ahora—replica Camilo.

—Igual que ahora, mi niño—responde sonriendo el papá.

—Entonces ¿Todo eso no sirvió de nada?

—En lo inmediato, claro que no. Ese intento fue aplastado con toda la

fuerza que te dan las armas y la lógica de la guerra. Después que se instauró la dictadura, se armó todo un plan en el cual había que borrar todo lo hecho por el gobierno de Allende. Ser de izquierda estaba prohibido y eras perseguido por ello. Se intervinieron los colegios, las universidades, se cambiaron los planes de estudios para resaltar los valores patrios, si hasta se modificó el himno nacional agregando una parte que hablaba de los militares como defensores de la patria, se prohibieron los partidos políticos, los sindicatos, se disolvió el congreso. Resulta irrisorio que los partidos políticos de oposición al gobierno de Allende pidiesen el golpe, pensando que Pinochet les devolvería el poder a ellos, y lo primero que hizo este caballero fue cerrar el congreso.

—¿De qué están hablando los chiquillos?—los interrumpe la mamá de Camilo.

—Pregúntale a tu mamá. Ella era momia en ese tiempo—le dice el papá a Camilo.

—¿Por qué momia? ¿De dónde salió ese término? Es muy extraño—pregunta y comenta Camilo.

—Bueno, las momias se conservan en el tiempo—explica el papá de Camilo—Son cadáveres que se intervienen para que duren miles de años. Entonces, algunos parlamentarios de izquierda comenzaron a llamar a los de derecha como “momios” porque se oponían a los cambios profundos y pretendían conservar todo tal cual. De hecho, antiguamente había un partido conservador, que era de derecha y su tarea era conservar todo, nada de cambios.

—Entonces, mamá ¿Tú eras momia?

—Nada que ver—responde ella—Yo nunca fui momia, lo que pasa es que en mi familia no querían mucho a Allende.

—¿Por qué no?—pregunta Camilo.

—Mi papá trabajaba en el ministerio de bienes nacionales, fue funcionario público toda su vida y contaba que el gobierno hizo muchas cosas raras y fraudulentas. Algunos decían que eran los funcionarios y no el gobierno, pero todos eran parte del mismo cuento.

—¿Y eso justificaba el golpe?—pregunta el papá de Camilo.

—No, no creo que lo justificase, pero la situación de polaridad llegó a un nivel insostenible. Los parlamentarios se tiraban cosas por la cabeza en plena sesiones. Había enfrentamientos de partidarios del gobierno y la

oposición en las calles todos los días. Había gente armada que pensaba que los cambios había que hacerlos por la fuerza, e incluso no estaban con Allende, como el MIR.

—Entonces, lo justificas—insiste el papá de Camilo provocando a su esposa.

—¡Qué pesado!—exclama ella—No lo justifico pero, creo que es bueno comprender por qué se llegó a ese nivel de odiosidad.

—¿Y qué pasó después?—pregunta Camilo.

—Después vino lo más terrible—contesta el papá—Por mucho que se decía que había grupos armados, la resistencia fue mínima. Era el ejército contra un grupo de pobladores y trabajadores que con suerte contaban con palos y piedras. La masacre fue total. Se intervinieron las poblaciones, las escuelas y universidad como ya te conté. Muchos se escondieron, otros se entregaron voluntariamente, se allanaban las fábricas, las poblaciones. Se implementaron varios campos de concentración o centros de detención como le dicen los más cursis. El Estadio Nacional, el Estadio Chile, Villa Grimaldi, varios regimientos, Pisagua, entre otros fueron centros de detención y tortura. El Estadio Chile ahora se llama Estadio Víctor Jara en homenaje a quien fuera asesinado ahí.

—¿Y los mataron a todos?—pregunta Camilo.

—No, no todos murieron—contesta el padre—Hubo un número importante de ejecutados, otros fueron soltados después de varias semanas, algunos de ellos salieron del país y quedaron en calidad de exiliados y otros, no volvieron nunca, fueron detenidos y desaparecieron por siempre.

—¿Y qué hacía la diferencia entre esas personas?—pregunta Camilo.

—El grado de participación que tenían en el gobierno y las organizaciones sociales. No daba lo mismo si habías sido funcionario del gobierno o eras miembro de alguno de los partidos de la Unidad Popular o habías participado de alguna federación de estudiantes o eras sindicalista. Algunos se salvaron, porque después de ser torturados dieron algunos nombres de personas, que luego también fueron detenidas. Es así como cayó mucha gente que no tenía nada que ver y porque alguna vez estuvo en una reunión política o sindical fueron asociados al gobierno de Allende.

Mientras el papá de Camilo narra estos acontecimientos, el chico no puede dejar de pensar en el papá de Sofía y recuerda los detalles de su sueño donde participa junto con el caballero en una reunión sindical. También

piensa en lo que le dijo Antonia, acerca de que puede ser gente que esté buscando alguna ayuda de parte de él. Camilo concluye que el papá y la misma Sofía pueden haber sido asesinados después del golpe militar y se angustia mucho. Deja de hacerles preguntas a sus padres y se va a su habitación a encerrarse. Esa noche Camilo no duerme.

Camilo y sus amigos están en la playa. Valentín y Esteban practican bodyboard mientras Camilo y Sebastián los miran desde la orilla. Es un día soleado y ventoso lo que ha propiciado la generación de olas medianamente grandes en una playa que suele ser tranquila. No hay mucha gente, el viento levanta la arena y eso ahuyenta a los veraneantes. Unos pocos se cobijan en sus pequeñas carpas tipo iglú. La bandera del salvavidas es roja señalando que el mar está peligroso y no es conveniente bañarse. Camilo nunca ha sido bueno en deportes náuticos y más bien es temeroso del mar, no obstante estando con los amigos, se baña manteniendo siempre una distancia prudente con la orilla. Después de un largo rato, Valentín y Esteban salen del agua y se tiran en la arena junto con sus amigos.

—¿Cómo está el agua?—pregunta Sebastián.

—Rica, pero helada—responde Esteban.

—Las olas están increíbles—comenta Valentín—Hace tiempo que no veía olas grandes en esta playa.

—Pero, está un poco peligroso—agrega Esteban.

—Sí, a veces te agarraban dos olas simultáneas en sentido contrario—dice Valentín—Hubo una ola que me dio vuelta y me azotó contra el fondo. Me rasmillé los dedos.

Valentín muestra sus heridas a sus amigos quejándose pero, al mismo tiempo, presumiendo de lo arriesgado que es.

—El salvavidas estaba pendiente de ustedes—dice Sebastián—Varias veces, les hizo gestos para que no se alejaran tanto.

—Si lo vi—contesta Valentín—No lo pesqué. Tan lejos no estábamos ¿Cierto, Esteban?

—Cierto—confirma Esteban—De todas maneras a veces, te arriesgas demasiado. Yo siempre espero un poco cuando tú te lanzas detrás de una ola muy grande.

—¡Qué cobarde!—exclama Valentín burlándose de Esteban.

—¿Por qué tan callado, Camilo?—pregunta Esteban.

—¿Qué quieres que diga? Si no digo nada es porque no tengo nada que decir.

—¿Qué has hecho en los dos últimos días que no te vimos por ningún lado?—le pregunta Valentín.

—Nada, estuve en la casa, salí con mamá. Ayer llegó mi papá, así que estuvimos juntos en la tarde.

—El otro día pasé frente a tu casa—dice Sebastián—Tú estabas en la terraza y ni contestaste mi saludo.

—Sí, estaba un poco distraído.

—¿Estás preocupado por algo?—le pregunta Esteban.

—No. No me pasa nada y ¡Ya dejen de interrogarme!—reclama Camilo.

—¿Oye? Hemos estado muy aburridos este verano—comenta Sebastián cambiando de tema—¿Por qué no organizamos algo entretenido?

—¿Cómo qué?—pregunta Esteban.

—No sé, puede ser una fiesta, una fogata en la caleta, una acampada en alguna de nuestras casas.

—La acampada sería entretenida—contesta Valentín—Yo tengo una carpa grande y cabemos todos.

—¿Invitamos a las niñas?—pregunta Sebastián.

—¿Tú crees que les darán permiso?—pregunta Esteban.

—A la María José, de todas maneras. Estando yo, no habría problemas—dice Sebastián.

—Yo tengo otra carpa—dice Esteban—En una sola no cabemos los seis.

—Habría que invitar a la Antonia—dice Valentín—De eso se encarga el Camilo.

—¿Por qué yo?—pregunta Camilo.

—Porque tú vives al frente y porque de seguro a ti no te dirá que no—responde Valentín con una sonrisa burlona.

—¿Y dónde lo hacemos?—pregunta Sebastián.

—La casa del Camilo es la que tiene el patio trasero más grande—contesta Valentín.

—¡Sí!—exclama Esteban—Y podríamos invitar a la amiga de Camilo, que aún no la conocemos.

—¡Cierto!—dice Valentín entusiasmado.

—No, a la Sofía no—contesta Camilo.

—¿Por qué no?—pregunta Sebastián.

—No creo que le den permiso.

—Pero, si no la invitas ¿Cómo sabrás si le dan o no permiso?—insiste Valentín.

—Es que está su papá de visita y él es muy estricto—Camilo busca una excusa para no invitar a Sofía.

—Si no vamos a hacer nada malo—dice Esteban—Por lo demás estará a sólo metros de su casa.

—Ya basta, no quiero invitarla ¿Ya?—contesta irritado Camilo.

—¡Qué estamos sensibles!—exclama Valentín burlescamente.

—Bueno, si no quiere, no insistamos—dice Sebastián.

—¿Y cuándo lo hacemos?—pregunta Esteban.

—Hoy mismo—contesta Valentín.

—No, hagámoslo mañana—dice Camilo—Debo pedirle permiso a mis padres primero y luego invitamos a las niñas.

—Está bien—dice Sebastián—Nos juntamos en la tarde a armar las carpas y luego vamos a comprar bebidas y cosas para comer ¿Les parece?

—Está bien—dice Esteban—¿Y por qué hoy en la tarde vamos a las quebrada?

—No, ya fuimos con Camilo el otro día—contesta Valentín—Está muy fome.

—¿Y la rana que pillamos?—comenta Camilo y, luego de unos segundos exclama—¡La rana!

Camilo se pone de pie como por un resorte y sale corriendo.

—¿Qué rana?—pregunta Esteban.

—¡Camilo!—Valentín llama a su amigo—¡¿A dónde vas?!

Camilo no responde y sigue corriendo. Atraviesa toda la playa avanzando con dificultad a través de la arena pesada, sube una pequeña escalera y sale a la calle rumbo a su casa. Se había olvidado de la rana. La habían sacado con el compromiso de devolverla a su hábitat. Ya han pasado

casi siete días. Camilo espera que el anfibio haya podido zafarse del improvisado claustro y arrancado. Pero, al mismo tiempo piensa que si se arrancó tendría que ir en busca de agua porque sin ella no podría sobrevivir. Para llegar a la casa Camilo debe subir por calles empinadas a través de los cerros del balneario. Su tranco se vuelve lento y se queda sin aire. Descansa unos segundos, luego camina y trata de reanudar el trote. Totalmente exhausto llega a su casa, abre la puerta y se aproxima al estrecho hueco bajo la casa donde dejaron al animalito encerrado en el tarro. Camilo, se hinca, estira la mano y saca el recipiente que está en el mismo lugar donde lo habían dejado. Abre la tapa y se encuentra con la rana inmóvil, tiesa y seca. El chico deja caer el tarro junto con sus brazos y se queda ahí, de rodillas y la cabeza gacha.

—¡Qué estúpidos!—exclama en voz alta apesadumbrado.

Luego, se sienta en el suelo y vuelve a tomar el tarro. Extrae la rana del interior y la posa en la palma de su mano observándola detenidamente compadeciendo al infortunado animalito.

—Disculpa—le dice Camilo al cadáver de rana—Yo no quería sacarte de tu casa y te juro que iba a devolvarte, pero me olvidé. No fui capaz de decirle no a Valentín. Pude haber cambiado tu destino y no lo hice.

Al decir esto, a Camilo se le viene a la cabeza la imagen de la cara de Sofía. Si es verdad que es un personaje del pasado y él sabe lo que pasará, es su deber avisarle a ella y a su padre. Ella y su familia corren peligro. Su padre está demasiado comprometido con los sucesos que antecedieron el golpe militar.

—Debo avisarles—dice Camilo y se pone de pie.

Con una pala de playa de plástico que está botada en el patio comienza a hacer un hoyo en la tierra. Luego, deposita el cuerpo de la rana y lo tapa con la tierra removida apretándola con sus manos y la pala. Su mirada se desvía hacia el tunar al fondo del patio. Se arma de valor y emprende marcha hacia la casa de Sofía. Cruza en cuclillas hacia el terreno vecino. Ahí se encuentra con el papá de Sofía quien está sentado en una banca como si lo estuviese esperando.

—Hola, chiquillo ¿Cómo estás?—lo saluda el señor—¿Vienes a ver a Sofía?

—Hola, señor. Sí, es decir, no—Camilo titubea.

—¡Cómo! ¿Sí o no?

—Disculpe, pero aún no sé su nombre—le dice Camilo.

—Yo me llamo Manuel.

—Don Manuel ¿Puedo pedirle una cosa?

—Dime no más, con confianza.

—No se meta en política—le dice Camilo.

—¿De qué hablas?—don Manuel lo queda mirando fijamente a los ojos—
Ven, siéntate aquí a mi lado.

Camilo camina lentamente, toma otra banca de madera y se sienta junto al padre de Sofía.

—¿Qué quieres decir?—le pregunta don Manuel a Camilo.

—Van a pasar cosas muy graves. Va a haber un golpe de estado. No me pregunte cómo lo sé, pero créame, va a morir mucha gente.

Manuel sigue mirando con atención a Camilo. Estira su mano y toma la de Camilo apretándola con fuerza, pero sin dañarlo.

—No es necesario ser pitoniso para decir eso—dice Manuel—Yo sé que habrá un golpe de estado. Este proceso es irreversible. La mayoría de nosotros sabíamos que no sería tan fácil implementar los cambios necesarios en este país. Sabíamos que habría una oposición férrea de aquéllos que han tenido siempre el poder. Ellos harán todo lo que esté en sus manos para no permitir que la gente viva mejor, pero es un intento que había que hacer, era ahora o nunca.

—Pero, señor—Camilo lo interrumpe—usted y su familia corren peligro.

—Quien luche por sus ideales, quien desee cambiar lo establecido, quien ose llevar a cabo la utopía, está en peligro. ¿No crees que los ideólogos de la revolución francesa no estaban en peligro? ¿No crees que los independistas en toda América no estaban en peligro? ¿No crees que los jóvenes revolucionarios rusos no estaban en peligro? ¿Y eso los detuvo?

—¿Y qué pasa con su familia?—pregunta Camilo—¿Un padre no debiera velar por el bienestar de los suyos? Piense en Sofía y sus otros hijos.

—El costo puede ser muy caro, pero como te digo, la suerte está echada. El presidente no saldrá vivo de La Moneda y todos sus partidarios sufrirán las consecuencias, pero como alguien dijo por ahí, no hay nada más digno que un pueblo que lucha por sus ideales.

—¡Camilo!—exclama Sofía saliendo de la casa.

—¡Sofía! ¡Convince a tu padre que no participe más en política!

¡Dile que deje el sindicato de su fábrica!—Camilo le suplica a Sofía

tomándole ambas manos con las suyas.

—¿Qué pasa, Camilo?

—He tratado de explicarle a don Manuel que algo muy malo pasará y que todos ustedes corren peligro, pero no quiere hacerme caso.

Sofía desvía su mirada hacia su padre quien es espectador de la súplica de Camilo. Luego, vuelve su cabeza hacia Camilo y le dice:

—¿Quién eres, Camilo? ¿De dónde vienes?

—No te lo puedo decir, sólo prométeme que tratarás de convencer a tu padre.

—¿Eres un ángel?—le pregunta la niña a Camilo.

—No, no soy un ángel ni un fantasma. Soy...—Camilo se queda callado— Soy un enviado al que debes escuchar, soy tu protector, tu amigo, tu refugio, tu guía.

Camilo se acerca a Sofía, suelta sus manos, posa sus palmas en sus mejillas y tiernamente le da un beso intenso. Sus labios se aprietan con fuerza y con los ojos cerrados se deja llevar por un sin fin de sensaciones que le hacen creer que levita en un espacio sin imágenes, ni sonidos. No hay recuerdos ni pensamientos, no hay límites, ni perspectiva, no hay significados ni un lugar que describir, no hay colores ni formas, no hay olores ni sabores, no hay cuerpo ni ser.

Cuando Camilo abre los ojos se encuentra solo en el patio de una casa abandonada. No está Sofía ni tampoco su padre. Camilo cae pesadamente sobre sus rodillas, toma tierra entre sus manos y la tira con rabia hacia el cielo. Lloro unos segundos, se seca con las manos sucias la nariz y los ojos y se queda en silencio en el lugar.

Han pasado varios días desde que Camilo tuvo el último encuentro con Sofía y su padre. Después de eso, no ha querido ver a nadie, suspendió la acampada en su patio y se ha limitado a estar con su madre y su hermano. Los amigos lo pasan a buscar todos los días, pero siempre tiene una excusa para negarse a salir. Su madre, en los primeros días no paraba de consultarle por lo que le pasaba no teniendo mayores pistas y, aunque está

muy preocupada, decidió no insistir. Camilo se encerró en un hermetismo inexpugnable.

La madre tenía que comprar distintas cosas para la casa y le pidió a Camilo que la acompañase a la plaza del pueblo, centro comercial del balneario. Mientras Camilo espera a la salida de una carnicería a su madre, se percató que al lado de ésta hay un local de internet, entra a la carnicería a pedirle permiso a su madre para ponerse al día con las casi dos semanas que no ha revisado sus redes sociales. La madre, a pesar de que explícitamente se negó a comprarle una bolsa de internet para el celular a Camilo, asiente y le da el dinero para ir y conectarse.

Camilo después de revisar todas sus cuentas, se acuerda de Sofía. Piensa que en internet podría encontrar alguna pista de lo que pasó con ella y su familia. Recuerda el nombre del padre de Sofía, Manuel García, y lo escribe en un buscador, el cual da como resultados un sinnúmero de sitios relacionados con el cantautor chileno del mismo nombre. Por algún momento piensa que podría haber un parentesco, pero indagando en la biografía del cantante lo descarta, no coincidían los antecedentes. Luego, intenta con la frase “detenidos desaparecidos”. Nuevamente los resultados son numerosos y no sabe por cual empezar. Intenta agregando la palabra “listado de...”. Accede a una página en la cual figura una lista de nombres de detenidos desaparecidos, pero el nombre Manuel García no está. Después, piensa que puede que no esté desaparecido si no que fue ejecutado. Prueba con la frase “ejecutados por dictadura” y se encuentra con los resultados del informe Rettig. Busca el nombre y no lo encuentra. Camilo comienza a contrariarse porque si este señor está desaparecido y no fue ejecutado, entonces podría estar vivo. De ser así, probablemente superará los ochenta años. En la misma página encuentra un link con el listado de presos políticos entre 1973 y 1990. En ese listado, halla a cuatro personas de nombre Manuel García ¿Podrá ser alguno de ellos? Se pregunta a sí mismo. A Camilo se le acaban las pistas. No se le ocurre buscar por Sofía, porque no se imagina que los militares pudiesen tomar detenida a una niña y ejecutarla. Sofía tendría ahora unos cincuenta y cuatro años ¿Hay personas de cincuenta y cuatro años que tengan Facebook o twitter? Claro que sí y muchas. Vuelve a la búsqueda en las redes sociales. Encuentra un listado importante de personas de nombre Sofía García, pero va descartándolas por edad. Finalmente llega a dos que

podrían ser. Analiza con detención las fotografías, no reconociendo a la niña en cuestión. Sin embargo, decide mandarle una invitación a ambas para ser su amigo.

Ahora, tendrá que esperar la respuesta. La madre de Camilo lo llama porque deben volver a la casa. A partir de ahí Camilo va a la plaza todos los días a revisar su cuenta, pero no recibe respuestas. Un tanto aburrido de esperar y no hacer muchas cosas comienza a aceptar las invitaciones de sus amigos y retoma su rutina veraniega. Un día sin mayores expectativas, decide pasar por última vez al local de internet. Su corazón se sobresalta al encontrar un mensaje aceptando su invitación. Una de las Sofías, le respondió y le pregunta el porqué de su invitación. Camilo no sabe cómo entablar la comunicación. Se le ocurre contarle acerca del balneario y de la casa de su familia. Le dice que le intriga que la casa esté abandonada y se enteró que ella veraneaba hace un tiempo ahí. Finalmente le pregunta si es ella la que visitaba a su tía hace cuarenta años atrás. La mujer no está disponible para conversar por lo que una vez más deberá esperar. Ese día volvió tres veces al local a revisar su cuenta sin resultados positivos. Al día siguiente insiste, encontrándose con la respuesta de esa Sofía. Pero, la desilusión fue mayor debido a que ella le responde que no era a la cual buscaba. No conocía el lugar y no tenía una tía con las características que le había señalado Camilo. El sentimiento de frustración en Camilo es grande. Siente que ha perdido gran parte de sus vacaciones en este lío y no lo ha pasado bien. Ha estado distraído, se ha alejado de sus amigos, ha gastado dinero conectándose todos los días y varias veces a internet sin los resultados esperados y luego se pregunta ¿Para qué hago esto? Antes de responderse, recibe un mensaje de la segunda Sofía aceptando ser amiga de él. Nuevamente el corazón le salta fuerte y se pone muy nervioso. La señora está conectada y le envía un mensaje de saludo.

—Hola, ¿Cómo está?—le escribe sin querer tutearla esperando la respuesta.

—Estoy un poco intrigada—escribe ella—¿Por qué un niño de 13 años querrá ser amigo mío?

Camilo le cuenta la misma historia que a la otra Sofía y le pregunta si ella veraneaba en ese a lugar cuando era niña. La mujer no responde de inmediato. Pasan varios segundos, que para Camilo resultan ser eternos.

—Sí—responde al fin—Yo visitaba a mi tía Carmen todos los años.

Camilo se estremece. Sus piernas y sus manos tiemblan. El descubrir que Sofía estaba viva lo llena de felicidad, pero no sabe cómo continuar la conversación.

—No has respondido mi pregunta—insiste ella—¿Por qué quieres ser mi amigo?

Camilo no sabe qué responder, no puede contarle el detalle de su experiencia con ella, no lo creería.

—Lo que pasa es que yo conozco a su padre—le dice sin pensar lo que estaba haciendo.

—¿A mi padre?—contesta ella—¿Cómo lo conoces?

—¡Chucha! ¡La cagué!—exclama Camilo en voz alta e improvisando continua—Es que vi una foto de él en la casa de la playa.

—¿En serio?—responde Sofía—¿Cómo entraste a ella?

—El señor que cuida la casa me pidió que lo acompañase en una oportunidad y ahí la vi.

—Es extraño, porque yo no recuerdo que haya habido una foto de mi padre en la casa de mi tía—agrega Sofía.

—Sí, hay una en el living—Camilo trata de convencer a Sofía de esto—¿Cómo está él?

Camilo se atreve a preguntar por don Manuel, su ingenuidad le impide darse cuenta de la incoherencia de su conversación y de lo extraña que debe ser la situación para la persona que está al otro lado de la red. La respuesta se tarda nuevamente.

—Mi padre está bien—contesta Sofía.

—¡¡Sí!!—exclama Camilo rebosante de alegría, sin dejar de asustar a las personas a su alrededor. Sin embargo se queda inmóvil, no sabe cómo continuar y no se atreve a hacer ninguna pregunta más.

—Hola ¿Estás ahí?—pregunta Sofía ante el silencio de Camilo.

—Sí. Lo que pasa es que me dio mucho gusto de saber que don Manuel está bien.

—Él está viejito y vive en una casa de reposo.

Camilo respira relajado, no le importa mayormente ese último comentario de Sofía. Lo importante es que el señor no está muerto. El sentimiento de culpa lo hacía sufrir en demasía. Estaba convencido de que él había fracasado en avisarles a Sofía y su padre acerca de los acontecimientos que ocurrirían el 11 de septiembre de 1973.

—Me gustaría conocerla—dice Camilo.

—Por supuesto. Cuando estés de vuelta en Santiago podrías visitarme.

—¿Vives dónde siempre?

—¿Tú sabes dónde vivo?

Nuevamente Camilo se da cuenta que cometió un error dando por sabido algunos detalles de las conversaciones con Sofía niña que esta Sofía no tendría por qué recordar. Lo más probable es que ni siquiera haya recuerdos porque esos encuentros en realidad no fueron entre seres físicos.

—No, no lo sé. Es que no sé cómo preguntárselo—Camilo inventa una respuesta.

—No pienses mal, pero con tanto cuento del tío que hay por ahí, preferiría que por ahora sólo nos comuniquemos por esta vía—dice Sofía

—La entiendo—dice Camilo suponiendo que Sofía se debe haber puesto a la defensiva—Ahora, me tengo que ir. Mi mamá debe estar esperándome.

—Ok. Nos vemos—Sofía se despide y se desconecta.

Camilo está más tranquilo, ya sabe algo más del destino de Sofía. Sin embargo, le nacen las ganas de encontrarse con ella. No ha olvidado el beso que le dio.

Camilo comprende que Sofía esté un poco reticente a encontrarse con él. En la red hay mucha gente que falsea sus identidades para engañar a otras personas. El chico recuerda que anotó la dirección de Sofía en su celular cuando la conoció el verano pasado. Por suerte, no había perdido esos datos y durante el fin de semana convence a sus padres de irse a Santiago, para ello inventa una excusa relacionada con una reunión con sus compañeros de colegio la cual no quiere perderse. El padre le advierte que como él no está en todo el día, será atendido por la nana que aún no sale de vacaciones. Camilo encuentra el plan perfecto. Ya en su casa de Santiago busca en internet la dirección que le dio Sofía. Se encuentra con un sector que desconoce totalmente y por lo tanto no tiene idea de cómo

acercarse a él. Busca alternativas en los sitios relacionados con el transporte público y muy decidido sale a media tarde en busca de Sofía suponiendo que si ella trabaja debiera estar de vuelta después de la seis de la tarde. Con el mapa impreso en la mano emprende el viaje para el cual debe hacer varios trasbordos. Después de pedirle ayuda a una señora pasajera del último microbús que tomó, se baja en un paradero ubicado en una esquina entre dos avenidas muy transitadas. Ubica el nombre de las avenidas en el mapa, se orienta con los puntos cardinales y se dirige a la calle especificada. El barrio se observa un tanto antiguo, con calles y veredas sin mantención y casas viejas mal tenidas. Por un momento crece el temor en Camilo porque era de esos barrios en que los padres no lo dejarían andar solo. Piensa que anda con zapatillas muy nuevas y una mochila que podría ser un buen botín para cualquier delincuente juvenil. Sin embargo, pronto se da cuenta que la gente es muy normal y ni siquiera se fijan en él. Llega a un sector donde prevalecen pasajes angostos y en el que en una cuadra hay decenas de casas una al lado de la otra. Le llama la atención la cantidad de perros vagabundos en la calle, varios de los cuales lo obligan a cruzar de vereda por su aspecto poco amistoso. También se fija en la cantidad de niños muy pequeños jugando sin el cuidado de ninguna persona mayor, varios de ellos descalzos y otros sin polera. En varias casas la puerta de calle está abierta de par en par dejando salir el sonido de la radio a todo volumen. Un señor lava el auto con la manguera de regar generando un pequeño riachuelo que corre calle abajo del cual un perro bebe agua para saciar la sed. Camilo llega a la calle de la dirección anotada y comienza a revisar la numeración de cada una de las casas. Debe avanzar un par de cuadras más, la numeración aún es muy baja. A medida que se va acercando, camina más lento y revisa cuidadosamente la numeración de cada casa a ambos lados de la calle. Hasta que por fin llega. Se ve una casa chiquita con un antejardín estrecho, pero bien cuidado y con muchas plantas. La reja de fierro no posee un timbre con el cual llamar por lo que Camilo toma una moneda y la golpea contra uno de los barrotes de la puerta.

—¡Alo!

Nadie sale a su llamado. Una de las ventanas tiene las cortinas corridas y está abierta, indicio de que podría haber alguien en el interior.

—¡Alo!—insiste Camilo.

En la ventana se asoma una carita pequeña de un niño de unos 4 años. Camilo levanta su mano saludándolo, pero el niño no contesta. Unos segundos después se abre la puerta y sale un señor.

—¿Sí?

—Busco a la señora Sofía—contesta Camilo.

—¿Quién la busca?

—Soy un amigo que la conoció hace poco y me gustaría conversar con ella.

—Ella ya no vive aquí—le dice el señor.

—¿De verdad?!—exclama despacio Camilo—¿Usted sabe dónde puedo ubicarla?

El señor abre totalmente la puerta y se acerca a la reja. Inspecciona de pies a cabeza a Camilo y mira hacia ambos lados de la calle como cerciorándose de que el chico está solo.

—¿Para qué la necesitas?

—Mi mamá es amiga de ella—Camilo inventa una historia—Yo tenía que andar por estos lados, así que mi mamá me pidió que le llevara un regalo, pero me dio esta dirección.

—Ella vivía aquí hace algunos años, pero se cambió a otra casa. Yo soy su hermano y esta es la casa de nuestros padres.

—¡Ah! Mucho gusto—le dice Camilo—¿Y la señora Sofía vive muy lejos?

—No. Vive a sólo dos cuadras de acá con su familia.

—¿Usted sería tan amable de darme la dirección?

—Claro ¿Tienes en qué anotar?

—Sí—contesta Camilo sacando su celular.

El hermano de Sofía le da la dirección y las indicaciones de cómo llegar. Camilo le agradece la gentileza y emprende el andar en busca de Sofía. Al llegar a la casa de Sofía, repite el mismo ceremonial llamando y tocando la reja con la moneda. No se aprecian moradores en la casa. Camilo espera unos minutos. Mira de lado a lado permanentemente por si divisa la figura de la ahora señora que es la niña que conoció en la playa. A medida que baja el sol, Camilo empieza a impacientarse. No quiere que lo pille la noche en ese barrio. Camina hasta una esquina donde la calle se cruza con una avenida más transitada. De pronto, saliendo desde un almacén cree identificar a Sofía. Es una señora un tanto robusta, pero que conserva los rasgos de niña en su cara. En un principio intenta esconderse y se para detrás de un poste de luz. Cuando Sofía pasa detrás de él, Camilo intenta

llamarla, pero su voz no le sale. Decide seguirla a unos cuantos metros de distancia. Sofía camina relajada y saluda a cuanto vecino se le cruza. Al llegar a la casa, ella saca unas llaves y abre la reja. Al girar para cerrar la puerta, divisa a Camilo quien se paraliza y la queda mirando. Ahí están, los dos mirándose a los ojos sin moverse y sin decir nada.

—¿Necesitas algo?—le pregunta Sofía.

—Hola, soy Camilo.

—¿Camilo?—pregunta Sofía sorprendida—¿El de Facebook? ¿Qué haces aquí?

—Vine, porque tenía que conocerla.

Sofía al igual que su hermano, mira hacia todos lados como buscando a más personas. No sabe qué hacer ni qué decir. La presencia del chico le atemoriza un poco y no se atreve a abrirle la reja aún.

—¿Qué buscas?—le pregunta.

—Me gustaría conversar con usted.

—¿De qué?

—Es que, yo la conozco de antes y necesito saber algunas cosas, pero me gustaría que fuera en un lugar más tranquilo y no aquí en la puerta de su casa. Sofía lo mira fijamente sin contestarle. Una de sus manos sigue apoyada firmemente del pestillo de la puerta como afirmándose y apuntalándola.

—Si quiere, podemos ir a otra parte—agrega Camilo al ver a Sofía dubitativa— Incluso puedo invitarla a mi casa, ahí está mi padre. Yo sé que todo esto es extraño y entiendo que esté recelosa, pero necesito conversar con usted.

Sofía comienza a confiar en el chico. Le llama la atención su forma de hablar y las palabras que usa, impropias para un niño de su edad. Pero en su mirada se transmite la credibilidad y Sofía logra percibirla. Finalmente ella decide dejarlo pasar y le abre la reja. Camilo pasa un poco tímido y pidiendo permiso hace ingreso a la casa.

—Toma asiento—le dice Sofía—¿Quieres un juguito?

—Bueno—contesta Camilo.

Sofía ingresa a la cocina mientras Camilo se sienta en uno de los sillones del living. La casa es pequeña, muy ordenada y limpia. En una mesita de arrimo hay un portarretrato con la foto de don Manuel y probablemente su esposa, la mamá de Sofía. El aspecto del señor es el que recuerda Camilo de sus

encuentros con él, tanto en sus sueños como en la casa de la playa. Sofía vuelve de la cocina con un vaso de jugo con hielo y se lo pasa a Camilo quien agradece la atención. Se sienta en el sillón frente al de Camilo y le dice:

—Bien. Ya estamos acá.

—¿Vive sola?—pregunta Camilo.

—No. Vivo con mi familia. Tengo dos hijos en la universidad que llegan tarde y mi marido también debe estar por llegar.

—¡Ah! Al final tuviste pocos hijos.

—Sí, sólo dos ¿Por qué lo dices?

—Lo que pasa—Camilo se acomoda en el sillón—Esto va a ser difícil de creer y le aseguro que me cuesta mucho hacerlo. No sé si tutearla o no.

—Tutéame nomás—dice Sofía.

—Como te conté en Facebook, yo veraneo en la casa a los pies de la casa de tu tía en la playa.

—¿En serio?

—El año pasado, cuando ya estaban terminando las vacaciones y mientras jugaba fútbol en el patio de mi casa, el balón se me cayó al patio trasero de la casa de tu tía. Resulta que me pasé para buscar la pelota y ahí apareció una niña que primero me regañó y luego fue muy amistosa. Conversamos, nos intercambiamos datos y quedamos de contactarnos. Luego, me tuve que ir porque mis padres me llamaban para retornar a Santiago. El asunto es que durante el año, me olvidé un poco de esto y ahora cuando llegamos a vacacionar, me encontré con esta niña nuevamente.

—¿Hay gente viviendo en la casa de mi tía?—pregunta Sofía interrumpiendo el relato de Camilo.

—No, espérate—Camilo le pide paciencia a Sofía—Déjame seguir contando la historia. Uno de estos días, soñé con un señor que me llevaba a unas reuniones sindicales en los tiempos del gobierno de Allende. Días después, resultó que ese señor era el padre de esta niña con la cual me encontraba en la casa de tu tía.

—O sea, es verdad que hay gente ocupando esa casa—Sofía lo vuelve a interrumpir.

—No, no, déjame contarte. Esa gente hablaba de cosas de hace cuarenta años atrás. Vivía una realidad muy distinta, como si estuviera en el pasado. Entonces, decidí buscar información acerca de ellos y ahí hice contacto contigo.

—No entiendo—dice Sofía mirando muy seriamente a Camilo.

—Sofía, esa niña eras tú hace cuarenta años.

Sofía se queda mirando a Camilo sin decir nada, como tratando de buscar dónde está la pillería o la broma.

—¿Me estás tomando el pelo?—pregunta Sofía.

—No. Es cierto. Te lo prometo.

—A ver, quiero saber hasta dónde llegas—dice Sofía—Continúa tu relato.

—Mira, cuando nos conocimos, esa niña me dijo que se llamaba Sofía y me dio la dirección para que le escribiese cartas. Obviamente yo no lo hice, nunca he escrito una carta de esa forma. Luego, este año nos encontramos y me presentó a su tía y ella se llama Carmen. Luego me invitó a almorzar y conocí a su papá quien me dijo que se llamaba Manuel García quien resultó ser el señor que aparecía en mis sueños.

Sofía se pone de pie, rodea el sillón y se para detrás de él con las dos manos apoyadas en su respaldo.

—Mira, niño. Creo que he tenido harta paciencia. Ya tu invitación en Facebook me pareció extraña, yo no te conozco, jamás te he visto, no conozco a tu familia ¿Cuáles son tus intenciones? Me parece de muy mal gusto todo esto ¿Cómo es que averiguaste toda esa información?

Camilo no sabe qué decir y permanece sentado en silencio mientras Sofía ha ido subiendo el volumen de su voz de a poco.

—Creo que lo mejor que puedes hacer es irte. Por favor, ándate.

Camilo se pone de pie, deja el vaso de jugo en la mesa de centro y camina hacia la puerta de la casa. Toma la manilla y se vuelve diciendo.

—¿Has seguido dibujando?

—¿Qué?—pregunta Sofía.

—Tú me contaste que te gustaba dibujar y me mostraste unos dibujos muy buenos de tus manos.

Sofía no le responde y le insiste en que se retire. Camilo no quiere crear conflicto por lo que respeta la decisión de Sofía, abre la reja y al voltear le hace un saludo de despedida mientras Sofía mira detrás de la puerta entreabierta.

Camilo camina cabizbajo, está un poco desilusionado, pero al mismo tiempo le da tranquilidad el darse cuenta que hizo todo lo posible por comprender toda esta experiencia extraordinaria que le ha pasado. Todavía no comprende cuál es el papel que le toca interpretar en esta historia,

pero si no sucede nada, no será por culpa de él. Llega hasta el paradero de las micros y se sienta a esperar el recorrido que lo llevará de regreso hasta su casa. De pronto, cuando miraba con atención en dirección hacia donde proviene el recorrido que le sirve, siente en sus piernas que algo suave se posa sobre ellas. Voltea su cabeza dirigiendo la mirada hacia sus extremidades y ve con sorpresa un dibujo a grafito. Es el dibujo de las manos de Sofía que ya conocía y que ahora lo tomaba y lo acariciaba suavemente con la yema de sus dedos. Camilo gira la cabeza y detrás de él se encuentra con Sofía.

—¿Quieres tomar once conmigo?—le pregunta ella.

—Bueno—contesta el chico.

Sofía y Camilo retornan a la casa sin decir nada, ni siquiera mirarse mutuamente. Ya en la casa, Sofía se ocupa en preparar el té en la cocina, mientras Camilo espera en el living.

Sofía le pide a Camilo que le relate con detalles todos sus encuentros. El chico le cuenta nuevamente el episodio del año pasado y sus encuentros de este verano. También le describe la casa de la tía y la forma de hablar y de vestir de su padre. Cada vez más, Sofía le cree a Camilo, no puede ser tanta coincidencia y ese niño no tendría por qué conocer tantos detalles como los que menciona. Camilo también le cuenta acerca del fenómeno del tiempo, sacando la conclusión de que ahora era unas cuantas horas más viejo que lo que correspondería.

—Cuando descubrí lo que pasaba—dice Camilo—Me dio mucho miedo porque pensé que ustedes eran unos fantasmas, pero al mismo tiempo me angustié porque yo sabía lo que había pasado en 1973 en Chile. Les pregunté más detalles a mis padres y sentí en un momento que mi misión era advertirlos acerca de esto. Si tu padre estaba involucrado políticamente corría riesgo. Pero ni tú, ni tu padre me hicieron caso.

El chico se queda en silencio jugando con unas migas de pan desprendidas sobre el mantel de la mesa. Sofía baja la mirada y emite un profundo suspiro.

—Bueno, mi padre estuvo detenido—dice Sofía recuperando el aire—Una semana después del golpe, los militares llegaron al amanecer a esta población y la allanaron. Se llevaron a todos los hombres mayores de edad a unas canchas de tierra que hay por acá cerca. También revisaron las casas, buscando armas según ellos. En las canchas los empadronaron

a todos revisando sus nombres en unas planillas que traían. Mi padre era presidente del sindicato de la fábrica donde trabajaba y aparecía como instigador de las tomas de fábricas realizadas antes del golpe. Nosotros, mi mamá y mis hermanos nos quedamos en la casa, los militares no nos dejaban ni siquiera asomarnos. Estábamos todos en pijamas, nos sacaron de la cama, era muy temprano. Después de un par de horas, comenzaron a volver algunos vecinos que los habían dejado en libertad. Uno de ellos pasó a nuestra casa a contarnos que se habían llevado a mi papá en un camión junto a muchos otros. Mamá trató de mantener la calma, mientras nosotros llorábamos de susto.

—¿A dónde llevaron a tu papá?—le pregunta Camilo.

—Primero lo llevaron al Estadio Nacional. Ahí estuvo unas tres semanas y luego lo trasladaron a Tejas Verdes, cerca de San Antonio.

—Revisé los listados de ejecutados políticos y tu padre no estaba ahí—le comenta Camilo.

—Cierto. Tres meses después lo soltaron. Mi madre cuando supo que estaba allá, viajaba casi todos los días esperando tener noticias o pedir que lo dejaran ver. Y así como ella, todos los familiares esperaban ansiosos, pero los militares soltaban a los prisioneros en la madrugada, cuando no había nadie esperando. Mi padre fue soltado a las tres de la mañana, sin ni un peso en el bolsillo, sin abrigo y con mucha hambre. Caminó hasta San Antonio y ahí, pidiendo unas monedas a la gente en la calle, logró juntar lo mínimo para el pasaje en bus que lo trajo a Santiago. Cerca de medianoche, llegó a nuestra casa. Nosotros ya estábamos acostados durmiendo. Mi madre un poco temerosa, no se atrevía a levantarse para ver quién golpeaba la puerta. Ante la insistencia, se armó de valor y al mirar por la ventana divisó a mi padre y le abrió la puerta. Ahí, nos despertaron a todos y salimos a recibir al papá. Mi mamá le preparó comida, mi papá se duchó después de mucho tiempo y se puso ropa limpia.

—¿Y qué les contó de su detención?—pregunta Camilo.

—No mucho. La verdad es que papá volvió cambiado. Se tornó retraído, callado, triste. No le gustaba contar detalles de su experiencia. A veces, se atrevía y relataba las torturas más suaves como los falsos fusilamientos o como los militares no los dejaban dormir y los sacaban a trotar en la madrugada. También nos contaba algo de la convivencia con los otros detenidos. A veces se las arreglaban para pasar el tiempo y tratar de

disimular lo mal que lo estaban pasando. Armaban festivales, cantaban, actuaban, contaban chistes salían de vacaciones ficticias y cosas similares. Pero, las cosas más duras, se las reservó.

—¿Hace cuánto tiempo don Manuel vive en la casa de reposo?

—Mi papá está ahí desde hace ya dos años. Tuvo un derrame cerebral que lo tuvo cinco días en coma. Los doctores nos dijeron que probablemente el accidente vascular se debió a un golpe fuerte que había recibido en la cabeza. Efectivamente, mi papá quedó con sordera parcial en su oído derecho debido a un culatazo que le dieron los milicos en una oportunidad.

—Entonces, ¿Don Manuel está postrado?—pregunta Camilo.

—No tanto así. No camina, no es autónomo, se mueve en una silla de ruedas. A veces, no nos identifica. Habla poquito y cuando lo hace, su voz se siente muy débil, apenas perceptible. Mi padre no aparece en listados de ejecutados políticos, porque no murió biológicamente, pero en la realidad, sí lo fue. Mi padre, de alguna forma murió ese 11 de septiembre de 1973

—¿Te da rabia eso?—le pregunta Camilo a Sofía.

—Un poco, pero no siento odio. Me da pena, porque si todo eso no hubiese pasado a lo mejor mi padre estaría más activo, viviendo con nosotros. Ahora, está ahí, viviendo como esperando la muerte.

—Supe que tu tía murió—le comenta Camilo.

—Sí, mi tía Carmen murió de cáncer. Para su velorio, fue la última vez que fui a la casa de la playa, de ahí no he vuelto más.

—¿Nunca quisiste volver?

—No, me daba mucha pena volver allá.

—¿Te trae malos recuerdos?

—Al contrario—contesta Sofía—Los mejores veranos de mi vida los pasé en ese lugar con mi tía. Había años en que me iba un día después de salir del colegio y volvía a Santiago un día antes del retorno a clases. Yo quería mucho a mi tía y su muerte fue una pérdida fuerte.

—¿Y tu madre?—pregunta Camilo.

—Mi madre vive con un hermano. Está viejita, pero lúcida y muy activa.

—¿Qué le pasó a ella con lo de tu padre?

—Mi madre fue el pilar fundamental de la familia. Mi padre, como te cuento de alguna manera, murió esa mañana cuando lo llevaron detenido. El perdió toda esperanza en la vida y mi madre fue la fuerte, hasta hoy. Supo afrontar la situación con entereza y gracias a ella todos crecimos más o menos bien.

De fondo se escucha que alguien viene. La reja se abre y se cierra y luego la puerta de calle se abre. Es uno de los hijos de Sofía. Es un joven veinteañero que saluda a Camilo mientras Sofía le explica quién es. Minutos más tarde llega su otro hijo, un poco mayor que el primero. Ambos son universitarios y a pesar de que es pleno verano aún están en clases debido a las tomas y paros del año anterior. Finalmente, llega el marido de Sofía. Camilo se siente un poco incómodo con la presencia de la familia de Sofía y ya está anocheciendo así que decide retirarse. Sofía le ofrece acompañarlo hasta el paradero. Se intercambian números de teléfono pensando en que la conversación aún no ha terminado.

—Sofía—dice Camilo—¿Cuál será mi misión en todo esto?

—¿Tu misión? ¿A qué te refieres?

—Yo quiero pensar que tengo algo que hacer en este embrollo. No puede ser que te haya conocido de esta manera tan extraña y no sea para algo especial. Al principio pensé que era para salvarte a ti y a tu papá de los militares, pero como eso no sucedió, no entiendo.

—Imagínate que si no lo entiendes tú, menos yo que me acabo de enterar de que ando penando allá en la casa de mi tía. Yo suponía que las almas en penas actuaban cuando uno moría.

—¿Sabes, Sofía?—dice Camilo.

—¿Qué?

—Hay algo que no te conté.

—¿De qué se trata?

—La última vez que te vi en la playa, cuando quería avisarle a tu padre que tuviera cuidado porque habría un golpe militar, te pedí ayuda para que trataras de convencerlo.

—¿Y?

—Tú no decías nada, mientras yo te sostenía ambas manos. Nos quedamos mirando y tuve unas ganas irresistibles de besarte. Y lo hice.

—¿Nos besamos? ¿En la boca?—pregunta Sofía sonriendo, mientras Camilo asiente con su cabeza.

Sofía alza su mano derecha y le acaricia la mejilla a Camilo con suavidad. Lo mira con ternura y se emociona.

—Camilo, yo no sé de qué se trata esto. Tú eres un niño, un niño muy lindo y extraordinariamente maduro. No recuerdo haber conversado alguna vez tanto tiempo de cosas tan íntimas con un niño. Ni siquiera con mis

hijos lo hice cuando tenían tu edad. Si es real todo lo que has vivido en la playa, existe una conexión especial entre los dos. Y yo también tengo que confesarte algo, cuando te vi hoy en la tarde al darme vuelta, cerrar la reja y encontrarme contigo, algo en mi interior me indicó que eras tú. De alguna manera te reconocí, no me preguntes cómo ni por qué, porque no lo sé. Te miro y me pareces conocido de siempre. Gracias por venir.

Sofía abraza fuertemente a Camilo. Ambos cierran los ojos y se olvidan de todo lo que está a su alrededor, Camilo también se emociona y llora suavemente. El ruido del motor de la micro que se detiene en el paradero los interrumpe. Camilo se seca las lágrimas con su mano y se despide de Sofía subiéndose al autobús. Se sienta hacia la ventanilla y desde allí se queda mirando a Sofía. Ambos levantan la mano despidiéndose hasta que sus miradas se separan por el andar del autobús.

El citófono del departamento suena. La nana de la casa contesta y llama a Camilo.

—¡Camilito! Hay una señora Sofía que te busca.

Camilo sale corriendo de su habitación y le dice a la nana que la deje entrar. Al día siguiente de su primer encuentro, Sofía llamó por teléfono a Camilo para que se juntaran y siguieran la conversación. Camilo la invitó a su departamento a tomar once. Para ello, le pidió dinero a su padre y compró cosas ricas para comer y le pidió a su nana que preparase todo con gran esmero.

Camilo entra al baño y se arregla el pelo tal cual como lo hacía cuando visitaba a Sofía en la playa. Suena el timbre y la nana hace pasar a Sofía al living ofreciéndole un refresco. Camilo sale al encuentro saludándola con un beso y un abrazo afectuoso.

—¿Cómo has estado?—le pregunta Camilo.

—¡Imagínate! No he podido dormir muy bien. Estas dos noches me he desvelado pensando en ti y en tu historia. La verdad es que no se puede creer. Si no fueras un niño y no transmitiras tanta sinceridad, la verdad es que sería muy fácil creer que tienes otras intenciones. Pero como no tengo mucha plata, no me podrás estafar.

—No tendría por qué estafarte— responde Camilo.

—Lo sé. Tu relato es fantástico, pero los detalles son reales.

—Yo también he pensado mucho en ti. Yo insisto que debe haber algo en lo cual pueda ayudar. Parece que yo te busqué, pero en realidad fuiste tú que te presentaste ante mí.

—Bueno, está por verse si soy yo.

—No te pregunté el otro día ¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?—pregunta Camilo.

—Soy nana. Trabajo en una casa del barrio alto. Cocino, hago el aseo, cuido a los niños.

—¿Hace mucho tiempo trabajas en eso?

—Toda mi vida. Empecé con unos abuelitos con los que trabajé varios años. Cuando ellos murieron, me quedé cesante. Ahí, llegué a la casa donde trabajo ahora. Es un matrimonio muy joven, recién casados, casa nueva, los dos trabajan así que necesitaban a alguien que los ayudara en las labores de la casa. Después llegaron los niños. Hace ya casi veinte años que trabajo ahí. Vengo de allá ahora, me salía más fácil eso que ir a mi casa y luego salir de nuevo.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Sí. Aunque confieso que no fue por opción. Había que trabajar y era lo que podía hacer. Pero me gusta, esta familia ha sido muy buena y a los niños los adoro. Soy como su segunda madre.

—El otro día no me contestaste una pregunta—dice Camilo.

—¿Qué pregunta?

—¿Has seguido dibujando?

—No, no, no—repite Sofía sonriendo y agachando la cabeza—Alguna vez, le ayudé a mis hijos con algunas tareas en el colegio, pero nada más.

—Pero, era tu sueño—comenta Camilo.

—Sí, a lo mejor era mi sueño. Pero no era más que eso. Después de lo que ya hemos conversado, a mi papá le costó mucho encontrar trabajo. Mi mamá era costurera y conseguía un poco de plata haciendo arreglos de

ropa. Mis hermanos no terminaron el colegio porque tuvieron que buscar trabajo. Yo terminé la enseñanza media, pero las cosas no estaban para estudiar arte, menos en la universidad.

—Conservaste los dibujos.

—Sí, son sólo recuerdos. Son de esas cosas, como fotos viejas, cartas y otros que se guardan en una caja debajo de la cama o en un rincón de un closet y se revisan de tanto en tanto para recordar o no olvidar.

—Pero, ahora si quisieras podrías estudiar.

—¿Ahora? ¡A mi edad! ¡Estás loco!—exclama Sofía—Ya no, pasó el tiempo y además, no lo necesito.

—¿Y tus hijos qué estudian?

—El mayor estudia ingeniería y el menor, pedagogía, quiere ser profesor—contesta Sofía con una sonrisa en evidencia de su orgullo.

—Tú lograste que tus hijos estudiaran en la universidad.

—Sí, hemos tenido suerte con mi marido. Los niños nos salieron muy inteligentes y han estudiado becados por sus buenas notas.

—No creo que sea suerte—le dice Camilo—Eso, es parte de tu esfuerzo y me imagino que de tu esposo también.

—Sí, así es.

—Esa ha sido tu revancha.

—Uno siempre quiere que sus hijos sean más. Nosotros somos pobres, pero cuando era niña, éramos más pobres aún. Es cierto que vivimos en el mismo barrio y yo trabajo de nana, pero no nos falta nada.

—¿Por qué tu papá no trabajó más?

—Bueno, en esos tiempos no era fácil encontrar trabajo si eras un ex preso político. Piensa, que los trataban como delincuentes, terroristas y mucha gente lo creía de verdad. De hecho, en el mismo barrio, muchos vecinos no nos hablaron más porque mi papá estuvo preso. Súmale que, debido a la sordera, se le consideraba semi-inválida.

—Me imagino que se debe haber sentido muy mal tu papá.

—Para él, el golpe militar fue una cosa terrible. Él creía de verdad, que era posible un cambio para todos los pobres y los trabajadores. Pero, de repente se viene todo abajo. Te pegan un mazazo en la cabeza y quedas aturdido de por vida. Luego, vino lo peor que pueda experimentar un ser humano, la tortura. Con la libertad, sigue tu calvario, no basta con haberte aporreado y vejado, después no tienes oportunidad para reiniciar tu vida.

Imagínate, mi padre siempre fue el hombre de la casa, el que llevaba el sustento al hogar y de pronto no sirve para nada. Mi papá comenzó a beber alcohol después de esto. Venían los amigos a buscarlo y volvía todas las noches borracho. Mi mamá se enojaba y lo hacía dormir en el sofá. Las peleas eran de todos los días. Nunca hubo golpes, pero sí discusiones y gritos. En más de alguna oportunidad, yo deseé que mi papá no llegara a la casa. Un día, yo estaba enferma, no sé de qué. Me tenían a oscuras y parece que tenía fiebre porque mi mamá me ponía compresas frías en la frente. Cuando llegó mi papá entró a la pieza a verme y venía ebrio. Mi mamá se enojó y lo retó. Mi papá me dice que la mamá está enojada porque estaba curado, pero si yo le decía que dejara de tomar, él lo haría. Y me decía: “Sofi, dime, ¿Quieres que deje de tomar?”. Yo no dije nada, sólo me puse a llorar desconsoladamente y él me decía “¿Por qué lloras?”. Pero, yo no le dije nada.

Sofía, mira hacia el ventanal del departamento de Camilo buscando algo allá afuera. Sus ojos se humedecen y dejan caer varias lágrimas. De su cartera saca un pañuelo y se las seca.

—Los militares, lo golpearon—continúa su relato—lo humillaron, lo vejaron, lo torturaron, pero no lo conocían y lo hacían siguiendo órdenes. Sí, está bien, nada lo justifica y no hay porqué olvidar, ni perdonar. Pero yo era su hija, él era una de las personas que más he amado en mi vida y fui incapaz de decirle algo esa noche. Yo colaboré en su autotortura.

Camilo no sabe qué decir ni hacer. Quiere abrazarla, poner su mano en su hombro, decir algo reconfortante, pero se queda sentado inmóvil.

—¿Tú crees que tu padre habría dejado de tomar si tú se lo pides?— finalmente pregunta Camilo.

—No lo sé y no lo sabré nunca. Él confiaba en mí y si le hubiese dicho algo, capaz que hubiese hecho el intento.

—¿Nunca más conversaste de esto con él?

—No. Como te conté el otro día, mi papá se fue para adentro. Hablaba poco, se refugiaba en el trago, mi mamá lo retaba, mis hermanos también se fueron cada uno a su guarida. Vivíamos juntos, pero separados ¿Me entiendes? Uno siempre cree que alguna vez se conversarán las cosas, pero de a poco mi papá se ha ido apagando y ya no se puede entablar una conversación con él. Y ahí te quedaste tú, con todo atragantado.

—Camilito ¿Les sirvo la once?—la nana los interrumpe.

—Bueno, Señora María—responde Camilo.

—Perdóname—dice Sofía.

—¿Perdonar por qué?

—Porque tú eres un niño, que tienes que estar con tu mamá veraneando en la playa con tus amigos y estás acá escuchando a esta vieja loca con sus traumas de su infancia.

—No hay nada que perdonar. Recuerda que fui yo quien te buscó y yo me vine de la playa para conocerte.

—Aunque no lo creas, me siento un poco mejor—dice Sofía—Fue como una catarsis el decirte todas estas cosas.

—¿Oye, Sofía? ¿Y si vamos a la playa?

—¿Ahora? ¿Estás loco?

—No tiene que ser al tiro. El viernes, mi papá y yo nos vamos para la playa y te podrías ir con nosotros.

—¿Y para qué?

—No sé. Hace mucho tiempo que no vas a la casa de tu tía y si ahí hay muchos recuerdos lindos para ti, será bueno.

Sofía no rechaza ni confirma la invitación de Camilo, pero en su interior tiene muchas ganas de aceptarla.

—¿Y a ti te gustaría visitar a mi papá?—le pregunta Sofía a Camilo.

—Me encantaría—responde el muchacho.

Los dos planean la forma de hacer esa visita antes de que Camilo vuelva a la playa. La conversación queda ahí. La nana sirve la once y Camilo y Sofía disfrutan de las cosas ricas conversando de otros temas.

Sofía y Camilo se juntaron en el lugar convenido. El hogar está a un par de cuadras de ahí. Camilo está un poco nervioso, no logra imaginarse la condición de don Manuel y no sabe cómo actuar frente a quien no lo conoce. Cuando llegan al lugar, Camilo se enfrenta a una casa grande,

con un amplio antejardín. Sofía llama a la puerta a través de un citófono. La reja se abre automáticamente. Sofía camina delante de Camilo. A medida que avanzan, Sofía saluda a las personas que trabajan en el hogar. Varios abuelitos están en el patio junto a sus visitas. Es un día de verano en Santiago y por ende ha sido muy caluroso, pero como ya cae la tarde, el ambiente se hace muy agradable sobre todo por la presencia de árboles frondosos y una leve brisa que alivia el calor.

—Hola, señora Sofía—una señora saluda a Sofía.

—Hola ¿Cómo está? ¿Y mi padre que no lo veo por ningún lado?—pregunta Sofía.

—Ya viene, lo llevaron al baño y ya lo traen. Por mientras, pueden esperarlo aquí—dice la señora.

Camilo y Sofía se sientan en unas sillas junto a una mesita típica de juego de terraza en el patio del hogar. Camilo está expectante y no dice nada. Sofía, lo mira de vez en cuando y le sonríe. A los pocos minutos, desde el interior de la casa, se abre una puerta y sale don Manuel en silla de ruedas junto con una señorita que lo ayuda.

—¡Hola, papito!—Sofía se acerca a él tomando la posta, luego de agradecer a la señorita—¿Cómo has estado?

Don Manuel no dice nada. Camilo no sabe incluso si reconoce o no a Sofía. El caballero se ve abuelito con su pelo cano y sus bigotes jaspeados. Está muy delgado y ahora usa lentes. Sus arrugas forman gruesas líneas en sus mejillas y su frente. Su cabeza permanece ligeramente inclinada hacia un lado. Sofía ubica la silla de ruedas entre las sillas en las que estaba junto a Camilo.

—Mira, papá—Sofía se dirige a don Manuel—Traje una visita.

Don Manuel, con esfuerzo dirige la cabeza hacia el muchacho quien no sabe si saludarlo aún. La mirada del caballero es muy seria, sin inmutarse.

—Él es un amigo. Se llama Camilo—Sofía lo presenta.

Camilo muy tímidamente se pone de pie y avanza hacia don Manuel estirándole la mano. El anciano, levanta la mano y toma la de Camilo sin apretarla, dejando en evidencia su falta de fuerza.

—¿Cómo está, don Manuel?—se atreve a preguntar Camilo, después de unos segundos.

Don Manuel mueve la cabeza de arriba a abajo sin emitir palabra alguna.

—Camilo, veranea en la casa vecina a la de la tía Carmen—dice Sofía—

¿Te acuerdas de la casa de la playa de la tía Carmen?

El papá de Sofía nuevamente mueve la cabeza dando su respuesta afirmativa.

—Él tenía muchas ganas de conocerte porque vio algunas fotos nuestras allá en la playa—prosigue Sofía tratando de justificar la presencia del niño—¿Cómo te han tratado aquí?

—Bien—responde don Manuel muy despacito— he tenido mucho trabajo aquí.

—¿Qué trabajo has tenido?—le pregunta Sofía mientras le pasa su mano por el cabello al anciano.

—Aquí, me hacen trabajar tanto—responde el señor—Tengo que barrer el patio, recoger la basura, arreglar cosas.

—¡Por Dios, que te hacen trabajar!—exclama Sofía siguiéndole la corriente.—¿Ya tomaste once?

—No. Aquí no me dan nada de comer—responde don Manuel.

—¡Qué son malas estas personas! ¡Aquí te traje unas galletas! ¿Quieres comer galletas?

Sofía saca un paquete de galletas de su cartera y de a una se las va pasando a su papá, quien las recibe y las engulle con dificultad debido a su carencia de dientes.

—Señora Sofía—una persona sale de la casa y saluda a Sofía—¿Podría conversar con usted un momento?

—Claro—responde Sofía entregándole el paquete de galletas a Camilo. Sofía y la señora entran a la casa dejando solo a Camilo con don Manuel. Cuando el caballero acaba de comer una galleta, Camilo le ofrece una nueva.

—¿Cómo te llamas tú?—le pregunta don Manuel a Camilo.

—Yo soy Camilo. Un amigo de Sofía, su hija—responde el muchacho.

—¿No eres muy niño para ser amigo de la Sofí?

—Puede ser, pero nos conocimos hace tiempo en la playa.

—¡Ahhhhh! ¡En la playa! En casa de la Carmen—dice don Manuel.

—Sí—contesta afirmativamente Camilo—En la casa de su hermana.

Don Manuel mira hacia todos lados. Un par de veces fija su atención en Camilo, lo que no deja de incomodar al chico.

—Aquí no se puede conversar tranquilo—dice don Manuel.

—¿Por qué?—le pregunta Camilo.

—Porque toda la gente de este lugar es muy entrometida. Están permanentemente haciendo líos.

—Usted no debe hacer caso—le aconseja Camilo—Usted debe vivir su vida solamente.

—¿Cuál vida? ¿De qué vida hablamos?—pregunta don Manuel—Aquí me tienen encerrado. No nos dejan hacer nada. Estamos permanentemente vigilados.

—Los cuidan para que nos les pase nada—le explica Camilo.

—Nada de eso—dice don Manuel—Aquí somos todos uno presos políticos. Estamos encerrados contra nuestra voluntad. Un día vinieron los milicos y allanaron la población donde vivimos. Nos llevaron a todos presos. Camilo se da cuenta que don Manuel no está hablando del momento presente, sino del pasado. El caballero que está todavía en un campo de concentración.

—Todos los días nos interrogan—prosigue el caballero—Nos pegan en la cabeza, aquí en los genitales. Nos pegan con los puños, las manos extendidas, con las armas. Siempre nos pegan. Y resulta que yo no sé nada acerca de lo que me preguntan. A veces, nos sacan en la madrugada con los ojos vendados, a punta de fusiles nos hacen caminar. Luego nos dicen que nos arrodillemos y que confesemos dónde están las armas si no nos matarán ahí mismo. Luego se escuchan disparos, pero no nos matan finalmente. A golpes nuevamente nos llevan a las barracas. La otra vez, me despertó un soldado tapándome la boca y encima mío me decía al oído que tenía a toda mi familia y que iban a matarlos a todos, pero antes violarían a mi esposa y mis hijas. Todos los días hay menos personas aquí. Quien está sentado a tu lado, al día siguiente ya no está y no vuelve más.

—Don Manuel—le dice Camilo—Este un hogar donde lo están cuidando. Eso que me cuenta le pasó hace mucho tiempo a usted, pero ya pasó. ¿Se da cuenta que Sofía, su hija está acá con nosotros? Ella está bien. Ninguno de sus hijos, ni su esposa corre peligro.

Don Manuel mira fijamente a Camilo sin decir nada. Está muy serio como sospechando que Camilo lo está engañando.

—¿Quién eres tú?—le pregunta nuevamente.

—Yo soy Camilo—responde el muchacho—Amigo de su hija.

El anciano vuelve su mirada hacia el frente, sin atender nada en especial. Sus ojos se toman vidriosos.

—¿Estás seguro que todos están bien?—pregunta sin despegar la mirada de la nada.

—Seguro. Su esposa vive con uno de sus hijos. Sofía está casada y es muy feliz. Tiene dos hijos que son sus nietos que van a la universidad. Aquí lo cuidan muy bien. Le dan de comer, le dan abrigo, le dan sus remedios. No tiene que preocuparse por nada. Su familia viene siempre a visitarlo, todos lo quieren mucho.

—¿Han estado siempre bien?—pregunta don Manuel.

—Sí, siempre han estado bien. Lo hizo muy bien don Manuel. Usted y su esposa lo hicieron muy bien. Formaron una linda familia. Sus hijos crecieron felices y formaron cada uno sus propias familias. Nada fue en vano.

—Me gustaría caminar hasta el antejardín—dice el anciano.

Camilo mira hacia todos lados como buscando ayuda. No sabe si es prudente ayudar al viejo a ponerse de pie. Don Manuel se apoya en los brazos de la silla de ruedas como tratando de hacer fuerza para ponerse de pie. Camilo no se atreve a dejarlo solo para ir a buscar a alguien o a Sofía. Como el señor no cede en su esfuerzo, Camilo lo toma de un brazo y pone uno de sus pies delante de los de don Manuel para evitar que se resbale. El caballero a pesar de estar muy delgado, pesa lo suficiente como para que Camilo tenga problemas en el ejercicio. Luego de varios intentos fallidos, don Manuel logra ponerse de pie y muy afirmado del brazo de Camilo comienza la caminata. Camilo está asustado, cree que en cualquier momento se le puede caer el viejecito y, dada su condición, eso puede llegar a ser muy grave. El avance es lento, pero de a poco el anciano se va estabilizando cada vez más. Llegan a la terraza al frente de la casa. Ahí se detienen. Don Manuel permanece erguido mirando hacia la calle y mira la gente pasar.

—Esto es un hogar de ancianos ¿Cierto?—le pregunta a Camilo.

—Así es. Es también su hogar, su casa donde usted vive.

El señor respira profundo un par de veces. Le sonrío a un par de niños pequeños que pasan bajo el cuidado de su madre. Los pequeños lo saludan y agitan sus manos a lo que el viejo responde levantando su mano.

—Ya está bueno—dice don Manuel.

—¿Quiere volver a la silla?—le pregunta Camilo.

—Sí, ya está bueno. Es suficiente.

El viejo agacha la cabeza y con la ayuda de Camilo gira y retornan al patio

trasero del hogar. En el pasillo se encuentran con Sofía.

—¡Me asusté!—exclama ella—Salí y no los vi ¿Para dónde se fueron? Pregunté.

—Salimos a pasear un poco—contesta Camilo.

—¿Dónde andaba, mi viejo loco?—le pregunta Sofía a don Manuel como si le hablara a un niño.

Don Manuel se queda callado y no pronuncia ninguna palabra más hasta que Sofía y Camilo deciden irse. Se despiden y se van. Una vez en la calle, Camilo mira hacia el pasillo buscando a don Manuel a quien aún no lo entran. Por un segundo se cruzan nuevamente sus miradas y el viejo levanta su mano derecha despidiéndose.

—¡Camilo! ¿Dónde estabas?—dice Valentín.

—Fui a Santiago unos días y volví ayer con mi padre.

Camilo se integra al grupo de amigos tendidos en la arena de la playa. Sofía no aceptó la invitación de Camilo, así que el chico volvió con su padre el fin de semana. Un tanto conmovido, Camilo no quiso despegarse de su familia por varios días. Sentía la necesidad de estar con sus padres y su hermano.

—¿Qué fuiste a hacer a Santiago?—pregunta Antonia.

—Nada, había un carrete con mis compañeros de colegio, pero como mi papá trabaja hasta el viernes tuve que esperar hasta ahora.

—¿Y cómo estuvo el carrete?—pregunta Esteban.

—Bien—responde Camilo—Tranquilo. ¿Y cómo estuvieron las cosas por acá toda la semana?

—Fome—contesta Sebastián—Ha estado todo el tiempo nublado, así que no vinimos a la playa. Por ahí nos juntamos un día en la casa del Vale, pero nada. No quisimos hacer la acampada mientras no estuvieras tú.

—¿En serio?—dice Camilo—Gracias por considerarme.

—Lo que pasa es que queremos que sea en tu casa, idiota—dice Valentín. También se integra María José que estaba en otro de grupo de amigos.

—¡Llegaste, Camilo! La Antonia debe estar súper feliz.

—¡Ya empezaron!—reclama Antonia.

—Yo también estoy súper contento de volver y de ver a la Anto—responde Camilo lo que hace sonrojar a la niña.

—¡Uhhhhhhh!—exclaman todos al unísono.

—Ya paren o me voy en seguida—advierte Antonia.

—Oye—dice Esteban—¿Vamos a los roqueríos a sacar jaibas?

—¡Vamos!—contesta Sebastián—Es temprano aún.

—Vayan ustedes no más—dice María José—Eso es muy aburrido.

—Sí, yo me quedo aquí con la Coté—dice Antonia

—¿Y tú Camilo?—pregunta Sebastián—¿Te quedas con las niñas o vas con nosotros?

—Vamos—responde Camilo.

Terminando la playa hay una pequeña península con senderos y mucha vegetación. Al otro lado, hay un roquerío donde los chicos suelen ir a sacar pequeños animalitos marinos como jaibas, langostinos, estrellas de mar, mientras que los enamorados van a ver la puesta de sol al atardecer. Camilo se siente extraño. Su estadía en Santiago, lo tiene perturbado. No deja de pensar en Sofía y su historia. No puede relajarse y estar de verdad conectado con sus amigos en el paseo. En todo momento camina un par de pasos atrás y no habla mucho, solo monosílabos en respuesta a alguna pregunta o comentarios de los otros chicos.

Al llegar al roquerío, cada uno de los niños se lanza por hallazgos animales bajo alguna roca. Cuando uno cree haber encontrado algo, llama a los demás y curiosean al animalejo discutiendo si lo llevan o lo dejan en el lugar.

—¡Mira!—exclama Esteban—¡Una estrella de mar!

—¡Es un girasol—lo corrige Valentín—¿No ves que tiene las patas más cortas que las estrellas de mar?

Esteban toma al molusco y trata de arrancarlo de la roca a la cual está adherido. Le cuesta un poco y se ayuda de una pequeña vara que encuentra en la cercanía.

—Miren como mueve sus tentáculos—Esteban muestra boca arriba al

molusco a sus amigos—¿Lo llevamos?

—Si tú quieres...—responde Valentín—Tú te haces cargo.

—¿Por qué estamos haciendo esto?—pregunta Camilo.

—Porque es divertido—responde Valentín.

—¿No recuerdas lo que pasó con la rana de la quebrada? La sacamos de su entorno, la dejamos encerrada, la abandonamos y se murió y ¿Para qué? ¿Por qué es divertido eso?

—¿Qué pasa, Camilo?—pregunta Sebastián.

—Lo que pasa es que normalmente hacemos cosas sin pensar en las consecuencias que tienen. A veces entiendo porqué las niñas no vienen a estos paseos con nosotros. Ellas tienen otra sensibilidad y están más grandes. Nosotros seguimos siendo unos pendejos. ¿Para qué molestamos a estos animalitos? Ni siquiera es para comerlos porque tenemos hambre o los usamos con algún objetivo. No tiene sentido nada de esto.

—Es sólo un juego, Camilo—dice Valentín—No te pongas tan serio, eres muy aburrido.

—A lo mejor soy aburrido—responde Camilo—Chao, amigos, me voy a mi casa.

Camilo se va del lugar. Sus amigos se quedan mirando unos a otros como buscando una explicación.

—¿Qué bicho le picó a éste?!—exclama Valentín.

—Algo raro le pasó en Santiago—responde Sebastián.

Los chicos continúan en sus labores mientras Camilo retorna a paso lento por el mismo camino que los trajo a ese lugar. Observa las cosas de una manera especial. De vez en cuando se detiene a mirar el follaje de un determinado árbol o el colorido de un matorral. En cada precipicio se acerca y contempla la inmensidad del océano y lo disfruta. Se fija en las marcas de sus zapatillas en la tierra y se da cuenta que la marca es el perfecto negativo del dibujo de la parte inferior de ellas. Camina y mira la huella dejada, mientras da uno y otro paso. Una mariposa enorme distrae su atención. La sigue a donde ésta vaya. Trata de acercarse sin intención de tomarla, hasta que hay un momento en que la pierde de vista. Después hace algo parecido con una pequeña lagartija de múltiples colores. Ésta es más inquieta y rápidamente se esconde debajo de unos troncos no dejando verse. Pronto Camilo deja la península y retorna al pueblo, de ahí se dirige hacia su casa. Ahora, casi todo el recorrido lo hace cabeza gacha, mirando

sus pies como se mueven sincrónicamente. Dos casas antes de llegar a su casa, Camilo levanta la cabeza y se encuentra con la figura de Sofía que está parada mirándolo a un costado de la reja de su casa.

Camilo queda congelado ante la sorpresa, luego camina lento acercándose a su amiga.

—Hola, te estaba esperando—dice Sofía.

—Al final, viniste.

—Sí. Papá murió.

—¿Murió?—pregunta Camilo sorprendido—¿Cuándo?

—La noche del día que lo visitamos.

—No me avisaste.

—No ¿Para qué? ¿Ibas a interrumpir tus vacaciones una vez más? Hoy en la mañana desperté y decidí venir. Agarré un bolso, un par de blusas y me vine.

—¿Viniste con tu marido?—pregunta Camilo.

—No, vine sola. Le dije a mi marido que tenía que hacer un trámite de la casa de mi tía, así que lo dejé solo con mis hijos. Ya están grandes, se saben cuidar.

—¿Ya fuiste a la casa de tu tía?

—No, sólo le pedí la llave al cuidador. Menos mal que se acordaba de mí el caballero y me las pasó de inmediato. ¿Quieres acompañarme?

—Bueno—contesta Camilo.

Camilo y Sofía dan la vuelta a la manzana sin decir nada, uno al lado del otro. Al llegar a la casa, Sofía saca las llaves de su bolso y trata de recordar las instrucciones del cuidador. Se equivoca un par de veces, la tercera llave es la correcta. Abre el portón e ingresan ambos a la propiedad de la tía. El patio está bien tenido, las plantas han sido regadas y la maleza cortada. Luego, Sofía trata de abrir la puerta de casa descartando la llave recién usada. Hay dos chapas, por lo tanto las dos llaves restantes son para ellas. Una de las chapas debe ser girada varias vueltas antes de sacar el seguro. Luego, la otra chapa abre la puerta definitivamente. De a poco el interior se les presenta un tanto sombrío con evidente olor a encierro y humedad. Sin embargo, el inmueble se mantiene relativamente limpio, sin grandes capas de polvo sobre los muebles, que son los mismos que Camilo conocía con algunas diferencias, como la ausencia del retrato de Allende en la pared.

Sofía deja las llaves sobre la mesa del comedor y su bolso en uno de los sillones.

—¡Ésta es la casa de mi tía!—exclama.

Camilo no dice nada y permanece de pie en el living. Sofía recorre con su mirada cada rincón de la pequeña casa. Da vuelta y por el pasillo pasa a la cocina, luego el baño y las piezas. Sólo echa un vistazo corriendo las respectivas cortinas como revisando que todo esté en su lugar. Luego, retorna al comedor.

—¡Cuántos recuerdos lindos!—exclama lanzando un profundo suspiro.

Sofía se acerca al mueble de repisas ubicado en el living y toma cada uno de las cositas que lo adornan.

—Mira, éstos son mis abuelos cuando se casaron—Le muestra la foto a Camilo.

—Lo sé, ya la había visto—responde el chico.

Sofía queda mirando un poco sorprendida porque se había olvidado de las experiencias de Camilo en esa casa. Deja el portarretrato en su lugar y luego toma en el que aparece junto con su tía en la playa. Pasa sus dedos suave y lentamente sobre ella como acariciándola.

—Mi tía—dice en voz baja.

Sofía se queda en silencio un buen rato. Camilo respeta ese silencio y no la interrumpe. Ella deja la fotografía en la repisa y sigue escudriñando cada una de las figuritas dispuestas sin un orden especial.

—¡Mira!—exclama de pronto Sofía—¡Una foto de mi papá!

Sofía extrae una pequeña foto de un canastito lleno de cosas. Es una foto de su cara solamente, en blanco y negro donde don Manuel sale tal cual como Camilo lo conoció. Se la muestra al niño quien la mira unos segundos y se la devuelve.

—Estaba joven aquí—comenta Sofía—Debe haber sido de algún carnet.

—¿Lo echas de menos?—pregunta Camilo.

—Sí, mucho—responde Sofía—Hay personas que dicen que uno se relaciona con sus seres queridos muertos en los sueños. Ayer soñé con él. Soñé que es mentira que está muerto, que es un error. Él llegaba a la casa como todos los días volvía del trabajo. Antes de ayer, soñé que se sentaba en mi cama mientras yo dormía, me hacía cariño, yo despierto, me siento y lo abrazo fuerte. Él me dice que está bien, que ahora él está bien.

—¿Y eso te hace bien?

—Sí, por un momento. Pero, luego le reprocho el haberse metido en política, por haber sido presidente de un sindicato, por no haber contado todas sus penurias cuando estuvo detenido, por no haberse cuidado después de eso. A veces, pienso que fue muy irresponsable y no pensó en nosotros, los que quedamos acá vivos. Alguna vez te dije, que él había muerto esa mañana cuando llegaron los militares a detenerlo. Y en verdad, así lo creo. Después de eso, mi padre ya no quería vivir, fue como un lento y penoso suicidio.

—Tu padre era un señor muy bueno—dice Camilo—No solo quería lo mejor para ti, tus hermanos y tu madre. Quería lo mejor para él y todo el mundo. Quería una sociedad más justa, una vida mejor, pero fracasó. ¿No crees que es necesario darle las gracias por eso? Tú vives en el mismo barrio, pero tu vida ha sido distinta a la de él. Tus hijos serán profesionales, no conozco a tu marido pero se ve una buena persona. ¿No crees que todo eso se debe en parte al sacrificio de tu padre? Puede haberse equivocado, pero de que fue un gran hombre, lo fue.

Sofía mira y escucha atentamente a Camilo y se sorprende de que un niño de trece años pueda decir todo eso, pero termina por convencerse que él conoció a su padre antes de la visita al hogar.

—Sofía—dice Camilo—¿Quieres verlo?

—¿Qué cosa?

—¿Quieres ver a tu padre?

—¿De qué hablas?—pregunta Sofía.

—Ven conmigo.

Camilo toma de la mano a Sofía y la hace salir de la casa. Dan la vuelta entera hasta la calle donde está la casa de Camilo. Abre la reja y rodean la casa por el pasillo del costado hacia el patio trasero. Llegan al tunar y Sofía intuyendo lo que pretende Camilo se detiene y aprieta con fuerza la mano del chico.

—Parece que éste es una especie de portal. ¡Vamos!—dice Camilo y la tira con fuerza.

Camilo nota que Sofía está muy nerviosa. Él va primero y le va dando instrucciones para que no se clave alguna espina. Llegando a la última hilera, Sofía se resiste y se detiene.

—Confía en mí—le dice Camilo—nada malo va a pasar.

Con un pequeño aventón, Camilo logra vencer la resistencia de Sofía y

cruzan hacia el patio trasero de la casa de la tía de Sofía. Mágicamente, Camilo siente cómo la mano de Sofía se adelgaza y empequeñece, un tanto confundido gira su cabeza hacia su amiga y sorprendentemente ve que Sofía ha adquirido el aspecto de sus trece años. La ahora niña nuevamente, mira a todos lados abriendo los ojos a sus máximas posibilidades y se marca una nerviosa sonrisa en su cara.

—¿Es posible que esté pasando?—pregunta con la voz temblorosa.

Camilo la mira y sin decir palabra alguna, asiente con su cabeza tan sorprendido como la chica.

—No lo puedo creer—dice Sofía tomándose las mejillas con sus manos palpándoselas como tratando de reconocerse.

De pronto, se abre lentamente la puerta de la cocina de la casa y sale la señora Carmen, la tía de Sofía.

—¡Tía!—grita Sofía y corre a abrazar a la señora.

Ambas, se funden en un largo e intenso abrazo. Sofía ríe y llora a la vez besando sucesivamente ambas mejillas de la señora.

—¿Cómo está, mi niña?—dice la señora Carmen—Ya pensé que no vendrías este verano.

—¡Te eché tanto de menos, tía!—exclama Sofía y vuelve a abrazarla—

Te prometo que no dejaré de venir más a esta casa y la cuidaré como si fuera mía.

Camilo está regocijado, sólo mira como testigo lo que sucede, pero siente una profunda satisfacción en su pecho. En eso, la puerta vuelve a abrirse. Sofía y Camilo dirigen su mirada hacia ella desde donde emerge la figura de don Manuel. Sofía queda paralogizada y respira arrítmicamente con dificultad.

—Mi niña ¿Qué pasa?—dice don Manuel de forma natural como si esto no fuera un evento extraordinario.

Sofía vuelve la mirada hacia Camilo y luego corre y se lanza a los brazos de su padre.

—Papá, papito—dice Sofía sollozando.

—Ya, ya ¿Por qué llora?—pregunta don Manuel acariciando tiernamente la cabeza de Sofía.

Ella se aleja un poco para mirarlo bien. Con sus manos acaricia su cara. Él le seca las lágrimas con ternura.

—Papá, eres tú—lo mira extasiada.

—Claro que soy yo—Le dice Manuel—¿Quién más podría ser?

—Perdóname, papá—dice Sofía.

—¿Perdonar? ¿Por qué?—pregunta él.

—Por los reproches, por las malas caras, por las incomprensiones. Por no entender tu silencio, por no escuchar tu sufrimiento. Tú no tienes culpa de nada.

—La culpa es el peor de los sentimientos—dice don Manuel—No sé de qué me hablas, no tengo nada por lo cual perdonarte, pero lo único que te digo es que nunca sientas culpa. Cuando te equivoques, reconócelo y enmienda el dolor con cariño y dale paz a tu corazón.

La niña vuelve a abrazar a su padre, posando su cabeza en el pecho del señor. Manuel la aprieta fuerte contra sí mismo, luego, alza la cabeza y tan erguido como solía ser, queda mirando a Camilo.

—Joven Camilo—le dice—¿Cómo ha estado?

—Yo bien, señor, muy bien—contesta Camilo satisfecho.

—Puedes decirme tío si quieres—replica don Manuel.

—Gracias, lo haré.

Sofía se desprende de su padre y se aproxima a Camilo.

—Gracias por todo—le dice al chico.

—De nada. Creo que logré descubrir cuál era mi tarea. Ese dolor que llevas en tu corazón, desaparecerá cuando los dejes ir.

—¡No, no quiero! Quiero estar un momento más con ellos—responde Sofía poniendo una cara triste.

—Puedes despedirte, pero, déjalos tranquilos—le dice Camilo.

—Está bien—responde Sofía agachando la cabeza.

La niña vuelve hacia su tía, le da un fuerte abrazo y un beso en la mejilla. Luego se dirige a su padre y repite el gesto.

—Yo siempre estoy contigo—le dice él al oído.

—Lo sé, papá. Siempre has estado conmigo y siempre lo estarás.

—Joven Camilo—don Manuel se dirige al chico.

—Dígame.

—La utopía es posible, sólo que no era el momento ni la forma—dice el señor con una sonrisa en su cara.

Camilo levanta su mano saludándolo y despidiéndose al mismo tiempo.

Sofía retrocede caminando de espalda sin perderles la mirada a su

padre y a su tía. Al llegar junto a Camilo, le toma ambas manos.

—Ya, estoy lista—le dice.

—Volvamos—Camilo le suelta una mano y la conduce de vuelta.

Sofía se detiene, se pone de frente a Camilo, se acerca lentamente y le da un tierno beso en la boca. Camilo siente las mismas sensaciones que experimentó con su primer beso, luego de la cual se produce un pasaje en el cual no escucha, no ve, no huele, no palpa, no es.

Cuando Camilo abre los ojos, se encuentra con Sofía mujer. Ambos siguen de la mano. Don Manuel y la señora Carmen ya no están ahí. Sofía y Camilo están solos en el patio. Sofía invita a Camilo a tomar té en la casa de su tía.

—¿Oye?—dice Sofía—¿Tienes polola?

—No, no tengo.

—Es hora de que ya la tengas.

Ambos emprenden el retorno y van a tomar té para hablar del presente y del futuro con un profundo registro de paz en sus corazones.



FUERZA

Juan Pablo espera en el terminal de buses sentado en el respaldo de un escaño. Llegó más temprano de lo convenido. Se compró un café y un brownie para paliar el hambre por no haber desayunado antes de salir de su casa. Mientras hace tiempo, se dedica a navegar por sus redes sociales, esperando algún mensaje de sus amigos. La promesa es juntarse una vez rendidas todas las pruebas de selección universitaria e irse a la playa cerrando el ciclo como corresponde de la educación secundaria. El destino es la casa de playa de Camilo quien logró el permiso de sus padres para ir con sus compañeros.

Después de varios minutos, aparecen Macarena y Fernanda, ambas con sus respectivas mochilas, quienes al divisar a Juan Pablo, alzan sus brazos y corren a su encuentro. Los chicos se saludan con abrazos efusivos. Juan Pablo les cuenta que es el primero en llegar por lo que deben esperar al resto del grupo.

-El más importante es Camilo-dice Juan Pablo- Porque sin él, no hay casa.

-Pero si no llega, nos vamos a cualquier parte y nos quedamos en una residencial-responde Macarena.

-Yo ando con poca plata-comenta Fernanda- Así que, que llegue no más Camilo.

En ese momento, de pronto aparece por la espalda de Juan Pablo, Camilo, quien lo asusta haciendo que éste derrame parcialmente su café. Nuevamente la ceremonia de los saludos y abrazos los cuales no terminan cuando también llega Javiera.

-Falta sólo Vicente-dice Camilo.

-Es posible que tengamos que esperar un buen rato-dice Javiera-Vicente es un experto en hacerse notar.

Los cinco jóvenes comentan cosas intrascendentes relacionadas con lo despejado que está el tránsito debido a que la mayoría de los estudiantes ya están de vacaciones. Macarena se quedó en casa de Fernanda y por eso llegaron juntas. Camilo se tuvo que devolver cuando ya estaba en el paradero esperando el autobús porque se le habían quedado las llaves de la casa.

De pronto Juan Pablo dice:

-Miren, ahí viene el Vicho muy tranquilo.

El sexto integrante del grupo viene caminando muy relajado, escuchando música con audífonos y manipulando su celular simultáneamente. Sus

amigos le gritan y le hacen gestos, pero Vicente no atiende nada más que a su portátil. Cuando ya está casi encima, levanta la cabeza y se encuentra con los otros chicos.

-¡Ya estamos todos!-exclama Camilo-Ahora sacamos los tickets y nos vamos.

Los chicos compran los tickets de bus en una máquina y luego se acercan al andén correspondiente para embarcarse. Como aún no es temporada de vacaciones, el bus no alcanza a llenarse. Los seis amigos se ubican en los últimos asientos, bien alejados del resto de los pasajeros. Los sentados más adelante se hincan en los asientos mirando hacia atrás para conversar con sus amigos, hasta que un auxiliar les pide que se sienten y abrochen sus cinturones.

-Bueno ¿Cómo les fue en la prueba?-pregunta Javiera.

-¡Por favor, no hablemos de eso!-suplica Fernanda-¡Me fue horrorosamente mal!

-Yo no sé, la verdad-comenta Macarena-Estoy insegura respecto de los resultados.

-A mí, me fue excelente-dice Vicente-De seguro que tengo más de cero punto.

-¿Te fue mal?-le pregunta Camilo.

-¿No te digo que me fue estupendo?-replica Vicente-No tengo expectativas, por lo tanto, lo que sea será superior. Ni siquiera voy a entrar a la universidad así que me da lo mismo.

-A mí no me da lo mismo y creo que me fue bastante bien-dice Javiera.

-¿Y a ustedes?-pregunta Macarena a Juan Pablo y Camilo.

-Parece que bien, pero tampoco estoy seguro-responde Camilo.

-Yo igual-dice Juan Pablo-Pero, olvidémonos de eso por ahora. Cuando salgan los resultados sabremos la verdad.

-Estoy de acuerdo-dice Fernanda-Cambiamos de tema.

-Hablemos de la graduación, entonces-propone Macarena.

-¡Oye, cómo tan pernas!-reclama Vicente.

-¿Por qué?-pregunta Javiera-¿No nos juntamos para esto? Intercambiar acerca de la experiencia de terminar el colegio.

-No, nos juntamos para pasarlo bien-replica Vicente.

-Tú, a lo mejor vienes sólo a carretear, lo que es yo, quiero pasar unos buenos momentos con mis mejores amigos-dice Fernanda.

-Estuvo muy fome la graduación-dice Juan Pablo.

-¿Por qué lo dices?-pregunta Javiera.

-Porque fue la típica ceremonia mamona, que busca hacerte llorar y a tus padres-argumenta Juan Pablo-Además es muy hipócrita, porque hasta aquéllos que odiaste y tú sabes que también te odian, te abrazan y te dicen ¡Te quiero tanto! ¡Desde cuándo!

-¡Hasta la profel-agrega Vicente-Esa vieja que no hizo nada por el curso durante todo el año, que evitaba todos los conflictos, que no se comprometió con nada ¡Les voy a echar tanto de menos! ¡Mentira! Debe estar feliz porque se deshizo de nosotros.

-¡Qué son mal hablados!-exclama Macarena-A mí me gustó, la encontré muy emocionante. Sea como sea era un momento muy importante para la mayoría de nosotros. Además, yo estaba contenta de haber estado con ustedes hasta el final.

-Es cierto-refuerza Javiera-Fíjense que la promesa de juntarnos después de la prueba la hicimos cuando estábamos en 2° medio. Desde esa fecha pudo haber sucedido cualquier cosa. Que uno de nosotros hubiese repetido, o que otro lo hayan cambiado de colegio porque a los viejos los trasladaron de trabajo o cosas más trágicas como si alguno de nosotros hubiese muerto. Pero no, no pasó nada de eso y estamos aquí los seis, rumbo a la playita a pasar el fin de semana más inolvidable de nuestras vidas.

-¿Y tú qué opinas, Camilo?-pregunta Vicente.

-Yo estoy un poco de acuerdo con todos. La ceremonia fue mamona y nadie lo puede discutir, pero igual fue importante para todos nosotros. Es el término de un ciclo. Quizás no tiene la connotación que todos le quieran dar, como si la vida comenzara ahora ¿Qué ha sido entonces lo que hemos vivido desde nuestro nacimiento? ¿No es la vida acaso? Pero así todo, es bonito tener la experiencia y la recordaremos en el futuro de esa forma. Y si podemos prolongar nuestra amistad más allá, será genial.

Al poco andar cada uno se acomoda en su asiento tras la insistencia del auxiliar para que siguieran las normas de seguridad. Vicente saca una pequeña bota española llena de ron y la ofrece a sus amigos, quienes se niegan aludiendo a lo temprano que es como para beber alcohol, cosa que no amilana al chico más discolo del grupo quien de vez en cuando saca de su bolsillo el típico utensilio peninsular para beber su contenido.

Al cabo de un par de horas llegan a su destino. Bajan del bus, toman

sus cosas y se encaminan hacia la casa de Camilo a la que se llega caminando. Ya en el rústico inmueble, los chicos se distribuyen las piezas y las camas disponibles. A pesar de las propuestas de los niños, las chicas prefieren instalarse en piezas separadas de los hombres, así quedan las chicas con las chicas y los chicos con los chicos. Después de ordenar sus cosas, se aprestan a preparar el almuerzo. Se organizan y se asignan tareas. Así, mientras algunos limpian la casa, otros se hacen cargo de lo que comerán.

Después de almuerzo se aprestan a hacer su primer paseo de reconocimiento del lugar. Varios de los chicos no conocen el pueblo, así que los otros serán los encargados de organizar las salidas, partiendo por Camilo quien, como dueño de casa y conocedor de cada rincón del balneario, organiza el itinerario que partirá con una visita a la playa del lugar.

La localidad se ve totalmente despoblada; siendo diciembre, los veraneantes escasean y los lugareños no son personas que suelen ir a la playa, sobre todo en día de semana. Los chicos se instalan con toallas una al lado de la otra. Los hombres se sacan sus poleras de inmediato y parten raudos a bañarse en el mar. Las niñas esperan un tiempo argumentando que aún no tienen calor como para bañarse. Incluso Fernanda adelanta que no se bañará porque no soporta la gélida temperatura de las playas chilenas.

-¡Ya, chicas, confiesen lo que opinan de los chicos!-dice Javiera.

-Ummmm, ¿Qué opinamos respecto a qué?-pregunta Fernanda.

-Como hombres ¿Les gusta alguno?-complementa Javiera.

-A mí antes, me gustaba el Camilo-responde Macarena-Creo que es el más lindo de los tres, pero con el tiempo fui cambiando de opinión y ahora me gusta Juan Pablo.

-¡A mí me gusta el Juan Pablo!-reclama Fernanda-Tú siempre lo has sabido.

-¡Chuuuuuu!-exclama Javiera-No tengamos un rollo amoroso aquí, mira que el paseo se va al precipicio.

-No pasará nada-responde Macarena-Lo que dije no significa que intente algo con él.

-Hagamos un pacto de no agresión-propone Javiera.

-Bueno-asiente Fernanda-Ninguna de las dos se meterá con él sin el consentimiento de la otra.

-Hecho-contesta Macarena estrechando la mano de su amiga.

-¿Y tú, Javiera?-pregunta Fernanda.

-Yo los quiero a los tres como amigos. Estoy de acuerdo que el Camilo y el Juan Pablo son lindos, pero Vicente también tiene lo suyo.

-Si no se pusiera tan pesado a veces-agrega Macarena.

-Es cierto-refuerza Fernanda.

Los hombres se zambullen una y otra vez frente a cada una de las olas que se suceden. Vicente se saca el traje de baño y lo enarbola como bandera para que las chicas se den cuenta. Las mujeres le hacen gestos para que se acerque hasta la playa así. Pero, Vicente les mueve el dedo índice de la mano derecha de un lado a otro negándose.

-Las niñas quieren fiesta-les comenta Vicente a sus amigos.

-¿Te gusta alguna de ellas?-pregunta Juan Pablo.

-No, ninguna. Son muy pendejas.

-¡Ella, la madura!-se burla Juan Pablo-¿Y a ti, Camilo?

-La Feña es la más linda, pero es muy niña. La Maca también es linda y la Javiera es súper interesante.

-¡Ja!-exclama Vicente-¡Te cagaste a la Javi! Cuando uno no se atreve a decir que la mina es fea dice que es interesante.

-No quise decir eso-Camilo se defiende-La Javi es atractiva y muy inteligente.

-¡Ahora te cagaste a las otras!-contesta Vicente-La Maca y la Feña son tontas.

-No distorsiones las cosas-reclama Camilo-Yo no dije que la Javiera fuera fea y que las otras sean tontas.

-A mí me gusta la Maquita-dice Juan Pablo-Me gusta desde hace tiempo, pero como yo estaba ocupado, nunca intenté nada. Ahora puede ser.

-¿Te vas a engrupir a la Maca?-pregunta Vicente.

-Si se dan las cosas...veremos-responde Juan Pablo.

Los chicos vuelven a la playa y se tienden a un costado de sus amigas. Los seis conversan largamente toda la tarde hasta la puesta de sol.

-Oigan chicos ¿Qué nos deparará el futuro?-pregunta Javiera.

-Muchas sorpresas-dice Juan Pablo.

-Me da un poco de susto el futuro-dice Macarena.

-¿Por qué?-pregunta Javiera.

-No sé, estoy acostumbrada al colegio. Me da miedo tener que tomar mis propias decisiones-responde Macarena.

-Es cierto-agrega Fernanda-Es tanto el cuento de que debes hacerte cargo de tu vida, pero al mismo tiempo, sobre todo tus viejos, no te dejan espacio a equivocarte. Ya, tengo que decidir una carrera en la universidad y te proponen cosas, diciendo que ésta tiene buenas perspectivas porque los egresados encuentran trabajo luego, que con esta otra se gana plata, que ésta tiene mucho prestigio y al final, no te dejan tomar la decisión libremente.

-¿Y el colegio?-pregunta Javiera-¿Conocen a alguien que desorienta más que el orientador del colegio? A mí, todos los test vocacionales dieron como resultado que soy buena en todo.

-¿Saben lo que pasa?-dice Camilo-Le tenemos mucho miedo al fracaso, no queremos equivocarnos porque la mirada de los otros importa más que lo que sentimos y deseamos para nuestro futuro. En primer lugar, nada nos obliga a tener que estudiar en la universidad. Segundo, nada nos obliga a estudiar una carrera que no nos gusta y tercero, nada debiera quitarnos el derecho a equivocarnos.

-Parece fácil-responde Javiera-Pero, cuando tienes un padre que ha decidido lo que tienes que hacer, no lo es.

-A mí, me espera Sudamérica-dice Vicente-He decidido que este año voy a viajar por el continente.

-¿En serio?-pregunta Fernanda.

-Totalmente, en serio-replica Vicente-Tengo todo listo. Me voy mochileando hacia el norte, hasta Arica, de ahí pasaré a Perú, luego a Ecuador, Colombia, Venezuela y así dar la vuelta completa para terminar en Argentina y volver a Chile.

-Igual necesitas tus lucas-dice Juan Pablo.

-¡Nada!-responde Vicente-Me iré con lo justo y necesario, viviré con la gente más humilde, no pagaré pensiones ni comidas, viviré de la solidaridad de las personas.

-¿Tú crees que se puede hacer eso?-pregunta Macarena.

-¡Por supuesto!-exclama Vicente-La gente en esencia es buena, no como nos han querido convencer de que la gente es mala. La gente es buena y sabe compartir con el que lo necesita.

-Bueno, no digamos que tú lo necesitas-dice Javiera-Aunque no lo sientas así, esto es un lujo que te das porque sabes que a la vuelta tendrás tu casa y tu familia, tu dormitorio, etc. Hay gente que no tiene nada y no tiene la

opción de hacer lo que tú pretendes como una aventura.

-Es verdad, tienes razón-responde Vicente-Pero creo que con esta experiencia ni siquiera me acordaré que podría llegar a tener algo a la vuelta. Se me olvidará.

-Qué bacán, igual-dice Macarena-Espero que resulten tus planes.

Todos los amigos comparten el sentimiento expresado por Macarena y se lo hacen sentir a Vicente con una caricia o estrechando su mano. Luego de esto se genera un breve silencio como si después de eso, no se pudiese seguir conversando.

-¿Por qué no dejamos de pensar en el futuro y disfrutamos del presente?- dice Juan Pablo interrumpiendo el silencio-Miren el paisaje, respiren este aire limpio, sientan la brisa marina sobre sus caras.

Los seis amigos se abrazan mirando el horizonte hasta que el sol desaparece y las nubes arreboladas hacen que el cielo se vea de múltiples colores.

Camilo, Juan Pablo y Vicente beben cerveza en la terraza de la casa de la playa. Esperan a las chicas quienes se están arreglando como para ir a una fiesta, a pesar de que no saldrán porque todavía no han abierto los lugares nocturnos típicos de la temporada estival.

—¿Qué haremos?—pregunta Juan Pablo.

—Beber alcohol hasta quedar en el suelo—responde Vicente.

—No—replica Camilo—¿Tiene sentido perder el sentido?

—¡Ja!—exclama Juan Pablo—Bueno el juego de palabras.

—Para disfrutar del momento, es condición estar consciente ¿No crees?—complementa Camilo.

—¡Nada! ¡No hay como disfrutar de un buen trago!—insiste Vicente.

—Estoy de acuerdo, pero perder el conocimiento no te permite disfrutar de ese trago—replica Camilo.

—Ya, ya—dice Vicente—Si me voy a controlar, no te pongas tan agudo.

—¿Entonces, qué hacemos?—repite Juan Pablo—¿Bailamos? ¿Contamos chistes? ¿Historias personales?

—Bailar por ningún motivo—contesta Vicente—Si quieren que no me emborrache, no me hagan bailar porque yo bailo ebrio solamente. ¿Se imaginan a la Javi contando chistes? Mejor nos acostamos temprano.

—¿Qué propones entonces?—pregunta Camilo—Además de tomar y tomar.

—¡Ehhhhhhhh! ¡Tomar y tomar!—grita Vicente levantando la botella de cerveza—No sé, que decidan las niñas.

—De acuerdo—dice Juan Pablo—Estamos muy poco creativos, así que hagamos lo que digan ellas.

En esto sale Javiera y se integra a la conversación. Las otras dos niñas siguen acicalándose.

—¿De qué hablan?—pregunta Javiera.

—Del plan de esta noche—responde Juan Pablo.

—Y ¿Cuáles son las opciones?—contrapregunta la chica.

—¡Nada!—contesta Vicente.

—La verdad es que no se nos ocurren buenas ideas—dice Camilo.

—¿Si jugamos?—propone Javiera—Yo conozco varios juegos que se pueden practicar en grupo y son muy divertidos.

—¡Bieeeeeeen! ¡Juguemos! ¡Qué divertido!—exclama Vicente en tono sarcástico.

—Si no tienen una mejor propuesta...—comenta Javiera.

—Está bien, Javi—dice Camilo—Venimos a pasarlo bien como sea y si sólo nos sentamos a mirarnos, lo podemos hacer.

—Así me gusta. El buen ánimo aguanta cualquier actividad—agrega Javiera.

Los cuatro chicos esperan a que salgan sus dos amigas, tomando un par de cervezas más. Cuando Macarena y Fernanda abren la puerta, los chicos aplauden vitoreando la salida de las chicas.

—¡Oye! Están ma-ra-vi-llo-sas—comenta Vicente imitando a un crítico de modas.

—Se pasaron realmente—dice Juan Pablo—Ni para la fiesta de graduación.

—No sean pesados—contesta Macarena—Para la fiesta estuve toda la tarde arreglándome.

Los amigos permanecen un buen tiempo en la terraza conversando y riendo. Luego, aceptan la propuesta de Javiera. Ella fue durante varios años líder scouts y por tanto conoce un sinnúmero de juegos de relaciones, todos muy interactivos y motrices. Para ello tienen que desarmar el living, corriendo mesas y sillones dejando un buen espacio para desplazarse. Los juegos realmente logran el objetivo. Los seis amigos lo disfrutan plenamente riendo, saltando, haciéndose bromas. Pero después de un tiempo, optan por algo más tranquilo. Los chicos sacan más cervezas del refrigerador y las chicas vuelven una y otra vez al baño a arreglarse nuevamente.

—¿Y ahora qué?—pregunta Macarena.

—Juguemos al juego de la verdad—responde Vicente en tono de broma.

—¡Ya!—exclama Javiera.

—¡Ay, no!—dice Fernanda—No me gusta. Típico que hacen preguntas muy personales.

—De eso se trata—recalca Javiera.

—A mí me parece bien—complementa Macarena—¿Qué dicen ustedes, chicos?

—Ok—asiente Camilo.

—Por mí no hay problema—dice Juan Pablo.

—Lo vamos a pasar de miedo—agrega Vicente sin mucho entusiasmo.

—¿Oye, pero esto no implica hacer un listado de preguntas previamente?—pregunta Macarena.

—Podemos hacer algunas variaciones—contesta Javiera—Como somos pocos, hagamos lo siguiente: un voluntario decide partir como interrogador, elige arbitrariamente al integrante del grupo al que cuestionará. Luego le pregunta ¿Verdad o penitencia? El interrogado deberá elegir una opción, si decide penitencia, el interrogador deberá darle una tarea para que el otro la realice. La idea es que la prueba sea un desafío. Si decide verdad, el interrogador deberá hacer una pregunta buscando poner en aprietos al otro. Que no sea una pregunta de conocimientos, porque sería muy fome. El interrogado deberá responder con la verdad más absoluta y no puede negarse a hacerlo. Luego de dar su respuesta el grupo decidirá si le cree o no ¿Les parece?

—¿Y si no le creemos?—pregunta Juan Pablo.

—¡Penitencia!—grita Vicente.

—¡Penitencia!—dicen casi todos al unísono.

Los chicos y chicas aceptan las reglas y se sientan en el suelo haciendo un círculo. Javiera se ofrece como coordinadora y pregunta por voluntarios para comenzar. Macarena y Juan Pablo levantan la mano, pero como la chica lo hizo un poco antes, Javiera la elige a ella.

—¡Ya!—exclama Macarena acomodándose bien—Elijo aaaaaaa...

..¡Camilo! ¿Verdad o penitencia?

—Verdad—responde Camilo sin titubear.

—A ver, Camilo—Macarena hace una pausa creando suspenso—¿Qué te parece físicamente la Javiera?

—¿La Javiera?—Camilo mira a Javiera como analizándola de pies a cabeza—La Javi es muy guapa, tiene una silueta muy atractiva. Me gusta su sonrisa, es muy tierna. Tiene bonitos ojos.

—¡Yo poh, di algo malo también! Si no, te daremos una penitencia—dice Vicente.

—Pero si no le encuentra cosas malas, déjalo—Le responde Fernanda.

—Bueno, si hay que decir algo malo, yo le arreglaría de otra forma el pelo—dice Camilo—Anda siempre chascona y eso le quita gracia.

Javiera, estaba de antes ruborizada y ahora instintivamente comienza a arreglarse el pelo con la mano.

—En general, me gusta la Javi, es linda—termina Camilo.

—Ya, basta, basta—Javiera trata de cortar la intervención de Camilo—¿Le creen o no le creen?

Todos, salvo Vicente, dicen creerle a Camilo.

—Yo creo que no dijo todo lo que tenía que decir—argumenta su voto Vicente.

—Oye, fui el primero así que sean más condescendientes—se defiende Camilo.

—¡Ya, ahora te toca a ti, Camilo!—dice Javiera.

—Yo elijo a Javiera ¿Verdad o penitencia?—dice Camilo.

—Pero yo soy la moderadora—dice Javiera ante el reclamo generalizado de sus amigos que la obligan a responder—Bueno, bueno ¡Verdad!

—Javiera ¿Tú te masturbas?

—¡Chaaaa!—exclaman todos.

—Oye ese tipo de preguntas no las voy a contestar yo—dice Fernanda.

—La pregunta es para la Javi—Juan Pablo pone orden.

—Esteeeeeee—dice Javiera un tanto complicada—La verdad es que sí.
—¡Bieeeeeen!—gritan y aplauden los chicos—¡Javi! ¡Javi! ¡Javi!
—Pero con moderación—aclara la chica—Sí, lo reconozco, de hecho creo que es muy sano que todos los hombres y mujeres conozcan bien su cuerpo y sepan lo que les gusta o no sexualmente. La masturbación siempre ha sido un tema muy de hombres, porque pareciera que para ellos fuera casi una fijación. En cambio para la mujeres en el pasado era un tabú y ahora no tanto. Sin embargo, no lo hago a cada rato, sino a lo lejos. ¡Ya! ¿Me creen o no?

—Te creemos obviamente—dice Juan Pablo.

—Me toca a mí ahora—dice Javiera—Elijo a Macarena ¿Verdad o penitencia?

—Penitencia—contesta la joven.

—¡Uauh! ¡Qué valiente!—exclama Vicente.

—Tu penitencia, Maquita, es... darle un beso en la boca a Juan Pablo.

—¡Eeeeeeh!—gritan los chicos simultáneamente.

Macarena y Fernanda se quedan mirando fijamente a Javiera con una expresión de reproche. Javiera sonríe maliciosamente sabiendo que estaba cometiendo una maldad. Juan Pablo se acomoda y se pasa la mano por la boca como limpiándose. Macarena está inmovilizada y no quiere ni mirar a Fernanda que la tiene a su lado.

—Pero, ¿Por qué en la boca?—se decide a preguntar Macarena—¿No puede ser en la mejilla?

—¡Noooooooooo!—gritan los jóvenes—¡En la boca! ¡En la boca! ¡En la boca!

Juan Pablo ya está instalado en el centro del círculo, esperando su beso, cerrando los ojos y estirando los labios como invitando a Macarena.

La chica, evita mirarlo de frente y de a poco se aproxima muy tímidamente. Fernanda agacha la cabeza como no queriendo mirar la escena, pero ante la posibilidad de que se note su incomodidad hace un esfuerzo y se suma al ánimo a Macarena, incluso empujándola suavemente para que su amiga se atreva. Macarena interpreta este gesto como una autorización y se planta frente a Juan Pablo.

—Debe durar diez segundos—agrega Javiera.

—¡Ah, no!—reclama Macarena—Diez segundos es mucho, además eso no lo dijiste antes.

—Es la Javi quien te dio la penitencia y debes aceptar sus condiciones—dice Juan Pablo.

—Tienes que aguantar—dice Camilo—Tú optaste por penitencia.

Juan Pablo permanece expectante, Macarena comienza a acercarse lentamente hasta posar sus labios sobre los de su amigo.

—¡Con lengua!—grita Vicente.

Los chicos comienzan a contar los segundos, demorándose más de la cuenta. A la cuenta de 10 Macarena se separa raudamente de Juan Pablo y se sienta nuevamente en su lugar. Juan Pablo se pone de pie y baila como lo hacen algunos futbolistas después de hacer un gol.

—Ahora te puedes vengar, Maca—dice Camilo.

—¿Puedo elegir a la Javiera?—pregunta Macarena.

—No, hasta la próxima vuelta—dice Javiera.

—Eres tramposa—le reprocha Macarena a Javiera—Entonces, elijo a Juan Pablo. ¿Verdad o penitencia?

—Verdad—contesta Juan Pablo.

—Dime si actualmente te gusta alguien y quién es.

—Pero, ahí hay dos preguntas—reclama Juan Pablo.

—Bueno, lo corrijo—dice Macarena—¿Quién te gusta actualmente?

—Tú, pues, sin lugar a dudas—responde el chico.

—¡Ya en serio!—suplica Macarena.

—¡En serio!—recalca Juan Pablo—Mira, todos saben que estoy soltero ya hace varios meses, así que no tengo ningún compromiso con nadie y no tengo para qué estar mintiendo. De las personas que conozco, tú eres la que más me gusta.

—Ahhhh!—exclama Javiera—Te gustan más niñas.

—Pero, claro—contesta Juan Pablo—Insisto que no tengo compromisos y por lo tanto miro y me relaciono con plena libertad con las chicas que me gustan. Ahora, ojo, no soy un tipo promiscuo que anda con una u otra mujer. En estos momentos no estoy con nadie y si me pregunta quién me gusta, yo digo la Maca.

Esto termina definitivamente por irritar a Fernanda quien no puede ocultar su molestia. Camilo y Vicente declaran creerle a Juan Pablo a lo que se suma Javiera. Macarena y Fernanda se quedan en silencio y no participan de la votación.

—¿Le creen o no a Juan Pablo?— pregunta Camilo urgiendo a las niñas

a dar su voto.

—No tendría por qué no creerle—contesta Fernanda evidentemente contrariada.

—¿Y tú, Maca?—Camilo se dirige a Macarena.

—Tendré que creerle, aunque puede estar bromeando también.

—No, yo no bromeo con esas cosas—se defiende Juan Pablo.

—Ya sigamos—interrumpe Javiera—No nos quedemos pegados en esto—Te toca preguntar a ti, Juan Pablo.

—Para Vicente, ¿Verdad o penitencia?

—Penitencia, obvio—responde Vicente.

—Tienes que salir a la calle, bajarte los pantalones y gritar a todos lados tu nombre.

—¡Chaaaa!—exclama Vicente—Ésa no es ninguna penitencia. Y no sólo me bajaré los pantalones sino que todo.

Vicente sale raudo hacia la calle y sus amigos detrás de él haciendo gran alboroto. Vicente se para en el centro de la calle, se baja los pantalones y los calzoncillos, ante la algarabía de sus amigos y las risas nerviosas y avergonzadas de las niñas. Vicente grita hacia los cuatro puntos cardinales haciendo gran escándalo. Cuando se corren unas cortinas en la casa del frente, Camilo se inquieta y le pide a Vicente que no grite y que se entre. Vicente se resiste y se pone a caminar con los pantalones abajo trastabillando un par de veces. Camilo le insiste a él y a todos pidiéndoles que se entren o los vecinos llamarán a los carabineros. Finalmente, Vicente se calma y todos retornan a la casa.

Ya en el interior, es difícil retomar el juego por lo que Juan Pablo conecta su móvil a un par de parlantes y pone músicaailable. Todos se animan a bailar, salvo Vicente que al alero de una botella de ron se sienta a mirar a sus amigos cómo siguen el ritmo. Camilo hace el intento de animar a Vicente a que se integre, pero éste, después de dar unos pasos al ritmo de la música, vuelve al sillón sin soltar el vaso de su mano.

Después de varias canciones pegadas sin detenerse, Juan Pablo invita a Macarena a fumar a la terraza. Son los únicos del grupo que fuman por lo que los demás se quedan en el interior de la casa. Fernanda queda un tanto intranquila y si bien no para de bailar, su mirada no se despega de la puerta y de la ventana tratando de ver en qué están los dos que salieron. Pasan largos quince minutos y finalmente Fernanda no resiste más y sale a buscar

a Macarena y Juan Pablo.

—No están—dice retornando después de unos segundos.

—¿Qué?!—preguntan Javiera y Camilo simultáneamente al no escuchar claramente a Fernanda por el nivel de la música.

—¡Los chiquillos no están!—insiste Fernanda elevando su voz.

—Deben haber salido a dar una vuelta, no te preocupes—le dice Camilo.

La joven no oculta su desazón y se sienta en uno de los sillones con los brazos cruzados. Cada cierto tiempo corre la cortina de la ventana para ver si volvieron sus amigos. Tras la tercera mirada se pone de pie y se va al baño. Camilo y Javiera siguen bailando sin poner atención en Fernanda. Vicente sigue bebiendo sin dejar que su vaso se vacíe.

—Me cansé—dice Javiera después de un rato.

—Yo también—contesta Camilo.

Javiera se sienta en uno de los sillones y Camilo baja el volumen de la música. Recién se percatan de la ausencia de Fernanda.

—¿Y la Feña?—le pregunta Javiera a Vicente, obteniendo un movimiento de hombros como respuesta.

Javiera va a buscarla a la pieza y al no encontrarla supone que está en el baño. Golpea un par de veces sin respuesta. Al insistir, la chica le abre la puerta para que pase.

—¿Algún problema?—pregunta Vicente con la voz trposa a Camilo.

—No lo sé—contesta Camilo estirando su vaso vacío para que Vicente se lo llene con ron.

Camilo comienza a impacientarse. Sale a la terraza sin encontrar rastro de los perdidos. Le manda un mensaje a Juan Pablo, obteniendo un “estamos bien, ya volvemos”. Luego vuelve a la casa y golpea la puerta del baño preguntando si pasaba algo malo. Javiera responde desde el interior diciendo que ya saldrán.

Vicente cada vez está más ido, con la mirada fija, sin hablar. Camilo comienza a recoger vasos y platos vacíos, llevándolos a la cocina y apilándolos en el lavaplatos. Luego decide por acomodar los muebles en sus lugares originales asumiendo que la fiesta llegó hasta aquí.

Javiera sale del baño y se sienta en uno de los sillones.

—¿Qué pasa?—le pregunta Camilo sentándose a su lado.

—Nada importante, líos entre minas.

—Pero, cuenta más. Yo pensé que la Feña se había indispuerto por algo

que comió o tomó.

—No, lo que pasa—explica Javiera—es que la Feña y la Maca están interesadas en Juan Pablo. A mí, como juego, se me ocurrió lo del beso entre la Maca y JP, y la Fernanda se sintió traicionada. Luego estos dos se pierden, lo que terminó por hacer colapsar a la Fernanda.

—¿Así de dramático?—pregunta Camilo.

—Bueno, exagero—responde Javiera—Pero ahí está la Fernanda en el baño llorando.

—Qué loco—comenta Camilo.

Fernanda sale rápidamente del baño sin mirar a nadie y se encierra en la habitación. No sabiendo qué hacer, Javiera y Camilo conversan cambiando de tema.

—Oye, la pregunta que me hiciste—dice Javiera en tono de reclamo.

—De eso se trata el juego—responde Camilo—De no ser ésa te habría preguntado por cuándo fue tu primera relación sexual.

—Pegado con la sexualidad.

—Son los temas que generan rubor ¿O no?—se defiende Camilo—¿Cuál habría sido tu respuesta?

—Nunca, porque aún no ha sucedido—responde Javiera.

—¿En serio? ¿Eres virgen?—pregunta Camilo un tanto sorprendido.

—¿No me crees?

—Te creo, pero yo pensaba otra cosa.

—No se ha presentado la oportunidad—argumenta Javiera.

—Me imagino, porque tú has estado en pareja.

—Sí, pero nunca se ha dado el momento. Yo no soy de entregarme pronto y como no he tenido relaciones muy largas, no alcancé a resolverlo.

—¿Y qué te produce eso?

—Nada. Realmente creo que los hombres son más dependientes del asunto sexual que las mujeres. No digo que para nosotras no sea importante, pero tenemos mayor poder de aguante y no caemos en esa fijación como ustedes.

—Pero de que has tenido ganas, has tenido ganas—comenta Camilo.

—Obvio, pero como te digo, no se dio y ya está—Javiera hace un silencio—¿Y tú? ¿Cuándo te iniciaste?

—¡Te iniciaste!—exclama Camilo—Suenan como rito de ingreso a una secta. ¿Te acuerdas de la Daniela?

—¿Cómo no me voy a acordar?—responde Javiera—Si todos la odiamos.

—Pero ¿Por qué?—pregunta Camilo.

—Porque era muy desagradable la pobrecita. Ninguno de nosotros le compramos su forma.

—¿Qué forma?

—Es como si siempre estuviera actuando—responde Javiera—Yo no le creía nada. De hecho, durante el tiempo en que estuviste con ella, algo raro pasó en el grupo, te distanciaste o nos distanciamos nosotros.

—Cierto. Bueno, con ella fue mi primera vez. Igual fue bonito. No digamos que lo pasamos muy bien, fue extremadamente amateur, pero para mí fue significativo.

Los dos amigos siguen conversando de distintos temas hasta que se dan cuenta que Vicente yace dormido en el sillón. Entre los dos lo levantan y lo llevan a su cama. Juan Pablo y Macarena aún no vuelven, pero el sueño hace presa tanto de Camilo como de Javiera, quien además decide ir a acompañar a Fernanda que debe seguir llorando sus penas en el dormitorio. Los chicos se dan las buenas noches y cada uno parte rumbo a sus habitaciones.

El día siguiente partió tarde y lento. Camilo es el primero que se levanta. Juan Pablo está tapado hasta la cabeza con la ropa de cama. Llegó muy tarde, ni siquiera Camilo se dio cuenta de cuándo lo hizo. Vicente, por el contrario, botó la frazada que Camilo le puso encima cuando lo acostó y se quedó así dormido con ropa. Al salir de la habitación, el desorden se hace más evidente que cuando estaban en plena fiesta. En la cocina, hay una torre de vasos vacíos y a medio llenar en el lavaplatos, aunque no se ve que haya muchas cosas más que lavar. Camilo se prepara un café bien cargado y un sándwich. Sale de la casa y se instala en la terraza para desayunar. Al escuchar merodear por ahí a Camilo, Javiera también

se levanta y hace lo mismo, se prepara desayuno y se sienta junto con su amigo al aire libre.

—¿Supiste a qué hora llegaron Juan Pablo y Macarena?—pregunta Camilo.

—Los sentí llegar, pero no vi el reloj—contesta Javiera.

—¿Cómo estaba la Fernanda cuando te acostaste?

—Ahí estaba, enojada y apenada a la vez—dice Javiera—Me culpó de traición y a la Macarena también. Yo la escuché un rato, luego la desconecté y me dormí.

—Fome que haya pasado todo esto—comenta Camilo.

—En realidad, le encuentro un poco de razón a la Fernanda. Creo que exagera, pero pienso que la Macarena, al menos fue imprudente.

—A veces las cosas no suceden como uno cree—dice Camilo—Supongo que Juan Pablo ni siquiera debe imaginar el lío que se generó. Espero que esto no nos arruine el paseo. Nos queda hasta mañana todavía, y si van a estar con la cara larga, será muy desagradable.

Luego de un rato aparece Juan Pablo con una evidente cara de sueño y el cabello desordenado.

—Anda a lavarte la cara y peinarte primero—le dice Camilo.

—¡Ja! ¿Me veo muy mal?—responde Juan Pablo tratando de bajarse el pelo con las manos.

—¿A qué hora llegaron?—pregunta Javiera.

—No sé, cerca de la seis de la mañana. Estaba clareando un poco.

—¿Para dónde fueron?—pregunta Camilo.

—Estuvimos aquí un rato, fumando y conversando. Luego, salimos a caminar, llegamos hasta la playa, dimos varias vueltas y luego volvimos. Cuando llegamos estaban todos acostados.

—Largas las vueltas—dice Javiera.

—Sí, se nos pasó el tiempo. Conversamos mucho.

—¿Sólo conversaron y caminaron?—pregunta Camilo.

—Eso es lo que les puedo contar—responde Juan Pablo haciendo un gesto de no “puedo comentar más”.

Como Juan Pablo se negó a dar más detalles de su paseo con Macarena, los tres comenzaron a hacer planes para el día. Definieron el almuerzo y las actividades posteriores a esto. Rato largo después aparece Fernanda, bien arreglada después de ducharse. Saluda parcamente a todos, permanece

en silencio varios minutos y luego retorna al interior de la casa para servirse un café. Más tarde hace lo mismo Macarena. Juan Pablo intenta conversar con ella, pero no recibe mucha atención. La chica entra a la casa y Juan Pablo hace un gesto de interrogación a Camilo y Javiera. Estos le cuentan lo sucedido con Fernanda, tratando de explicar el estado de ánimo de las niñas. Ellas deben haber cruzado algunas palabras antes de aparecer en la terraza y por eso el ambiente tenso que se podría cortar con un cuchillo.

—¡Ya, JP!—dice Javiera—Hoy nos toca cocinar a nosotros así que vamos a preparar todo.

Los dos entran a la casa a hacer las labores de cocina. Camilo se queda en la terraza tomando el sol en un día radiante. En un breve momento abre apenas los párpados y divisa a Antonia quien va con una bolsa de basura y la deja en un container en la esquina de la calle. Se restablece bien y le hace gestos a la chica quien responde levantando su mano derecha saludando. Camilo se pone de pie y cruza la calle para conversar con su amiga.

—¿Cómo estás?—pregunta Camilo abrazándola cariñosamente.

—Yo, bien ¿Y tú?

—Bien, estoy pasando unos días con unos amigos.

—Sí, los escuchamos anoche.

—¿En serio?—pregunta Camilo un poco ruborizado recordando el show de Vicente la noche anterior.

—Mi papá quería llamar a los carabineros, pero cuando se dio cuenta que estabas tú en la casa se arrepintió.

—Dile a tu papá que nos disculpe. A veces es complicado contener a los amigos—se defiende Camilo.

—Está bien. No te preocupes, después se calmaron, así que no pasó a mayores.

—Certo—contesta Camilo—¿Cómo estuvo tu año?

—Bien, salí del colegio, espero que igual que tú.

—Eso es lo que estamos celebrando.

—Me imaginé eso—comenta Antonia.

—¿Sigues en Santiago?—pregunta Camilo.

—Sí, ahora vine porque estoy de vacaciones. Probablemente continúe estudiando allá, aunque también tengo posibilidades de ir a Valparaíso.

—Qué bueno. Nos hemos comunicado poco en el último tiempo.

—Es cierto—contesta Antonia—A veces la rutina te atrapa y descuidas algunas cosas.

—¿Tienes decidido lo que estudiarás?

—Sí, lo que más me gusta es enfermería. ¿Y tú?

—No estoy del todo decidido, puede ser ingeniería, física o astronomía.

—¿Astronomía?—pregunta Antonia extrañada.

—Sí, ¿Por qué no?

—No tiene mucho campo eso o ¿Me equivoco?

—Uno debe estudiar lo que le guste, más allá de pensar en qué va a trabajar o cuánto va a ganar. Si hay o no campo se puede soslayar con el nivel de interés que uno tenga, no hay que despreciar la intención humana.

—¡Guau! ¡La intención humana!—exclama Antonia.

—Exacto, la intención es la fuerza que puede llegar a mover montañas.

—Ojalá, te vaya bien con la decisión.

—Espero eso yo también—dice Camilo—Bueno, te dejo. Tengo que ayudar a arreglar el desorden en mi casa. Nos comunicamos ¿Te parece?

—Claro, aunque si vienes a veranear con tu familia, nos veremos.

—Cierto, ahí nos juntamos a conversar.

Camilo se despide con un fuerte abrazo de Antonia y retorna a la casa. Ahí en la terraza se encuentra con Vicente quien estuvo mirando desde lejos el encuentro de Camilo y Antonia.

—¿Quién es ella? Está linda—dice Vicente.

—Es una amiga de la infancia—responde Camilo.

—Podrías presentarla.

—Podría, aunque no creo que te guste.

—¿Por qué no? ¿Qué sabes de mis gustos?—pregunta Vicente.

—Digo yo porque es una chica muy tranquila, no le gusta mucho salir, es estudiosa.

—Todos atributos que me gustan sobremanera—dice Vicente.

Camilo no sigue con la conversación diciendo que debe hacer aseo y se entra dejando solo en la terraza a Vicente.

Más tarde, el almuerzo transcurre en un ambiente muy tenso. Fernanda no le habla a Macarena ni a Javiera, Macarena no habla con Juan Pablo, Juan Pablo no le habla a Fernanda. La conversación no fluye y no considera temas relevantes. Abundan los momentos de silencio que son interrumpidos preferentemente por Vicente, Camilo y Javiera.

Una vez que terminan de almorzar, cada uno emprende las labores de sus respectivos turnos, siempre en silencio y poco ánimo. Camilo propone para después de terminar cada una de las tareas asignadas salir a pasear a la península. Les describe el lugar y las actividades que podrían hacer ahí. Ninguno de los amigos se opone a la idea. Después de varias vueltas de las chicas entre el dormitorio y el baño, emprenden el paseo.

El ambiente no cambia en un principio. El grupo camina desperdigado, cada uno en su propio mundo. Camilo de vez en cuando interrumpe la marcha invitando a sus amigos a poner atención en algún paisaje o particularidad del lugar. Vicente toma su móvil y comienza a grabar en video. Enfoca el acantilado, el mar extenso y luego las caras de sus amigos, algunos de los cuales le piden que no lo haga. De pronto se adelanta y comienza a filmar al grupo mientras él camina de espaldas. Luego se acerca a Camilo y le pregunta:

—¿Qué opinas de este momento, Camilo?

—Bueno, es un momento importante para cada uno de nosotros. Estamos aquí los seis juntos, tal cual como lo planeamos hace años. La idea es simbólicamente celebrar el término de una etapa y el comienzo de otra, que ojalá sea muy auspiciosa.

—Y tú, Javiera ¿Qué opinas de lo que dijo Camilo?—Vicente enfoca la cara de la chica.

—Yo, opino lo mismo. No sé si en el futuro sigamos juntándonos, pero este paseo quedará grabado en nuestra memoria, espero como un recuerdo hermoso.

—También comparto ese deseo—Vicente se autograba, volteando la cámara—El colegio fue una mierda, pero agradezco haber conocido a estas personas espectaculares.

Estos comentarios, de alguna manera cambian el tono del paseo y los chicos más molestos de a poco se comienzan a arimar entre sí. Finalmente, llegan al roquerío al que Camilo llama La Caleta.

Los jóvenes se sientan en las rocas mirando hacia el mar. Vicente continúa grabando y les pregunta a cada uno, lo que sienten en este momento.

—Yo estoy emocionado—dice Camilo—Para mí ha sido una gran felicidad poder invitarlos a mi casa y mostrarles estos lugares tan comunes para mí porque los conozco desde que era un niño, pero me imagino nuevos para todos ustedes. Estoy contento, como lo decía hace un rato, de que

estemos juntos celebrando este momento sin preocuparnos aún del futuro, disfrutando de este sol y el aire limpio que respiramos.

—Yo quiero agradecerte a ti, Camilo—dice Javiera—de darnos la oportunidad de pasar estos días en tu casa y en este hermoso lugar. Ustedes son mis mejores amigos, son aquellas personas con las que he pasado momentos muy importantes de mi vida. Hemos reído, llorado y pasado muchas rabias, juntos. Nos hemos peleado y en seguida reconciliado. Ustedes son mi escape, mi refugio, son mi cuaderno de confesiones, mi diario de vida, el registro de momentos muy intensos e inolvidables. Camilo estira la mano y encuentra la de Javiera. Ambas se aprietan con energía como transfiriendo la emoción, la cual se ha transmitido a todo el grupo.

—Yo estoy súper triste—dice Macarena—Siento que he traicionado uno de los valores más sagrados de la vida, la amistad. No voy a entrar en detalles, pero con la Fernanda teníamos un pacto y yo lo transgredí. En un momento, no pude ver más allá de mis deseos e intereses. Fui incapaz de ponerme en el lugar del otro y esa amistad que Camilo y Javiera mencionan fue traicionada, quizás por una tontera, pero ahora que los escucho y siento tan sinceras sus palabras, no puedo dejar de sentirme mal.

—¿Me perdí de algo?—pregunta Vicente, quien no se había dado cuenta de nada extraño.

Fernanda, mientras habla Macarena, la mira fijamente con una cara que denuncia que cualquier cosa la hará estallar en llanto. Juan Pablo, está incómodo y con cabeza gacha pone su atención a las rocas.

—Quiero pedirte disculpas, Fernanda—continúa Macarena—No me gusta hacerle daño a nadie y menos a ti. Fue una torpeza. Te quiero mucho. Fernanda se acerca y le da un abrazo a Macarena. Ambas se ponen a llorar y se quedan así juntas durante varios minutos, mientras Camilo y Javiera aplauden y luego se suman al abrazo.

—También, quiero pedirte disculpas a Juan Pablo—Continúa Macarena deshaciéndose del enredo de abrazos—Él no tiene culpa de nada, no sabía de pacto alguno, no sabía que nos gustaba a las dos e imagino lo contrariado que debe estar. Perdóname, JP, fue inoportuno, pero no por culpa tuya.

—Vale—responde Juan Pablo aproximando su puño haciéndolo chocar con el de Macarena.

—Mira, nuestro galán—comenta Vicente socarronamente—tiene a todas las minas a sus pies.

—¡Ya! ¡Ya!—exclama Javiera—dejemos las malas ondas y disfrutemos lo que resta del paseo.

—Ya que hablan de pacto—dice Vicente—todos los años en esta fecha, podríamos juntarnos en este mismo lugar. Cada uno llega solo, sin necesidad de invitaciones y sin abusar de la confianza de Camilo porque no nos quedaríamos en su casa. Venimos, nos juntamos, recordamos este momento, lloriqueamos y nos vamos ¿Qué día es hoy?

—8 de diciembre—contesta Juan Pablo.

—Bueno, cada 8 de diciembre nos juntamos en este roquerío. Y si alguno, por fuerza mayor, por enfermedad o por estar muy lejos no puede llegar tendrá que hacerse presente de alguna manera.

—Estoy de acuerdo—dice Camilo.

—Yo también—dice Javiera.

Todos asienten y juntan sus manos sellando el pacto simbólicamente.

Han pasado cuatro meses desde el paseo a la playa. Más allá de los buenos deseos y de los abrazos conmovidos, el grupo no volvió a juntarse y definitivamente hubo heridas permanentes. Camilo ha mantenido contacto sólo con Javiera. Se juntaron varias veces durante las vacaciones y se acompañaron mutuamente en los procesos de ingreso universitario. Esta vez Camilo espera a Javiera en un local tomando una cerveza. Javiera lo invitó a la fiesta de inicio de año académico en su universidad y quedaron de juntarse previamente en ese lugar. Su amiga se ha atrasado un poco así que Camilo decidió pedir la orden antes de su llegada. Si bien ya no es verano, el tiempo sigue siendo bueno y aunque es tarde en la noche no hace frío.

Cuando Javiera llega, Camilo pide algo para comer y así acompañar la

cerveza. Los amigos se abrazan efusivamente y se preguntan cómo está cada uno.

—¿Cómo han estado los primeros días de clase en la universidad?— pregunta Camilo.

—Difíciles—contesta Javiera—Lo que pasa es que la diferencia con el colegio es abismante. Todo es tan impersonal. Los profesores ni siquiera te preguntan el nombre. El nivel de exigencia es enorme. Ya en las primeras clases tenía tareas y trabajos que hacer ¿Y en tu caso cómo ha sido?

—Parecido. También he notado la diferencia con la secundaria. Pero el semestre se ve entretenido y eso me entusiasma.

—Ahí hay una gran diferencia—dice Javiera—Yo aún no estoy convencida de que esto sea lo mío.

—Nunca me ha gustado decir “te lo dije”, pero tú sabes que yo no sé qué estás haciendo en la facultad de economía y finanzas sabiendo que tu pasión es el arte.

—Lo que pasa es que tú no tienes el padre que tengo yo. Él no me ha perdonado nunca una mala nota. Alguna vez le mencioné el tema del arte y no me dejó terminar la oración diciéndome que tenía que asegurar mi futuro, que los artistas no tienen dónde caerse muertos, que son bohemios y drogadictos ¡¿En qué vas a trabajar?! Me pregunta gritándome.

—Y tu mamá ¿Qué dice?—le pregunta Camilo.

—Nada. Ella calla. Las cosas no están bien en mi casa. Mis padres se están divorciando.

—¿En serio? Lo siento—comenta Camilo.

—No lo sientas. Yo creo que es lo mejor que puede suceder. Mi casa es un infierno permanente. Hay discusiones todo el día. Mi papá se queja todo el tiempo y le reclama por cualquier cosa a mi mamá. Ella a veces se defiende, en otras se queda callada y eso yo no lo soporto. Yo veo cómo mi papá maltrata psicológicamente a mi mamá y ella no hace nada. Ahora es él el que quiere irse de la casa, porque de otra manera la situación se mantendría eternamente así.

—¿Y ha sido siempre así?

—Más o menos. Antes era más suave. Creo que cuando estábamos más chicos ellos se cuidaban más de discutir frente a nosotros, pero desde una parte hasta ahora, ya no se reprimen. A veces pienso que mi papá nunca quiso de verdad a mi mamá.

—¿Por qué dices eso?

—Lo que pasa es que a mis padres los casaron mis abuelos. Cuando estaban pololeando, mi mamá quedó embarazada de mí. Mis abuelos, tanto por parte de mi padre como los de mi madre son extremadamente conservadores y ellos no habrían aceptado que me tuvieran sin casarse. Mis padres se casaron cuando mi mamá tenía 7 meses de embarazo, con un tremendo vientre le tuvieron que hacer un vestido especial. Luego vinieron mis hermanos, pero todo era falso porque nunca hubo un proyecto de familia. Nosotros nacimos porque teníamos que hacerlo. Eso es triste. Javiera al decir esto se emociona y dejar caer unas pocas lágrimas. Camilo trata de consolarla y empatizar con ella, la toma de la mano y le hace cariño.

—Pero no significa que ellos nos los quieran—dice Camilo.

—Yo no estoy tan segura—contesta Javiera—A veces siento la mirada de reproche de mi papá como diciendo “por tu culpa es todo lo que nos pasa”. Si no fuera por mí, ellos habrían seguido caminos distintos, cada uno tendría su propia familia, una familia querida, un presente deseado y no algo impuesto, una obligación.

—Pero, si no se hubiesen querido, al menos algo, no habrían estado casi 20 años juntos—comenta Camilo.

—Mis abuelos, cada vez están más viejos y tienen menos influencia sobre mis padres. Ahora ellos se sienten libres de hacer lo que querían hacer hace mucho tiempo.

—Yo creo que estás equivocada. Si no te hubieran querido, no te habrían tenido, te habrían dado en adopción y si estaban presionados, nadie los obligaba a tener más hijos.

—A veces eres un poco ingenuo, Camilo. Si bien desde hace un tiempo, el casarse no es una prioridad en los jóvenes, la presión sigue siendo fuerte. Los papás se urgen si uno no pololea durante mucho tiempo. Pasados los veinticinco comienzan las indirectas acerca del emparejamiento, del que emprendas tu propio rumbo, se imaginan los nietos, te imponen imágenes de barrios, profesiones, pertenencias. Y si tú vas en dirección contraria, se frustran y te lo hacen sentir. Mi papá es muy distinto conmigo que con mis hermanos. Siempre ha sido más exigente, severo, no me perdona ninguna falta. Es como si me culpaba de toda la farsa que armó con mi mamá.

—¿Crees que tu vida ha sido una farsa?

—Absolutamente—contesta Javiera profundizando su emoción— Ha sido un enorme montaje, como la mejor de las obras de teatro.

—¿No será momento de que te deshagas de todo esto?—pregunta Camilo.

—¿Cómo es eso?

—Claro, tú crees que tu vida ha sido una farsa, pero no haces nada por cambiar eso. Ya es tiempo que tomes las riendas de tu propia vida. Si tus padres se divorcian, de alguna manera rompen con el determinismo impuesto por tus abuelos y eso es justificación suficiente para que tú hagas algo similar. Estudiar para ser gerente general en una empresa no es parte de tu ideario. Es posible que seas una víctima de las circunstancias, pero hay una diferencia entre ser víctima y sentirse víctima. No llores más por las penurias que has pasado, piensa en tus padres también. Piensa en el calvario que ha vivido tu madre, piensa en que tu padre también lo debe estar pasando muy mal. Finalmente, nadie es culpable. Tus abuelos actuaron según su formación, tus padres siguieron esos lineamientos y ustedes no fueron los causantes de nada. Deshazte del rencor, del sentimiento de culpa, piensa en cómo puedes ayudar a tus padres y a tus hermanos y así te estarás ayudando a ti misma.

—Lo pensaré—Javiera responde con poca convicción—Pero, no hablemos más de cosas tristes. Yo te invité a una fiesta y las fiestas son para pasarlo bien.

Los chicos se toman un par de cervezas más antes de emprender el rumbo a la fiesta. El evento es organizado por el centro de estudiantes de la universidad de Javiera, para lo cual se arrendó un local muy grande a pocas cuadras de la schopería en la que estaban Camilo y Javiera. En el lugar, hay un número importante de jóvenes en las afueras, aprestándose a entrar, y otros simplemente esperan probablemente a más amigos antes de hacerlo.

Javiera y Camilo optan por ingresar al recinto de inmediato. Ya desde el exterior se escucha con potencia la música, que va aumentando en nivel a medida que van desplazándose por un estrecho pasillo hasta llegar a un espacio abierto, frente a una de las pistas de baile que posee el local. Javiera hace una inspección visual mirando a la gente por si identifica a alguno de sus compañeros de curso. A lo lejos, divisa en una mesa un grupo en el cual reconoce a sus nuevos amigos de universidad. Toma la mano de Camilo y se acerca a ellos saludándolos y presentando a Camilo.

Éste, se ofrece a buscar unas bebidas al bar, para lo cual debe hacer varios malabares ante la gran aglomeración de jóvenes en el sector. El calor y la humedad son intensos y el ruido de la música obliga a conversar a gritos. Una vez lograda la meta, Camilo retorna con dos vasos llenos en alto para evitar que los topones con la gente los vertiese. De pronto, Camilo siente una voz que lo llama muy a lo lejos. Mira hacia todos lados no ubicando a nadie. La insistencia de los llamados, obliga a Camilo a poner más atención en su recorrido visual. Al tercer y cuarto llamado, Camilo dirige su mirada a un segundo piso desde el cual en un balcón, encaramado en la baranda, está Vicente haciendo gestos exagerados para ser visto. Camilo le responde el saludo mostrando una cara de sorpresa y alegría. Vicente hace gestos de que lo esperen mientras baja. Camilo le comenta a Javiera la presencia de Vicente y los dos esperan el arribo de su amigo un par de minutos. Al llegar Vicente a donde están Camilo y Javiera, se abrazan efusivamente.

—¡¿Qué están haciendo aquí?!!—pregunta Vicente gritando.

—¡¡Lo mismo que tú!! ¡¡Pasándola bien!!—contesta Camilo—¡¡Javiera me invitó a su fiesta!! ¡¿Entraste a esta universidad también?!!

—¡¿Yo?!!—contesta Vicente dirigiendo sus manos al pecho—¡¿Estás loco?!! ¡¡También me invitaron unos amigos!! ¡¡Recuerda que yo no pienso seguir estudiando!! ¡¡Mi destino es viajar!!

—¡¡Verdad!!—exclama Camilo—¡¿Cuándo emprendes tu viaje?!!

—¡¡La próxima semana!! ¡¡Me iré mochileando hasta Arica y de ahí seguiré por Perú hasta recorrer todo Sudamérica!!

—¡¡Ojalá salga todo bien!!—le dice Javiera.

—¡¡Así será!! ¡¡No tiene por qué no salir como yo quiero!!

—¡¿Qué dicen tus padres al respecto?!!—pregunta Camilo.

—¡¡Nada!! ¡¡No tienen nada que decir!! ¡¡Y si lo hiciesen, yo ya tomé la decisión!! ¡¡Mis amigos me están llamando!! ¡¡Los dejo!!

Vicente apunta a un grupo de jóvenes que está en el balcón desde donde bajó. Abrazo nuevamente a Camilo y Javiera y hace un gesto con la mano derecha para que se comuniquen por teléfono.

Camilo y Javiera quedan solos. Los amigos de Javiera ya no están en la mesa que ocupaban. Los chicos deciden bailar y se acercan a unas de las pistas. La música electrónica vibra con energía. En un comienzo, Camilo no se despega de Javiera, pero de a poco los dos se dejan llevar por el ritmo monótono, repetitivo e intenso de la música. Camilo por un momento

cierra los ojos y comienza a saltar sincrónicamente con el ritmo, perdiendo la noción de ubicación. Cuando abre los ojos nuevamente, se da cuenta que Javiera está en otro lugar disfrutando de la música y él se desconecta de ella. Cierra los ojos nuevamente e intenta mover todo su cuerpo con ritmo, siente de pronto como si entrara en trance. Las luces de colores se filtran a través de los párpados y generan hermosas figuras geométricas alucinatorias. Al volver en sí, se da cuenta que Javiera está aún más lejos de él, se relaja y se deja llevar por las vibraciones mecánicas que producen las frecuencias bajas reproducidas en el lugar. Después de un buen rato, Camilo descansa, sale de la pista de baile y contempla el panorama de desenfreno casi catártico del grupo humano que está frente a él. Luego, se reincorpora y se somete nuevamente al dominio del ritmo que lo hace entrar en resonancia cual partícula de aire vibrando por la música.

Pasan largos minutos, hasta que Camilo sale del trance, cuando siente las manos de Javiera sobre su cara. Ambos están exhaustos y bañados en sudor. Javiera toma de la mano a Camilo y lo lleva al baño. Ambos pasan a los respectivos excusados de mujeres y hombres esperando encontrar algo para secarse. Lejos de eso, los chicos deciden mojarse con agua para aliviarse del intenso calor. Al salir, Camilo debe esperar un buen tiempo a que Javiera salga del baño, aparentemente el toilette de mujeres está más lleno que el de hombres.

Una vez que Javiera sale, retornan por más bebida para tomar y saciar la sed. Como es difícil conversar en ese ambiente, Camilo le sugiere salir a Javiera por un rato a conversar. Cuando salen del local, la diferencia de temperatura se hace evidente produciendo una agradable sensación de alivio. En el exterior hay mucha gente, algunos vienen recién llegando, otros al igual que Javiera y Camilo descansan del calor y el ruido. El consumo de alcohol se hace evidente, abundan las bromas de grueso calibre y uno que otro grupo se enfrasca en discusiones inútiles, provocando varios intentos de conatos que no pasan a mayores. La policía se pasea periódicamente lo que no deja de funcionar como disuasivo a desórdenes mayores. Los amigos logran encontrar un escaño disponible en el cual se sientan a descansar.

—Está muy buena la fiesta—comenta Camilo—Gracias por invitarme.

—De nada, yo la estoy pasando muy bien—contesta Javiera—¿Te has fijado que nosotros nos llevamos muy bien?

—Sí, obvio. Es entretenido tener una mejor amiga. Siempre se dice que la amistad entre mujer y hombre no es posible sin que se confundan las cosas.

—¿Tú no te has confundido nunca conmigo?—pregunta Javiera.

—No, creo que no ¿Y tú conmigo?—pregunta de inmediato Camilo pensando que pudo haber cometido una imprudencia.

—Un poquito.

—¿En serio?—pregunta sorprendido el chico.

—Sí, pero hace años, cuando recién comenzamos a juntarnos en el colegio. Una cuando conoce a alguien siempre lo analiza, lo evalúa y determina si es o no posible algo más que la amistad.

—¿Tú pensaste en algo más conmigo?

—Ya te dije que un poquito—contesta Javiera—Tú me das mucha paz y tranquilidad. Entre las amigas mujeres siempre se generan conflictos por envidia, competencia, intereses creados. Yo contigo me siento libre, porque nunca competiremos por un mino, como lo que pasó en la playa entre la Maca y la Feña.

—Cierto—confirma Camilo—Además, nosotros nos complementamos muy bien, porque no somos iguales, nos gustan cosas similares pero diversas a la vez. Y lo mejor de todo, es que nos respetamos y nos queremos mucho. Javiera toma la mano de Camilo y la aprieta con fuerza mostrando así estar de acuerdo por lo dicho por él.

—Hay un pero, sí—dice Javiera—Los amigos de verdad no se ocultan cosas y no se mienten, al menos en teoría.

—¿Me has mentado alguna vez?—pregunta Camilo.

—Sí, a lo mejor no tiene mucha importancia, pero ahora que nos estamos sincerando prefiero confesarlo.

—¿A ver?—dice Camilo acomodándose en el asiento como preparándose para algo grave.

—¿Te acuerdas del paseo a la playa cuando hablamos de sexualidad?—pregunta Javiera.

—Del paseo, obviamente, de la conversación, no—contesta Camilo.

—En un momento nos quedamos solo, Vicente estaba borracho, Juan Pablo y Macarena estaban en su affaire y Fernanda llorando en la pieza.

—Ya, te sigo.

—Bueno, tú me preguntaste de cuando había sido mi primera vez. Yo te respondí que no había habido primera vez.

—Ahora, me acuerdo.

—Lo cierto es que no es tan así. En realidad, es sí y no.

—¿Cómo, no entiendo?—pregunta Camilo extrañado.

—No he tenido relaciones sexuales propiamente tales porqueeeeeee...—

Javiera titubea—Algo así como mi primera vez, fue con una chica.

Javiera hace un silencio, tratando de contener una risa nerviosa. Camilo se queda un poco sorprendido y no sabe qué decir.

—¿Eres gay?—termina por preguntar Camilo.

—¡No! Es decir, no sé. Creo que no—responde Javiera confundida.

—¿Entonces, cómo fue eso?

—No entraré en detalles porque me da vergüenza. Fue en una fiesta.

Ustedes no estaban porque no era una fiesta del colegio. Lo cierto es que

no estaba muy buena la fiesta, así que me senté en un sofá haciendo un

poco de hora para luego irme. Luego de un rato se sentó a mi lado una

niña, que se presentó y me conversó. Al principio hablamos de cosas

intrascendentes, luego nos metimos en temas más interesantes. Me cayó

bien la mina, era simpática y coincidíamos en varios puntos de vistas frente

a diferentes cosas. Pasó mucho rato en eso, luego me invitó a un balcón a

tomar aire y estando ahí, me pilló un tanto desprevenida y me dio un beso

en la boca. Yo me quedé congelada y tendí a retirarla con una mano. Ella

me pidió disculpa, me dijo que yo le había gustado desde que me vio en la

fiesta y se había acercado para conocerme. Yo no sentí rechazo alguno, de

hecho la encontré muy tierna, por eso no me fui y seguimos compartiendo.

En un momento yo miré la hora y me di cuenta que tenía que irme, entonces

me despedí y ella me miró fijamente y volvió a besarme, pero esta vez yo

le respondí. No podría describir lo que sentí en ese momento, fue confuso,

pero por alguna razón me quedé. Luego, ella me llevó a una habitación y

pasamos la noche, juntas.

—¿Pololeaste con ella?—le pregunta Camilo.

—No, después de eso no volví a verla. Ella me buscó, me llamaba por

teléfono, le preguntaba a amigos en común por mí, pero yo no le contesté.

—¿Qué te pasó al respecto?

—No sé, me encerré en mi pieza. Un par de días no fui al colegio

haciéndome la enferma. Pensé mucho y le di vueltas al asunto hasta que me

convencí de que en realidad me gustan los hombres.

—¿Te convenciste o lo sientes así?

—Al principio fue una respuesta intelectual, operó todo el conservadurismo de mi familia que te conté anteriormente, pero luego fui profundizando en mis sentimientos y me di cuenta que me gustó la experiencia, pero no para repetirla. Entonces, lo creo de verdad sobre todo con la experiencia de haber estado muy enamorada de algún chico.

—¡Buena tu confesión!—exclama Camilo complacido—Te agradezco la confianza. Me siento honrado porque sé que me lo cuentas sabiendo que no lo divulgaré y que tu secreto muere conmigo.

—Gracias, aunque después de esto creo que me he liberado y no sé si me importe mucho que se sepa o no.

—¿Eso incluye a tus padres?—pregunta Camilo.

—¡No!—responde Javiera con énfasis—Eso no.

Los jóvenes cambian de tema y se quedan ahí por un largo rato hasta que deciden entrar al local nuevamente para seguir bailando. Antes de entrar y esperando su turno entre la gente que sale y entra del estrecho pasillo de acceso, Camilo da un paso atrás y se tropieza con un bulto. Ese bulto era una persona en el suelo que yacía ahí probablemente inconsciente por los excesos de la fiesta. Camilo se reincorpora con la ayuda de Javiera y se acerca a la persona para ver su condición. La sorpresa es grande cuando se da cuenta que se trata de Vicente. Camilo y Javiera un tanto compungidos tratan de despertarlo. Lo arrastran hacia un lugar más despejado de personas, le dan golpes con la palma de la mano en la mejilla, pero el chico no reacciona. Camilo toma su celular y busca un teléfono de emergencia al cual llamar. Antes de encontrarlo, aparecen tres personas que toman en brazos a Vicente y les dicen que no se preocupen porque ellos se harán cargo. Camilo se niega inicialmente a hacerles casos, pero por disuasión de Javiera opta por dejarlos. Los tres jóvenes con Vicente a cuestas se alejan y luego suben a un automóvil perdiéndose en la lejanía. Javiera y Camilo quedan preocupados pero sin mucho que hacer. Finalmente deciden retornar a la fiesta. Toman un trago y dado su ánimo se retiran del lugar.

—Profesor, ¿Lo molesto?—pregunta Camilo.

—Claro, siéntate—el profesor invita a Camilo a sentarse en el pasto.

—No se preocupe, tengo una consulta respecto a la tarea que nos dio en clases. ¿Se la enviamos vía electrónica o impresa?

—Electrónica, ya no se usan los papeles—le responde el profesor.

Han pasado 2 meses desde el inicio del año académico en la universidad y Camilo cada vez está más adaptado a la nueva situación. La universidad de Camilo cuenta con varias facultades y enormes parques con frondosos árboles y extensos prados. Camilo ya había divisado a su profesor sentado en el pasto leyendo o escribiendo y le llamaba la atención su informalidad no muy propia de los docentes universitarios. En esta oportunidad aprovechó la duda respecto a la entrega en la tarea para acercarse y conversar con él.

—¿Aquí es donde prepara sus clases?—le pregunta Camilo.

—No. Yo ya no preparo las clases. Sí me preparo para ellas.

—¿Cómo es eso?—pregunta Camilo con interés.

—Primero, siéntate porque no puedo estar hablando con el cuello torcido por mucho tiempo—dice el profesor, a lo cual Camilo accede—

Efectivamente, la labor docente implica un despliegue de energía importante que no siempre se valora. El nivel atencional es grande, más allá de si uno hace o no participar a los estudiantes. Cuando las clases son participativas, la gente cree que el profesor descansa, pero es todo lo contrario, el docente debe estar muy atento a lo que hace y dice cada estudiante y tener un rol de orientador, de hecho es más difícil que una clase expositiva. Ahora, sea como sea, el desgaste es grande, por eso los profesores tenemos dos meses de vacaciones en el verano.

—Pero, ¿Cómo se prepara?—pregunta Camilo.

—Normalmente, parto bajando el nivel de ruido mental. El ruido mental está constituido por todas esas preocupaciones inútiles, que cuando uno está inmerso en una labor lo único que hacen es restar energía útil para otras cosas. Luego, suelo hacer un relax completo. Relajo mi cuerpo y mi mente trayendo la calma. Finalmente hago una experiencia de fuerza.

—¿Experiencia de fuerza?

—Sí, la experiencia de fuerza es un procedimiento, una rutina con la cual uno toma contacto con esa fuerza interna que nos hace operar como seres vivos, inteligentes, luminosos.

—¿De dónde viene todo eso?

—Lo que pasa es que yo pertenezco a una corriente filosófica llamada siloismo.

—¿Qué es eso?

—Como te digo, es una corriente filosófica inspirada en la experiencia, descubrimientos y enseñanzas de un filósofo y guía espiritual al que le llamaban Silo.

—¿Él ya no existe?

—Claro que existe, no precisamente en este tiempo ni en este espacio. Ahora, su portadora, el cuerpo que lo contenía ya no está con nosotros. Él, en el siglo pasado lanzó una arenga a la cual llamó "La curación del sufrimiento" a los pies del monte Aconcagua en los Andes. Ahí planteó cómo la violencia interna que todos experimentamos está enraizada en los deseos de pertenencias y la búsqueda permanente del placer. La gente crea necesidades artificiales que en el fondo no son las necesidades básicas que requiere la especie para subsistir. Esas necesidades deben ser cubiertas, por lo que nosotros vamos por la vida deseando cosas que satisfagan esas necesidades. Una vez que creemos cubrirlas, tenemos un leve registro de placer desde donde surgen nuevas necesidades para mantenerse en ese estado. Si los objetos de deseo no son alcanzados surge el sufrimiento, la frustración, el egoísmo y finalmente todo eso que se manifiesta como violencia interna que hace que nos tratemos mal a nosotros mismos y a los que nos rodean.

—¿Y cómo se cura el sufrimiento?

—Elevando el deseo, deshaciéndose de los deseos ordinarios. Haciendo el esfuerzo por alejar las necesidades de la dictadura del Yo de esos deseos. Cuando los deseos están teñidos por las egoístas aspiraciones del Yo, hay que poner atención y darse cuenta de que por ahí no va.

—Es loco, pero jamás pensé que un hombre de ciencias como usted podría tener esas ideas.

—Ésa es una de las falacias más nocivas propagadas desde épocas remotas. La ciencia es una de las vías, como otras, por las cuales uno puede llegar a Dios. Y digo Dios, no refiriéndome a un ser antropomórfico, sino a una concepción de la creación, de la vida, el universo, el todo.

—¿Y usted me enseñaría la experiencia de fuerza?

—Claro, si gustas la practicamos ahora mismo—le propone el profesor a Camilo.

—Ya—responde Camilo entusiasmado.

—Es mejor hacerlo en una silla, pero podemos acomodarnos aquí aprovechando la tranquilidad del lugar. Intenta sentarte en la posición de flor de loto ¿La conoces?

—Más o menos—responde Camilo cruzando las piernas y tratando de dejar su columna muy recta.

—En realidad se llama ceremonia de oficio, pero a veces yo le digo experiencia de fuerza porque en ella, uno toma contacto con la fuerza interna que todos poseemos y nos hace funcionar en este mundo.

El profesor se acomoda bien tratando de adoptar la postura correcta.

—Te explico—le dice a Camilo—la ceremonia comienza con cuatro oraciones que te invitan a entrar en otro espacio y a estar en el aquí y en el ahora. La primera dice “mi mente está inquieta” y tú debes repetir la oración, pero no es una repetición mecánica, analiza rápida y brevemente si tu mente está inquieta y si lo está, ¿Por qué lo está? ¿Está realmente inquieta mi mente? ¿Dónde están mis pensamientos? ¿Estoy pensando en lo que haré más tarde o lo que me pasó hace un rato? La segunda dice “mi corazón sobresaltado” ¿Está realmente sobresaltado mi corazón? ¿Estoy preocupado por algo? ¿Hay algo que me acongoja? La tercera oración es “mi cuerpo tenso” ¿Está mi cuerpo tenso? Observo mi cuerpo y siento si mi cuerpo está en tensión e identifico los puntos donde se acumula dicha tensión. Finalmente, la cuarta oración es “aquieto mi mente, mi corazón y mi cuerpo”. Me deshago de las divagaciones, las preocupaciones, lo que me acongoja y relajo mi cuerpo. En seguida, sólo escucha y anda siguiendo el relato.

—Está bien—asiente Camilo.

—Bueno, empecemos—dice el profesor—Cierra los ojos y trata de seguir las instrucciones que te voy dando.

—Ok—dice Camilo dispuesto para el trabajo.

—Repite después de mí—dice el profesor y se queda unos segundos en silencio—Mi mente está inquieta.

—Mi mente está inquieta—responde Camilo.

—Mi corazón sobresaltado—dice el profesor después de varios segundos en silencio.

—Mi corazón sobresaltado—responde Camilo.

—Mi cuerpo tenso—dice el profesor haciendo una pausa larga cada vez.

—Mi cuerpo tenso—repite Camilo.

—Aquieto mi mente, mi corazón y mi cuerpo—dice el profesor.

—Aquieto mi mente, mi corazón y mi cuerpo—repite Camilo.

El profesor hace una pausa y se queda en silencio durante un par de minutos lo que no deja de contrariar a Camilo quien no sabe si eso es todo o vienen más instrucciones.

—Te invito a reflexionar acerca de las siguientes palabras—el profesor interrumpe el silencio—“Cuando estaba realmente despierto iba escalando de comprensión en comprensión. Cuando estaba realmente despierto y me faltaba vigor para continuar en el ascenso podía extraer la Fuerza de mí mismo. Ella estaba en todo mi cuerpo. Toda la energía estaba hasta en las más pequeñas células de mi cuerpo. Esta energía circulaba y era más veloz e intensa que la sangre”.

El silencio se reanuda. Camilo no termina de comprender las palabras mencionadas por el profesor pero permanece concentrado en lo que pasa con su cuerpo y en los estímulos del entorno.

—Relaja plenamente tu cuerpo y aquieta tu mente...—dice el profesor para continuar en lo siguiente:

—Entonces, imagina una esfera transparente y luminosa que bajando hasta ti, termina por alojarse en tu corazón... Reconocerás que la esfera comienza a transformarse en una sensación expansiva dentro de tu pecho...—El profesor hace una breve pausa después de cada oración.

—La sensación de la esfera se expande desde tu corazón hacia afuera del cuerpo, mientras amplías tu respiración...

—En tus manos y el resto del cuerpo tendrás nuevas sensaciones. ..

—Percibirás ondulaciones progresivas y brotarán emociones y recuerdos positivos...

—Deja que se produzca el pasaje de la Fuerza libremente. Esa Fuerza que da energía a tu cuerpo y mente...

—Deja que la Fuerza se manifieste en ti...

—Trata de ver su luz adentro de tus ojos y no impidas que ella obre por sí sola...

—Siente la Fuerza y su luminosidad interna...

—Deja que se manifieste libremente...

Después de estas palabras, el profesor se queda en silencio nuevamente durante varios minutos más. Finalmente, prosigue.

—Con esta Fuerza que hemos recibido, concentremos la mente en el cumplimiento de aquello que necesitamos realmente... Te invito, Camilo, a ponerte de pie para que hagas tu pedido.

Camilo se pone de pie sin saber si debe hacer su pedido en silencio o decirlo en voz alta. Decide hacerlo en silencio.

—Eso es todo—dice el profesor— puedes abrir los ojos.

Camilo abre los ojos y se encuentra con el profesor que también está de pie frente a él, mirándolo fijamente con una sonrisa dibujada en su cara.

—¿Cómo te fue?—le pregunta el profesor a Camilo.

—No lo sé. Tuve muchas sensaciones extrañas.

—¿Pudiste ver la esfera transparente y luminosa?

—Sí, aunque me la imaginé como una ampollita.

—¿Y la sensación expansiva?

—También, en un momento perdí la noción de mi cuerpo. Fue como si no supiera dónde comenzaba o terminaba mi cuerpo.

—¿El pasaje de la fuerza?

—Ahí me perdí un poco. Sentí las ondulaciones en mis manos, pero luego me distraje. Hubo unos ruidos que me sacaron de ese momento. Además, estaba un poco incómodo sentado así.

—No te preocupes, cada vez es una experiencia distinta. Si repites esto periódicamente vas a tener registros muy interesantes con la fuerza. Te puedo dejar una grabación con el audio para que puedas hacerlo en tu casa o donde quieras. De preferencia en un lugar tranquilo y silencioso.

A Camilo le pareció una experiencia novedosa más allá de no haber sentido nada extraordinario. Copió el audio en su portátil y luego de conversar de otros temas, Camilo se despide del profesor y lo deja en su trabajo en el parque.

Camilo está en la fila, esperando pagar su almuerzo en el casino de la facultad. Es la hora de la colación, por tanto la de mayor convocatoria en el recinto. Luego de pagar, los estudiantes deben pasar por un mostrador armando su almuerzo de acuerdo a lo solicitado cual línea de producción en serie. Una vez realizado el trámite, Camilo camina con su bandeja buscando un lugar disponible. De pronto, escucha a lo lejos una voz que lo llama.

—¡Camilo!

El chico, un poco desorientado, mira hacia todos lados hasta divisar a una joven que levanta sus manos y le indica que se acerque y se siente a su lado.

—¿Antonia?—se pregunta sorprendido.

Antonia se levanta de su asiento cuando Camilo está a punto de llegar hasta ella, se saludan y abrazan efusivamente.

—¿Cómo estás? ¿Qué estás haciendo aquí?—pregunta Camilo.

—Almorzando como tú—responde ella.

—¿Estudias en esta facultad?

—No. Estoy en otra universidad, pero me dieron el dato de que en la biblioteca de acá iba a encontrar material para hacer un trabajo que me dieron. Estuve toda la mañana estudiando hasta que no soporté el hambre y me vine a almorzar.

—¿Me siento junto a ti, entonces?—pregunta Camilo.

—Por supuesto, para eso te llamé.

—¿Qué estás estudiando?

—Pedagogía básica—responde Antonia.

—¿No querías enfermería?

—Yo creía eso, pero estaba desorientada.

—¿Te gustan los niños?

—Sí, me gustan los niños, pero por sobre todo, me gusta enseñar y aprender de ellos. Son fascinantes.

—Es difícil lidiar con niños.

—Un poco, pero me gustan los niños menores. Creo que los adolescentes son más complicados.

—Conociéndote desde hace tantos años, la verdad es que no me sorprende y te imagino con los niños en la clase.

—¿Y tú, qué estudias?

—Física.

—¡Física! ¡Qué difícil!—exclama Antonia.

—Lo fácil o difícil depende de muchas cosas.

—Pero la física es muy matemática, y las matemáticas son difíciles.

—Ése es uno de los prejuicios que hay que romper en la sociedad moderna. La física es el estudio del todo y claro se requiere de las matemáticas, pero como instrumento para demostrar algunas cosas.

—Difícil—reitera Antonia.

—No, depende desde dónde inicias tu aprendizaje. Es muy importante lo que sepas previamente. Si te metes a una clase en la cual se habla de algo de lo cual no tienes contexto, quedarás con la sensación de... ¡Qué es esto!

—Estoy de acuerdo—dice Antonia—Agrega el factor interés. Si uno no tiene interés en algo no lo va aprender jamás, por los medios que sean.

—Cierto, la motivación es central, cuando uno quiere o lo necesita, aprende lo que sea. Pero, tú también debes saber de ciencias.

—Es verdad, los profesores básicos debemos saber de todo un poco.

Sobre nosotros cae la responsabilidad de crear el contexto que mencionas, necesario para lograr aprendizajes más elaborados cuando los niños sean más grandes.

—Pero, en esta facultad no hay pedagogías ¿Qué material necesitas?—pregunta Camilo.

—Es un trabajo de neurociencia y aquí ustedes tienen muy buena bibliografía.

—Qué bueno verte—comenta Camilo.

—Sí, opino lo mismo. Este año fuiste poco a la playa.

—Lo que pasa es que tuve que hacer varios trámites con el ingreso a la universidad, entonces las vacaciones se redujeron. No como cuando éramos niños que me iba los dos meses para allá.

—Sí, era muy entretenido. Llegamos a formar un grupo grande de amigos. Con el paso del tiempo, ese grupo se fue reduciendo.

—Lo que pasó es que algunos no volvieron porque los padres vendieron sus casas y otros venían por menos tiempo. Hay un momento en la vida en que ya no les gusta vacacionar en los mismos lugares.

—Claro, pero como yo vivo ahí, no tenía más remedio.

—La pasábamos muy bien en los veranos—comenta Camilo—Había días en los cuales sólo iba a mi casa a comer algo. Desayunaba y me juntaba

con ustedes, luego volvía a almorzar, íbamos a la playa, regresaba a tomar once, salíamos al bosque u otro lugar, cenábamos y cuando ya éramos más grandes salíamos en la noche. Todo el día, juntos.

—Bonitos esos años.

—¿Estás pololeando?—pregunta Camilo.

—No ¿y tú?

—No, tampoco. Hace un tiempo que estoy solo.

—Yo, también.

—Tengo mis amigos del colegio. Aquí estoy haciendo amigos también. No me quejo.

—¿Los amigos con quienes estuviste en la playa en diciembre?

—Cada vez nos vemos menos, pero ahí están, cada uno emprendiendo el vuelo.

—El camino propio.

—Exacto. No es fácil—comenta Camilo—de pronto te ves enfrentado a tomar una serie de decisiones que tienen que ver con tu futuro. Surgen los temores, las inseguridades. Ya no tienes un apoderado que vaya a conversar con los profesores si te está yendo mal en los estudios. Estás solo.

—Aparentemente solo—replica Antonia—Tus viejos siguen estando ahí para cualquier cosa.

—Es verdad, los papás están siempre atentos a lo que nos pasa. Con excepciones.

—¿Qué excepciones?—pregunta Antonia.

—Tengo amigos que se quejan de que sus padres no se preocupan por ellos. No se sienten queridos.

—Eso es uno de los últimos sentimientos del adolescente.

—Puede ser, pero no es raro encontrar a jóvenes como nosotros con un profundo registro de abandono.

—Yo no. A pesar de que desde muy pequeña me tuve que trasladar a Santiago para estudiar, nunca sentí el abandono. Pero, es cierto lo que dices. Tengo compañeras que son de provincia y que en las noches se la pasan llorando echando de menos su hogar. Es como que la sociedad te trata de decir, ya ahora todo depende de ti y estás solo en esto, arréglatelas. Aunque no es así, porque desde pequeños estamos tomando decisiones autónomas, es un desarrollo continuo y no discreto. Algunos lo ven más claramente y otros se creen el cuento, pero el proceso es

continuo e irreversible.

Antonia termina de decir esta oración cuando Camilo recibe un llamado en su móvil. Es un videochat de la mamá de Javiera. Camilo se disculpa con Antonia, se pone de pie y se traslada a un lugar menos ruidoso.

—Hola, Camilo ¿Cómo estás?—saluda la señora.

—Hola, yo muy bien ¿Usted?

—Mira, voy a ser muy puntual para no molestarte. Se trata de la Javiera ¿Es posible que vengas uno de estos días a conversar conmigo?

—¿Le pasa algo a la Javiera?—pregunta Camilo.

—Prefiero contarte en persona ¿Puedes?

—Claro, no hay problema. Mañana podría ser.

—Excelente, muchas gracias, Camilo, yo sé que tú eres su mejor amigo, así que tengo la confianza de pedirte esto.

—No se preocupe, mañana en la tarde estaré ahí.

Camilo se despide de la señora no dejando de quedar preocupado por su amiga. Debe hacer un esfuerzo por no imaginarse cosas malas. Luego, retorna a la mesa con Antonia con quien después de terminar el almuerzo comparte toda la tarde, ayudándola incluso en su tarea en la biblioteca.

—Hola, Camilo, pasa—La mamá de Javiera le da la bienvenida a Camilo y lo hace pasar a la casa.

—¿Está Javiera?—pregunta Camilo.

—No, logré convencerla de que saliera con su hermana menor ¿Te sirvo un jugo?

—Bueno—responde Camilo—¿Qué le pasa a la Javiera?

—Mira, estoy muy preocupada por ella—responde la señora desde la cocina.

—¿Le está yendo mal en la universidad?

—Si fuera sólo eso, no te llamaría—comenta la señora ya de vuelta con una

bandeja y un vaso con refresco.

—¿Entonces?—dice Camilo intrigado.

—Lo que pasa es que Javiera está pasando por una profunda crisis. Hace ya un par de semanas que no va a clases. Pasa encerrada en su pieza escuchando música muy triste. Apenas come. Cuando almorzamos juntas, se sienta a la mesa y revuelve una y otra vez el contenido del plato, prueba un par de cucharadas y luego dice que no tiene apetito. Cuando salgo, le dejo todo listo en el refrigerador para que lo caliente ella misma, pero cuando vuelvo todo está donde mismo. Habrá bajado unos 10 kilos por lo menos. Yo he tratado de conversar con ella, pero está absolutamente cerrada. Si le propongo ir a un especialista se enfurece, tira cosas al suelo y luego se encierra nuevamente en su habitación.

—¿Tiene alguna pista por lo cual está así?—pregunta Camilo.

—Creo que es por mi divorcio. Hace más de un mes que el papá se fue de la casa e iniciamos los trámites del divorcio. Desde esa fecha no ha querido ver a su padre. Él llama casi todos los días, pero ella no quiere hablar. Conmigo tampoco habla, cuando logro acercarme un poco, todo se estropea si le pregunto algo más personal.

—¿Sus hermanos conversan con ella?

—Sí, Francisca, la menor. Pero ella se niega a transmitirme lo que conversa con Javiera, es como si tuviera un voto de silencio. En cuanto a Lucas...el hermano que le sigue, casi no está en casa y no se inmiscuye.

—¿Qué cree usted que puedo hacer yo?

—No lo sé, lo que pasa es que me estoy desesperando un poco con esto. Pensé en ti como te dije porque eres su mejor amigo y a lo mejor a ti te cuenta algo más porque te tiene más confianza.

Camilo está un poco desorientado, no sabe cómo él podría sacar a Javiera de una eventual crisis depresiva. La situación se le aparece muy compleja y se siente sobrepasado. La mamá de Javiera se pone de pie y le pide a Camilo que la espere un segundo. Luego de esto, vuelve con un cuaderno en sus manos y se lo pasa a Camilo.

—El otro día, cuando Javiera había salido, entré a su habitación para ordenar un poco porque estaba hecha un desastre. Me encontré con varias cosas sobre su cama, dibujos, recortes y este cuaderno. Yo sé que no corresponde, pero me atreví a hojearlo y me puse a leer. Míralo—la señora le indica a Camilo con el dedo que abra el cuaderno y lo lea.

—Mire, señora Mónica, no creo que deba hacer esto—dice Camilo—
Se supone que esto es personal y no me atrevo a leer nada sin el
consentimiento de Javiera.

—Camilo, por favor—suplica la señora acongojada a punto de ponerse a
llorar.

Camilo abre el cuaderno tímidamente y comienza a hojearlo. Primero lo
hace muy superficialmente, haciendo pasar las páginas rápidamente sin leer
nada. En el cuaderno encuentra algunos dibujos, rayas ilegibles, textos más
elaborados, páginas arrugadas, otras arrancadas. Casi al azar toma una
página y comienza a leerla.

Esta mañana me costó despertar. Ayer me dormí muy tarde, no podía
conciliar el sueño. No quería levantarme, sentía un profundo dolor en mi
pecho como si me hubiesen arrancado algo de él y se encontrara vacío. Mi
mamá llamó a la puerta varias veces llamándome para desayunar. Yo ni
siquiera le contesté. Quiero terminar con esto, pero no sé lo que me pasa.
No me gusta mi vida, no me gusta mi familia, no me gusta lo que estudio,
no me gusto a mí misma. A veces pienso si todo se resolviera con mi
muerte, pero la muerte me da miedo. Quiero ser feliz, pero no sé qué hay
que hacer para serlo. Odio a todo el mundo, odio a mi papá, no quiero
hablar más con él. Odio a mi madre porque no hizo nada todos estos años
por librarse de él. Mi hermanita es a la única que no odio, ella me invita a
salir, me trae comida a la habitación, me dice que estoy linda cuando yo sé
que no es así. Me gustaría que no fuera así, yo debiera estar pendiente de lo
que pasa con ella, como hermana mayor debiera cuidarla y resulta que es
ella quien me cuida. Es hermosa, la amo ¡Ahhh! Tampoco odio al Camilo,
mi amigo Camilo ¿Dónde estás? Quisiera que me llamaras, porque yo
soy incapaz de llamarte a ti. Tú me comprenderías por todo lo que estoy
pasando.

Camilo queda un poco compungido con la lectura. Se da cuenta que
Javiera le está pidiendo ayuda y se reprocha el no haber estado más atento
y haberla llamado más seguido para juntarse con ella.

—Hay otra cosa que te quiero mostrar—dice la mamá de Javiera—Encontré
este video en el celular de Francisca y me lo reenvió.

La señora Mónica le pasa el móvil a Camilo quien con temor activa la
reproducción. En la imagen se puede ver a Javiera acostada en su cama.
Posiblemente puso su celular afirmado en una silla para autograbarse.

Se ve descuidada, más delgada de como Camilo la recordaba, vestida en pijamas con su cabello tapando parcialmente su cara la cual está prácticamente sumergida en la almohada.

—Hermanita—dice sollozando Javiera—Hermanita ¿Dónde estás? Tengo mucha pena, pero no sé por qué. No puedo parar de llorar. Estoy angustiada y no quiero vivir así. No quiero, no quiero vivir así.

El video continúa con Javiera repitiendo una y otra vez esa frase final hasta cortarse abruptamente. La señora Mónica se seca las lágrimas que han brotado espontáneamente. Camilo le devuelve el celular a la señora sin decir palabra alguna.

—Hablaré con ella—dice Camilo—No sé qué decirle y cómo hacerlo, pero siento que no puedo quedarme impávido frente a esto. Agradezco su confianza. Me da un poco de susto, pero lo haré. Vendré más tarde. Usted me puede avisar cuando haya vuelto Javiera y yo vendré a visitarla.

—Gracias, Camilo—dice la señora—No sabes lo agradecida que estoy de ti. Camilo se levanta y se despidе de la mamá de Javiera sintiendo el peso de una mochila enorme al salir de la casa, pero está decidido a hacer algo por su amiga.

Camilo se siente presionado, cree que la madre de Javiera ha puesto muchas expectativas en lo que él puede hacer con Javiera. Está convencido de que es un caso clínico que debiera ser tratado por un especialista.

Pero, al mismo tiempo, sabe que como amigo y porque la quiere mucho, debe estar junto a ella. Antes de golpear la puerta de la casa de Javiera, Camilo se sienta en el césped del antejardín y se acuerda de la grabación que le pasó su profesor en la universidad. Trata de concentrarse y relajarse previamente. Cierra los ojos y pone atención a los estímulos del entorno. Los sonidos son los más evidentes debido al bloqueo de la vista. Escucha los pajarillos, los autos pasar, una que otra voz a lo lejos, ladridos de perros

aislados y a veces periódicos. También siente la temperatura ambiente. Es un día soleado en el atardecer, de a poco la sombra de los árboles cubre todo y el viento corre suavemente chocando con su cara. Cuando cree haber quietado su mente, su corazón y relajado su cuerpo, activa la grabación. Las sensaciones son intensas. La esfera transparente y luminosa se le aparece más nítida y clara que la primera vez. La sensación expansiva la experimenta como un suave calor que se propaga desde su cuerpo hacia afuera. De pronto, logra ver una sucesión de imágenes multicolores dentro de sus párpados, similares a las observadas cuando bailaba música electrónica en la fiesta con Javiera. De alguna manera, Camilo interpreta como eso, la existencia de una fuerza interna. Luego, las imágenes coloridas se ponen en movimiento dando la sensación de estar viajando en un túnel de gusano en el hiperespacio. La inmersión es notable y Camilo siente como si se elevara, levitando por sobre el suelo sintiendo al mismo tiempo las fuerzas centrífuga y centrípeta del desplazamiento. Cuando la grabación hace alusión a emociones y recuerdos positivos ve caras y figuras humanas conocidas que pasan por las paredes del túnel de gusano. Ahí están sus padres y su hermano, sus amigos de la infancia, sus amigos actuales, por supuesto aparece Javiera con intensidad, algunas personas fallecidas como sus abuelos, Antonia almorzando con él en la facultad y Sofía también. Luego todo se va diluyendo, el túnel de gusano se detiene y vuelve a los sonidos del lugar, los pajarillos, las voces, los ladridos de los perros. La experiencia ha terminado, se pone de pie y pide el deseo de tener la claridad suficiente para saber dar respuesta y ayudar a su amiga que tanto quiere. Abre los ojos y enfila hacia la casa de Javiera. La señora Mónica abre la puerta y lo recibe con alegría. Lo hace pasar, le indica que Javiera está en la habitación. Camilo camina por el pasillo que da a la pieza y golpea la puerta suavemente.

—Javiera ¿Estás ahí?—dice después de golpear—Soy Camilo, te vine a ver. Inicialmente no hay respuesta. Luego, se escuchan algunos ruidos de movimientos desde el interior. Finalmente, Javiera abre la puerta y al ver a su amigo lo abraza fuerte durante varios segundos.

—Está un poco desordenada la pieza, no mires mucho—dice ella mostrando una cara de somnolienta.

—No te preocupes—dice Camilo entrando a la habitación.

—¿Qué haces aquí?—le pregunta Javiera sentándose en la cama, después

de despejar una silla para que se siente Camilo.

—Te vine a ver. Hace tiempo que no nos juntamos y quise darte una sorpresa ¿Cómo has estado?

—Aquí, bien y mal.

—Te ves más delgada.

—¿Tú crees?—contesta Javiera con una pregunta pasándose la palma de la mano sobre el vientre.

—Sí, estás más delgada ¿Cómo va la universidad?

—La universidad va bien supongo, donde mismo. Hace tiempo que no voy.

—¿Por qué?—pregunta Camilo

—¿Y para qué?

—¿No tienes razones para ir?

—No muchas, es decir, ninguna.

—¿Te vas a retirar?

—No lo sé ¿Es importante retirarse o no?

—Bueno, tus padres están perdiendo dinero si no vas.

—¡Ah! El dinero. Sí, eso es importante.

—En realidad, más importante es cómo estás tú—aclara Camilo.

—Da lo mismo si voy o no. No tengo amigos ahí. La carrera no me gusta.

Yo no quiero ser ingeniero comercial. La carrera la paga mi viejo y es lo único que sabe hacer. Pagar las cuentas que generan sus hijos.

—¿Todavía estás resentida con él?

—Él me da lo mismo. Estoy feliz de no vivir más con él. La vida en esta casa ha mejorado mucho sin su presencia.

—¿Y si no vas a la universidad qué haces todo el día?

—Nada. Me quedo aquí acostada, mirando el techo. Paso horas mirando el techo. A veces tomo mi celular y lo reviso, pero pronto me aburro porque no tengo nada para ver. No me interesan las actividades, los mensajes, las opiniones de nadie. Las frases cursis que la gente publica al levantarse “Hoy es un día esplendoroso y lo pasaré muy bien”. ¿A quién le importa que tu día sea o no esplendoroso?

—La tarde está linda aunque un poco fresca—dice Camilo—Salgamos a caminar un rato. Te vistes, te abrigas y salimos.

—¿Salir a caminar? ¿Para qué?

—Para estar juntos. Como siempre lo hemos hecho. Caminar y conversar.

—¿Por qué no nos quedamos aquí?—pregunta Javiera—No quiero salir.

—¡Vamos!—la instiga Camilo—Salgamos de aquí. Desordenemos tu energía acumulada, pongámosla en movimiento.

Camilo busca, entre unas ropas tiradas en el suelo, algo para que Javiera se ponga porque aún está en pijamas. Encuentra una polera, unos pantalones, las zapatillas y se las va pasando. La chica las toma y luego se tira de nuevo en la cama reclamando y diciendo que no quiere salir. Camilo decide ser más enérgico y rompiendo con el pudor, él mismo comienza a cambiarle la ropa. Le saca el pijama primero y la va vistiendo de a poco con cuidado como si Javiera fuera una niña pequeña. Una vez lista, Camilo la manda a mojarse un poco la cara al baño y luego salen a caminar. Después de que cierran la puerta de la casa, Camilo mira hacia atrás y divisa a la mamá de Javiera mirando tras la cortina, quien saluda a Camilo con su mano en alto. —¿Ves que está linda la tarde?—Le dice Camilo a Javiera.

—Hace un poco de frío.

—No te preocupes. Después de la caminata ya no sentirás frío. Ahora, si quieres, corremos para entrar en calor. De aquí a la esquina ¡Rápido! 1, 2...3.

Camilo parte corriendo a la cuenta de 3. Javiera no reacciona inicialmente, pero ante la insistencia de su amigo comienza a trotar detrás de él. Camilo corre de espaldas animándola, pidiéndole que lo haga más rápido y con más energía. Lo chicos llegan a la esquina y Camilo felicita a Javiera quien por primera vez sonríe.

—¡Bien, Javi! ¿Ya tienes más calor?

—Sí, ya estoy mejor—contesta Javiera.

Los amigos continúan la ruta caminando. Camilo la distrae, haciendo que Javiera ponga atención en distintas cosas.

—Mira, ese árbol. Qué lindo se ve matizado con múltiples colores.

Tiene hojas de distintos tonos de verde y café. El otoño de a poco se hace notar. Las hojas comienzan a cubrir el suelo. Pronto los árboles quedarán totalmente desnudos, pero sólo por un rato porque después del invierno, cuando todo se torna grisáceo, viene la primavera y los verdes se reincorporan, el sol calienta cada vez más para dar paso al largo y caluroso verano. Después vuelve nuevamente el otoño, siguiendo el ciclo eterno, el cual a veces ni siquiera notamos, salvo cuando sentimos frío y añoramos los cálidos días de primavera o verano ¿Qué estación del año te gusta más?

—No lo sé—responde Javiera—Supongo que el verano.

—¿Por qué?

—Quizás porque son las vacaciones, hay buen tiempo, los días son más largos, hay más cosas divertidas por hacer. El frío me inmoviliza un poco y lo asocio a la rutina, a los deberes, al encierro.

—A mí me gustan todas. Cada estación tiene su encanto. Mira el colorido del otoño, el paisaje es un poco nostálgico pero hermoso, sin duda. Me gusta el frío también, claro si uno se abriga. La lluvia lo limpia todo, es como la ducha de las ciudades, una ducha colectiva. En la primavera brota todo, los árboles, las flores, las alergias. Pero me encanta, después de varios meses guardas los chalecos y las parkas. Y finalmente, el verano, como lo dices, es la manifestación plena de la vida.

—Tú ves lo bueno en todo—dice Javiera.

—Es que todo tiene cosas buenas y malas. Cada uno de nosotros tiene cosas buenas y malas.

—Yo, pareciera tener sólo cosas malas.

—¿Bromeas? Tú eres una persona extraordinaria, maravillosa, linda, inteligente, sensible.

—No sigas, no mientas para hacerme sentir bien.

—Oye—Camilo se detiene y la reprende—Yo soy tu amigo y los amigos no dicen cosas bonitas porque sí. Yo te he dicho cuando creo que te has equivocado. Por lo demás, no soy adulator con nadie.

—Es cierto—afirma Javiera—Tú eres muy sincero. Cuando dices las cosas, las dices de verdad aunque duela. A pesar de que la forma en que hablas, por más duras que parezcan las palabras, logras que el otro no se sienta mal. Eso se llama tino.

—Ahora, que estamos conversando bien y tranquilos ¿Quieres contarme lo que te pasa?—pregunta Camilo.

—He estado muy triste—dice Javiera—He perdido el control de mi vida. A lo mejor nunca he tenido el control de mi vida, pero ahora como se me exige que lo tenga, no sé administrarlo. Lo de mis padres me afectó mucho. Realmente sentí que todo lo que armaron ellos durante su vida es una farsa, incluyendo a los hijos que tuvieron. Una de ellos soy yo, la mayor y la culpable de su obligado matrimonio. Mi papá siempre presionándonos, sobre todo a mí, como queriendo que nosotros le arreglemos la vida, esa vida que ha sido incapaz de construir coherentemente. Y lo peor es que termina por convencernos. Mírame a mí, estudiando economía, cuando

lo que más odio es la economía. No me interesa, no quiero administrar ninguna empresa, ni ser gerente de nada, sólo de mí. El mundo, de pronto se me vino encima y me agobió. Estoy absolutamente ahogada, no puedo respirar, a veces ni siquiera quiero respirar. Me siento fracasada, la construcción que he hecho se desmorona. Es como si hubiese experimentado un terremoto grado 9 y nada ha quedado en pie dentro de mí.

—¿Qué es lo que quieres, realmente?—pregunta Camilo.

—¡Quiero ser feliz!—exclama Javiera casi gritando, quebrándose.

—¿Y qué significa ser feliz para ti?

—No sé, despertar con alegría y ánimo, porque lo que tienes que hacer durante el día te fascina. Mirar mi pieza y darme cuenta que la he decorado como a mí me gusta. Ver feliz a mi mamá con una nueva pareja, que la respete, que la quiera de verdad, que arme un hogar donde no haya gritos ni platos volando. Me gustaría ser más cercana a mi hermano Lucas, casi ni hablo con él. Quiero que mi hermanita deje de preocuparse por mí. Quiero salir de compras con ella, tomarnos un helado y escuchar sus penas de amor y los proyectos que cruzan su cabecita. Quiero salir a la calle y no sentir la agresión de la gente. Ser feliz es mirar a tu alrededor y darte cuenta que hay armonía entre todo.

—¿Y qué hay que hacer para que suceda todo eso?

—Bueno, al menos mi mamá se desligó de mi papá. Me gustaría arreglar las cosas con él también, sea como sea es mi padre. Debo armarme de valor y decirle que ya no quiero que me diga lo que tengo que hacer. Tengo que decirle que no me gusta estudiar ingeniería comercial. Debo acercarme más al Lucas, debo escuchar a la Francisca y no exigirle sólo a ella que me escuche. ¿Sabes? Parece que todo podría pasar si hablo de esto con cada uno de ellos.

—Buena observación—le dice Camilo.

—A lo mejor también podría ir a terapia, mi mamá me lo ha sugerido, pero yo no le hago caso. Debería decirle a mi mamá que la amo mucho y que me perdone por hacerla sentir mal.

—Eso es lo primero y lo harás llegando a la casa.

—Y debo decirte gracias a ti—Javiera mira fijamente a Camilo y lo toma de las manos—Gracias por ser mi amigo. Bastaba que vinieses, me sacaras de la cama y me hicieras llorar una vez más. Eres tan lindo, no me dejes sola, nunca, por favor.

—No lo haré—le dice Camilo abrazando a Javiera.

Camilo cree sentir la fuerza interna funcionando en él y hace el esfuerzo de pensar en transmitírsela a Javiera. Un cosquilleo recorre todo su cuerpo y siente cómo energéticamente se cubre un manto entre los dos que los rodea y los hace fusionarse. La chica llora aferrada a Camilo. Sus lágrimas humedecen el pecho del chico y así permanecen durante varios minutos.

—¿Oye?—dice Javiera secándose las lágrimas con sus manos—Ahora que me acuerdo, me cambiaste ropa en mi casa. Me viste en calzones.

—Sí, y los tenías rotos.

—¡Mentira!—exclama Javiera dándole un golpe en el brazo a Camilo, mientras éste se ríe.

—Eso, es para que veas que te tengo confianza.

—En realidad, no te diste ni cuenta. Parecías sonámbula. Así que no sé qué tanta confianza tendrías en conciencia de ti.

Los chicos siguen caminado abrazados durante un par de horas haciendo planes de cómo salir de la crisis hasta retornar a la casa de Javiera. Ahí, lo primero que hace Javiera es buscar a su madre, abrazarla y darle gracias por todo. La señora, profundamente emocionada emite un ahogado gracias sobre el hombro de la muchacha dirigido a Camilo, quien después de esto se siente muy satisfecho y contento.

La clase termina con el profesor dando las últimas indicaciones para la próxima evaluación. Los estudiantes arreglan sus cosas y se retiran lentamente. El profesor ordena los materiales que usó durante la clase. Camilo se ha quedado hasta el final.

—Profesor.

—Dime, Camilo.

—Quería contarle una cosa—dice Camilo.

—¿A ver?—dice el profesor sin dejar de ordenar sus cosas.

—Hace una semana hice la experiencia de fuerza que me enseñó y me sucedieron cosas bien interesantes.

—¿En serio?—dice el profesor haciendo una pausa en sus labores y sentándose en su silla.

—Sí. La mamá de una amiga me pidió ayuda y apoyarla porque mi amiga está pasando por una profunda crisis. Yo no sabía mucho cómo ayudar, pero antes de verlas, hice la experiencia y todo resultó muy bien.

—¿Por qué crees que los resultados se deben a la experiencia?

—No tenía ningún plan, pero cuando terminé la experiencia pedí tener la claridad suficiente para dar buenas respuestas. Mi amiga sigue en crisis, pero por ese día creo que la ayudé a avanzar varios pasos para superar este momento.

—¡Qué interesante!—exclama el profesor.

—Me gustaría que me contara más cosas acerca de Silo—le pide Camilo al profesor.

—¿Qué cosas por ejemplo?

—Quién era, sus principales enseñanzas, cómo puedo saber más de su filosofía.

—Bueno, la otra vez te hice una síntesis, pero la información está ahí. Él dejó todo publicado, seleccionó los materiales más relevantes que produjo y se los dejó de herencia a la humanidad. Te encontrarás con detractores también, pero velo todo, pondera y aprópiate de los que consideres valioso. Respecto a la persona, no sé si sea relevante su biografía, pero puedo contarte que nació bajo el nombre de Mario Rodríguez en Mendoza, Argentina a mediados del siglo XX. Desde pequeño se manifestaron en él una serie de virtudes que fueron consolidándolo como un ser muy especial. Ya a principio de los 60 creó grupos de estudio, rescatando las mejores experiencias humanas en la historia y en las diversas culturas. A principios de 1969, se fue a la montaña, construyó una ermita, una pequeña construcción de piedra en la cual pernoctó durante alrededor de cuatro meses. Luego, bajó y el 4 de mayo de ese mismo año, dio el discurso que te mencioné frente a un grupo de personas provenientes de distintas provincias de Argentina y de Chile. Desde ahí, sus descubrimientos se fueron propagando por todo el mundo. Hizo aportes en diversas áreas del quehacer humano, como en la psicología, historiología, misticismo, política social, entre otras.

—¿Usted lo conoció?

—Personalmente, no. He leído sus libros, he visto sus videos y desde que era más joven he hecho mía su propuesta.

—¿Y qué hizo los cuatro meses que estuvo él en la montaña?—pregunta Camilo.

—Meditar y sintetizar sus descubrimientos para que todos podamos experimentarlos.

—¿Usted ha ido a la montaña a meditar?

—No. No es necesario retirarse así de radicalmente para tener acercamientos con espacios no cotidianos. Hay personas que lo consideran necesario. Cada uno hace las cosas de acuerdo a un estilo personal, siguiendo grandes lineamientos.

—A mí gustaría hacerlo.

—Hazlo, si quieres.

—Iré, el próximo verano.

—No olvides contarme tu experiencia.

—Lo haré, no lo dude.

Javier está de visita en la casa de Camilo. En las últimas semanas se ha sentido mejor. Ha tenido un par de recaídas, pero que ha sabido afrontar con el apoyo de su madre, sus hermanos y de Camilo, quien no deja pasar un día sin llamarla y de juntarse periódicamente con ella. Decidió dejar la universidad. No se ha atrevido a conversar con su padre respecto a eso. Su madre fue la encargada de comunicarle la decisión al papá. También asiste a una terapia con una psiquiatra, pero ella reconoce que los momentos en que está con Camilo son los que más le ayudan a salir del abismo. También ha tenido los primeros acercamientos con su hermano. Él, inicialmente se mostró distante y reticente como no creyendo la gravedad de la situación de ella. Finalmente comprendió que debía aportar también en la recuperación

de su hermana. La relación con su hermana menor se consolidó. Javiera ha logrado revertir la dinámica de esa relación, más bien unidireccional y ha cumplido con la promesa de acompañar a su hermana en sus asuntos. Siente también que se ha reconciliado con su madre, ya no la culpa por sus penurias y ha tenido atisbos de comprensión por las decisiones y la forma en que ha llevado su vida.

—¿Cómo has estado?—le pregunta Camilo.

—Mejor. Creo que después de mucho tiempo, los momentos buenos superan a los momentos malos.

—¿Has hablado con tu papá?

—No, aún no. No tengo el valor para hacerlo. Siento que una vez que esté frente a él, todo volverá a ser lo mismo y él me convencerá de hacer cosas que a mí no me gustan.

—¿Se enteró de que dejaste la universidad?

—Sí, mi mamá se lo contó. Creo que reclamó como energúmeno, pero finalmente tuvo que aceptarlo. Ya fue a la universidad a ver el tema del contrato, así que ya estoy liberada. Probablemente toda su vida me cobre lo que perdió.

—¿Tú crees que te cobrará el dinero?—pregunta Camilo.

—No sé si el dinero, pero no faltará la oportunidad que me lo saque en la cara.

—¿Y la relación con tu mamá?

—Está mejor. Cada vez es de mayor confianza, me he abierto más con ella. Igual hay cosas que no le cuento o a veces me vienen bajones y prefiero no demostrarlo mucho para que no se preocupe más.

—Tu mamá es muy buena persona—dice Camilo.

—Debo decirte que ella te adora y lo único que me dice es que te llame, que te invite, que pololee contigo.

—Pololeemos, entonces.

—No, prefiero conservarte como mi mejor amigo por siempre. Ahora, estoy segura que cuando tú pololees yo me pondré muy celosa, porque ya no te preocuparás más de mí. Así que le haré la vida imposible a tus parejas.

—¿En serio?

—No. Si hay una forma de ser recíproca contigo es deseándote lo mejor de la vida y ya llegará la mujer que te ame, como tú te lo mereces.

—No estoy en esa búsqueda, de todas maneras—Camilo se apura es hacer

la aclaración—Pero, creo que cualquier pareja, ya sea tuya o mía sentirá celos de nuestra relación.

—Eso nos obliga a encontrar personas buenas y que comprendan esto. Javiera ha traído un paquete grande envuelto en papel roneo pegado con cinta de embalar. Es un regalo sorpresa que quiere entregarle a Camilo.

—¿Qué es ese paquete que trajiste?—pregunta Camilo.

—Éste, es un regalo que hice para ti.

—¿En serio? ¿Puedo abrirlo de inmediato?

Camilo toma el paquete después de la respuesta afirmativa de Javiera y rompe el papel con vigor. De a poco va apareciendo un cuadro pintado al óleo, con la firma de Javiera en uno de sus extremos.

—¡¿Lo hiciste tú?!—exclama Camilo.

—Sí, mi terapeuta, después de enterarse que me gustaba pintar, me propuso que le hiciese una pintura a un ser muy querido para mí. Yo te le elegí a ti y ahí está.

—¡Qué hermoso!—dice Camilo emocionado—Tienes que explicármelo, eso sí.

—Es una composición con símbolos que representan la amistad y el agradecimiento que te tengo. Esas manos que aprecias, son las tuyas, las manos que me estiraste y de las cuales me he aferrado en el último tiempo. Y ése es mi corazón, que desde un tamaño pequeño y un color sombrío, ha crecido y se ha vuelto de un color rojo intenso.

Camilo abraza a Javiera con fuerza y sale de la pieza a buscar un martillo y unos pequeños clavos para colgarlo en una de las paredes de su pieza.

—Los cuadros se cuelgan con pernos y tarugos—dice Javiera.

—No importa. No tengo tarugos, pero quiero ponerlo de inmediato.

Camilo instala el cuadro, tratando de que quede bien derecho. Lo mira desde lejos y corrige su posición, le pide la opinión a Javiera y vuelve a corregir la posición. Una vez instalado, llama a sus padres y a su hermano para que aprecien la obra de arte. No cabe en su felicidad, más que por el objeto en sí, por el acto que está detrás de esto y se da cuenta de cómo la vida se vive con más personas. La felicidad es para compartirla si no, no es una felicidad de verdad.

Ha terminado la jornada de la mañana en la universidad y es hora de almorzar. Javiera espera a Camilo en uno de los pasillos de la facultad. Ha llevado una croquera y con lápices de grafito dibuja la vista del parque que tiene desde allí. Ha tomado esta práctica como costumbre y le ha ayudado mucho dentro de su proceso de recuperación. Camilo no sabe que Javiera lo espera por lo que, cuando se percata de su presencia, se sorprende gratamente.

—¿Y esta sorpresa tan grande?—le pregunta Camilo a Javiera.

—Tenía ganas de verte.

—¿Qué dibujas?

—Los árboles—responde Javiera—Me encantan los árboles, los juegos de luz y sombra y los matices entre los colores. Cada vez que veo un paisaje así, me acuerdo de ti, esa tarde cuando me sacaste de mi pieza y me obligaste a mirar más allá de mi propia nariz y salir del ensimismamiento.

—¿Estás dibujando mucho?

—Sí, voy con esta croquera a todas partes. En cuanto veo una imagen que me inspira, la dibujo o compongo algo a partir de ella.

—¿Tienes hambre? Porque yo ya me desmayo—dice Camilo.

—Vamos, por eso vine a esta hora—responde la joven.

Camilo toma de la mano a Javiera y la ayuda a ponerse de pie. Ambos enfilan hacia el casino de la facultad. Mientras caminan, Javiera le cuenta a Camilo cómo le ha ayudado que toda su familia se haya involucrado con ella. Eso le ha hecho sentirse más segura y protegida. También le están dando ganas de hacer cosas y ha empezado a averiguar qué tipo de trabajos podría hacer antes de decidir si estudia o no el próximo año.

—¿Tienes roles de vendedora?—le pregunta Camilo.

—No mucho.

—Porque si fuera así, podrías buscar en tiendas de retail. O quizás en un local de comida rápida.

—Prefiero eso último, aunque me da la impresión que es más intenso, porque en la tiendas por departamentos, la gente se atiende sola, en cambio hacer jugos naturales o preparar hamburguesas es más exigente. Debe ser muy cansador porque hay que estar de pie durante mucho tiempo.

—Puedes atender centros de llamados.

—También lo he pensado.

—Puedes responder un fono erótico—bromea Camilo.

—¡Sí, claro!—exclama Javiera—En estos momentos no soy capaz de erotizar a nadie.

Los chicos han entrado ya al casino, en el cual hacen la fila para pagar lo que comerán, seleccionan las comidas y buscan un puesto disponible para sentarse. Javiera le cuenta a Camilo que en este tiempo, en el cual ha tenido mucho tiempo para pensar, ha descubierto algunas cosas interesantes.

—¿Has pensado muchas cosas?—pregunta Camilo.

—¡Puuuuuf!—exclama Javiera direccionando sus ojos hacia arriba—La cabeza casi me explota a veces. En los peores momentos, uno piensa sólo calamidades. Todo se tiñe con un manto gris y es imposible ver el lado positivo de las cosas. Uno mira hacia el pasado y recuerda lo peor de su vida, luego se hace el esfuerzo por mirar hacia el futuro, no ves nada y te viene una angustia profunda. Finalmente te amparas en lo que ves a tu alrededor y sientes que todo es una mentira y terminas por irte al hoyo. No hay salida. Todo cambia cuando aparecen momentos de lucidez. De partida, te dan ganas de levantarte. La carga negativa que adoptaba todo se reduce y las cosas aparecen menos amenazadoras. Los hechos del pasado siguen siendo malos, pero ves que no puedes hacer mucho al respecto porque ya sucedieron y eso te libera. Miras tu presente y eres menos castigadora dándote cuenta que algunas cosas se pueden cambiar. Del futuro todavía no tengo mayores imágenes claras, pero al menos, no me angustio por eso.

—¿Has sacado una conclusión?

—Creo que, cuando a uno se le pasa por la cabeza, aunque sea tímidamente, el deseo de morir, ha tocado fondo. No hay nada más triste que querer morir. Claro está, que hablo de morir porque nada de lo que estás viviendo te gusta, porque debe haber una fase en tu vida en el que desees morir porque ya te sientes pleno y has hecho todo lo que tenías que hacer. Es distinto el sentir ¡Quiero morir porque nada de lo que hago tiene sentido! O ¡Ya está bien, ahora me puedo morir! La muerte puede ser la salvación, el alivio a tus dolores o puede ser la dulce recompensa de la labor bien hecha. En algún momento quise morir, pero por la primera razón. No había nada más doliente que seguir viviendo, pero mientras uno no pierda la conciencia, opera el instinto de conservación de la especie y por miedo no te matas. Me imagino que los suicidas, en algún momento vencen las resistencias de ese instinto y los sistemas de protección fallan o dejan de

funcionar. En mi caso, no fue así.

—¡Qué bueno que fue así!—comenta Camilo—porque de no ser así, no estaríamos conversando ahora al alero de un almuerzo malo y caro de casino universitario.

En ese momento Camilo se percató que Antonia también almuerza en el mismo lugar y no puede dejar de desviar su mirada, cosa que no pasa desapercibida para Javiera.

—¿A quién miras tanto?—le pregunta ella.

—Es una amiga. Ella vive en la casa del frente allá en la playa. Desde pequeños nos conocemos. Teníamos un grupo grande de amigos que nos juntábamos en las vacaciones y la pasábamos muy bien

—¿Y qué hace aquí?

—Ella estudia en otra universidad, pero viene a la biblioteca de ésta porque encuentra buen material. La otra vez nos encontramos y ahora está de vuelta.

—¿A ver, dónde está?—pregunta Javiera intrigada.

Camilo le da las indicaciones pidiéndole máxima discreción. Javiera la mira durante varios segundos con fijación lo que obliga a Camilo a pedirle que se dé vuelta.

—¿Te gusta?—pregunta Javiera—Es bonita.

—¿La Anto?

—¿Se llama Antonieta?

—No, Antonia. No me gusta, cuando éramos pequeños creo que yo le gustaba pero después se le pasó.

—¿Estás seguro?

—Seguro, ahora nos vemos muy poco.

—¿Y qué crees que está haciendo aquí?

—Debe estar haciendo alguna tarea para su carrera.

—¡Qué ingenuo eres!—exclama Javiera—La primera vez, te creo que haya sido casualidad, pero ya la segunda, es para ver si te encuentra.

—¿Tú crees?—pregunta Camilo incrédulo.

—¡Obvio! Yo soy mujer ¿Lo olvidas?

—En una de éstas—dice Camilo comenzando a creer en la teoría de Javiera.

—¿Cómo es ella?

—Es una niña muy simpática y transparente. Imagínate que fue criada en ese balneario, con una población permanente diminuta. Tienen una vida tranquila, en un lugar donde confían en la gente, son una comunidad

pequeña que se apoyan entre todos. Ella se vino a estudiar a Santiago hace tiempo, pero yo creo que conserva todas esas virtudes propias de la gente de provincia, más sana.

—¿La encuentras bonita?

—Sí, es bonita.

—Te gusta, entonces—instiga Javiera.

—Es sólo una amiga.

—Mira, por algo dejaste de ponerme atención cuando la divisaste. No puede ser una simple amiga. ¿Por qué no vas a conversar con ella?

—Porque estoy aquí contigo ahora.

—Eso no es ningún problema—dice Javiera—Ya terminamos de almorzar. Conversamos, te conté mis cosas, así que ya me puedo ir.

—No tienes para qué hacerlo—dice Camilo.

—Mira, Camilo—dice Javiera poniéndose de pie—Si es una perra, le haré la vida imposible, pero si no, puede ser el amor de tu vida. Ya es hora que dejes de estar pendiente de los otros y que te preocupes más de ti.

Javiera toma su bandeja, le da un beso de despedida a Camilo y se va. Él se queda solo unos instantes pensando en las palabras de Javiera. De vez en cuando, mira de reojo a Antonia quien aún no termina de almorzar. Después de un buen tiempo en que Camilo se muestra muy indeciso, se pone de pie y va a saludar a Antonia. La chica se muestra contenta del encuentro y se quedan conversando toda la tarde lo que hace Camilo pierda todas las clases.

Es invierno y está lloviendo. Hacía varios años que esta estación no era tan lluviosa como la de este año. Camilo está de vacaciones intersemestre en la universidad. Este día se quedó en su casa junto a su familia. Desde su pieza se queda observando el paisaje invernal a través de su ventana. Se acuerda de todos sus amigos a los cuales uno por uno, ha enviado

mensajes de saludos a través de redes sociales. El único que no ha respondido es Vicente. Camilo supone que aún debe estar en pleno periplo por Sudamérica. Sin embargo, recuerda que posee el número telefónico de la casa y decide llamar para tener noticias de él.

—¿Aló?

—Hola—saluda Camilo—¿Está Vicente?

—¿Quién habla?—responde desde el otro lado del aparato una voz de mujer después de un breve silencio.

—Soy Camilo, amigo de Vicente y quería saber noticias de él.

—¿Qué Camilo?—pregunta la voz femenina.

—Yo fui compañero de colegio de él. A fines del año pasado fuimos a mi casa en la playa con él y unos amigos.

—¡Ah!—exclama la voz—Ya te recuerdo. Yo soy la mamá.

—Un gusto—dice Camilo—¿Cómo ha estado Vicente?

—Rece por él.

—¿Cómo? ¿Por qué?—pregunta Camilo muy contrariado.

—Lo único que le digo es que rece por él si es que tiene alguna creencia religiosa.

—¿Vicente está bien? ¿Le pasó algo?

—Vicente, ya no está con nosotros.

Camilo escucha esto y queda congelado. No sabe qué decir. Por un momento piensa que se refiere a que está de viaje.

—¿A qué se refiere?—pregunta rompiendo su momentáneo silencio.

—Vicente, tuvo un accidente en Ecuador—responde la mamá—Murió hace un mes atrás.

—No puedo creerlo—dice Camilo—No puede ser.

—Yo no estaría bromeando con una cosa así—dice la mamá—Iba en un bus interprovincial por la sierra, el chofer perdió el control y cayeron por un barranco. Murieron cinco personas, entre ellas, mi Vicente.

La señora se quiebra escuchándose sus sollozos por el auricular.

Camilo está en shock. Rápidamente se le suceden imágenes de Vicente en el colegio, en el paseo a la playa, en la fiesta de Javiera. La cara del chico sonriendo permanentemente, se le fija en la mente. Camilo se disculpa diciéndole a la señora que no sabía del hecho y que está sumamente sorprendido. Le pide permiso para ir a visitarla. La señora inicialmente se resiste, pero ante la insistencia del chico, acepta y lo

invita para la tarde que sigue.

Camilo llama a todos sus amigos para contarles. Con sorpresa se entera que algunos de ellos ya sabían y les reprocha el hecho de no haber contado. Se pone de acuerdo con Javiera y van a la casa de Vicente a visitar a su familia.

La mamá los recibe gentilmente y los hace pasar a su living. Les ofrece algo para tomar y unas galletas para compartir. Camilo le pide detalles del suceso a la señora y ella comienza su relato.

—A mediados de marzo, Vicente armó su mochila y partió a encontrarse con la vida como él decía. Acá, nos opusimos con el papá, pero no nos hizo caso, como normalmente lo hacía. Desde pequeño Vicente fue muy rebelde. Nunca aceptó normas y órdenes sin fundamento. Así que por más que tratamos de disuadirlo, partió no más. Mi marido le dijo que si salía por esa puerta no volviera. Él respondió que no tenía intenciones de volver. Pasaron semanas sin tener noticias de él. Finalmente, se comunicó con su hermana menor, por ella supimos que estaba en Perú. Se quedaba varios días en cada ciudad. En El Cuzco, se quedó más tiempo. Incluso trabajó unas semanas en una feria de artesanos. A fines de mayo decidió partir y siguió hacia el norte. Vivió con una familia indígena en la selva peruana. Ahí perdimos el contacto nuevamente. A principios de junio, me llamó por teléfono. Me contó que estaba cruzando la frontera de Perú con Ecuador. Estaba feliz, me contó que había aprendido muchas cosas y que ya estaba olvidando la idea de no volver más, que nos echaba de menos, pero seguiría en su plan sin cambios. Ésa fue la última vez que hablé con él. Dos semanas después, nos llamaron del consulado de Chile en Ecuador y nos dieron la mala noticia. Era un viaje entre Quito y Cuenca. Creo que la carretera es muy sinuosa. No se sabe por qué, de pronto el chofer perdió el control de la máquina y se precipitaron por un barranco unos 20 metros. Hubo muchos lesionados y cinco muertos. Mi marido y yo conseguimos un vuelo de inmediato y viajamos para poder repatriar lo más pronto posible el cuerpo de mi niño. La experiencia fue muy fuerte, triste para toda la familia. El que se muera un hijo es como te desgarrasen el útero. Es un dolor enorme. Te quieres morir con él. El retorno fue muy triste. El funeral fue muy íntimo y austero. Estoy segura que él habría rechazado mucho homenaje y tanto lloriqueo. Quisimos ser dignos y ahora comprendo por qué no se enteraron antes.

Javiera y Camilo han permanecido en silencio muy atentos al relato de la señora quien al hablar, mira permanentemente hacia el ventanal con la mirada triste y perdida, como esperando ver la figura de Vicente llegando con su mochila a cuestas diciendo “¡aquí estoy de vuelta, mamá!”.

—Recuperamos algunas de sus pertenencias—continúa su narración la señora—Tenía un cuaderno que lo usó de bitácora, de ahí nos enteramos de detalles de sus aventuras. También nos trajimos su celular. Con él grabó muchos videos y sacó fotos. De alguna manera, el contar con estas cosas ha sido sanador porque pudimos hacer el seguimiento de todo el recorrido que hizo en su viaje y aunque sea mentalmente, hemos podido hacer el mismo viaje nosotros con él.

—¿Usted podría mostrarnos algunas de esas imágenes?—le pregunta Camilo.

—Claro.

La señora se pone de pie y va en busca de algo al interior de la casa. Luego, vuelve con un celular en su mano y se lo pasa a Camilo.

—Ése es su celular—dice ella.

—¿Lo podemos revisar?—pregunta Camilo.

—Llévenselo—responde la señora.

—¿No quiere quedarse con él?—le dice Javiera.

—Las imágenes ya están respaldadas en un computador y aquí—la señora se golpea el pecho con su mano derecha.

Los chicos se quedan un buen rato compartiendo con la señora. Ellos le cuentan anécdotas del colegio que involucraron a Vicente. Las más ridículas logran sacarle carcajadas a la señora. Los tres ríen de buena gana con los buenos recuerdos.

Luego, Camilo y Javiera se despiden y dejan a la mamá de Vicente en su casa. Después de recorrer un par de cuadras, Camilo saca el celular y comienza a revisarlo. Los chicos encuentran un escaño en el cual sentarse y terminan por revisarlo en su totalidad llorando abrazados.

Es septiembre y las fiestas patrias en Chile. Termina el invierno para dar paso a la primavera. Camilo y su familia están reunidos en la casa, junto a unos amigos de sus padres haciendo un asado. Desde temprano, los preparativos de la fiesta ocupan las labores de la casa. Hay que acarrear mesas y sillas al patio interior de la casa, preparar la parrilla e instalar un improvisado sistema de audio para escuchar música tradicional chilena. Ya cuando llegan los invitados, hay que servirles un vaso de vino, una empanada bien caliente y esperar que los chorizos se asen en la parrilla. Camilo invitó a Javiera pero ella no podía porque también tenía un evento familiar y luego saldría con un chico que recién está conociendo. El hermano de Camilo llega con su polola, los hijos de los amigos de los padres también llegan con sus respectivas parejas. Después de mucho tiempo, Camilo se siente solo. El grupo almuerza cerca de las cinco de la tarde, luego de lo cual los más jóvenes se van retirando dejando a los más adultos y a Camilo con ellos. Ya entrada la tarde, Camilo llama a Antonia por si la ubica en Santiago y así juntarse con ella. La chica le responde que está en la playa, fue a visitar a sus padres aprovechando el feriado. Camilo está aburrido y desea estar con gente de su edad, pero por sobre todo tiene ganas de estar con Antonia. Le pide las llaves de la casa de la playa al papá y les avisa que se irá por el fin de semana allá. Los padres se sorprenden un poco pero no ponen reparos.

Camilo parte raudo al terminal de buses y toma el primero que va hacia el balneario. El viaje demora alrededor de tres horas y ya entrada la noche llega al sector central del pueblito. En la plaza de armas han instalado una fonda desde donde se escucha la música y la algarabía de los feligreses. Camilo llega a su casa y aprecia luces en la casa de Antonia. Antes de entrar a la suya y sabiendo que el abrirla tiene sus complicaciones, decide golpear primero la puerta de la casa de su amiga. Después de hacerlo, el padre de Antonia abre la puerta, sorprendido al reconocer al muchacho, le pregunta por lo que lo trae por ahí. Le indica que el almacén lo tiene cerrado por las fiestas.

—No, vine a ver a su hija—le aclara Camilo.

El señor lo invita a pasar y llama a Antonia, quien al salir queda totalmente sorprendida sin poder esconder su emoción.

—Hola—saluda la chica—¿Qué haces aquí?

—Vine a verte—contesta Camilo.

—No lo puedo creer. Hace unas horas hablamos y estabas en Santiago.

—Es cierto, estaba en Santiago pero tuve unas ganas irrefrenables de venir hasta aquí.

El papá de Antonia al ver que sobra en la escena decide dejarlos solos y pasar al interior donde aparentemente están con algunas visitas. Antonia invita a Camilo a pasar, pero el chico prefiere quedarse ahí. Se sientan en el living y Antonia le trae una bebida, después que Camilo le rechaza algo para comer.

—¿Podemos ir a la terraza de mi casa?—pregunta Camilo.

—Claro—responde Antonia.

Los chicos cruzan la calle y Camilo abre la reja de madera de la propiedad y entran. También ingresan a la casa. Camilo activa la energía eléctrica y prende las luces del interior y de la terraza. Saca unas sillas e invita a su amiga a sentarse.

—Yo sé que es extraño todo esto y no sé cómo empezar—dice Camilo—

Pero, hace algunos meses, conversando con una amiga, ella me sugirió que tú me gustabas. Yo lo negué, porque nos conocemos hace tanto tiempo y entre nosotros no ha pasado nada más que tener una bonita amistad. Pero después que nos hemos encontrado en Santiago y que hemos compartido más allá de la típica rutina veraniega me fui dando cuenta con el tiempo que de verdad podía ser cierto eso que vaticinaba mi amiga. Hoy, estando en mi casa en pleno festejo con mis padres, me dije: “Estoy tonteando, la Antonia me gusta desde hace mucho tiempo, no he querido reconocerlo, pero ya estoy grande para indecisiones adolescentes”. Así que le pedí las llaves de la casa a mi padre y me vine.

La muchacha no logra salir de su asombro y permanece atónita sin poder decir nada. De pronto, baja la mirada buscando sus manos cuyos dedos se entrecruzan nerviosamente.

—¿No dices nada?—Camilo la urge.

—No sé qué decir. Me sorprendes con esto.

—¡No me digas que estás comprometida con alguien!—exclama Camilo—
Porque me voy de inmediato en el mismo bus en que llegué.

—No es eso—responde Antonia—Voy a ser muy sincera. Yo, de siempre, he estado enamorada de ti. Pero tú nunca te fijaste en mí. Además, como sólo nos veíamos en las vacaciones, durante el año yo lograba sacarte de mi cabeza. He tenido mis pololos por ahí, pero nada serio, porque de

alguna manera, siempre pensé o tuve la esperanza que esto podía llegar a suceder algún día.

La chica se sonroja y respira agitadamente como a punto de ponerse a llorar. Camilo le toma la mano y se la aprieta con las dos suyas.

—Antonia—dice Camilo—Viaje casi 300 km en plenas fiestas patrias, sólo para decirte que te quiero y quiero estar contigo. No sé por cuánto tiempo, pero eso ya lo veremos ¿Te gustaría que intentáramos tener una relación más que de amigos?

Antonia sigue mirando sus manos, ahora bajo las manos de Camilo. Luego, levanta su cabeza y mira fijamente a la persona que se transformó en su ensueño por años.

—Por supuesto que sí—le responde.

Camilo acaricia la mejilla de Antonia con su mano y se acerca lentamente para darle un beso apasionado que dura largos minutos, para luego dar paso a una abrazo intenso. La chica ríe de nerviosa y emoción.

Camilo recuerda una canción antigua que solía escuchar su madre y la canta a capella:

—No me quedan más disfraces para actuar
No me quedan más palabras para no llorar
No me quedan más sonrisas para dibujar
tanta felicidad que ya no tengo.

No me quedan más poesías para recitar
ni tampoco melodías para improvisar
No me quedan fantasías para poder soñar
un poco más, un poco más.

No me quedan más bolsillos sin vaciar.
No me quedan más lugares donde poder escapar.
Y ahora estoy mucho más solo que en mi canción
anterior
y en mi interior, recuerdos.

No me quedan más estrofas para inventar.
No me importa si no rima o si desafino al cantar.

Sólo un poco más de fuerzas para imaginar
en este mismo lugar, volver a estar
de nuevo juntos.

Camilo se apresta a rendir uno de los más importantes exámenes del semestre. El profesor después de dar las instrucciones distribuye las hojas de preguntas y respuestas. En la portada, están los campos para llenar los datos del estudiante y del curso. Cuando llega al cuadrado de la fecha, Camilo se da cuenta que es 8 de diciembre. Esa fecha es la que propuso Vicente, ya hace un año, para juntarse como grupo sea como sea, pasara lo que pasara. Donde estuviesen, en lo que estuvieran ocupados, el pacto decía que sin siquiera llamarse ni ponerse de acuerdo cada uno verá si se acuerda y acude a la cita. Esta situación, distrae durante minutos a Camilo y le impide concentrarse en las preguntas del examen. De pronto recuerda las frases “mi mente está inquieta...mi corazón sobresaltado...mi cuerpo tenso”. Cierra los ojos e intenta aquietar su mente, controlar su corazón y relajar su cuerpo. Recién ahí está listo para contestar las preguntas. El examen dura cerca de noventa minutos. Una vez que Camilo termina, entrega el documento al profesor, arregla sus cosas y sale de la sala decidido a ir al terminal de buses y acudir al punto de encuentro acordado. Durante el viaje, Camilo repasa los recuerdos de aquel inolvidable paseo con sus amigos. Las imágenes se quedan con Vicente y sus locuras, su aparente libertad y desfachatez que ocultaban tímidamente el sentimiento de soledad que lo dominaba. Se acordó de otros momentos intensos del año que se aproxima a su término y también de toda su vida. Piensa en Javiere y sus crisis, en Antonia y las expectativas de su relación recientemente iniciada, recuerda a Sofía y a don Manuel y las conversaciones con su profesor acerca de la realidad interior. Camilo se emociona con la mirada perdida en el paisaje que se le presenta en el recorrido del bus. Pone atención a los

pequeños caseríos con que se encuentra cada cierta cantidad de kilómetros del recorrido y piensa en la vida de sus habitantes. Algunos de ellos se aprecian totalmente solitarios, en otros, se ven las personas haciendo sus quehaceres. Cada persona imbuida en su propio mundo, la señora que va de compras, los niños que retornan del colegio, el barrendero que limpia las hojas y la basura alrededor de la plaza de armas. Cada uno sumido en su propia realidad, con sus preocupaciones, sus ensueños, sus dolores, sus gratos recuerdos. Los ve distantes, pero logra sentirlos e imagina una vida apacible, silenciosa, con menos vorágine que en la ciudad, pero con las mismas preocupaciones y necesidades autoimpuestas.

Camilo recuerda el viaje en busca de Antonia. Le pareció eterno, ahí el objeto era uno solo y no podía pensar en nada más que en lo que haría o diría. Esta vez, con más divagaciones en su cabeza, el mismo viaje se hace más corto.

Al llegar al terminal de buses del pueblo, pasa por el primer kiosco que encuentra a comprar algo para alimentarse, debido a que ni siquiera alcanzó a almorzar. Inmediatamente después, enfila hacia el sector de los roqueríos. Necesariamente debe llegar a la playa y luego cruzar a través de la península para llegar al mentado lugar. Casi llegando, divisa una persona de espalda mirando hacia el mar. Cuando está un poco más cerca, se da cuenta que se trata de Juan Pablo. No quiere asustarlo, por lo que evita sorprenderlo, llamándolo unos metros antes de tomar contacto con él.

—¡Camilo!—exclama Juan Pablo al ver a su amigo y se pone de pie para abrazarlo.

—¿Cómo estás?—le pregunta Camilo.

—Bien. Aquí estoy recordando los viejos y buenos tiempos.

—No nos vemos desde el año pasado cuando vinimos de paseo ¿Por qué sucedió eso?

—No lo sé—responde Juan Pablo—Reconozco que después de eso quise mantener la distancia. Ese paseo fue de dulce y de agraz. Lo pasé muy bien, pero también hubo algunas incomodidades, injustas por lo demás, que me indujeron a discontinuar el contacto. Luego, uno entra en la rutina de las actividades cotidianas y, al menos a mí, me cuesta romper con las tendencias. No iba a ser yo quien fuera el primero en llamar o enviar un mensaje.

—Pero, te acordaste de esta fecha.

—Sí. Cuando me enteré de lo de Vicente, me acordé del compromiso y me prometí no romperlo.

—¿Qué estás haciendo?—pregunta Camilo.

—Estoy trabajando. Decidí postergar mis estudios. No me sentía seguro acerca de lo que quería estudiar, así que tomé el camino de juntar dinero, aún no sé para qué. A lo mejor me sirve para una matrícula o algo más.

—¿En qué trabajas?

—De reponedor en un supermercado. Es un poco cansador, pero simple. Es mal pagado, pero no creo tener muchos gastos así que me alcanza. Todavía vivo con mis padres y ellos no me dicen nada al respecto. Me enteré que estás en la universidad.

—Sí. Estoy estudiando física. Me gusta mucho, no tiene ninguna aplicación particular, pero me da la posibilidad para después seguir con un magíster o un doctorado.

—Mira—dice Juan Pablo apuntando con su dedo tras la espalda de Camilo—Es Javiera.

Ambos chicos se ponen de pie y esperan a la muchacha quien camina con dificultad entre las rocas hasta llegar a ellos. Se saludan afectuosamente.

—¿Están hace mucho aquí?—pregunta Javiera.

—No—responde Juan Pablo—Yo llegué primero hace una hora aproximadamente y Camilo lo hizo recién.

—¿Cómo has estado, Javiera?—pregunta Camilo.

—Bien, tranquila.

—¿Ustedes se han visto durante el año?—pregunta Juan Pablo.

—Sí. Nos vemos seguido—responde Javiera—Camilo ha sido mi ángel de la guarda todo este tiempo.

—¿Qué haces?—le pregunta Juan Pablo.

—Nada. Tuve un paso traumático por la universidad. Me retiré a los dos meses. Pasé por un cuadro de depresión fuerte en el cual Camilo me ayudó mucho. Luego comencé a trabajar en un local de comida rápida. Estoy juntando dinero porque el próximo año entraré a la escuela de bellas artes en la universidad.

—¡Qué bueno! Te felicito—dice Juan Pablo.

Camilo mira a Javiera con orgullo y admiración. La chica le contesta con un guiño y le estira la mano para que éste se la tome.

—¿Han sabido de Macarena y Fernanda?—pregunta Javiera.

—Nada—responde Juan Pablo—Yo perdí el contacto.

—Yo tampoco tengo noticias de ellas.

—Cuando supimos lo de Vicente nos comunicamos—dice Javiera—Macarena está estudiando, creo que fonoaudiología y Fernanda está en un preuniversitario.

—Hablando del rey de Roma—dice Camilo—Ahí vienen las dos. Efectivamente, Macarena y Fernanda vienen bajando por la ladera del camino de la península. Desde lejos levantan los brazos en señal de saludo cuando se dan cuenta que fueron divisadas. También caminan sobre las rocas con dificultad y se ayudan mutuamente para avanzar. Cuando llegan se abrazan con sus amigos.

—El compromiso era sin ponerse de acuerdo previamente—comenta Juan Pablo.

—Nos encontramos en el terminal—se justifica Macarena.

—Es cierto—lo ratifica Fernanda—Estaba leyendo en un banco esperando el bus cuando escucho un ¡Feña! Levanto la cabeza y era ella. Como el bus venía casi vacío, nos venimos sentadas juntas.

—¡Qué bueno que hayamos llegado todos!—exclama Camilo.

—Sólo falta Vicente—dice Macarena.

—No es así—dice Javiera—Vicente está aquí con nosotros. Él también se acordó del compromiso. Capaz que haya sido él el que se preocupó de que cada uno de nosotros se haya acordado y venido hasta acá.

—Si no hubiese pasado lo de Vicente ¿Habríamos venido?—pregunta Juan Pablo.

—Puede que sí o puede que no—responde Camilo—Sin embargo, creo que la muerte de Vicente nos golpeó profundamente y más allá de que no nos hayamos visto desde hace un año, él es el que nos vuelve a reunir en este lugar. De hecho, fue su idea.

—¿Se han fijado que la gente cuando muere adquiere otra dimensión?—pregunta Fernanda.

—¿Cómo así?—la interpela Javiera.

—Vicente era el más desordenado del grupo. Estoy segura que todos lo queríamos, pero había momentos que se ponía muy odioso, sobre todo cuando andaba con trago. Pero después, eso se olvida y uno tiende a recordar sólo los buenos momentos. Vicente era muy generoso, siempre

andaba feliz, bromeaba permanentemente. Nos llevaba la contra en todo. Si a nosotros nos gustaba una profesora, él la odiaba, si a nosotros no nos gustaba una determinada unidad de una asignatura, él la encontraba interesante. Siempre ponía la nota discordante.

—Vicente, no era distinto de ninguno de nosotros—dice Camilo—Por eso era parte del grupo. Tenía una forma que hacía que pareciese que era el distinto, era un personaje, siempre divirtiéndose, siempre llevando la contra, como dice la Feña, pero un amigo entrañable. A mí me emociona recordarlo, porque me pongo a pensar ¿Qué fue lo que lo llevó a hacer ese viaje? ¿De qué estaba huyendo? ¿Era el aventurero e intrépido en busca de experiencias nuevas? o ¿Tenía un vacío en su alma que lo llevaba a buscar llenarlo casi desesperadamente? Por alguna razón, Vicente se sentía abandonado, solo y tenía esa actitud para disfrazar ese sentimiento, haciéndose el duro. Me da pena no haberme dado cuenta antes de eso porque hubiese intentado acompañarlo más.

—¿Qué es el abandono?—pregunta Javiera—Cada uno de nosotros siente cosas inducidas por creencias. Siempre estamos suponiendo cosas, inventamos evidencias, interpretamos intenciones de los otros. Estoy de acuerdo con Camilo en que Vicente debe haber tenido ese registro de abandono, pero luego de hablar con su madre, digo ¿Realmente estaba abandonado? o ¿Mi mente me hace creer que yo debo tener más atención de los otros que la que tengo? No basta con contar con el cariño de la gente, también hay que sentirlo porque de otra manera, la conciencia comienza a inventar supuestos. No todos lo saben, pero este año ha sido muy duro para mí. Caí en una depresión muy fuerte. En los peores días de la crisis, lo más fuerte era sentir el vacío en mi pecho, el vacío del sin sentido además, profundizado por la indiferencia de los que me rodeaban. Había una sensación de incompreensión y también de abandono. Le echaba la culpa a los demás de todo, hasta que llegó aquí mi amigo del alma, Camilo. Él me dio amor sin pedir nada a cambio. Estuvo casi todos los días pendiente de mí, eso era lo que necesitaba. Quería la atención de alguien más. Luego, comprendí que todos queremos eso. Mi padre, mi madre, mis hermanos, mis amigos, Vicente también.

—¿Se acuerdan que Vicente grabó un video durante el paseo del año pasado?—pregunta Juan Pablo y todos asienten—¿Quieren verlo nuevamente?

Juan Pablo, saca su celular y busca el archivo del video registrado en esa oportunidad. Ajusta el volumen a su máxima capacidad y coloca el aparato sobre una roca apoyado por unas piedras más pequeñas. Los cinco amigos se sientan en media luna como en un mini anfiteatro y se disponen a ver y escuchar.

—Ya que hablan de pacto—dice Vicente—todos los años en esta fecha podríamos juntarnos en este mismo lugar. Cada uno llega solo, sin necesidad de invitaciones y sin abusar de la confianza de Camilo porque no nos quedaríamos en su casa. Venimos, nos juntamos, recordamos este momento, lloriqueamos y nos vamos ¿Qué día es hoy?

—8 de diciembre—contesta Juan Pablo.

—Bueno, cada 8 de diciembre nos juntamos en este roquerío. Y si alguno, por fuerza mayor, por enfermedad o por estar muy lejos no puede llegar tendrá que hacerse presente de alguna manera.

—Estoy de acuerdo—dice Camilo.

—Yo también—dice Javiera.

—Listo, pongámonos de pie y pongamos nuestras manos unas sobre las otras para formalizar nuestro compromiso—dice Vicente.

Los muchachos se ponen de pie y forman un círculo en cuyo centro convergen las manos de todos. Vicente enfoca la cámara desde abajo mostrando la escena en perspectiva. Los chicos balancean tres veces sus manos juntas y luego la suben desarmando la formación.

El video termina ahí y los chicos espontáneamente aplauden. Camilo los invita a permanecer en sus puestos y les dice que ese no es el final del video. Después de eso, cuando ninguno estaba pendiente, Vicente se autograbó y dijo algunas palabras. Esa parte no circuló dentro del grupo y se quedó en el aparato de Vicente siendo descubierta por Camilo después de que la mamá de Vicente se lo entregara. El video es puesto en reproducción.

—Hola—dice Vicente en primer plano—Estoy aquí en la playa junto a mis amigos despidiendo una de las etapas más lindas de mi vida. El paseo casi se pudo por tonteras, pero finalmente pudimos darle el tono que merecía. Quiero decir, que estos locos que están aquí junto a mí, aunque no me están escuchando, han sido mi gran apoyo. Son ellos los que hicieron que los días de colegio no se constituyeran en un verdadero martirio. En unos cuantos meses más, iniciaré una travesía por Sudamérica y los llevaré a todos conmigo, porque uno anda por la vida en un coche lleno con las

personas que uno más quiere, ellos me orientarán, me dirán lo que hacer y lo que no. También me indicarán cuando ya está bueno y sea el momento de volver ¿Qué busco con este viaje? Conocer gente, conocer lugares distintos, climas diferentes, formas desconocidas, finalmente encontrarme y descubrir mi destino. Éste ha sido un despacho desde el lugar de los hechos, la transmisión termina y la vida continúa. Suerte, Vicente.

El video termina con la imagen de Vicente congelada desplegando una amplia sonrisa en su cara. Los chicos profundamente conmovidos, se abrazan y forman un círculo.

—¿Ven? Finalmente, llegamos los seis—dice Camilo.

—Sí—afirma Javiera—Estamos aquí los seis con Vicente entre nosotros. Los chicos se quedan en círculo durante largos minutos sin hablar, en un sentido homenaje a su amigo presente.

ALEGRÍA



Hoy me levanté muy temprano. Aún era de noche cuando me dispuse a hacer el check-out en el hostel. La noche anterior me preocupé de dejar todo listo, de forma de tomar mis cosas y salir hacia la montaña.

En la recepción no había nadie. Tuve que tocar un par de veces la campanilla sobre el mesón para que el administrador apareciese.

—¿En qué te puedo ayudar?—me preguntó.

—Me retiro.

—¿Te retiras? Si no son las seis de la madrugada aún—Me comenta sorprendido.

—Sí, es que me recomendaron salir a esta hora si quería llegar al campamento base del monte a mediodía.

—¡Ah, vas al Aconcagua!

—Sí, poh.

—¡Poh! ¡Me encanta el poh de los chilenos!—exclama el señor—¿Y estás bien equipado?

—Eso creo. Al menos me preocupé de seguir todas las recomendaciones para este tipo de experiencias.

—¿Es tu primera vez en la montaña?

—Sí, pero no pretendo hacer cumbre. Sólo subiré unos cuantos metros para encontrarme con la montaña.

—Bueno, en esta época vienen montañistas de todo el mundo. Aprovechan el buen tiempo de la temporada estival. A pesar de esto, debes tener cuidado con las tormentas de viento que son muy fuertes.

—Espero estar bien preparado.

—No te preocupes, hay asistencia en casos extremos. Están los militares, hay paramédicos, guías especializados, de todo. A ver si de vuelta pasas por aquí de nuevo.

—Es lo más probable.

Luego de cancelar y despedirme del conserje, salí de la hostería. No hacía frío, pero el viento helado de la montaña pegaba fuerte en la cara. Ese lugar se llama Puente del Inca. Su nombre se debe a una imponente formación rocosa que simula un puente sobre el río “Las cuevas”, de donde emanan aguas minerales a unos 35°C y que se supone tienen un gran poder curativo. Antiguamente había un lujoso hotel que tras una gran avalancha fue semi sepultado, después de lo cual quedó inutilizado. Cuenta la leyenda

que un rey inca, enfermo al punto de no poder caminar, les pedía a sus curanderos que hicieran todo lo posible para mitigar sus dolores. Después de intentar todos los métodos infructuosamente, se enteró que en las tierras del sur hay un río con aguas milagrosas que lo podrían curar. Fue así que se organizó una expedición, que después de cruzar la dificultosa cadena montañosa, arribó a este lugar. Pero al llegar, los expedicionarios se dieron cuenta que para acceder a las mágicas aguas debían cruzar un torrentoso río en una maniobra extremadamente peligrosa. Cuando estaban a punto de desertar y retornar al lugar de donde venían, de manera extraordinaria y casi milagrosa se produce un gran movimiento de tierra y rocas que caen desde lo alto de la montaña, construyéndose de manera natural el puente que les permitió llegar hasta las aguas termales.

Después de tomar una bocanada de aire emprendí el camino. Existen dos formas de acceder al parque en el cual se emplaza el majestuoso macizo, uno de ellos es desde el caserío de Punta de Vacas, lugar en donde se cruzan el río Vacas con el río Mendoza a 2.400 metros de altura. Desde ahí se enfila a través de un sendero hacia el valle de Horcones ubicado a 2.700 metros y después de unas 3 ó 4 horas se puede llegar al primer campamento llamado Confluencia en el cual me encuentro ahora. Casi al llegar a Punta de Vacas, ¡Por fin conozco Punta de Vacas!, me crucé con una pequeña expedición conformada por tres montañistas, un argentino, un italiano y un polaco, quienes después de preguntarme hacia dónde iba, me invitaron a seguir con ellos a lo cual yo accedí. El italiano y el polaco no hablaban muy bien español, por lo que me arrimé más al argentino. Se llama Facundo y es un montañista aficionado que de vez en cuando emprende estas travesías por distintas cumbres, siendo ésta la de mayor envergadura.

El monte Aconcagua es la cumbre más alta de América y la más alta del mundo fuera del Himalaya. Está ubicada en la provincia de Mendoza en Argentina, a sólo 15 kilómetros de la frontera con Chile y su cumbre supera los 6.960 metros de altura.

Durante los primeros metros pude seguir el ritmo de mis circunstanciales compañeros, pero de a poco fui quedándome atrás. Sin duda ellos tenían más experiencia y práctica que yo. Muy tímidamente el día comenzó a clarear. El cielo se veía cada vez más celeste y pronto el sol iluminó las altas cumbres de los cerros que custodian el sendero por donde caminaba.

El terreno es pedregoso y árido, no hay un mísero arbusto o espino. Los cerros se muestran de múltiples colores dependiendo de su composición y el juego de luz y sombra. No corría viento pero el aire se presentaba de un hielo seco penetrante. El único sonido era el de las pisadas de mis zapatos sobre el camino. Permanentemente tomaba pequeños sorbos de agua para evitar el apunamiento. Ya durante la noche había experimentado algunos malestares, sentía la cabeza pesada, pero me dormí temprano a pesar de la ansiedad que me invadía por la travesía que haría.

Recorridos unos cuantos kilómetros, me detuve y me senté sobre una roca a descansar. Facundo miraba periódicamente hacia atrás como vigilándome y cuando me vio detenerme, se devolvió a preguntarme cómo estaba.

-No te preocupes, sólo estoy descansando-Me apuré en decirle.

-Pero, ¿Estás bien?-me insistió.

-Sí, lo que pasa es que no pude seguir su ritmo. Es primera vez que hago esto, no tengo práctica. Además, vengo con una disposición contemplativa y todo me llama la atención.

-Este lugar es sobrecogedor-me dijo Facundo-Yo soy de acá de Mendoza y todos los veranos íbamos de vacaciones a Chile con mi familia. Cuando pasábamos por este lugar y mi viejo decía que estábamos a orillas del Aconcagua, yo miraba por la ventanilla del auto y admiraba estos cerros casi de manera hipnotizada. Siempre soñé que durante esa eterna espera que se produce en la aduana, me bajaba del auto y caminaba adentrándome en los recovecos de este lugar. Ya cuando fui adulto, vine por primera vez. Me entrené todo el año, igual me sentí como la puta madre. Después de hacer cima y cuando retornaba tuvieron que asistirme los paramédicos, me desmayé, estuve un par de horas inconsciente, pero cuando desperté, tenía un profundo sentimiento de alegría, a pesar de que sentía que la cabeza me estallaría.

-¿Y de esa vez cuánto ha pasado?-le pregunté.

-Quince años. Ésta es mi sexta vez subiendo el monte.

-¿Y cada vez que vienes sientes lo mismo?

-Cada vez es una experiencia distinta. De partida organizo un itinerario diferente. Trato de variar el recorrido, me quedo más o menos tiempo en cada uno de los campamentos. La segunda vez, de hecho, ni siquiera hice cumbre. Pero, efectivamente, cada una de las oportunidades en que he estado aquí, he sentido el registro de felicidad.

-¿Qué es lo que te provoca esa felicidad?

-Es difícil de explicar. Es como que acá es fácil tomar consciencia de la propia existencia. Nada es cotidiano, todo es inmenso o uno es muy pequeño, tómallo como quieras. Siento, aquí estoy yo y la montaña y no hay nada más, ni preocupaciones, ni tareas que hacer, ni deberes que cumplir. Todo eso que en la vida cotidiana es imposible de sentir. El tiempo transcurre a otra velocidad, hay pausa y silencio.

-¿Has ido a otras montañas?

-No, sólo a los Andes. He visitado otras cumbres, no tan altas, más hacia el norte. Pero, el Aconcagua tiene algo especial, es mágico, hace que retorne una y otra vez, debe ser esa imagen que surge de mi experiencia desde niño.

-Creo, que ya descansé lo suficiente-le dije a Facundo y me puse de pie para retomar la ruta.

Mi nuevo amigo me acompañó todo el tiempo en silencio y respetó mi ritmo. Cuando yo necesitaba una pausa, él se detuvo conmigo. No hablamos más que un par de comentarios alusivos a detalles del camino. La sombra se fue corriendo progresivamente, en un momento una ladera estaba bajo la luz del sol intenso y la otra sumida en la sombra. El brillo era considerable lo que obligó a ponerme unas gafas para protegerme. Casi a mediodía, llegamos al campamento Confluencia. Es una gran explanada expuesta totalmente a los rayos del sol, donde las paredes rocosas de los cerros están más alejadas unas de otras provocando una sensación de aire, otra amplitud. En el centro, una gran carpa verde oliva, según me cuentan del ejército argentino, de quien es la jurisdicción del parque, resalta de manera evidente. A un costado, otra gran carpa blanca de suministros, comidas y una tercera de atención médica. Alrededor de ellas, una decena de carpas pequeñas de los expedicionarios que habían arribado antes que nosotros, incluyendo al italiano y el polaco que iniciaron el camino con nosotros.

Al llegar al campamento, me senté sin bajar la mochila de mi espalda y comencé a sentir un mareo muy molesto, cerré los ojos y sentí que la cabeza me daba vueltas. Facundo se dio cuenta de esto y me ayudó a quitarme la mochila, luego me recostó, poniendo algo blando detrás de mi cabeza. Sentía náuseas y un dolor profundo de cabeza, las sienes me latían y vomité lo poco que había desayunado. Facundo con la ayuda de otros montañistas

me llevaron a la carpa de la atención médica y ahí me dejaron sobre una camilla, después de lo cual, me quedé dormido.

Cuando desperté, un enfermero me atendió, me tomó la presión, me revisó los ojos y la boca. Me hizo sentarme en la camilla y, viendo que ya estaba mejor, me mandó a comer algo liviano. Tenía mucha hambre y estaba un poco deshidratado, por lo que comí más de lo que me dijeron y tomé mucho líquido. Cuando salí de la carpa de comidas ya estaba anocheciendo, lo que me hizo suponer que había pasado toda la tarde durmiendo. Le pregunté por mis cosas a un soldado que custodiaba la entrada a la carpa de suministros, quien no supo responderme. De pronto veo acercarse hacia mí a Facundo quien me invita a integrarme a un grupo que reunidos alrededor de una fogata, conversaban amenamente. Facundo me cuenta que entre varios armaron mi carpa para que no tuviera que preocuparme por instalarla. Después de agradecerles las atenciones, me presenté al grupo y ellos a mí. Era un conjunto muy diverso en edades y proveniencias. La mayoría eran de Latinoamérica y un par de Europa. Había una pareja, constituida por un venezolano y una ecuatoriana, el resto eran excursionistas solitarios. Si bien, todos demostraban cierto grado de conocimiento, se notaba que no eran personas que se dedicaran a esto. Cada uno tenía sus profesiones y actividades y sin excepciones eran de la ciudad. Pero sus conversaciones transitaban en temas no triviales. Me llamó la atención que en un momento se armó una discusión acerca de cuál de las ciudades de las cuales provenían tenían más problemas de delincuencia, saturación y alienación. Después de un tiempo me atreví a preguntarles a qué venían a la montaña.

-Yo vengo a encontrarme con la naturaleza en estado puro-dijo una chica española-Éste es un lugar hermoso, imponente, que te traslada mentalmente a un espacio no cotidiano. Te permite hacer una pausa, aquietar tu mente y recuperar tu centro.

-Uno vive permanentemente descentrado-agregó un uruguayo, quien coincidió con la chica-Las personas vivimos en un ensueño, creyendonos el mote del éxito, las apariencias, el prestigio, el dinero. No nos damos cuenta que todo eso es ilusorio, deseamos cosas que no necesitamos y sufrimos porque no las tenemos. Aquí, tomas contacto con la esencia del ser.

-Yo vengo arrancando de mi mujer-dijo un colombiano generando una risotada simultánea de todos-La bruja me tiene hasta la coronilla. No, es

una broma cierta. Mi mujer no es una bruja, aunque a veces se comporta como tal. Pero ¿A veces no se han sentido ahogados por los que lo rodean? Aquí uno está solo, aparentemente, porque ésta es mi segunda vez y este tipo de tertulias ya las había vivido. Pero es otro tipo de relación, de partida es gente que probablemente no veas nunca más en tu vida, por lo que no tienes para qué aparentar cosas que no eres. No está esa obligación del deber ser y el deber hacer. No tengo para qué estar fingiendo que soy un hombre extraordinario que tengo una familia ideal, un trabajo estable y un estilo de vida envidiable, si realmente no es así. A mi familia la quiero mucho, pero a veces me asfixia y la vida del día a día es una mugre que se repite y se repite. Esto es casi como una playa nudista, claro estamos vestidos, pero es ropa apropiada para el lugar, que nos protege del frío, del viento, es más bien opaca, con el correr de los días se llena de polvo, el pelo se te reseca porque no puedes ducharte cada mañana cuando te levantas y a nadie le interesa si tienes o no una cara de culo. Mis manos están sucias, pero si tengo que compartir un pedazo de pan, el otro me la recibe y se la come sin chistar. No tenemos pertenencias, un carro hermoso estacionado a la vuelta de esa colina, estamos todos aquí sentados en unas piedras duras que te parten el culo, alrededor de un fogón y donde nadie te pregunta quién eres para enjuiciarte sino para regalarte una sonrisa y el saludo.

-La vida en la montaña es especial-tomó la palabra Facundo-Yo soy un montañista aficionado, pero cuando practicas esto de verdad, te das cuenta que tú no eres un ser solo. Imaginen esos equipos que suben a las grandes cumbres del mundo y que por razones de seguridad deben ir atados unos a otros. Se cae uno y se caen todos como piezas de un dominó. Te das cuenta que tu vida depende de la vida del otro. Se pierde la noción de la individualidad y eso es fantástico. Yo te apoyo y más allá, tú me apoyas.

-Yo vengo a contactarme con los dioses-dijo un peruano-Esos dioses que cada uno tiene en su interior y que en la vida cotidiana permanecen escondidos o más bien reprimidos. Esos dioses son los verdaderos creadores y vigilantes del todo.

Cada una de las intervenciones me sobrecogió y no tuve más remedio que fascinarme y escuchar con atención a las palabras y las profundas miradas de mis acompañantes. De a poco y con el transcurrir de las horas, cuando la oscuridad cubrió todo, cada uno de los expedicionarios se fue retirando

a sus respectivas carpas. El lugar muestra una disminución paulatina de la actividad, las luces de las lamparillas comenzaron a apagarse y yo me metí en mi carpa a escribir mi experiencia del primer día.

Hoy desperté tarde. Me costó quedarme dormido durante la noche debido a la larga siesta a la que me obligaron los efectos de la altura. Al salir de la carpa me di cuenta que el campamento estaba casi vacío. Los excursionistas partieron temprano y aun no llegaba la camada de la nueva jornada. En el cierre de mi carpa había un papelito clavado con un alfiler. Era un mensaje de Facundo deseándome una buena estadía y que nos pudiésemos ver nuevamente.

Antes de hacer cualquier plan decidí ir a la tienda médica y consultar si podía continuar hasta el próximo campamento. El médico de turno, inicialmente no quería darme permiso, pero después de tomarme en dos oportunidades la presión arterial y observar que estaba normal me dio el pase. Desayuné algo liviano porque aún sentía mi estómago un tanto delicado. Desarmé mi carpa y arreglé mi mochila.

Mi próximo destino era el campamento base "Plaza de Mulas". La caminata duraría al menos unas ocho horas por un sendero formado por el lecho del río Horcones. Me predispuse a contemplar todo con calma, disfrutar del entorno y no hacerle caso al cansancio, la ansiedad por llegar luego y a las molestias de la falta de aire. Un par de veces tuve que detenerme para revisar mis pies y reemplazar los parches para evitar las heridas por el roce con mis zapatos de trekking.

Esta experiencia tiene una serie de objetivos, para este día me propuse reflexionar acerca del acto de percepción ¿Qué es lo que percibimos? Aproveché mis conocimientos de biología y física para comprender el fenómeno. ¿Qué es lo que vemos? Vemos la luz blanca reflejada en los objetos, hay objetos opacos y otros brillantes, los opacos los vemos menos porque tienden a absorber la luz, los brillantes se ven mejor porque reflejan

la mayor parte de la luz que incide sobre ellos. Donde hay sombra, no hay oscuridad absoluta porque se refleja la luz que a su vez se ha reflejado en otra superficie directamente. El color de las cosas tiene que ver con la frecuencia de la onda de luz que llega a nuestros ojos, así los objetos se nos presentan desde el rojo hasta el violeta, si algo lo veo rojo es porque el objeto refleja la luz correspondiente a esa franja frecuencial, mientras absorbe las otras. El cielo se ve celeste debido al fenómeno de la refracción y difracción de la luz que se descompone debido a la atmósfera terrestre y le da esa tonalidad. La luz llega a nuestros ojos que transmiten una señal eléctrica a la corteza cerebral a través del nervio óptico en un proceso que dura un determinado tiempo, no es instantáneo. Lo que se percibe sucede tardíamente en relación al fenómeno que provocó el estímulo. La luz emana de una fuente, se refleja en los objetos, los ojos lo captan y convierten un fenómeno óptico en eléctrico, llega a nuestro cerebro y éste lo interpreta. Ha transcurrido un tiempo que no puedo dimensionar, desde que la luz surge y yo tengo la sensación de ella. El que tengamos dos ojos involucra que la luz no llega simultáneamente a ellos, salvo que una fuente esté frente a nosotros. La diferencia de tiempo en el que arriba la luz a cada uno de los ojos nos permite apreciar la profundidad de las cosas y la relación de distancia. Cuando acerco mi mano y la pongo frente a mí, se me aparece en posiciones distintas al cerrar uno u otro ojo. La fuente misma es difícil de ver porque los ojos son extremadamente sensibles a la intensidad de la onda. El fuego, una linterna, unos focos led, pueden ser vistos directamente aunque queda una luz remanente que si aparto la mirada sigue estando presente durante varios segundos. La luz del sol es demasiado intensa y salvo que esté seminublado es difícil mirar de frente al astro rey. ¿Y qué hay de la luz que no vemos? Hay ondas de frecuencia más baja que el rojo y frecuencia más alta que el violeta de las cuales no tenemos evidencia, así también como su intensidad tiene un máximo, si no, nos encandila y nos enceguece, y un umbral mínimo que lo consideramos oscuridad. Pero, la oscuridad no significa ausencia de luz. Algo parecido sucede con la audición ¿Qué es lo que escuchamos? Vibraciones de cuerpos sólidos, líquidos o gaseosos que a modo de ondas llegan hasta nuestros oídos, los cuales convierten esas ondas en impulsos eléctricos que a través del nervio auditivo llegan a nuestro cerebro. Esas ondas deben viajar una determinada distancia para llegar hasta los oídos, por lo tanto lo que escuchamos son

esas vibraciones que cruzan nuestra cabeza y que son orientadas por las orejas hacia el canal auditivo. Estas ondas pueden provenir directamente del foco que las produjo o ser reflexiones en superficies de distinta densidad, así también, las ondas se refractan y se difractan. A diferencia de la visión, el campo sonoro es más amplio y podemos escuchar sonidos provenientes de fuentes que no vemos, que están detrás de nosotros o a los costados. Para ello es muy importante que tengamos dos oídos, porque la diferencia de tiempo con que el sonido los ataca determina la sensación de proveniencia. Si un sonido arriba al mismo tiempo a los oídos nos genera la sensación de que la fuente está frente a nosotros, o al menos en el eje de la cabeza. Pero, no toda vibración mecánica la escuchamos, hay frecuencias tan bajas que no generan sensación, al igual que las vibraciones de frecuencias muy altas. Hay una intensidad máxima que provoca dolor y un umbral mínimo a partir del cual se produce sensación. Por lo tanto el silencio no es una situación asociada a la falta de vibraciones, sino a que no hay ondas mecánicas que produzcan la sensación sonora. Cuando bloqueo mis oídos, las pérdidas son menores que en el caso de la visión. Al tapar mis oídos, siento como que los sonidos del interior de la cabeza se amplificaran, pero siempre han estado ahí, sólo que se combinan con los sonidos provenientes de afuera. De hecho, mi voz se escucha muy distinta desde la posición de un auditor distante o la sensación que yo tengo de ella. La prueba es cuando nos escuchamos al haber sido grabados en video. La voz se nos aparece distinta, irreconocible, claro, porque nuestra propia voz la escuchamos desde adentro y afuera debido a que los oídos y las cuerdas vocales comparten la caja de resonancia. Como no todo lo que escuchamos lo vemos, la audición cumple una función fundamental en el sistema de alerta que tenemos. Cuando de pronto cayó una roca de un risco, mi cabeza automáticamente se direccionó hacia ella para cerciorarme si revestía o no peligro.

¿Qué hay del olfato y el gusto? Pareciera imposible analizar cada uno por separado porque ambos tienen un funcionamiento interdependiente. Cuando ingiero un alimento creo saborear, pero también estoy oliendo. El olfato tiene un rol fundamental en la sensación de sabor de los alimentos. Si bloqueo mi olfato, la comida me sabe insípida. Ambas perciben sustancias cuyas moléculas llegan hasta nosotros vía aérea o directamente al introducir algo a nuestras bocas. Los sabores y los olores transitan entre lo amargo,

lo agrio, lo salado y lo dulce. Todo a nuestro alrededor tiene un sabor y un olor, incluso el aire mismo, que creo sólo oler, tiene sabor. Si abro la boca en su máxima extensión y saco la lengua, me doy cuenta de esto. Hay olores más o menos intensos y los hay más o menos irritantes. Recuerdo el olor del cloro, es extremadamente irritante y uno puede estar con la sensación varias horas después de haber estado en contacto con él. ¿Y el tacto? Con él percibimos las formas, la textura, la consistencia de los objetos. Pero, como lo aseveran los físicos cuánticos, nunca estamos en contacto de verdad con las cosas. La materia está constituida por moléculas, las moléculas por átomos, los átomos por las partículas subatómicas y éstas se pueden subdividir en elementos más pequeños. Entre ellos hay vacío, al menos aparentemente. Cuando creemos palpar algo son un sinnúmero de descargas eléctricas que se producen al acercar las partículas subatómicas de nuestra piel y las del objeto externo, pero en realidad no es posible que dos electrones puedan llegar a estar juntos porque poseen la misma carga eléctrica y los cuerpos con la misma carga se repelen.

Hay algo que se repite y es común para todos los sentidos, desde que la sensación se genera, el estímulo demora un tiempo en llegar al cerebro y éste en producir una respuesta. Entonces, cuando nosotros notamos la existencia de un determinado estímulo, el fenómeno que lo provocó sucedió un tiempo atrás. La luz se propaga con mayor rapidez que el sonido, a su vez, el sonido, así también como las sustancias que generan sensaciones olfativas, es desviado, acelerado y frenado por el viento. Desde que el estímulo hace contacto con nuestro cuerpo, transcurre otro tiempo en que éste es transmitido hasta el cerebro para su interpretación. Por todo esto, es imposible tener una noción real del presente, porque nosotros permanentemente percibimos los sucesos del pasado.

¿Y qué hay de las sensaciones del intracuerpo? Aparentemente también hay sentidos, que no son precisamente los que conocemos, que nos permiten sentir las sensaciones internas. De otra manera no podríamos sentir dolor estomacal o de cabeza o tener la sensación cuando comemos del alimento bajando por el esófago, o sentir los cólicos intestinales y renales. Todo esto me parece fascinante. El ser humano está dotado de una serie de aparatos que nos permiten tener noción de las cosas, del estar y el transcurrir. Sin embargo todo es aparente porque no sentimos todo lo que hay allá afuera ni lo que hay adentro. Es más, probablemente lo que percibimos es una

diminuta porción de lo que sucede realmente.

Este ejercicio me obligó a estar en un estado de atención superior y eso me cansó sobre manera, tanto o más que la propia caminata. Realizado más de tres cuartos del trayecto, decidí parar un poco y poner atención a mi propio cuerpo y no tanto a los estímulos externos. Fue ahí que un grupo de expedicionarios me alcanzó a los que me integré hasta llegar al campamento. Llegué muy cansado. Apenas pude armar mi carpa y escribir estas notas. Ahora sólo quiero descansar y dormir. Ése fue mi segundo día.

Esta mañana sentí todos los efectos de la caminata anterior. Apenas podía moverme cuando desperté. Aún me duele la espalda y, a pesar de mis cuidados, los pies los tengo hechos bolsa. Al menos no sentí malestares producto de la altura. De acuerdo a mi plan, me quedaré definitivamente en el campamento Plaza de Mulas. Como ocurrió en el campamento anterior, a primera hora, los excursionistas partieron en su travesía hasta la cumbre, así como los que vienen de vuelta partieron ya de retorno a la base Confluencia.

Después de desayunar, reinicié mis ejercicios de contemplación y meditación. Esta vez iba a poner atención a la interpretación de los datos entregados por los sentidos. Estos datos llegan a distintas zonas de la corteza cerebral según el sentido, ahí pasan por un proceso de decodificación para llegar al acto de reconocimiento. En este paso, parece tener un rol fundamental la conciencia. La conciencia es un aparato coordinador que toma los datos de los sentidos, los interpreta y elabora una respuesta que el cuerpo vuelca al medio externo buscando el permanente equilibrio roto debido a la llegada de los estímulos. Éstos llegan simultáneamente y de manera continua, la conciencia los integra, estructura y analiza en conjunto. Es así que un estímulo visual puede estar integrado a uno sonoro a pesar de ser distintos. Si miro fijamente una fogata y de pronto se genera una chispa debido a la presencia de burbujas de oxígeno en el

interior de los leños y simultáneamente escucho un sonido impulsivo muy corto tal como un chasquido no puedo más que asociar ambos eventos y cuando escuche ese sonido imaginaré las brasas consumiéndose aunque el fuego no esté frente a mi vista. Algo similar sucede con el flamear de las banderas argentinas de la carpa del ejército. El efecto del viento hace que la bandera se pliegue y se produzcan variaciones en el eterno juego de luz y sombra que dejan en evidencia que el género está en movimiento, pero ese flamear provoca una vibración sonora. Si no escuchara el flamear sentiría como falso el movimiento de la bandera, como falso fue el flamear de la bandera norteamericana en la Luna. Un fenómeno muy especial es el del trueno y el relámpago. Ambos estímulos son producto del mismo suceso. Dos masas de aire cargadas eléctricamente son empujadas por el viento durante las tormentas y al chocar, se producen descargas eléctricas gigantes. Uno de los resultados de ese choque es el destello de un rayo que es capaz de iluminar la noche más oscura, y que le llamamos relámpago, unos segundos después se escucha un sonido potente de frecuencias bajas y medias que, debido a la menor velocidad con que se propaga el sonido, llega tardíamente. Sin embargo, no hay relámpago sin un trueno que lo prosiga, porque finalmente son dos manifestaciones distintas del mismo fenómeno, así, cuando hay tormentas eléctricas, el destello de un relámpago es el presagio del trueno quedando la conciencia en alerta. Si no hubiese trueno la conciencia quedaría en espera, generando confusión. La conciencia parece ser el aparato que administra el atributo de la atención. De pronto veo un todo continuo, pero si me fijo, logro ver sus partes así como si pudiese hacer foco. A lo lejos creo que el cielo está al fondo de las montañas, pero si miro de otra forma, la montaña podría ser el fondo, si no supiera la organización real, estaría totalmente confundido. En este paraje montañoso todo me parece novedoso, pero en el día a día, inmerso en el mundanal ruido, la conciencia ahorra energía sin poner atención a numerosos estímulos que si bien están, no son atendidos, si no, no tendríamos energía para hacer nada más que sentir ¿Qué sería del pensar, el imaginar, el ensoñar o el recordar? La conciencia estructura, sintetiza, selecciona e infiere más de lo que se percibe. Entonces no basta con que lo que se percibe, esto es sólo lo que hay en el entorno de mi cuerpo, además los sentidos filtran sesgando la información recibida, también la conciencia hace recortes enturbiando la sensación de realidad.

La conciencia deambula entre el recuerdo y la imaginación, me trasporta hacia el pasado y hacia un futuro incierto permanentemente, así puedo poner atención al recuerdo y la imaginación, y cuando lo hago desatiendo los sentidos. La conciencia también me engaña, varias veces durante el día creí sentir que alguien venía hacia mí, pero al poner atención buscando la evidencia, me daba cuenta que no era así. Así recordé múltiples ejemplos donde uno espera que suceda algo y cree sentirlo, como cuando la gente esperaba ver un milagro ante el acto de algún profeta apócrifo y se convencía que nubes u otros objetos visuales eran seres mágicos o celestiales. ¿Cómo puedo evitar creer o querer ver algo y así tan sólo verlo? Si estoy esperando un llamado, creo escuchar a cada rato el sonido de esa supuesta llamada y cuando suena de verdad, pero no es el llamado que espero, me desilusiono. Siempre estoy esperando que pasen las cosas y así se me va la vida. A veces los lunes me levanto y digo ojalá sea viernes y el viernes llega y no me di cuenta que hubo martes, miércoles y jueves. Luego pienso, qué rico, es viernes, pero no alcanzo a disfrutarlo cuando ya es lunes nuevamente. La conciencia es como una interfaz que conecta y desconecta. Cuando conecta, atiende, cuando desconecta, desatiende. Pero no sólo conecta y desconecta los canales de los sentidos, también está la memoria. ¿Qué función tiene la memoria? Ésta es un aparato de registro en el que se van acumulando las experiencias y los significados. Cada experiencia va ingresando a la memoria como dato nuevo y luego comienza a interrelacionarse con los datos ya registrados. Cuando un dato se relaciona con otro, y producto de esto se produce una transformación del significado de algo, esto se convierte en un nuevo dato que permite reorganizar la información registrada. La memoria es la responsable del acto de reconocimiento, cuando percibo algo y lo reconozco ¿Qué pasó? El sentido o varios sentidos simultáneos mandaron sus señales a la conciencia y ésta contrastó con la información registrada en memoria para luego concluir que tal cosa es. Estoy escribiendo usando un lápiz, sobre un cuaderno que posee páginas en blanco, dibujo símbolos codificados que tienen sentido para mí porque es un lenguaje que manejo desde mis primeros años de vida y que le llamamos idioma, que al leerlo se transforma en palabras y nos permite comunicarnos porque hay muchas personas que conocen el código, es decir están dotados del decodificador. Mientras hago este ejercicio de escribir, estoy llamando información y al mismo tiempo

estoy registrando sensaciones, emociones y nuevos significados producto de las comprensiones en la memoria. Es como el disco duro del sistema, del cual estoy permanentemente abriendo archivos para modificarlos y luego registrarlos nuevamente pero ahora transformados. La red de información, a medida que vamos envejeciendo se va complejizando cada vez más, quizás por eso es que se producen los pasajes de olvido, sumados a un deterioro paulatino de la red neuronal que dificulta las relaciones de los datos grabados. ¿Pero qué es lo que se ha grabado en mi memoria? El cúmulo de percepciones de mis sentidos y sus relaciones, son mis grabaciones, buenas y malas de todos los sucesos que han acontecido desde que nací. Por lo tanto, los significados son sólo míos y de nadie más, pero claro, yo he crecido en un determinado entorno donde hay significados en común y del cual he absorbido valores y creencias que operan en mi día a día. En cada acto que realizo están mis valores y creencias, que en realidad no son míos, han sido registrados a pesar de mí.

Entonces, los sentidos filtran, la conciencia estructura, la memoria hace reducciones, luego se elabora una respuesta, de esa respuesta hay percepción probablemente del intracuerpo que es lo que determina si una sensación es placentera o displacentera. ¿Qué es entonces lo que percibimos? Tomé una roca pequeña del suelo, la miré con atención y dije “¿Qué es esto?”. Mi respuesta no fue inmediata y me confundí, sobre todo porque me surgió la duda de si ese objeto existía de verdad o si realmente era tal cual lo veía. Entonces me pregunté ¿Dónde está realmente este objeto que tengo aparentemente en mi mano? La luz es captada por mis ojos, la textura por mi piel, simultáneamente los datos van a conciencia, la cual recibe de memoria el dato de que esto es una roca, pero la imagen de esa roca está en mi cabeza, por lo que esa roca existe porque yo existo y luego miré todo mi entorno y dije “Ahí hay un mundo frente a mí y ese mundo está en mi cabeza como una imagen que mi mente ha creado a partir de las percepciones, deseos y creencias, pues entonces, eso existe porque yo existo y si yo no existiera ese mundo desaparecería”. Este pensamiento me conmocionó, respiré profundo y escribí todo esto. Decidí descansar y me predispongo a dormir. Éste ha sido mi tercer día.

Mis pies ya están mejor. Sus heridas han estado curando y tengo menos problemas para caminar. El día anterior me remití a transitar lo justo y necesario y me confiné en mi carpa. Hoy quería desplazarme un poco más y descubrir nuevas cosas y los paisajes asociados a esa explanada acondicionada como campamento. Durante la mañana compartí con algunos de los montañistas y soldados del ejército argentino. La mayoría de los conscriptos son chicos muy jóvenes que están haciendo su servicio militar. Proviene de distintos lugares de Argentina y se sienten satisfechos por haber sido destinados a esa unidad, prefiriéndola a opciones en ciudades del interior donde el verano es muy asfixiante.

Después de almuerzo, salí a caminar sin alejarme de la base, ni perderla de vista. Subí a una pequeña colina y al llegar a la punta me senté a contemplar el panorama. La cadena montañosa se yergue imponente, continua e infinita y no puedo dejar de recordar las divagaciones del día anterior. Todo ese paraje que se presenta ante mí no es más que una representación formada en mi cabeza y si yo cambio algo en mi sistema de creencias, es el mundo que me rodea el que se modifica. Eso es lo que sucede cuando uno aprende algo nuevo, ese nuevo aprendizaje produce un cambio en la estructura cognitiva y por ende cambia el entorno y todo lo que tiene relación con el dato modificado. Estaba sumergido en esta divagación cuando de pronto, miro a un hombre que está a un par de decenas de metros de mí, mirando hacia la misma dirección a la cual apuntaba anteriormente mi cabeza. Me llamaron la atención dos cosas de él. Una, que se aprecia como un señor mayor. Toda la gente que he conocido hasta el momento es gente joven, mayores de veinte años y menores de cincuenta, al menos eso creo. Pero esta persona se ve superando ese rango de edad. Lo otro, es que no estaba vestido apropiadamente para la montaña. Usaba unos zapatos normales, unos pantalones aparentemente de gabardina, una camisa blanca y un chaleco negro de cachemira delgado. Con sus manos tomadas en su espalda, miraba fijamente al horizonte. Su figura la encontré tan extraña que no pude evitar acercarme a él.

Cuando ya lo tuve a mi lado, lo saludé y me presenté a lo cual contestó muy amablemente. Le pregunté por lo que estaba haciendo y me respondió "mirando solamente". Le comenté mi extrañeza por su forma de vestir a lo cual no le dio mucha importancia "es sólo ropa", "si tuviese frío me pondría

una campera". Él me preguntó por lo que hacía ahí y le conté algo de mis descubrimientos en estos días que han transcurrido.

-¡Ahhhhh! ¡Interesante ejercicio!-me dijo en tono de exclamación-¿Y qué más esperas descubrir?

-No lo sé-le respondí-No tengo expectativas acerca de los resultados. Si supiera el final de la película no la vería.

-Buena respuesta, pero no se puede dejar de tener expectativas.

-Puede ser, tengo que estar esperando algo, pero trato de no pensar más en el por qué estoy aquí y esperar los resultados sin suponerlos ¿Y usted, por qué está aquí?-le pregunté.

-¿Estás seguro que estoy aquí?-me respondió.

Si hace tres días este señor me dice eso, yo le habría contestado por cierto que sí, de otra manera no lo estaría viendo. Pero, ahora tengo mis dudas.

-¿Está realmente aquí?-pregunté.

-Pues sí, estoy aquí. El asunto es qué es el aquí-me dijo y puso sus ojos sobre los míos con una leve sonrisa en su cara.

-El aquí, es este lugar, la montaña, las faldas del monte Aconcagua, la cima de esta colina, usted a mi lado, yo, no sé qué más decir.

-Bueno, ése es el aquí y tú y yo estamos aquí.

-No me ha respondido la pregunta-le insistí.

-¡Ahhhh sí, la pregunta del por qué!-exclamó-Estoy aquí porque uno nunca sabe para qué puede ser útil.

-O sea, está aquí como voluntario, una suerte de colaborador.

-Algo así.

-¿Trabaja para el ejército?

-¡No, no!-respondió riendo-Estoy aquí por el puro gusto de estar.

Luego, me hizo algunos comentarios acerca de mis reflexiones y me habló de los actos de conciencia y de los objetos de conciencia y cómo éstos forman una unidad indivisible. Le pregunté si era un psicólogo, ante lo cual volvió a reír y dar una respuesta negativa.

-Fíjate cómo tratas de clasificarme y descubrir lo que soy-me dijo-Cada palabra que digo, cada gesto que hago es una información más que pasa a ser objeto de análisis en tu cabeza, buscando respuestas que satisfagan tu curiosidad. Pero, la información parece insuficiente, tu conciencia y tu memoria están vueltas locas buscando respuestas, porque el acto quedó lanzado ¿Quién es este caballero? ¿A qué se dedicará? ¿Qué es lo que

realmente está haciendo aquí? Es posible que no hayas creído que estoy acá sólo por el gusto de estar.

-Bueno, puede estar por el gusto-le dije-Eso denota placer. Hay algo en este lugar que lo hace estar a gusto, cómodo, satisfecho y cuando desea tener esa sensación viene hasta acá.

-Buen punto, uno se mueve según imágenes placenteras.

-Yo tengo muchas preguntas que he ido acumulando en mi historia y sentía que en la vida cotidiana iba a tardar mucho en encontrar sus respuestas, por eso me vine aquí. Cuando encuentre las respuestas, de seguro que me sentiré bien.

-Estás enfrentando tus conflictos. Eso es de valientes. Lo normal es hacerle el quite a los conflictos, renegar de ellos y huir. Esos conflictos te provocan una sensación displacentera y nosotros tendemos a evitar las sensaciones displacenteras porque no nos gusta pasarlo mal, si no pasarlo bien.

En medio de esta conversación descubrí la razón fundamental por la cual había decidido ir a la montaña. Sin saber por qué, desde pequeño la gente me ha buscado para que los ayude a resolver sus problemas. Algo sucede conmigo que no sabría explicar, tal vez porque les pongo atención, los escucho, no les digo lo que tienen que hacer. Pero, siento que esto es poco, si realmente todo eso se constituye en una virtud, no sé cómo ocuparla bien.

Quiero reconocer la necesidad y también la oportunidad. ¿Cómo darse cuenta cuando un amigo necesita algo? ¿Cómo darse cuenta de cuándo es el mejor momento o descubrir cuándo el otro está dispuesto a recibir?

Por alguna razón me convertí en un referente, pero el problema es que me siento un referente y eso contamina toda ayuda que pueda dar. ¿Cómo ser un referente sin sentirse como tal o buscar permanentemente serlo? Es una contradicción. Quiero serlo pero no quiero sentirme. Cada vez que

hago algo por alguien espero una recompensa, quiero dejar de esperar una respuesta. Dar sin esperar nada a cambio. Está el acto en busca de un objeto, el objeto aparente es el ayudar, la situación de bienestar del otro, pero termino regocijándome por lo bien que lo hice y descubro que

el objeto era ése y no el otro. Este señor me dice que es así y no lo puedo evitar, entonces tengo que fijar mejor la imagen del objeto y debo tener expectativas que sean sobre ese objeto y no otro oculto. Luego pienso que

todas las personas y por ende la especie en su totalidad opera de esa forma. El señor habló de la forma mental, esa forma mental que tiene cada uno,

pero que tiene una misma mecánica y por lo tanto hay una forma mental propia de la especie.

Hasta hoy el tiempo había estado perfecto, incluso después de mediodía estaba muy caluroso como para vestir de polera, pero de pronto se levantó un viento que de a poco fue aumentando en intensidad. Es un viento impredecible porque está cambiando permanentemente de velocidad y de dirección. Ahora, si sólo fuera el viento no habría problemas, pero el viento levanta tierra y pequeñas piedrecitas que golpean el cuerpo. Mi amigo acompañante deserta antes que yo y se despide bajando la colina hasta el campamento. Yo me quedé un tiempo pero la situación se tornó insostenible y muy molesta. Me vi obligado a bajar y guarecerme en la carpa. Incluso en el interior, era difícil hacer algo y olvidarse de las ráfagas de viento intermitentes que hacían flamear la tela de la carpa. Más de una vez, salí a revisar las fijaciones, porque me daba la impresión que todas mis cosas saldrían volando en cualquier momento. No dejó de darme temor, pero al mismo tiempo me preguntaba ¿De qué me preocupo? ¿De perder mis cosas? ¿Qué cosas si ando con lo mínimo? La vida no corre riesgo, de otra manera los militares tomarían medidas. Sin embargo, la fuerza de la naturaleza intimida y luego me sentí muy pequeño inmerso en la inmensidad de la montaña. Una forma de vida diminuta que desde lo alto ni siquiera debe verse. Básica, rudimentaria, dependiente de un sinnúmero de artefactos para poder vivir y moverse en el mundo. Una mísera ventisca andina pone en duda la aparente seguridad y el olvido de la muerte de la cual arrancamos siempre. No dejé de acordarme de mis padres y mi madre en especial, quien me pidió una y otra vez que me cuidara, hasta dejó entrever un reproche en relación al porqué de esta inaudita aventura, como sintiendo un poco de culpa por si ella fuera la causante de esta pasajera huida. Los padres parecieran sentir permanentemente culpa por todo lo malo que les sucede a los hijos. Culpa porque sufre, culpa porque se equivoca, culpa porque no le gusta lo que le regalaste para su cumpleaños, culpa por sus temores, culpa porque no es todo lo feliz que podría ser, culpa, culpa y más culpa. Y yo no dejo de sentir culpa por estar aquí y no poder llamar a mi vieja para decirle que estoy bien ¿Cómo deshacerse del sentimiento de culpa? De a poco me fui olvidando de todo esto, ahí estaba yo en mi carpa y no había nada ni nadie más, mi mundo se acababa ahí y no había nada más, el allá afuera no existía y por unos minutos dejé de

sufrir. Ya al anochecer, el viento amainó. Incluso tuve tiempo de visitar a los militares y comer un poco hasta que me dio sueño y volví a mi carpa para escribir lo que había pasado. Éste fue mi cuarto día.

El quinto día no estuve muy bien. Amaneció nublado y ventoso. Hizo mucho frío. Además, me sentí un poco mal del estómago. No sé si fue algo que comí o me tensé por algo que me generaron mis meditaciones. Por un momento me dieron ganas de volver. Comencé a echar de menos mi cama y el calor de mi hogar, el desayuno rico de la mañana, una ducha prolongada, el jabón, el shampoo, ropa limpia y por supuesto la conectividad. ¿Qué estará pasando allá en la ciudad? Pensé ¿Y si algo grave sucediera allá, cómo me enteraría? De inmediato me pregunto ¿Y para qué pienso en huevadas si no tengo mucho que hacer al respecto? Mejor pienso que no pasará nada, soy totalmente prescindible y la vida continúa para todos sin mí y lo mejor de todo es que continua bien ¿Cuál es el gusto de imaginarse lo peor si realmente podemos controlar nuestra imaginación y pensar en lo mejor? Luego decidí hacer nada, ni meditar, ni contemplar, ni pensar en nada de lo que venía pensando en los días anteriores. ¿Por qué la gente, incluido yo, nos refugiamos en la televisión, el mundo virtual, las distracciones permanentemente? ¿De qué huimos? ¿De la soledad? ¿Del estar con uno mismo? ¿Por qué nos costará tanto estar con nosotros mismos? Hay personas que no pueden estar en silencio porque les da mucha angustia sentirse solos y ponen música, las noticias o una película sin verla, sólo para tener el sonido de fondo manteniendo la ilusión del sentirse acompañados. Me fui a la carpa de los militares y ahí estuve conversando de nada relevante con los conscriptos. Deambulamos entre el fútbol, los videojuegos, mujeres y un poco, aunque muy poco, de política hasta que anocheció, me dio sueño y me vine a la carpa.

Hoy me levanté sintiéndome un tanto extraño. No sabía qué hacer. Todo se me aparecía distinto. Todo parecía más brillante, más nítido, me sentí como ultrasensible y más liviano. Al caminar, el suelo y las rocas se sentían más blandas, casi levitaba y mis movimientos se relentaron. Todo sucedía a otra velocidad y me sentí inmerso en una esfera transparente y transportadora. Sentía la esfera, pero no la veía. Si realmente existe la gravedad, creo que me sentí como si no existiera. Me imaginé experimentando una caminata espacial. De hecho, si mentalmente hago que desaparezcan las personas, la montaña aparece como el paisaje de un planeta similar a la Tierra, pero distinto, siendo yo el único explorador.

Después de almorzar, tomé una naranja y me fui a sentar a un costado de mi carpa. Mientras le sacaba la cáscara a la naranja, el señor que conocí hace un par de días en una de las colinas se acercó y se sentó a mi lado. Me preguntó cómo estaba y si había descubierto cosas nuevas. Yo le resumí alguna de mis sensaciones, las buenas y las malas.

Luego me dijo si me habían surgido algunas preguntas.

-Yo tengo muchas preguntas-le respondí-Tengo preguntas acerca del ser, el universo, los hechos de la historia ¿Por qué la gente la pasa tan mal? Veo mi entorno y me doy cuenta que la gente no lo pasa bien. Todos viven llenos de temores y eso los consume, los detiene. A veces me gustaría poder ayudarles, pero me doy cuenta que yo también tengo mis temores y no lo hago porque creo no saber.

-Ése es un buen tema-me dijo-El temor genera sufrimiento y el sufrimiento genera violencia. La gente le teme a la soledad, a la pobreza, a la muerte. Sufre por los afectos, principalmente llevados por el temor a perderlos, sufre por las pertenencias, temor a perder lo que se tiene y no poder obtener lo que se desea. Se sufre por la creencia de finitud y descubrir que puede llegar el momento de dejar de ser. Todo eso produce violencia, la cual se vuelca hacia el medio con los demás.

-¿Y qué se puede hacer al respecto?-le pregunté.

-Primero, tomar en cuenta que esto sucede y le pasa a todas las personas. Existen tres vías del sufrimiento. El sufrimiento por el recuerdo, la sensación y la imaginación. El recuerdo está asociado a tu pasado. La gente sufre al recordar hechos dolorosos, alguna pérdida, algún trauma, alguna frustración. La sensación se relaciona con el presente. Se sufre cuando vives una realidad que no te gusta, estás haciendo cosas que no coinciden con

lo que piensas o lo que sientes. Finalmente la imaginación tiene que ver con el futuro, sufres por lo que puede llegar a pasar, porque el futuro se te presenta incierto, hay expectativas y se teme a no alcanzarlas. Hay mucho temor al fracaso.

-¿Cómo se puede dejar de sufrir con el pasado?

-La reconciliación es el camino. Debes considerar que nadie es culpable, que posiblemente ése que te hizo una afrenta quizás no se haya dado cuenta y si lo hizo, es porque su sistema de creencias lo llevó a actuar así. Pero no pienses en resolverle el problema al otro, sino que hazte cargo de tu resentimiento ¿A quién le sirve que sigas resentido? A ti, no. La reconciliación es un acto que puede prescindir del otro, imagínate que el otro ya está muerto, yo deberé soportar la condena de una traición porque no puedo reconciliarme. ¡No! No es así. Si tú estás resentido no hay nadie más que tú para desresponderle y deja que el otro descanse en paz.

-Tienes que olvidarte del problema-le dije.

-No, tampoco, por lo demás no se puede olvidar si está grabado, lo que se debe hacer es quitarle carga negativa a ese recuerdo y considerar que nadie es culpable.

-¿Cómo le dices eso a alguien que ha sufrido la violación de sus derechos humanos o simplemente ha sido víctima de la delincuencia?

-Ése es un tema complicado, pero debiera ser la misma lógica. Lo que pasa es que además, la sociedad debiera avanzar lo suficiente como para que no hubiese excusas para cometer delitos y para que aquéllos que lo cometen tengan el castigo justo. Para ello, las leyes y la administración de la justicia debieran mejorar, así como las condiciones de igualdad de derechos y oportunidades. El vejador está en la cárcel ¿Y qué hay contigo? Te reconfortas porque el otro está sufriendo una pena equivalente a la tuya y se produce un empate psicológico. No se trata de perdonar sino de reconciliarte con la vida, contigo mismo.

-¿Y la sensación?-pregunté.

-Debes hacer que lo que piensas, sientes y haces coincida. Cada vez que te enfrentas a una situación, analiza lo que piensas respecto a eso, luego trata de sentir lo que te produce eso y contrasta lo que sientes con lo que piensas tratando de hacerlos coincidir y haz algo que tenga la misma dirección. La gente rara vez, hace una revisión de su propia vida y ni siquiera se da cuenta que está sumido en la más profunda contradicción. Trabajos que

no te gustan, afectos que ya se fueron, actividades vacías. Hacer por hacer, porque así es, porque todos lo hacen, porque está de moda. Cada vez que haces coincidir lo que piensas, sientes y haces se registra una sensación de unidad interna que te da fuerza y te sientes más liviano. Los actos contradictorios te debilitan, pierdes fuerzas y te sientes más pesado. Es lo mismo que sucede cuando tratas a los demás como te gusta que te traten. Te sientes dichoso, contento, con mucha energía, más liviano. Cuando no tratas a los demás como te gusta que te traten, andas con una mochila pesada y un nudo en tu pecho que te curva, agachándote sin poder dejar de mirar nada más allá de lo que pisan tus pies. Ahora, esto te obliga a hacer un ejercicio muy interesante y bonito ¿Cómo te gusta que te traten? Debiera ser fácil, pero fíjate que no es una pregunta que la gente se haga con asiduidad. ¿Cómo voy a tratar a los demás si no sé cómo me gusta que me traten? Piénsalo unos segundos y responde dichas preguntas.

Yo intenté hacer el ejercicio porque él me dio el espacio para hacerlo.

A mí me gusta que me hagan cariño, pero me molestan los cariños empalagosos. Me gusta que respeten mis decisiones, que no me digan lo que tengo que hacer. Me gusta que me escuchen y me gusta escuchar. Me gusta la verdad, que me critiquen pero que no olviden de decir las cosas que hago bien. Me gusta que me abracen. Me gusta mi espacio y el silencio.

-Entonces, pensar, sentir y hacer en la misma dirección-le digo-Y además, tratar a los demás como me gusta que me traten.

-Así es. Tienes que amar la realidad que construyes. Y si te das cuenta que tu vida es un desastre y no amas la realidad que has construido, aférrate a algo que te haga soportar la tormenta. Los afectos son lo más cercano, lo que te apasiona, lo que disfrutas sin límites. Aprende a recibir el afecto de los demás y a compartir con los que te aman todo lo que concierne con tu vida.

-¿Y la imaginación?

-A la imaginación se le aborda desde el sentido. Tú sufres por imaginación cuando estás sumido en el sinsentido. Tu vida no tiene sentido, la vida misma no tiene sentido y si la vida no tiene sentido, nada de lo que hagas lo tiene. Por eso le temes a quedarte solo, a la enfermedad y por cierto a la muerte ¿Para qué estudiar si nada tiene sentido? ¿Para qué ahorrar? ¿Para qué trabajar, emparejarse, tener hijos? Si al final del camino todo termina

con la muerte, nada tiene sentido. Entonces hay que abordar el tema de la muerte, la trascendencia, la finitud.

-Pero eso está determinado por las creencias que tiene cada uno-le comenté.

-Por cierto. Lo importante es considerar que lo que crees no tiene por qué ser definitivo. Lo que se cree es altamente acomodaticio. Si lo que crees te acomoda, quédate con ello. Si no te acomoda, cámbialo. Ésa es la gracia de la creencia, que se puede ir modificando permanentemente, en cambio, la experiencia es irrefutable. No puedes negar una experiencia.

-¿Y tener metas y objetivos no sirve?-le pregunté.

-¡Claro que sí! Hay que trazarse metas, hay que tener propósitos. Ahora, si esos propósitos tienen plazos, cuando se logran se acaban. Si te propones ser un profesional y lo eres, se te acabó el sentido. Si te propones ser el mejor en lo que haces y lo logras, se te acabó este otro sentido. Si deseas que tus hijos sean algo, tengan una familia, su casa propia y ellos lo logran, te quedaste sin laburo. Date diversos sentidos, pero aprende a distinguir entre un sentido provisorio, que tiene fecha de caducidad y un sentido más trascendente.

-¿Cómo se puede distinguir eso?

-Un propósito trascendente es el que va más allá de tus narices. Más allá de lo que ves. Si todo lo que haces es esperando alguna retribución, es de corto alcance. Revisa tu vida, si todo lo que haces tiene una dirección clara, ojo, puedes estar frente a un sentido trascendente. Si tu vida está disgregada, lo que haces no tiene un hilo conductor, estamos frente una serie de sentidos provisorios inconexos.

-¿Cómo se logra que la gente aprenda a superar sus sufrimientos?

-Cada uno, debe hacerse cargo de uno mismo y de los más próximos. Cuidado con asumir a toda la humanidad, debes ocuparte de tus seres queridos. No hay mejor gesto de amor que ayudar a tus seres queridos a superar el sufrimiento.

-¿Cómo?-insistí yo.

-Siendo parte del muérdago de la especie. ¿Conoces el muérdago?

-No-le contesté.

-El muérdago es el nombre que se le da a un conjunto de plantas que crecen en algunos árboles a cierta altura, normalmente sobre los 5 metros y que a diferencia del parásito que se alimenta del organismo que lo alberga

quitándole energía, éste lo robustece aportándole nutrientes para que el árbol crezca más fuerte.

-¿Y qué se hace para convertirse en muérdago?

-Con conversaciones como éstas, escuchando a la gente, orientándolos, demostrándoles tu cariño, pidiendo por ti y por ellos, agradeciendo los descubrimientos. Unos amigos tienen un saludo que dice: Paz, fuerza y alegría y te muestran en forma secuencial los dedos pulgar, índice y medio ¿Y sabes lo que significa? Reconcíliate con tu pasado, ama la realidad que construyes y dale sentido a tu vida. ¿Hay deseos más nobles que éstos?

-Paz, fuerza y alegría-le dije mostrándole los dedos a mí, ahora, amigo.

-También para ti, paz, fuerza y alegría-me contestó y me dio un abrazo.

Él se despidió y se alejó. Yo me quedé en silencio disfrutando del cielo azul profundo.

Ése fue mi sexto día.

El día amaneció luminoso. El cielo pareció más celeste que nunca, las nubes más blancas, las altas cumbres más imponentes. A mediodía fue necesario desprenderse de algunas ropas debido al calor imperante. Subí a una colina a contemplar el monte Aconcagua. El impresionante macizo se presenta inalcanzable, aunque cercano. Primera vez que estaba frente a él, pero creía que lo conocía, sin embargo su forma es distinta a cualquier postal o fotografía revisada con anterioridad. Cada uno tiene una visión acerca de las cosas y esa visión está sesgada por la experiencia que uno haya tenido en relación a esas cosas. Creía conocer dicho monte, pero ahora lo veía con mis propios ojos y no a través de un proceso intermedio. Hay un ángulo, una distancia y una determinada predisposición para mirarlo que me hace creer que ahora sí lo conozco. Pero sé que no es así, porque al acercarme aún más e intentar subir a su cima, me parecería distinto. Entonces, todo lo que conozco se me aparece según la experiencia y el acercamiento que haya tenido con cada cosa. Lo que no conozco

se aparece inimaginable. Cuando atiendo, la observación se desvía permanentemente entre objetos percibidos y recordados desatendiendo lo primero. Pero no puedo desatender debido a lo que no conozco, sólo con lo que conozco. Al mismo tiempo y por lo que he descubierto, sé que lo que veo no es todo, ese monte es distinto como objeto con lo que aparentemente percibo, pero si cierro los ojos, la imagen del monte se me aparece según lo que veo. Ahora, sé que esa montaña está ahí, pero lo que está ahí no es como se me presenta a mí. Hay algo más allá que no percibo, y por lo tanto, no lo puedo imaginar y tampoco podré recordarlo. Incluso el modelo atómico de Böhr, no es más que una representación gráfica de algo que ningún ser humano ha visto, incluso a través de los aparatos que ha inventado para disimular las limitaciones de sus sentidos. Y cuando me hablan de los átomos se me aparece dicho modelo, que de paso, no puedo dejar de recordar, que cuando niño su aspecto me parecía muy similar al del sistema solar y el sistema solar sí lo hemos visto, es decir yo no, pero los expertos a través de telescopios. El famoso Hubble y las fotografías de las sondas que se han enviado a explorar los confines del universo, nos muestran desde diversas perspectivas lo que podría ser nuestro sistema solar. Ahora, sé que los átomos tienen una estructura que se debe a la presencia de fuerzas distintas que las que gobiernan a los planetas y por más que haya científicos que busquen unificar las leyes universales, aún no se descubre una ecuación única que sirva para describir y predecir el comportamiento de estos sistemas tan disímiles en tamaño. Pero me llamó la atención eso de los electrones que se me aparecen como pequeñas esferas con una letra “e” en su interior y una línea sobre ella que denota su polaridad eléctrica. Creo suponer que en la realidad no deben ser así. Como tampoco los protones y los neutrones son esferitas con sus respectivas iniciales de identificación. Lo más extraordinario es que se han descubierto partículas más pequeñas, tales como los neutrinos o el ya famoso bosón de Higgs ¿Cómo alguien puede llegar a imaginarse cosas como éstas? Y al otro nivel, más macro, imaginar la gravedad o que el espacio se curva. Pero bastó que alguien lo hiciera para que todo el mundo lo asumiera, a veces como verdad absoluta, y otras como una posibilidad que después de llegar a la certeza, se pone en duda. Es como si lo que no conocemos va succionando lo que conocemos y por eso el conocimiento humano está en expansión. Sin embargo ambas cosas, lo sabido y lo por saber es parte

del mismo conjunto universo. Luego pienso, algunos creen que el universo está en expansión y no tiene límites y si nos empequeñecemos, el universo se nos aparece sin límites también, por lo tanto infinito hacia afuera, infinito hacia dentro y entre estos dos universos, estamos nosotros como parte de ese todo. Lo que es y lo que no es, es parte de lo mismo. Lo que sé, parece ser mi mundo, el mundo que hemos creado y codificado como especie y lo que no sabemos es una gran posibilidad. Pensando en esto siento deformarme y disolverme, como si mi identidad no tuviera sentido ni forma. Mi cuerpo y sus sistemas orgánicos, los órganos y sus tejidos, las moléculas y los elementos, los átomos y sus partículas, todo desaparece. Los pueblos y las sociedades, las ciudades y los países, los continentes y los mares, los planetas y las estrellas, los sistemas y las galaxias. Por un momento que no puedo dimensionar, no percibí, no recordé, ni imaginé ¿Será eso algo así como la muerte? A lo mejor es el nacimiento.

Los ciclos. La Tierra gira alrededor de su propio eje y eso produce el día y la noche. También gira alrededor del Sol y eso hace los años, las estaciones, los meses, las semanas. El sistema solar gira alrededor de la galaxia y eso hace las eras. El día y la noche, de lunes a domingo y luego el lunes nuevamente, verano, otoño, invierno, primavera y nuevamente el verano. Los ciclos, los procesos que se repiten. Se dice que el espacio es infinito y el universo está en expansión. Algunos han observado que esa expansión cada vez es más lenta dejando entrever que el universo podría estar pulsando y una vez que llegue a su peak máximo, se retrotraerá contrayéndose hasta convertirse en una masa densa de materia acumulada en un espacio infinitesimal lo que provocará una nueva explosión, un nuevo big bang. El Sol calienta los mares provocando la evaporación del agua, las partículas de agua se condensan a medida que alcanzan las capas superiores de la atmósfera debido a la disminución de la temperatura y forman las nubes, las nubes saturadas hacen que el agua que contienen se

precipite y genere la nieve primero y luego la lluvia. La nieve cae sobre las altas cumbres de las montañas cuyo derretimiento producto del mismo Sol, genera los cauces de los ríos, que terminan por desembocar nuevamente en los mares. Agua al agua, la lluvia sobre el río, el río sobre el mar, es la misma agua.

La mayor parte del aire que respiramos es nitrógeno, los árboles y arbustos absorben dicho elemento que fluye por su interior hasta alojarse en sus raíces. Hongos y bacterias descomponen las moléculas de éste formando el suelo, la capa más superficial de la corteza terrestre. El suelo produce la vegetación, muchas de sus especies son comestibles y son consumidas por las especies animales, los alimentos son descompuestos por las bacterias del sistema digestivo y con un alto nivel de nitrógeno son devueltas a través de las deposiciones al suelo. El nitrógeno llega a los cauces de los ríos y sumándose al ciclo del agua vuelve una y otra vez a los continentes, nutriendo a los seres vivos, haciendo posible la vida.

El aire también contiene oxígeno, las distintas especies vivas respiran y absorben dicho oxígeno. En la especie humana, el oxígeno entra al organismo por las vías respiratorias, llegando a los pulmones, ahí es incorporado a la sangre, la sangre oxigenada es bombeada por el corazón a todo el cuerpo a través de las arterias. En su recorrido, distribuye el oxígeno necesario para que cada una de las células que conforman los tejidos y éstos, los órganos, puedan realizar sus procesos metabólicos. La sangre retorna sin oxígeno y con toxinas deshechas por las células al corazón a través de las venas, el que la hace llegar a los pulmones cargándose nuevamente de oxígeno para ser bombeada una y otra vez. Tomo mi pulso y cuento cerca de 75 latidos por minuto. Esto está dentro de lo normal, aunque en la montaña hay menos oxígeno que a nivel del mar y es por eso que el corazón debe bombear más veces por minuto para proveer de oxígeno a todo el organismo. Cada 2 segundos tomo aire, inhalo y exhalo. Al cabo de un minuto, repito una y otra vez este ejercicio cerca de treinta veces. El oxígeno también oxida a otros elementos químicos, los cuales se van degradando, razón por la cual envejecemos. Es paradójico, el oxígeno es fundamental para la vida, al mismo tiempo es el causante de la muerte.

Un ritmo cardiaco de 60 y un ritmo respiratorio de 30 veces por minuto parecen ser las frecuencias fundamentales de la vida del ser humano. Así

funciona el organismo, el container, la portadora de eso que llamamos Yo. El Yo, sólo existe gracias al cuerpo y desde ahí se mueve en el mundo usando sus prótesis como interfaces que lo hacen relacionarse con otras entidades. Gracias a las extremidades nos desplazamos y ocupamos el espacio. Un paso tras otro, movemos la pierna derecha, luego la izquierda y enseguida la derecha nuevamente y así vamos avanzando. Cuando movemos la pierna derecha hacia adelante, el brazo izquierdo lo imita compensando el movimiento para así mantener el equilibrio, es una verdadera coreografía que tiene su ritmo y que normalmente es sincrónico con la respiración y el ritmo cardíaco. Si queremos caminar más rápido, nuestras células consumen más oxígeno, el ritmo respiratorio aumenta para capturar más moléculas de oxígeno desde el aire y el corazón incrementa su frecuencia tratando de mantener el equilibrio. El sistema respiratorio resuena con el sistema circulatorio y éste con el sistema muscular y el esqueleto. Todo funciona en ciclos y tiene su ritmo, su frecuencia. Fenómenos repetitivos interrelacionados. Este aire que respiro es el mismo que han respirado mis padres, mis abuelos y los padres de mis abuelos, generaciones, una tras otra, usan y abusan de los recursos y éstos retornan, hay desequilibrios pero finalmente es lo mismo. Es cierto que por acciones de los humanos la Tierra se ha sobrecalentado, pero eso ha acelerado un proceso que probablemente hubiese sucedido a pesar del ser humano y todo hace pensar que alguna vez en el futuro, el efecto invernadero será tal que no pasarán los rayos del Sol provocando una lenta pero sostenida disminución de la temperatura promedio y habrá una nueva era del hielo porque los ciclos van a suceder sí o sí y el poder controlarlo no es más que una ilusión.

Ahora, los párpados comienzan a pesarme, debe ser el sueño. Ha sido suficiente tiempo para la vigilia, el cuerpo requiere descansar y lo hace sentir, la energía se ha consumido y es necesario renovarla. El sueño y la vigilia, otro ciclo propio de la vida. Ahora me quedaré dormido con la íntima pretensión de despertar nuevamente mañana. Alguna vez no será así y ese ciclo terminará, claro por la oxidación del cuerpo éste morirá y con él, el Yo también lo hará. ¿Entonces qué es lo que trasciende a la muerte si esto es posible? Es algo más allá, es algo invisible, insonoro, sin nombre. Es energía, una fuerza que se transfiere permanentemente a nuestro entorno, incluyendo a la gente más próxima, que nos realimenta

también produciendo un circuito que permite el flujo de esta energía como una gran red donde cada uno de nosotros es fuente y receptor. Dar y recibir con periodicidad, con una determinada frecuencia. No es necesario calcular dicha frecuencia, sólo basta con dejarla fluir porque sí o sí debiera suceder cual oscilación. En electricidad se habla de circuito abierto cuando una fuente no está conectada a nada. La soledad es lo más parecido a un circuito abierto, la energía no fluye, se queda atrapada en uno mismo. La antítesis al circuito abierto es el cortocircuito, cuando la fuente está conectada a muchas otras cosas que le consumen toda energía. Hacerse cargo de las penas del mundo entero sería un cortocircuito, tantas personas dependientes de mí, me sobrecargan y colapso. Buscar el equilibrio significa no quedarse con toda la energía, ni tampoco quedarse con nada. Recibir la pelota y entregarla. No puedo más que pensar, después de esta reflexión, que todo lo que hago para mí rompe el circuito. Si todo lo que hago terminara en otros, genero las condiciones favorecedoras de los proceso de carga y descarga. Todo está en el sentir, pensar y actuar en la misma dirección y "Trata a los demás como quieres que te traten". El acto coherente, la acción unitiva. Y mientras actúo así, contagio a los demás, la red se establecerá y el circuito funcionará. Ya no puedo más, los ojos se me cierran solos. Mañana espero despertar para dar inicio a un nuevo ciclo. Si despierto y sigo aún aquí, daré las gracias.

Facundo volvió hoy de su aventura en la cima de América. Venía muy contento. Me contó que estuvo a punto de abortar. Ese día que hubo una tormenta de viento, más arriba fue más intensa. La temperatura bajó a unos 20° bajo cero. El ejército quería evacuar, pero finalmente esperaron al día siguiente que resultó ser un día espectacular. Me contó como hizo cima en equipo con otros expedicionarios con los cuales planificó el ascenso desde que salieron de Plaza de Mulas y cómo los riesgos son tales, que en

cualquier segundo la vida se pone en peligro. Estuvo poco tiempo, debido al buen tiempo fueron muchos los que querían ascender y los distintos grupos fueron rotando para dar la posibilidad a todos los que lo deseaban, de llegar a la estrecha planicie que corona el bellissimo monte.

Yo tengo planeado partir mañana, creo que ya ha sido suficiente por esta vez. Quizás en el futuro me anime a hacer cima, pero en esta oportunidad venía en otro plan. Con un poco más de tiempo, Facundo y yo conversamos toda la tarde hasta que se hizo de noche. Nos contamos nuestras historias. Él me describió a su familia. Está casado hace doce años y tiene dos hijas pequeñas. A su esposa la conoció en el colegio cuando eran unos niños. Ha sido su única novia. Tiene una pequeña empresa consultora en Mendoza que le da para vivir bien y darse estos gustos de cuando en cuando sin que deje de funcionar. Se nota por lo que dice y cómo lo dice que es una muy buena persona. A mí me cayó muy bien desde el principio, cuando se devolvió a preguntarme por cómo estaba en el primer tramo del camino de ascenso. También valoré que haya armado mi carpa cuando yo estaba hecho bolsa por los efectos de la altura. Es como que siempre está pendiente de las personas que lo rodean y en qué los puede ayudar.

Yo también le conté mi historia. Todo lo que hacía y lo que había hecho. Le conté de mi familia, mis estudios, mis pasatiempos. Pero después ya sumido en la soledad de mi carpa y al hacer el respectivo resumen del día, me di cuenta que sólo le dije superficialidades. Eso que todos dicen cuando se están conociendo con otras personas. Me surgió la necesidad de decir quién soy sin describir nada de lo que tengo, nada de lo que hago, nada de donde vengo. No decir un nombre, no mencionar una fecha de nacimiento, una dirección o lugar de proveniencia y me di cuenta que es muy difícil y me pregunté ¿Realmente quién soy? Lo pensé mucho rato, cerré los ojos y recordé lo vivido en todos estos días y me dije: soy alguien que proviene de una familia que no eligió, de un lugar que tampoco eligió, de un tiempo que le tocó vivir, que habla un lenguaje que le fue impuesto, que tiene creencias elaboradas a partir de una substrato predefinido, aspiraciones determinadas por un contexto espacio-temporal. Soy una parte del todo, soy un engranaje de la máquina, que por sí solo no tengo razón de ser, pero sin mí la máquina no funciona. Soy parte de un proceso iniciado hace millones de años, del cual cada vez soy más consciente y en el cual no ha habido cambios significativos en cientos de miles de años. Soy parte de

una especie llamada por nosotros mismos como Homo sapiens sapiens, pero que no es la última etapa del proceso, sino sólo un momento que está a punto de desembocar en otro ¿Cómo le llamaremos? No importa el nombre, importa el cómo será y lo que ya no hará ¿Y qué no hará? No sufrirá más, ni por el recuerdo, la sensación o la imaginación. Si este ser supera el sufrimiento, es porque habrá alcanzado otro nivel de consciencia. El mundo será distinto, el universo será distinto, porque la transformación de la consciencia trae consigo la transformación del mundo que percibe, porque lo percibe distinto ¿Entonces cuál es mi propósito? Hacer bien mi trabajo como buen engranaje para que la máquina funcione y siga su proceso. Quiero ser protagonista y no testigo de este magno suceso del cual los antropólogos del futuro deberán determinar cuándo y cuánto tiempo demoró en desarrollarse. Quiero ser parte del muerdago que le dé fuerza e impulso a este momento. Así fue mi penúltimo día en la montaña.

Estoy de regreso en Puente del Inca. La jornada fue extensa y agotadora. Salí muy temprano de Plaza de Mulas rumbo a la base Confluencia, pero no quería quedarme ahí, así que sólo almorcé y descansé un par de horas para reanudar mi camino hasta acá. Fueron casi doce horas de caminata, un par de descanso, pero estoy feliz y emocionado. Antes de partir, me despedí de Facundo, él se quedará un día más. Lo abracé con fuerza y le di las gracias por todo, por su atención, su amabilidad, su transparencia, su amistad. Le prometí que lo contactaría después para encontrarnos, ya sea en Chile o en Argentina. Él también me agradeció y me deseó buena suerte. Fueron días intensos, con altos y bajos. Pasé de la iluminación a la oscuridad, pero debo confesar que la experiencia ha sido extraordinaria. Creo haber llegado a comprensiones importantes, aprendizajes que probablemente estaban ahí, latentes, pero que en medio del mundanal

ruido de la ciudad y los quehaceres inútiles habrían tardado más en aflorar. Mi visión de las cosas, los fenómenos, el mundo y yo mismo han experimentado un leve pero esperanzador cambio.

Tomé mi mochila, me la eché a la espalda y comencé el regreso. Cuando ya enfilaba por el sendero, me encontré con mi viejo amigo. Estaba de pie junto al camino, tal cual como cuando lo conocí, muy erguido con los brazos cruzados en su espalda y mirando hacia el horizonte. Me acerqué para despedirme y agradecerle sus puntos de vista que me ayudaron muchísimo.

Él muy afectuosamente aceptó mi agradecimiento y me dijo:

-Así que ya partes.

-Sí, siento que ya es el momento. Quedarme más tiempo sería innecesario.

-¿Y fue útil el venir?-me preguntó.

-Sin duda, se ha renovado toda mi energía. Tengo muchas imágenes de cosas por hacer. Quiero llegar y abrazar con fuerza a mis padres y decirles que los amo y que les agradezco esta oportunidad que me han dado de experimentar la vida. Quiero encontrarme con mis amigos y compartir cada momento con mucha felicidad, quiero alegrarme con sus logros y quiero apoyarlos en sus dificultades. Quiero abrazar a mi novia y decirle que la amo como para estar con ella lo que nos resta de vida. Quiero tener una vida plena y coherente, tal cual como usted me lo explicó. Pensar, sentir y actuar en la misma dirección y tratar a los demás como me gusta que me traten. No quiero decir nunca más “quiero ser feliz”, porque ahora sé que amando la realidad que construyo, no tengo nada más que ser feliz. Quiero tener paz, fuerza y alegría y que todos los que me rodean también lo vivan.

-Qué bueno-me dijo sonriendo-Me gusta que digas “quiero”, por ahí te salió un “no quiero”, pero la mayoría de tus oraciones fueron afirmaciones. No pienses en lo que no quieres, sino en lo que quieres. Tus deseos me parecen muy valorables, no son cosas banales, cosas ordinarias, son cosas muy profundas que además suenan muy honestas y muy sentidas. Cuando desfallezcas, cuando creas que las fuerzas se te acaban, recuerda este momento y pide, pide desde lo más profundo de tu corazón todas estas cosas bellas que te han surgido en este lugar. Antes de que te vayas, me gustaría que recibieras un pequeño regalo. Es un regalito muy modesto, no son más que unas palabras escritas, que te sugiero que las leas en voz alta cuando ya retomes tu camino de retorno.

Mi amigo sacó desde unos de sus bolsillos traseros del pantalón un papel doblado y estiró su mano para que yo lo recibiese. Yo extendí mi mano para recibirlo y cuando tomaba el papel, él estrechó sus dos manos contra la mía. Sentí su calor y una energía que se transmitió desde los dedos a todo mi cuerpo, estremeciéndome por completo. Le agradecí nuevamente, ahora por este gesto y le pedí perdón por no haberle preguntado nunca su nombre.

-Mi nombre no tiene importancia como el tuyo tampoco-me contestó.

-Pero, ¿Cómo puedo llamarte?-le insistí.

-Algunos amigos me dicen "Negro"-me respondió y levantó su cara orgulloso.

-Hasta siempre, Negro-me despedí con un fuerte abrazo.

Me alejé de él y enfilé por el sendero. Un par de veces miré hacia atrás y me encontraba con su figura muy erguida siempre mirándome. Abrí el papel que me entregó y me dispuse a leerlo en voz alta mientras caminaba.

"Regreso al mundo con la frente y las manos luminosas.

Así pues, acepto mi destino.

Ahí está el camino y yo, humilde peregrino que regresa a su gente.

Yo que vuelvo luminoso a las horas, al día rutinario, al dolor del hombre, a su simple alegría. Yo que doy de mis manos lo que puedo, que recibo la ofensa y el saludo fraterno, canto al corazón que del abismo oscuro renace a la luz del ansiado Sentido."

Conmocionado hasta las lágrimas, una vez que terminé la lectura volví a mirar hacia atrás pero el Negro ya no estaba. Ahora en la tranquilidad de la habitación cálida y cómoda digo desde lo más profundo "acepto mi destino". Ésta fue mi aventura, la extraordinaria experiencia en la montaña y la agradezco profundamente.

EPÍLOGO

Camilo y Antonia pasean con su primer bebé por el centro de la ciudad de Santiago. El niño va sentado en su coche y sus padres deciden tomar un descanso sentándose en el pasto de los jardines del bandejón central de la Alameda. Mientras Antonia distrae al bebé hablándole y haciéndole sonar un set de pequeños juguetes, Camilo observa todo el rededor. Mira los edificios, las personas y un par de monumentos históricos cercanos.

De pronto, divisa a lo lejos a Sofía. Ella pasea de la mano de su esposo por la vereda central del bandejón. Camilo se pone de pie y sale a su encuentro. Sofía se detiene y lo mira con desconfianza. No lo ha reconocido.

—¡Sofía!—exclama Camilo abriendo sus brazos.

La mujer lo saluda fríamente haciendo un gesto de desconfianza: El marido también mira con extrañeza al joven.

—¿No me reconoces?—pregunta Camilo obteniendo una respuesta negativa—¡Soy Camilo! ¡El de la casa en la playa!

—¡Camilo!—exclama Sofía cambiando completamente el semblante—¡No te reconocí! ¡Ya eres un hombre!

—Ha pasado el tiempo—comenta Camilo.

—¿Te acuerdas de Camilo?—Sofía le pregunta a su marido—Es el chico que fue a nuestra casa hace muchos años y que conocía a mi papá. En esa época tenía unos trece años.

—Claro que sí—responde el señor—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien—responde Camilo—Ando paseando con mi señora y mi hijo.

—¿Tienes un hijo?—pregunta Sofía.

—¡Claro! Aún no tiene un año. Vengan conmigo—Camilo los invita a acercarse a donde está Antonia—Mira, Antonia, ella es Sofía.

—Sofía—dice Antonia poniéndose de pie—Al fin, nos conocemos.

—¿Tú sabes quién soy?—pregunta extrañada Sofía.

—Por supuesto—responde Antonia—Desde siempre. Con Camilo éramos amigos cuando él te conoció. Yo era su confidente. Siempre se acuerda de ti.

—¿En serio?—pregunta Sofía.

—Claro que sí—dice Camilo—Recuerdo con mucha alegría nuestra historia.

—Una sorprendente historia—comenta Sofía—¡Y ya eres padre!

—Sí—afirma Camilo con orgullo—Ven, te presento a Vicente.

Sofía se acerca al coche y saluda al niño tomándole la mano para luego darle un beso en la mejilla.

—Eres muy lindo, Vicente—le dice Sofía al bebé—Yo ya soy abuela. Tengo cuatro nietos. El menor es como Vicente.

—¡Qué lindo!—exclama Antonia.

—Son hermosos mis nietos. Los adoro—dice Sofía—Tienes que conocerlos.

—Si me invitas a tu casa, yo voy encantado—responde Camilo.

—Por supuesto. Yo vivo donde siempre. Tú me llamas y vas con tu familia a almorzar un fin de semana.

Sofía y Camilo intercambian datos de contacto para poder llevar a efecto el encuentro. Luego se funden en un fuerte y afectuoso abrazo. Sofía y su marido se despiden y continúan su paseo.

Camilo y Antonia retoman a su descanso sentándose en el prado nuevamente. Camilo sigue mirando a la distancia a Sofía.

—Hace mucho tiempo—dice, robando la atención de Antonia—Un ex presidente dio un discurso histórico que decía:

“Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.”

Mucho se ha dicho de este discurso, múltiples interpretaciones, muchos usos y abusos. Yo quiero pensar, que cuando lo dijo, él ya había decidido terminar con su vida y por lo tanto, sus palabras vinieron de otro espacio.

—¿Cómo es eso?—pregunta Antonia.

—Cuando habla de alamedas, no se refiere a esta Alameda. Cuando dice por donde pase el hombre libre, no habla de la ordinaria libertad de la democracia en contraste a la dictadura. La sociedad mejor debe haber sido su sociedad mejor, y uno puede suponer cuál era su definición a partir de su trayectoria y sus otros discursos. Yo quiero creer que la sociedad mejor es aquella donde el ser humano sea considerado como valor central, donde se proclame la igualdad entre todos los seres humanos, entendiendo a ésta como la igualdad de derechos y oportunidades, donde se propicie la libertad de ideas y creencias, donde se rechacen las verdades absolutas y donde se abandone todo tipo de violencia. Por ende, la sociedad mejor va más allá de que los parlamentarios renuncien y dejen sus cargos por falta de representatividad, más allá de perdones insustanciales y no sentidos, más allá de la declaración del libre tránsito de los pueblos por las fronteras

impuestas por los grupos de poder, más allá de reformas y decretos improvisados. La sociedad mejor será el resultado de un cambio profundo en la conciencia humana. Un cambio donde el apego, la búsqueda de pertenencias, del permanente movimiento en búsqueda de cosas para sí, dé paso a una concepción del hombre nuevo que supera el dolor y el sufrimiento y que practica cada día de su vida el “Trata a los demás como quieres que te traten”.

Hace años, un amigo que conocí en la montaña, me enseñó a saludar a las personas con un sentido “Paz, Fuerza y Alegría para ti”. Eso traducido significa, reconcíliate con el pasado, ama la realidad que construyes y dale sentido a tu vida. Y si yo le deseo eso a alguien es porque lo deseo para mí y ese deseo no es ordinario, ése es un deseo elevado.

Han pasado millones de años en que el último gran paso en la evolución humana ha ido desarrollándose, y miles desde que se manifestó en toda la especie, ahora es el momento en que se manifieste el siguiente paso. Las iluminaciones de Buda y Mahoma, las inspiraciones de Miguel Ángel y Da Vinci, las comprensiones de Newton, Tesla y Einstein. El ideario hecho acción de Gandhi y Luther King. Las revelaciones de Silo. Yo quiero junto contigo, con nuestros hijos y con todos los que compartan ese ideario propiciar la manifestación del cambio profundo, quiero ser protagonista y no testigo, porque los alcances de mis actos ni siquiera los veré.

—Creo que ya los has visto—dice Antonia—No es que no los veas, sino que no estás pendiente de ellos y ahí está su valor. Yo comparto ese ideario y por eso te amo, porque lo vi desde que éramos pequeños. Nuestro hijo será parte de nuestro aporte.

—Este niño y los hijos de sus hijos vivirán en una sociedad mejor—dice Camilo.

—Ojalá, así sea.

El niño, los mira fijamente, dejando de atender los sonidos inarmónicos de sus juguetes como si supiera que están hablando de él.

